



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

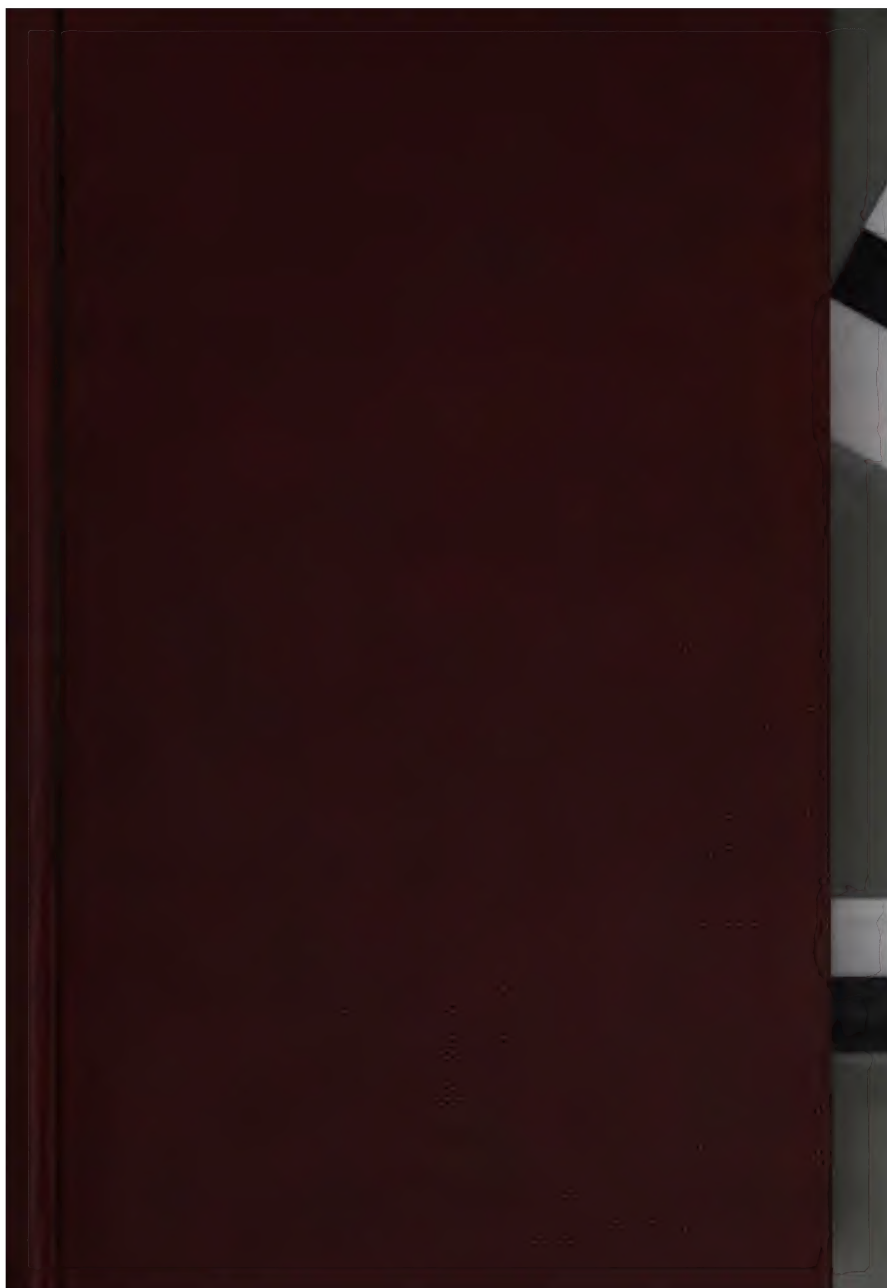
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

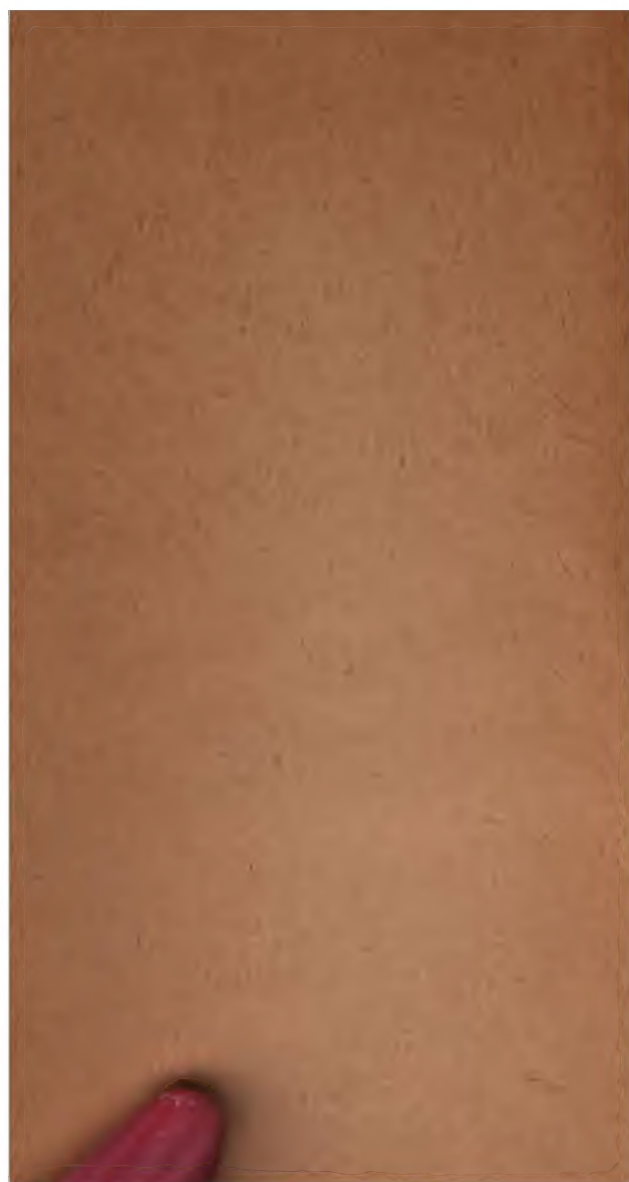




LELAND • STANFORD • JUNIOR • UNIVERSITY







BIBLIOTECA  
DE  
AUTORES MEXICANOS

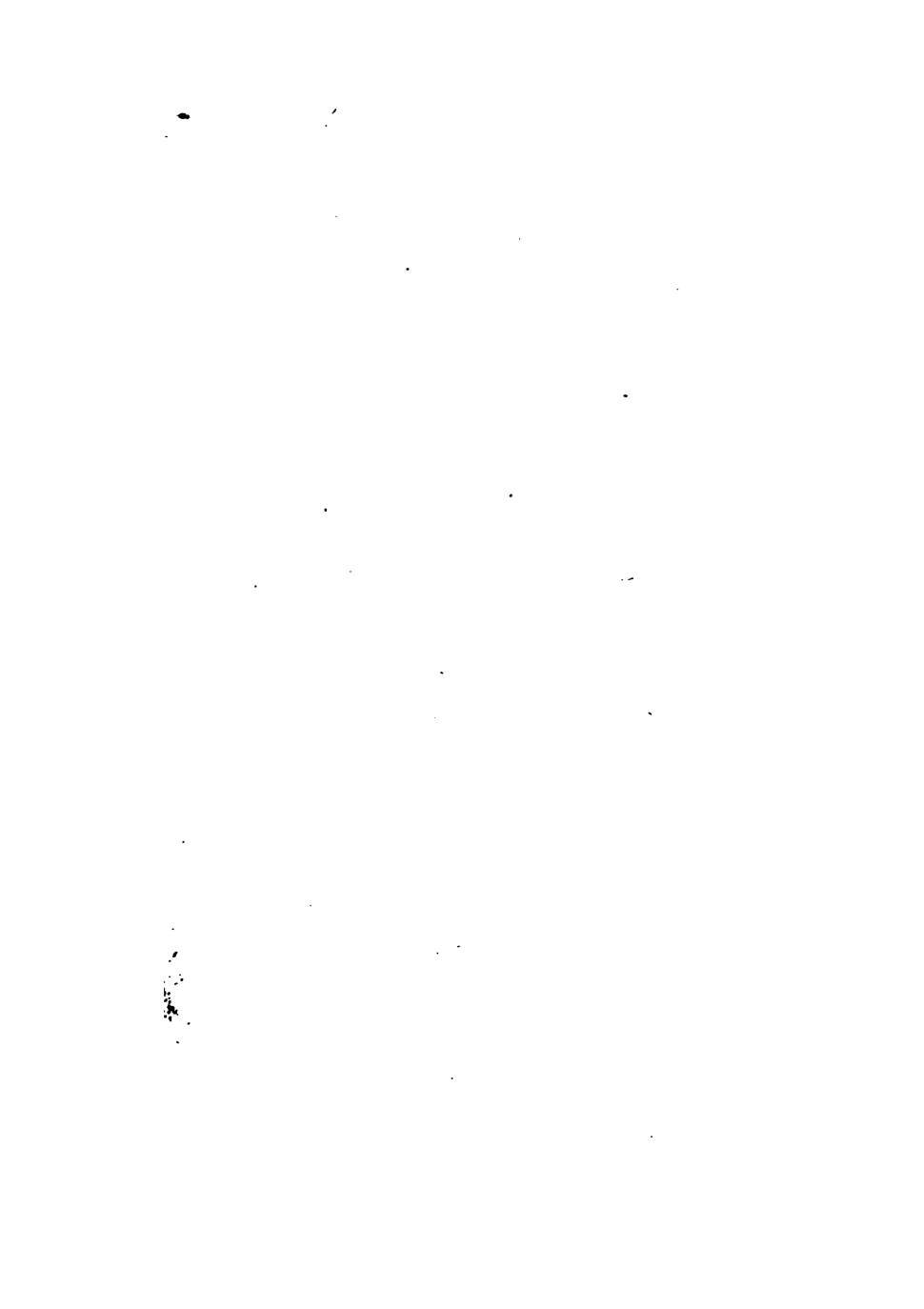
---

POETAS

---



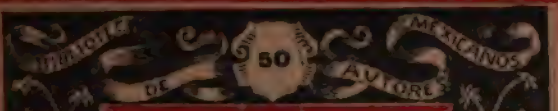






FRAY MANUEL NAVARRETE

*Fr Manuel Navarrete*  
*Religioso de S. Francisco*  
*(B)*



OBRAS  
DE  
**Fr. Manuel Navarrete**

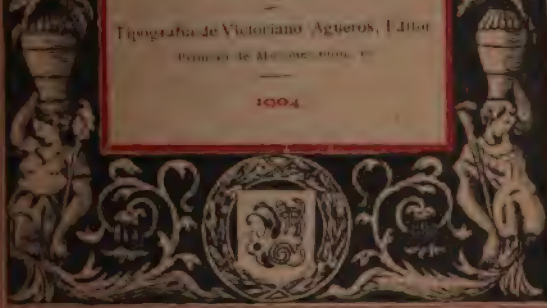
POESÍAS



MEXICO

Tipografía de Victoriano Agüeros, Editor  
Primeros de Aguascalientes, 18

1804



**283031**

1981/080796



---

---

**MEMORIA SUCINTA DE LOS PRINCIPALES SUCECOS DE LA VIDA DE FR. MANUEL NAVARRETE. CON ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE SUS POESIAS, ESORITA POR UN INTIMO AMIGO SUYO.**

El R. P. Fr. José Manuel Martínez de Navarrete, á quien generalmente sólo se llama Fr. Manuel Navarrete, nació en la villa de Zamora, perteneciente al obispado de Michoacán, el día 18 de Junio del año de 1768. Fueron sus padres D. Juan María Martínez de Navarrete, y Doña María Teresa Ochoa y Abadino, ambos naturales de la misma villa, y personas de distinguida nobleza. No fué dado á nuestro poeta el gozar de las ternuras de un padre amante y bondadoso, pues la muerte se le robó á los cuarenta días de haber nacido. Pasó su infancia en el lugar de su nacimiento, y en él se le enseñó á leer y escribir, y se le dedicó al estudio de la latinidad, bajo la dirección de su preceptor D. Manuel Cuevas. Los progresos que hizo en el conocimiento del idioma, y las ventajas con que excelló á sus condiscípulos, fueron, digámoslo así, las pri-

#### —IV—

meras vislumbres con que se anunció este futuro manantial de luz.

Por cierta decadencia de fortuna que sobrevino á la familia, pasó, siendo todavía pequeño, á la ciudad de México, en compañía de su primo el Lic. D. José Manuel Abadiano, con el fin de destinarse allí en el comercio: y en efecto fué admitido en una tienda situada por el portal de la Diputación. No puede caber duda de los conocimientos que adquirió en aquel ejercicio, ni de la honradez con que se manejó en él, pues en el año de 1787 le comisionó su patrón para que fuese á expender una memoria á un paraje, que parece haber sido el real de minas de Temascaltepec. Sentía nuestro jovencito que le llamaba Dios para el estado religioso; por lo cual, después de rendir las cuentas del encargo que se le había confiado, pidió licencia á su patrón para separarse de aquel giro, y se trasladó á Valladolid, estando allí su hermano D. Blas, quien le proporcionó el viaje para Querétaro, donde tomó el hábito del Seráfico San Francisco en el convento de la provincia de Michoacán, de los Santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo.

Concluido el tiempo del noviciado, hizo su profesión religiosa, y le mandaron sus prelados al convento de recolección del Pueblito, con el objeto de que en él recordase y perfeccionase la latinidad, que había aprendido en su niñez, como ya queda dicho. Concluido este estudio se restituyó al convento de Querétaro, á la es-

pectativa de la filosofía, que por estatuto de la religión debía estudiar tres años: y en esta vacante fué cuando hizo los primeros ensayos de sus versos. Se dirigió, en fin, para cursarla al convento de Celaya. Estaba aun adoptada allí, por aquellos tiempos, la doctrina peripatética, y vista con ceño la moderna; pero nuestro joven corista mostró tanto desafecto á la primera, y se aficionó tanto á la segunda, que desertado de la aula se asoció con un compañero suyo llamado Fr. Victoriano Borja, y entre ambos estudiaron la Filosofía de Altieri. Acabado este trienio regresó al convento de Querétaro, donde estudió la sagrada Teología.

Estando ya en disposición para poderse dedicar á los ministerios á que le destinara su provincia, obtuvo la cátedra de latinidad en el convento grande, y habiendo desempeñado este cargo, se trasladó al convento de Valladolid, y residió en aquella ciudad por un tiempo considerable. Como ya había recibido la sagrada orden del sacerdocio, quisieron emplearle sus superiores con utilidad de los fieles; por lo cual le hicieron ir de predicador á Rioverde, y lo mismo á Silao, donde fué también comisario de la orden tercera; y en el ejercicio de estos púlpitos permaneció algunos años. Ya en los últimos de su vida fué nombrado cura párroco de la villa de S. Antonio de Tula, la cual está situada en la intendencia de S. Luis Potosí y es una de las misiones pertenecientes á Rioverde, cuyo curato se sirve por

uno de los mismos padres misioneros de la orden de S. Francisco. Aquí fué donde concurreó con el Lmo. Sr. Obispo de Monterrey, Dr. D. Primo Feliciano Marín, y aquí donde se captó el singular aprecio con que le distinguió este sabio prelado. Finalmente, pasó al real de minas de Tlalpujahua, con el motivo de haber sido promovido para la guardiana de aquel convento.

En toda esta serie de tiempos y de ocupaciones, cultivó Navarrete la poesía, á la que siempre tuvo una particular inclinación. Desde que seguía su carrera literaria en la ciudad de Celaya, procuraba robar á sus quelaceros cuantos ratos podía, para consagrarlos á las musas; y así es que entonces salió á luz manuscrita su primera composición en verso heróico y patético, hecha con motivo de la muerte de su madre, á la cual tituló "Noche triste." Esta obra fué como una piedra que descubrió el precioso mineral de donde había salido. En ella se advierten aquellas exclamaciones enérgicas, que sólo pueden nacer del alma cuando está penetrada de un acerbo dolor: aquellos sentimientos puros de que tanto se honra la especie humana; y por último, aquellos rasgos de la naturaleza que jamás la afectación ha sabido, ni sabrá remedar. Todavía una palabra más acerca de esta excelente elegía. Ella está puesta en un estilo verdaderamente sublime: en aquel estilo que desde-



ña los adornos postizos, que no hacen más que poner trabas á la sencillez.

Entregado el autor en los años subsecuentes al estudio de la poesía, su primera escuela y dechado fué el Parnaso español, donde se hizo de lo que se llama gusto; el que perfeccionándose en otras obras, especialmente en la de Meléndez Valdés, depuró su ingenio hasta elevarle al punto de finura y delicadeza que muestran sus composiciones. A proporción que iba trabajando estuvo á la mira de reservárlas, y mantuvo esta precaución por el tiempo de once años; en cuyo período las revió, corrigió y aumentó. Componían éstas un volumen en cuarto cuando se crió el Diario de México en el año de 1805. Por este conducto se publicaron muchos de sus versos, y el aplauso con que se recibieron fué como la campana que llamó la atención general. Preguntábase al diarista por el nombre de este autor, pues al fin de ellos sólo se leían las tres iniciales F. M. N. y se formaba empeño en saber ¿á qué lugar de nuestro continente había tocado la dicha de servirle de patria? Muchos y muy apreciables poetas, que constituidos en una especie de "Arcadia" ilustraban al Diario con sus composiciones, le tributaron en ellas los más grandes elogios. Hicieron más: le eligieron por su Mayoral, y aun pensaron en hacer un viaje hasta el lugar donde residía, sólo por tener el gusto de conocerle. La sabia Universidad de México, esa madre fecunda de tantos

hombres grandes, dió también su voto, y de un modo bastante decisivo, en favor del excelso númen de nuestro Navarrete; pues en un certamen literario que celebró en el año de 1809 asignó el primer premio destinado para la poesía, á un canto de éste que habia sido presentado para entrar en el crisol de la crítica, en competencia de otros muchos. Y ¿á quién no causará admiración el saber, que sus mejores composiciones salieron de sus manos “cuando (para usar de las expresiones de un sabio amigo suyo) (1) yacía soterrado en las montañas de la villa de Tula, desde donde, como Ovidio desde el Ponto, remitía sus obras tan bellas y limadas, como si salieran de la mejor academia de la Europa; no de otro modo que Bergler admiró al mundo sabio, y confundió al delirio con su preciosa obra, trabajada en las serranías y malezas de los Pirineos!”

Si notare alguno que entre los versos de nuestro autor abundan tanto los del género erótico, queriendo deducir de aquí consecuencias acerca del estado en que se hallaba el corazón del poeta, reflexione, que muchos partos del ingenio deben su ser únicamente á la fantasía; sin que haya razón que baste á persuadir, que sea fuerza tenerlos por hijos de algún afec-

---

(1) El Lic. D. Carlos María Bustamante en la Necrología del P. Navarrete, que insertó en el diario de 9 de Agosto de 1809.

to de la voluntad. Puede también tener presente, que al enviar Navarrete sus poesías á Fabio, nombre que da á su hermano D. Blas, le dice:

“Las más veces instado  
“De la amistad y el ruego,  
“En “agenos amores”  
“Canté agradables metros.”

Así consta, y consta igualmente que las dos traducciones de unos versos de Galo, y la de otros de Angelo Poliziano, las hizo de orden del Rmo. P. Fr. José María Carranza, varón muy docto de la provincia franciscana de Michoacán, quien pretendió conocer de este modo los tamaños de nuestro poeta; y habiendo quedado muy complacido quiso acabar de formarle poniéndole en las manos el arte, del que se aprovechó Fr. Manuel maravillosamente; ya en la corrección de sus “Ratos tristes,” ya en la formación de otras obras posteriores.

Es muy difícil entre sus poesías señalar las piezas que sobresalen más por su mérito. pues no hay duda que los genios originales son fecundos en cualquiera clase de composiciones; pero es fácil hacer ver, que acertó á dejarnos en todas ellas lo más precioso y selecto que se puede encontrar en el ramo á que corresponden. Por eso en el estilo alegre y jocoso ya nos presenta, como en las “Flores de Clorila,” á la naturaleza engalanada, risueña y festiva, rebosando sólo placeres; ya toma sus colores de

los objetos más triviales, y nos pinta con la mayor viveza el alma cándida y pura de "la inocente Anarda:" ya se pone á acompañar con sus blandos acentos los tonos concertados de la "Música de Celia:" ya se entretiene en celebrar á la "Pollita" predilecta de la hechicera "Clori." Si fijamos la consideración en sus composiciones serias y majestuosas, como son las sagradas y morales, veremos ¡con cuánta majestad elige los conceptos! ¡con cuánto decoro los trata! ¡con cuánto respeto los expone! El nos lleva de la mano, y nos enseña: ¡cómo pregonan todas las criaturas, que vela sobre ellas una Providencia bienhechora! El nos llena del mayor entusiasmo cuando toma á su cargo el alabar el triunfo que consiguió la gracia en la CONCEPCION immaculada de MARIA. El nos hace erizar de horror representándonos la situación lamentable de un alma desdichada que ha sido privada para siempre de la gloria. Y ¿jamás alguna lira ha sido pulsada con tanta suavidad como la suya, al compás melancólico de la triste elegía? Díganlo sus "Ratos;" aquellos Ratos que parece que los formó la misma Melpomene, al lado de un espectro, ó en la pavorosidad de los sepulcros, rodeada de los despojos de la muerte.

Muchos censores juiciosos é instruidos, han sido de parecer que la poesía lúgubre era el carácter más natural de Navarrete; pero á pesar de la generalidad con que así se piensa, y del respeto con que debo mirar las opiniones



## —XI—

de los inteligentes, me atreveré á decir, que su verdadero carácter era, en mi concepto, la sencillez en la poesía pastoril. Me fundo en que no hay una sola pieza de esta clase en que no se vea bajo de esa misma sencillez una sublimidad á la que ciertamente no llegaron los más afamados autores en sus obras compuestas en aquel estilo. Después de haber arriesgado este juicio, que quiero sujetar á la decisión de los sabios, añadiré: que todas las poesías de nuestro insigne zamorano, llevan consigo como una carta de recomendación para que las apreciemos más los Americanos; por haber sido producidas en nuestra patria, y por un paisano nuestro que careciendo de aquellas ideas de comparación que se adquirieron con la residencia en diversos países del mundo, y destituido alguna vez aun de los libros preciosos, pensó por sí, y escribió por sí, recurriendo á sus propias reflexiones, y á una imaginación admirablemente fecunda.

Tal fué Navarrete considerado como poeta. Si no temiera yo cansar al lector con la dilación, me complacería en formar aquí un cuadro que le presentara copiado con todas aquellas prendas que hacían tan delicoso su trato personal; pero sacrificando este gusto en obsequio de la brevedad, le mostraré en una pequeña miniatura, ó por mejor decir, en un ligerísimo bosquejo.

Concedió el cielo á este hombre aquellas preciosas cualidades que constituyen á un sujeto

verdaderamente amable en una sociedad. Fué un alma verdaderamente noble, por lo que siempre aborreció todo género de bajezas. Su carácter fué sumamente ingénuo, y la doblez y el artificio, fueron vicios para él absolutamente desconocidos. Sus modales fueron afables; sus pensamientos sanos, y su conversación en extremo agradable. Su pobreza no le impidió ser franco, y muchas personas le vieron ejecutar acciones bastante generosas. El cuidado con que reservó sus poesías por tantos años; siendo así que por lo común se nota en los poetas un flujo irresistible de esperar á todos sus producciones, bien ó mal digeridas, es un argumento convincente de su moderación, y de la desconfianza que tuvo de sí mismo. El juicio que formó de ellas al remitirlas á su hermano, prueba claramente su humildad. El elogio que hizo á Carlos IV, por haber manifestado que le desagradaba el tormento, es un testimonio de que fué opuesto á la violencia. Mas entre tantas virtudes como le adornaron, campeaba y se llevaba la atención su filantropía. No le faltaron acoso en el discurso de su vida graves persecuciones; pero él amó sinceramente á los autores de éstas. Me parece que de ellos se estaba acordando, cuando en su 40, "Rato triste" después de asegurar que sólo por sus penas vivía en las soledades, y que no era enemigo de sus semejantes, añadió con tanta mansedumbre:

—XIII—

“Y aunque entre muchos de ellos me imagino  
“Como entre hambrientos lobos mansa oveja,  
“De nadie formo queja  
“Porque así lo dispone mi destino.”

Si tal fué su porte respecto de esos hombres, ¿cuáles serían las efusiones de su corazón, reservadas para aquellos sujetos con quienes vivió unido por los dulces lazos de una estrecha amistad? Dijo tú por todos, ¡oh sin igual ternísimo Fileno! (1) tú que fuiste depositario fiel de los arcanos de su pecho, y á quien profesó más que á nadie un cariño de que te hacías tan acreedor: di... pero nada digas, porque es bien claro que le hubiera sido imposible el componer muchas de sus obras, á no haber estado dotado de una exquisita sensibilidad. Por lo que toca á sus lineamientos exteriores, fué alto de estatura; blanco; de ojos azules; de pelo castaño y rizo; de buena presencia; de semblante halagüeño, y de tallo naturalmente airoso.

Nadie se imagine que he formado aquí una descripción estudiada no de lo que él fué, sino de lo que debía haber sido; como la que hizo Plinio de Trajano, y Marco Tulio de su Orador. Soy sincero, no pretendo engañar al

---

(1) Así llama en su 80. “Rato triste á Fileno,” nombre que dió á su muy amado amigo R. P. F. Vicente Victoria, franciscano de su misma provincia, y actualmente custodio de Rioverde.

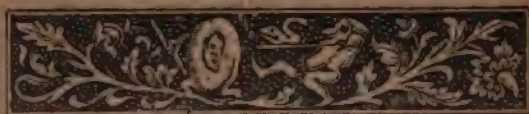
público, y aseguro: "Que en lo que he dicho ni siquiera hay exageración."

Este insigne poeta tan favorecido de las musas, este hombre tan amable en el trato de la sociedad, terminó la carrera de su vida hallándose de guardia en el real de minas de Nalpujahuá. Poco tiempo llevaba de residir allí cuando se sintió atacado de una retención de orina, que lejos de ceder á los remedios que se le aplicaron, se obstinó en tales términos, que fué preciso administrarle los santos sacramentos. Hallándose en esta situación, hizo salir de su recámara á una señora anciana que le cuidaba, llamada Doña Josefa Silva, con pretexto de enviarla por un medicamento; y aprovechándose de aquel intervalo, puso fuego á sus manuscritos. ¡De cuántas preciosidades nos privaría este incendio! En él se sabe que perecieron treinta sonetos dirigidos á Anarda. Agravóse la enfermedad de todo punto, y con tal rapidez, que en el cuarto día espiró Navarrete á las once y media de la mañana. Acaeció su muerte el día 19 de Julio del año de 1800, á los cuarenta y un años de su edad. Fué sepultado su cadáver al siguiente día en la iglesia del mismo convento. Confieso que me faltan expresiones con qué significar lo amargo de mi pena.... ¡Lector! si eres sensible, añade aquí una lágrima á las muchas que entonces derramaron sus parientes y amigos.

Los elogios de tan recomendable varón deberían escribirse por un Salustio, ó un Plu-

tarco, que ensalzaran del modo debido el relevante mérito de un AMERICANO cuya fama pasará, para honor de su patria, a las más remotas generaciones.

---



## ELOGIO

DE FR. MANUEL NAVARRETE, POR D.  
MARIANO BARAZABAL, O SEA SUEÑO  
MITOLOGICO DEL ARCADE ANFRISO.

### ROMANCE ENDECASILABO.

Hijas de Jove, la empuente cumbre  
Dejad del Pindo, y á la patria mfa  
Bajad, cual suele del hermano vuestro  
La luz hermosa que al viviente anima.

Si, divas musas, descendid ufanas  
Al suelo fausto do la vena rica  
Nació del oro, por desgracia suya,  
Pues la hizo blanco de la vbl colicla....

Que no de tal riqueza, ni de cuantas  
Tiene por dote la morena ninfa  
Del vasto septentrión, que no vió Aloides,  
Jacta soberbia ni presume altiva.

América blasona, sacras deas,  
Y forma en ello toda su delicia,  
O de que vos lactéis sus hijos caros,  
O de ser de los vuestros la nodriza.

A vos toca elegir: no es fácil caso.  
¡Oh! luego que sepáis la causa digna  
Por qué os emplaza mi atrevido labio,  
Disputaréis á América la dicha.

Toda esta exclamación me figuraba  
El ensueño más dulce de mi vida,  
Que si fugado por la ebúrnea puerta; (1)  
Pero no Fobetor (2) lo presidía.

Y es que una noche la pasé en mi lecho  
Entregado á tan placida vigilia,  
Cual la de leer del "Cisne Americano"  
La hechicera dulcísima poesía.

Morfeo envidioso se acercó invisible  
Poco antes que la estrella matutina

---

(1) Finge la fábula, que los sueños de cosas  
que resultan verdaderas salen por una puer-  
ta de cuerno, y los que sólo son ilusiones de  
la fantasía, por una de marfil.

(2) Dios que presidía los sueños funestos y  
espantosos.

Anuncie la alba: y esparció el beleño,  
Y de la flor de Adonis la semilla. (1)

Mas no bastando diligencia tanta  
Las alas bate: mata la bugía:  
Olera mis ojos: y el melifluo poema  
De mí ya floja mano se desliza.

Empero, no triunfaste, dios del sueño:  
Si el cuerpo duermes, vela el alma mía;  
Y en las alas del éxtasis más dulce  
Mírale hablando con las musas mismas.

La ilusión sigue; yo me veo en la falda  
Del Pindo sacro: las supernas hijas  
Del alto Jove con acento blando  
Oigo que dicen: "Sube hasta la cima.

No temas: sube, Anfriso, que al Parnaso  
Subir merece quien virtuoso aplica  
El favor de las musas á su patria;  
Y esto ha honrado la serie de tu vida."

Yo menos suficiente que alentado,  
La senda estrecha que á la cumbre guía  
Piso con luengos desiguales pasos,  
Ya bien hollando flores ó ya espinas.

Jamás me viera de la excelsa cumbre,  
A no ser por milagro de las divas,

---

(1) Muerto Adonis por un jabalí, fué convertido en amapola, cuya semilla es la adormidera.



En dó su celestial castallo coro  
Tienen las nueve hermanas peregrinas.

Llego: las miro: y prostermado apenas  
Me deja absorto la visión divina  
Cuya pintura el estupor me veda,  
Cual imposible á mi profana lira.

Decid vos lo que ví, Plérides almas.  
O tú, délfico sacro, tú lo digas:  
Tú que presides á la par que al cielo  
Del sacro monte la mansión elfsea.

Mientras, sólo diré, que interrogado  
Por ¿cuál es el asunto que motiva  
Mi osada invocación? respondo firme:  
"El alma NAVARRETE: sus poesías.

¿De cuál de vos es hijo predilecto,  
Deseaba saber mi patria, santas divas?  
Hoy que las prensas sudan con sus obras,  
Y honrarse quiere la tipografía."

Erato dice luego: "Mfo es el lauro,  
Que NAVARRETE sólo amor respira;  
Y en líricas bellezas basten sólo  
Las amorosas "flores de Clorila." (1)

Sorprendida Caliope dice: "¿Cómo?  
MANUEL cantó el amor; pero ¿te olvidas  
De que á mi influjo le premió en su alcázar  
Minerva docta las "heróicas rimas?" (2)

---

(1) Pág. 9, tom. I.

(2) Pág. 77, tom. II.

Entonces dice Clio: "Perdona, hermana,  
Que si en la "historia" la "epopeya" finca,  
Yo, yo la madre soy del alma vate,  
Por ese y otros poemas que no indicas."

"Son sus versos retóricos, morales,  
Y madre suya soy:" dijo Polimnia.  
"Mas bien lo fuera yo si aparecieran  
Sus bellos dramas:" (1) replicó Talía.

Euterpe con Tersicore disputa  
De mil composiciones exquisitas  
Lo discreto, lo fluido, lo gracioso,  
En el "idilio" y "sátira" festiva.

Aquí la gamebunda Melpomene  
Un suspiro lanzando dice: "Amigas,  
Repasad de MANUEL los "Ratos tristes:" (2)  
Las flébiles dolientes "Elegías:" (3)

Y si no os deshacéis en dulce llanto  
Confesándome luego enternecidas  
Que yo la madre soy, el Pindo dejo,  
Y á morar voy en la laguna Estigia."

"Yo me subiré al cielo, grita Urania,  
Dó el alma de MANUEL estrellas pisa,  
Si en el Pindo me niegan ser su madre.  
Por sus "Místicos poemas," de Justicia.

---

(1) El autor de este elogio tiene noticia de  
que el sabio Navarrete hizo piezas dramáticas.

(2) Pág. 11 hasta la 58, tom. II.

(3) Pág. 58 á la 77, id.

¿Quién cantó "la Divina Providencia:" (1)  
El vate que entonó "la pura," "limpia,"  
"Inmaculada Concepción" gloriosa  
(Mitológicos venia...) de MARIA, (2)

Podrá dejar de ser hijo mimado  
De musa celestial? ¿Quién lo imagina!  
Y puesto que yo soy musa del cielo,  
Silencio, hermanas, que la gloria es mía."

La discusión se enciende entre las musas:  
¿Qué de imágenes hallan peregrinas  
En loor de NAVARRETE! ¿qué de encomios!  
¿Qué digna emulación! ¿qué noble envidia!

¡Sí, mi querida, mi adorada patria!  
Yo empeñadas miré á las Nemosinas  
Contentar por ser madres del que hiciera  
La lengua de los dioses más pulida.

Pero, ¿qué es lo que miro? Cuando estaban  
En más calor, de Júpiter las hijas,  
Con nueva refulgente luz hermosa  
La inaccesible cumbre se ilumina.

Una nube más alba que la nieve  
Que descansaba en la frondosa cima,  
Descórrese cual velo en dos mitales,  
Y al rubicundo Apolo patentiza.

---

(1) Pág. 181 á la 201, *Id.*

(2) Pág. 201 á la 228, *Id.*

Sentado estaba en una silla de oro,  
Tachonada de estrellas diamantinas:  
El semi-dios MANUEL al diestro lado  
Y al opuesto la AMERICA se vían.

“Hermanas, dijo el dios, Piérides, basta.  
Mi hijo es éste. Su madre esta gran INDIA,  
Deldad del septentrión. El amor su ayo.  
Vosotras, claras musas, sus “nodrizas”....

En aquel nuevo mundo se levanta  
Otro nuevo Parnaso, y la justicia  
Manda: que un nuevo Apolo en NAVARRETE  
Ocupe mi lugar, y le presida.

Decidle á ese atrevido anahuacense,  
Ese que, cual mi río, se denomina  
“Anfriso,” (1) que en el Pindo no hay tiranos.  
Y aplaudo su patriótica osadía.

Que á su patria se vuelva, proclamando  
A este su compatriota y mi delicia;  
No “al Cisne Americano; al nuevo Apolo,”  
Y....” yo despierto, y la ilusión termina.

---

(1) “Anfriso,” río de Tesalia en cuyas orillas vivió Apolo, cuando desterrado del cielo guardaba como pastor los ganados de Admeto.

---



## Entretenimientos Poéticos.

Qui legis, tuam reprehendo si mea laudas  
omnia, stultitiam; si nihil, invideam.

OWEN.

Tu estulticia reprehendo,  
Lector, si en todo me alabas;  
Y tu envidia, si me niegas  
En parte las alabanzas.

### A FABIO

En la remisión de estas poesías

Como en triste sepulcro,  
En un estante viejo,  
Condenados á olvido  
Yacían mis pobres versos:

Pero á la voz que manda  
En todo lo que tengo,  
Fueron saliendo todos  
Los miserables muertos.

Dame pena el mirarlos  
Carcomidos del tiempo,  
Animándome á darles  
Algún semblante bueno.

Ya les quito, ya les pongo;  
Y al fin de todo advierto,  
Que en vano se compone  
Lo que de suyo es feo.

No obstante, Fabio, al modo  
De anatómico diestro.  
Que un esqueleto forma  
De carcomidos huesos:

De la misma manera  
Por sólo tus preceptos,  
Hice éste como libro,  
De mis mohosos versos.

Hácerte yo querría  
Un ramillete ameno,  
Del monte de las musas,  
Con floridos conceptos:

Pero, ¡vanas fatigas  
De inútiles deseos,

Si Apolo no me inflama  
Con su divino fuego!

En juveniles años,  
Y alegres pasatiempos,  
El amor fué mi númen: .  
¿Cuáles serán mis versos?

Pero debo advertirte,  
Que de su blando plectro  
No siempre me he valido  
En algún propio empeño.

Las más veces instado  
De la amistad y el ruego,  
En agenos amores  
Canté agradables metros.

De aquí nace la especie  
De nombres tan diversos,  
"Filis," "Doris," "Clorila,"  
Y otros mil sobrepuestos.

En todos, ya supongo,  
Por todos sus aspectos,  
La falta del adorno,  
Y también del ingenio.

Pero tú bien lo sabes:  
El alcázar supremo  
De las ciencias no he visto  
Sino muy á lo lejos.

Por eso me disfrazo  
En simple zagalejo,  
Y en humildes cabañas  
Las más veces me sueño.

Por eso á mis muchachas  
Por los campos las llevo,  
Ya tejiendo guirnaldas,  
Ya guardando corderos.

Por eso.... pero basta  
De por esto y aquello:  
Cada cual reproduce  
El carácter del genio.

Por último, te encargo,  
Que no pongas mis versos  
Donde malignos momos  
Tal vez puedan monderlos.

Después mas que descuides  
De ratones perversos,  
De crueles polillas,  
Y otros animalejos.

Aquellos son peores,  
Porque aunque éstos, es cierto  
Que devoran las hojas;  
Pero el honor aquellos.

Y en este caso, estaban  
Mejor mis pobres versos,  
Como en triste sepulcro,  
En un estanque viejo.



## Prólogo ingénuo

---

Dirá quien mis versos lea  
Tal vez sin ningún primor:  
"Váyase el rudo pastor  
A cantar allá á su aldea .

Mas para cuando así sea,  
Desde ahora mi musa acuerda  
Dícele, pues que discuerda  
Con su oído mi estilo llano:

"Vaya el necio ciudadano  
con su crítica á la" mi-  
re-fá-sol-fá. "Esto es, á co-  
mer con música, que son dos  
gustos á un tiempo."

---

## Las flores de Clorila, dedicadas á Fileno.

### PROLOGO.

Quæris unde mihi toties scribantur amores?  
Unde meus veniat mollis in ore liber?  
Non hoc Calliope, non hoc mihi cantat Apollo;  
Ingenium nobis ipsa puella facit.

PROPER, lib. 2o., eleg. 1.

### TRADUCCION LIBRE.

¿Preguntarás acaso,  
Lector, si en mis acentos  
Tienen parte los dioses  
Que cuidan de los versos?

Respondo, que ninguna:  
Sino que el rostro bello  
De una hermosa muchacha  
Ha templado mi ingenio.

Clorila, sí, Clorila,  
La pastora que quiero,  
Infiama mis versillos  
Con su amoroso fuego.

¿Para qué son de Apolo  
Inspirantes reflejos,  
Si me influye más suave  
La luz de sus ojos?

¿Pues que si de sus labios,  
De sus labios risueños  
La sonrisa imagino?....  
Helicon no quiero.

Lejos de mí el Parnaso,  
Que ya para hacer versos,  
Sí, lector mío, á Clorila,  
A Clorila me atengo.

#### ODA PRIMERA.

Los versillos sabrosos  
Que cantaba á Clorila,  
Zagala del ameno  
Valle de las olivas:

Alegres producciones  
Fueron de aquellos días,  
Que entre gustos se pasan  
Cual sombras fugitivas.

Hoy á su rudo labio  
Mi musa campesina  
Los vuelve, acompañados  
De su avena festiva.

Escucha pues, Fileno,  
En dulces cancioncillas,  
Amores inocentes  
De Silvio y su Olorila.

Como en un ramillete  
Advierte en esta obrilla,  
Las más preciosas flores  
Que los tiempos marchitan.

¡Ay edad halagüeña!  
Huyeron tus delicias,  
Sin dejarme otros frutos  
Que punzantes espinas.

Espinas, ¡ay, Fileno!  
Que en la restante vida,  
El corazón me pasan,  
Y el contento me quitan.

¡Ay agradables ratos,  
Cuando á la verde orilla  
De una fuente risueña  
Estaba con Olorila!

¡Cuando á la fresca sombra  
De robustas encinas,  
Cantábamos iguales  
Mil amorosas dichas!

¡Ay, hermosa muchacha:  
La memoria afligida  
Esprime por los ojos  
Estas tristes reliquias!

Como quiera que sean  
Estas "flores" ó "espinas,"  
A tus aras, Fíleno,  
Mi afecto las dedica.

Allí estarán honrando  
Nuestra amistad antigua,  
Que durará, no hay duda,  
Más allá de la vida.

## ODA II.

Como yo cuando canto  
Del pueblo me retiro  
Al silencioso bosque  
De cedros y de pinos:

O á la orilla agradable  
De los sonoros ríos:  
O al valle donde pacen  
Mis mansos corderillos:

Seguro me contemplo  
De censores malignos,  
Que por las propias obras  
Juzgan ajenos dichos.

Hame de holgar ahora  
Con algunos versitos,  
Que á Clorila cantaba  
Allá cuando era niño.

Sus flores, ó sus gracias,  
Que todas son lo mismo,  
Cantar quiero. Tu flauta  
Me presta, oh Cupidillo.

Sí, Cupidillo tierno,  
Muy mole, muy blandito  
Me inspira, que no me oyen  
Los censores malignos.

Así te ofrezcan dones  
Chigre, Amatunta, Guido,  
Todo el mundo: ¿pues dónde  
No te hacen sacrificios?

Ni el joven floreciente,  
Ni el anciano marchito,  
Se desdennan de darte  
Culto no merecido.

A los ardientes soplos  
De tu madre, yo he visto  
Que en tus aras se queman....  
Rubor me dá el decirlo.

Basta, Amor: lo que importa  
Es, que con blando estilo  
Me inspires, que no me oyen  
Los censores malignos.

Despierta en mi memoria  
Los sabrosos versillos,  
Que á Clorila cantaba  
Allá cuando era niño.

Mas de modo, que siendo  
De mi Clorila dignos,  
Lo sean también de todos  
Los honestos oídos.

ODA III.

Por la margen de un río  
Que mansamente corre,  
La zagala Clorila  
Cogiendo estaba flores.

Una le pido, y ella  
Tan inocente entonces,  
A escoger de las que echa  
En sus faldas me pone.

Su confianza respeto;  
Mas entretanto díome  
Palabras de ser mía  
En licitos amores.

Pasó el verano: vino  
El otoño; y conforpes  
Fueron siempre los frutos  
A sus honestas flores.

Aprended, zagalejas,  
Y vosotros pastores,  
A disfrutar placeres,  
Que no son los de Dione.

Sus flores, ó sus gracias,  
Que todas son lo mismo,  
Cantar quiero. Tu flauta  
Me presta, oh Cupidillo.

Sí, Cupidillo tierno,  
Muy mole, muy blandito  
Me inspira, que no me oyen  
Los censores malignos.

Así te ofrezcan dones  
Chipre, Amatunta, Guido,  
Todo el mundo: ¿pues dónde  
No te hacen sacrificios?

Ni el joven floreciente,  
Ni el anciano marchito,  
Se desdían de darte  
Culto no merecido.

A los ardientes soplos  
De tu madre, yo he visto  
Que en tus aras se queman....  
Rubor me dá el decirlo.

Basta, Amor: lo que importa  
Es, que con blando estilo  
Me inspires, que no me oyen  
Los censores malignos.

Despierta en mi memoria  
Los sabrosos versillos,  
Que á Clorila cantaba  
Allá cuando era niño.



Mas de modo, que siendo  
De mi Clorila dignos,  
Lo sean también de todos  
Los honestos oídos.

ODA III.

Por la margen de un río  
Que mansamente corre,  
La zagala Clorila  
Cogiendo estaba flores.

Una le pido, y ella  
Tan inocente entonces,  
A escoger de las que echa  
En sus faldas me pone.

Su confianza respeto;  
Mas entretanto díome  
Palabras de ser mía  
En licitos amores.

Pasó el verano: vino  
El otoño; y conformes  
Fueron siempre los frutos  
A sus honestas flores.

Aprended, zagalejas,  
Y vosotros pastores,  
A disfrutar placeres,  
Que no son los de Dione.

ODA IV.

Un grupo delicioso,  
Por natural milagro,  
De entretejidas flores  
Formó el ameno prado.

Entróse allí Cupido  
A descansar un rato,  
De aquellas travesuras  
Ajenas de un muchacho.

De los pequeños hombros  
Baja el carcax dorado,  
Y en el florido lecho  
Se entrega al sueño blando.

Como otras ocasiones  
Salió Clorila al campo,  
A engalanar su frente  
Con lo mejor del mayo.

Hecha mano del grupo,  
Donde dormido acaso  
Estaba el hijo hermoso  
De Vénus muy amado.

¡Quién creyera! ya fuese  
Por voluntad del hado,  
O por otra cualquiera  
Hechura del acaso:

Entre claveles rojos,  
Y entre jazmines albos,  
No sé cómo, enredóse  
El diosezuelo incauto.

Las alas temblorosas  
Bate el rapaz cuitado,  
Para quedar asido  
Más y más con los lazos.

Admirada Clorila,  
Suspensa estuvo un rato;  
Pero luego entreteje  
Al Amor con los ramos.

A su frente lo lleva,  
Y el Amor más ufano  
Que si la misma Vénus  
Le pusiera en sus brazos,

Desde allí á los pastores  
Que coge descuidados  
Les dispara sus flechas,  
Que son ardientes rayos.

Pues yo, que á tu guirnalda  
La estoy siempre mirando,  
Y vengo á ser por esto  
De Amor el mismo blanco:

¿Cómo tendré este pecho,  
Clorila? Con mil dardos

Le siento, sí, Clorila,  
Le siento atravesado.

¡Ay! suelta al picarillo,  
Y á la alma Vénus dalo,  
Que menos que tus flores  
Hará en su seno daños.

¡Ay! suéltalo, Clorila,  
Que viejos y muchachos  
Se quejan en la aldea  
De su fogoso estrago.

ODA V.

Calle la fama ahora  
De Chipre, y no me diga  
Que sus alegres huertos  
Ofrecen mil delicias.

El huerto compendiado  
De mi bella Clorila,  
Contiene menos flores;  
Pero de más estima.

Cuando estoy asaltado  
De negra hipocondría,  
Me brinda mil placeres  
En estas flores mismás.

Claveles en sus labios  
De púrpura encendida,

En sus ojuelos hiedras,  
Rosas en sus mejillas.

¿Qué dices, Vénus blanda,  
Del huerto de Clorila?  
¿Son así ó se parecen  
Las chipriotas delicias?

¡Qué distancia tan grande,  
Oh Vénus, se divisa  
Entre unas y otras flores,  
Aunque tú lo resistas!

Aquellas aparecen  
Con agudas espinas;  
Pero éstas, aunque gratas,  
Son de honestas delicias.

Sí, Vénus: y te juro  
Que á pesar de tu envidia,  
No se ajarán las flores  
De mi amada Clorila.

#### ODA VI.

Con otras zagalejas,  
Un día de verano,  
Por modo de paseo,  
Salió Clorila al campo.

Cuando daban la vuelta,  
Traían en las manos

Hacecillos curiosos,  
De flores matizados.

Sobre las rubias trenzas,  
Que el aire iba soplando,  
Se ostentaban las rosas  
Que habían entrelazado.

Dispuso la fortuna  
Que yo saliera al paso:  
Clorila díome luego  
Un muy gracioso ramo.

Ramo que había sido  
Lisonja del olfato,  
Emulo de los otros,  
Y honor ya de mi mano.

Algunos pastorecillos  
Que supieron el caso,  
Su inocencia y mi dicha  
Gruñeron y ladraron.

Mas yo digo á Clorila:  
¿Cuándo vuelves al campo  
Con otras zagalejas  
Un día de verano?

#### ODA VII.

Esas que los zagales  
Llamamos chupa-rosas,

Tras tu guirnalda vuelan,  
Clorila, á todas horas.

Algunos pastorcillos  
Emulos de mi gloria,  
Andan también como ellas  
Al olor de sus rosas.

A todos los desprecia;  
Porque éstos y las otras,  
Son por rumbos opuestos  
Hambrientas chupa-rosas.

#### ODA VIII.

De su guirnalda misma,  
Y con su misma mano,  
Clorila en mi sombrero  
Puso el más bello ramo.

Trafá acaso entonces  
Un hermoso durazno,  
Agradable primicia  
Del huerto que yo labro.

Díselo; y ella luego  
Lo echó en su seno blando,  
En señal cariñosa  
De merecer su agrado.

De este modo Clorila  
Advierte que su mano

No cultiva la tierra  
De algún estéril campo.

No faltó quien dijera,  
Que los lances trocamos;  
Pero si bien lo dijo,  
No lo sé, ni lo indago.

Sólo sé que en mi pecho  
Sentí un placer extraño;  
Pero tan dulce y vivo  
Que.... no podré explicarlo.

Por esto á mi Clorila  
Le digo cada rato:  
Dame flores, Clorila,  
Y te daré duraznos.

#### ODA IX.

Sobre la blanda yerba  
De una selva florida,  
Sus párpados-al sueño  
Entregaba Clorila.

La celestial fragancia  
De su cara divina,  
Un enjambre de abejas  
Convoca á toda prisa.

Cuál se pega á los labios,  
Y quién á las mejillas,



Por dar á sus colmenas  
De tan sabroso almíbar.

Clorila que despierta:  
Y tantas abejitas  
Fueron luego despojo  
De sus divinas iras.

A vista del suceso,  
Que á todos intimida,  
En rústicas zampoñas  
No hay zagal que no diga:

“Que el amor liba sólo  
“Las flores de Clorila;  
“Y para Silvio, y no otro,  
“Sus panales fabrica.”

#### ODA X.

En pos de tu guirnalda  
Estoy, Clorila, viendo  
Mil simples mariposas,  
Mil tiernos zagalejos.

¿Cuál es mayor, discurre  
Por contrarios extremos,  
Si de aquellas lo incauto,  
O la malicia de éstos?

Si respuesta acertada  
Me dieres, te prometo  
Un cabrito manchado,  
Que aún no asoma los cuernos.

ODA XI.

Ajar las tiernas flores  
De mi dulce zagala  
Quieren pastores necios  
Con maliciosa instancia:

Pero aunque ellos parecen  
Pajarracos que graznan,  
Cuando viles no ensucian  
Las flores que intentaban.

Yo, como centinela  
De sus flores amadas,  
Advierto que su dueño  
Con recato las guarda.

Y al instante cogiendo  
La honda necesaria,  
A los pájaros bobos  
Les tiro esta pedrada:

“Aves de mal agiero,  
“Mil veces mal os haya;  
“Y que os sean como espinas  
“Las flores de mi amada.”

ODA XII.

Un sueño misterioso,  
Dulce Clorila, atiende,

Me lleva por un prado  
De flores muy recientes.

Hacer una guirnalda  
Allí se me previene,  
Mas ¡ay! que un áspid sale  
De entre el florido albergue.

Grito, corro; y el susto  
Del letargo me vuelve:  
Y ya despierto, acaso  
Será bien que te ruegue:

"Que no me des motivo  
"Jamás porque me queje  
"De los sueños, que pintan  
"Entre flores serpientes."

#### ODA XIII.

Un ramillo de flores  
Lleva en su pecho blanco  
La zagala que adoro,  
Muchacha de quince años.

Al olor que despiden  
Las joyuelas del mayo,  
Siguenla los pastores  
Que encuentro por el campo.

Cécanla como abejas,  
Pero, vamos al caso,

Todos huelen las flores;  
Mas nadie lleva el ramo.

Yo, que detrás de todos  
Me divierto mirando,  
Al enjambre inexperto  
Este versillo canto:

“Apartaos, zagalejos,  
“Clorila me ha contado,  
“Que á sus flores no llegan  
“Insolentes muchachos.”

#### ODA XIV.

Como nunca de hermosa  
La zagala Clorila  
Se presenta á mis ojos  
Haciendo florecitas

Ya construye una rosa  
Que emula sus mejillas,  
Ya una blanca azucena  
Que su candor imita.

Ya un clavel cuyas hojas,  
Según su roja tinta,  
Parece que salieron  
De sus labios teñidas.

El azul de sus ojos  
En una hiedra tira....

Yo creo que mi zagala  
Se retrata á sí misma.

Así que ha completado  
Su producción florida,  
De su rubia madeja  
Se desata una cinta.

Una guirnalda teje,  
Y con su mano misma  
Ciñe mi alegre frente,  
Por coronar mis dichas.

En la estación risueña  
No sale á las campiñas  
Más galán el verano  
A expensas de su ninfa,

Como yo, zagalejos,  
Me presento á la vista  
De toda la cabaña,  
Por mi amada Clorila.

Ayudadme, pastores,  
A celebrar mis dichas,  
Y al són de nuestra flautas  
Conmigo todos digan:

“¡Ay zagaleja hermosa!  
“Tu Silvio te suplica,  
“Que con tus bellas flores  
“Otra frente no ciñas.”

ODA XV.

Un niño pequeñuelo  
Con inocente mano  
Jugaba con las flores  
De un delicioso prado:  
Así se divertía,  
Y con gorjeos blandos  
Engañaba del tiempo  
Algunos tristes ratos.

Mas ¡ay! furiosos vientos  
Que corren desatados,  
Deshojando las flores  
Le privan de su encanto.

Llora el niño.... y entonces  
Viendo que es un retrato  
De amor, delicia, ofensa,  
Todo lo que ha pasado:

"Te ruego, mi Clorila,  
"Que de algún fiero agravio  
"No deshojadas sean  
"Las flores que yo canto:"

ODA XVI.

Auséntase Clorila,  
Y en este mismo instante  
Que es de todas mis dichas  
El triste último vale:

Mi corazón, si puedo  
De este modo explicarme,  
Como el campo se queda  
Cuando el verano sale.

"A Dios, digo, Clorila:  
"Y pues contigo parten  
"Las flores que conmigo  
"No permiten quedarse:

"Te pido las defiendas  
"Del invierno que sabes,  
"No con un torpe hielo  
"Vayan á marchitarse."

Ella me lo asegura  
Con aquellos modales,  
Que su dulce inocencia,  
Tiene para estos lances.

Y mientras que no vuelvan  
Las flores de mi amante,  
Estése mi cañuela  
Pendiente de este sauce.

Y el hijuelo de Vénus  
Que dictó estos cantares,  
La más amarga ausencia  
A llorar me acompañe.

---

LA INOCENCIA,  
Dedicada  
á la Arcadia Mexicana. (1)

DEDICATORIA.

¿Con qué podré mi musa,  
ARCADIA MEXICANA,  
Darte por tanto elogio  
Las más debidas gracias?

¡Oh tú, "Quebrara" amable,  
Que en producciones tantas  
La suave esencia quinta  
De las Piérides sacas:

---

(1) Hallándose el autor de misionero en la villa de San Antonio de Tula, colonia del Nuevo Santander, en el año de 1807, dedicó las diez siguientes Odas á los poetas cuyas producciones salían entonces en los diarios de México: á quienes habla en la siguiente Dedicatoria, bajo de aquellos nombres que ellos se daban en sus versos.—E.



Y tú, melífero "Mopso,"  
Que de tu lira blanda  
Privaste á los que atentos  
Sus tonos escuchaban.

Y tú, fogoso "Arezi,"  
A quien la edad no apaga  
Con sus escarchas frías  
De amor la ardiente llama.

Y tú, que tras las hijas  
Del gran Júpiter andas,  
"Aplicado," travieso  
En las discretas chanzas.

Y tú, que misterioso  
En cuatro letras guardas (1)  
Un nombre que merece  
Le publique la fama.

Y tú, "Can-azul" diestro,  
Que la discordia espantas,  
Al són de las cañuelas  
Que te dieron las gracias.

"Uribe Deoquin".... todos  
Los que en el diario se hallan,  
Tejiéndole á mi musa  
Diferentes guirnaldas:

---

(1) J. M. R. C. Así se firmaba uno en el  
diario.—E.

Con ellas ha subido  
A la cumbre elevada  
De Apolo, y hoy se mira  
Entre las nueve hermanas.

Allá en felice vuelo  
De vuestras grandes alas  
Subió.... ¡milagros todos  
De vuestras alabanzas!

¿Con qué podrá, pues, ella  
Corresponderos grata,  
Sino con repetiros  
Lo mismo que os agrada?

Vosotros lo habéis dicho;  
Y así estas Odas vayan,  
Que alaban la inocencia  
De una simple muchacha.

Ellas son, en algunas  
Horas desocupadas,  
A manera de alivio  
De mi tristeza amarga.

Mi musa las entona,  
Y estas altas montañas  
De la villa de Tula  
Repiten sus tonadas.

Los pastores en ellas  
Aprenden como se ama;

Y á serles siempre fieles  
Se enseñan sus zagalas.

Escuchadlas, pastores  
De la moderna ARCADIA:  
Escuchadlas benignos,  
Y perdonad sus faltas.

### ODA PRIMERA.

#### Introducción.

Cantar de la "inocencia"  
Los amables candores,  
Será el más propio asunto  
De mi campestre albugue.

Musa, la que desdeñas  
A los sublimes hombres  
Que se van á las nubes  
En sus grandes transportes:

Y que sólo te dignas  
Animar los cantores,  
Que entonan agradables  
Sus humildes canciones.

Tú, que á mi ruego fácil  
Por estos densos bosques  
Me acompañas algunas  
Felices ocasiones:

Ahora más que nunca  
Benigna nie socorre,  
Porque de la inocencia  
Quiero cantar loores.

Loores, que soberbios  
Allá en algunas cortes,  
Desprecian los que ciegos  
Su objeto no conocen.

Y tú, virtud del cielo,  
Alma inocencia, acorre,  
Vuela y dale á mi musa  
Tú merced y favores.

Preséntale tu imagen  
Bajo el rostro y colores  
De la cándida Anarda,  
Zagala de estos montes.

Y haciendo este milagro,  
Verás los vicios torpes  
Que arrastrándose huyen  
Y en sus cuevas se esconden.

Verás en tus altares  
Las más preciosas flores  
Que brotan los afectos  
De nuestros corazones.

Mientras que la comarca  
Te llama con el nombre

De la diosa que influye  
En los castos amores.

Y la fama alentando  
Su retorcido bronce,  
Alegre desparrama  
Tus gracias por el orbe.

Esto baste, inocencia:  
Y que mi musa sople,  
Que ya mi albogue suena,  
Y las cabañas le oyen.

ODA II.

LA ZAGALEJA.

Erase en estos campos  
Una graciosa niña,  
Que nunca vió la cara  
A la negra malicia.

Llevóla su inocencia  
De acuerdo con mi dicha,  
Por dó estaba yo en vela  
De mis pobres cabritas.

En sus negros ojuelos  
Que el dulce halago habita,  
Y en sus purpúreos labios  
Que se bañan de risa,

Se asoma milagrosa  
La honestidad sencilla,  
Que si esperanza alienta,  
También temor inspira.

Amor, que de mi pecho  
Su blanda cuna hacía,  
Como yo la mirase,  
Despierta á toda prisa:

Y luego por el aire  
Batiendo sus alitas,  
Se va al tierno regazo  
De la silvestre ninfa.

Ella teme cobarde  
Al verle una ascua viva,  
Y de su seno de ámbar  
Le arranca y precipita.

Mas luego su ternura,  
Superior á lo esquivo,  
Del suelo lo levanta,  
Y le hace mil caricias.

¿No te acuerdas. Anarda,  
De las primeras visitas  
Que tuvimos? ¡Ay tiempos  
De nuestra alegre vida!

Huyeron.... mas dejando,  
Sin aguar nuestras dichas,

Mil motivos gloriosos  
De inocentes delicias.

Porque ellos solamente  
Lo caduco dominan;  
No la virtud, que el alma  
Sus bienes eterniza.

### ODA III.

#### LA SIMPLICIDAD.

Cuando en la dulce Anarda  
Cual por vidrieras veo  
Aquella su agradable  
Inocencia del pecho:

Me acuerdo lo que sablos  
Decfan nuestros viejos  
A todos sus muchachos  
En pastoriles versos.

Al són de sus zanpoñas  
Cantaban, que hubo un tiempo  
En que bajó á los campos  
Una virtud del cielo.

Los hombres que al mirarla  
Nuda y de rostro bello,  
El nombre de la amable  
Simplicidad le dieron.

Y que amada de todos  
Siempre estaba con ellos,  
En sus selvas y chozas,  
En sus mesas y lechos.

Y que así como el orbe  
Se anima por el fuego;  
Así por ellas todos  
Los humanales pechos.

Pero, que vino un día  
Obscuro, en que con ceño  
Doble la vió el engaño,  
De falsedad cubierto:

Que asustóse; y turbada,  
Dejando nuestros techos,  
Se fué á las soledades  
De los incultos cerros,

A vivir con la humilde  
Yerbecita del suero,  
Con inocentes aves,  
Y con mansos corderos.

¡Oh virtud, que en mi Anarda  
Tienes como un espejo;  
Así como en la luna  
El resplandor febeo!

Tú, liberal la envías  
De allá desde tan lejos,



Tus mercedes y gracias,  
Que ella guarda en su seno.

Donde yo cariñoso  
Y rendido, te ofrezco,  
Como en ara sagrada,  
Mil sacrificios tiernos.

#### ODA IV.

##### LA CORDERITA.

Una mansa cordera  
Tiene la dulce Anarda,  
Que yo la di obsequioso  
De mi corta manada.

Sonoros cascabeles  
Le cuelga en la garganta,  
Y un penacho le forma  
De cintas coloradas.

Erase la ovejilla  
En la verde campaña,  
Envidia de las otras,  
Y hechizo de su ama.

Mas ¡ay! un lobo fiero  
Que en la noche callada  
Bajó, cuando yacía  
En sueño la cabaña:

Del hambre que le roe  
El corazón y entrañas  
Agitado, la embiste,  
Y su sangre derrama.

¿Dó, Pan, estás dormido?  
¿Por qué tu ronca flauta  
Con siete horrendas voces  
A las fieras no espanta?

Y no que Anarda triste  
Hoy llora por tu causa,  
Sin admitir consuelo,  
Mil lágrimas amargas.

Pero tu llanto enjuga,  
Tiernísima zagala,  
Que si la oveja ha muerto  
Aquí tienes mi alma.

Mi alma que te quiere  
Con un amor sin mancha,  
Como otra corderita,  
Que te traeré mañana.

Pero, cuidado, mira  
Que de otros montes bajan  
Otros lobos, hambrientos  
De otras corderas mansas.

Guárdate siempre de ellos....  
De los hombres te guarda,  
Que carnívoros buscan  
A las simples muchachas.

ODA V.

EL PREMIO.

Pídenme las zagalas  
Que les cante la bella  
Perspectiva que forma  
La alegre primavera.

El caso es venturoso,  
Pues su favor me empeñan  
Lesbia, Lidia, y Anarda,  
Con mil dulces promesas.

Rendíme, pues, gozoso:  
Rendíme..... ¿Y quién pudiera  
No rendirse á la instancia  
De tres muchachas tiernas?

A su influjo suave  
Desatóse la vena,  
Y espacióse mi musa  
Por la pintada selva.

Y así cantaba el cómo  
Y el cuándo á nuestras tierras  
Se asomaba la diosa  
De la estación risueña.

Y cómo va sembrando  
Sus flores por la selva.

Que por cogerlas corren  
Las lindas zagalejas:

Mientras que los pastores  
Con blandas cañueclas  
Mis amores las cantan  
Y sus gracias festejan;

Con otras muchas cosas  
Que llenaron la fiesta  
Y que aunque no son malas,  
Pero que son ya viejas,

Cantaba: y luego quita  
De sus doradas hebras  
Lesbia un listón morado,  
Y lo faja á mi trenza.

Al dedo pequeñito  
Una ebúrnea fineza  
Saca Lidia, y al mío  
Lo hace entrar á fuerza.

¿Que hará entonces Anarria,  
La dulce muchachuela,  
Que mi afecto se roba  
Con su simple inocencia?

¿Qué hará entonces? me mira:  
Y la cara cubierta  
Del color que le saca  
La virginal modestia,

Se acerca titubeando,  
Y una blanca azucena  
De su albo pecho arranca,  
Y la pone en mi diestra.

Se oye al pronto un susurro,  
Como el que las abejas  
En el hueco levantan  
De la obscura colmena:

Porque muchos zagales  
Que están por la pradera,  
Discurren... como todos,  
Allá con sus cabezas.

Unos, discretos votan  
Por el premio de Lesbja,  
Y otros por el de Lidia  
Mil razones alegan.

Yo que no entro en disputas,  
Huí de la contienda;  
Pero dando al de Anarda  
Mi amor la preferencia:

Porque en él contemplaba  
Cifrada su inocencia,  
Por la que en estos campos  
Mis versos la celebran.

Por ella, más que á nadie,  
Le cantaré la bella  
Perspectiva que forma  
La alegre primavera.

ODA VI.

LA TORTOLITA.

La tortolita tierna  
Que en jaulita curiosa  
De mimbres delicados  
Tenía mi pastora:

La que huérfana vino,  
Por suerte venturosa,  
A morar en su seno,  
Como en nido de aromas:

La misma que á su dueño  
En apacibles horas  
Su inocencia divierte,  
Y sus delicias forma:

Esta mañana, es cierto,  
De la frágil custodia  
Salióse, dando al viento  
Sus alas voladoras.

Salióse cuando en lo alto  
De las pajizas chozas  
El halcón aílaba  
Sus uñas trinchadoras.

Este la sigue, y ella  
Revolando medrosa.

Huye; y por todas partes  
Las auras leves corta.

Yo entonces preparaba  
Mis flechas cazadoras,  
Con que sigo á los ciervos,  
Los pardos y las onzas:

Y con certera mano,  
Y en nombre de la diosa  
De los bosques, dispare  
Una jara sonora.

Simbó el aire: y al punto  
En presencia de todas  
Las Napéas que iban  
En séquito de Flora,

Bajó el ave rapante  
Envuelta en sangre roja,  
Y la tórtola simple  
Con vida milagrosa.

Al mirar el suceso,  
Estaba como absorta  
Anarda, y yo le dije  
Cantándole esta copla:

"Anarda, ten presente,  
"Si sales de tu choza,  
"La malicia del mundo,  
"Tu inocencia y mi honra.

ODA VII.

EL HIJO DE VENUS.

Mirando la inocencia  
De Ananda, y lo sencillas  
Que se muestran las gracias  
Que le hacen compañía:

La insolencia presume  
Temeraria sus dichas,  
En el culpable goce  
De fáciles caricias.

Pero, ¡cuán engañada!  
Pues mi celo la avisa  
Del mal en que tropiezan  
Las imprudentes niñas.

Por esto, aunque inocente,  
De las flechas se libra  
Que Amor, hijo de Vénus,  
Le dispara encendidas.

Burlando este muchacho,  
Emboscábase un vía,  
Cual cazador que acecha  
Incautas liebreçillas.

Y oculto entre las ramas,  
De sus cautelas fía



El triunfo á que aspiraba  
De la inocencia misma.

Como otras ocasiones  
Tras sus corderas iba,  
Buscando frescas sombras  
Mi Anarda simplecilla:

Sacó la cara entonces  
Amor, y la convida  
Con sabrosas ciruelas,  
Que allí cortado había.

Cuando ella advierte el riesgo  
De las redes que pisa,  
Llama á su honor, que acaso  
Ya en su zagal venía.

Libróse: y aquí es cuando  
Dobladas las rodillas,  
El diosezuelo astuto  
De la chipriota isla,

Mirando á todas partes,  
Y juntas sus manitas,  
Mil puchericos forma  
Que á mí me hacen cosquillas.

Y llamando á los Fatinos  
De aquellas terranías,  
Como testigos fieles,  
Su amparo les suplica.

Pero al fin de sus votos,  
Y plegaria infinita,  
Mezclada con un dulce  
Torrente de mentiras,

La merecida gala  
Al pronto se le aplica  
Que se dá á los muchachos  
Por sus travesurillas.

Las ninfas de los montes  
Que estaban á la vista,  
Riendo á carcajadas  
La fiesta solemnizan.

Y Cupido de entonces  
A mi zagala mira,  
Como gato escaldado  
Que huye del agua fría.

#### ODA VIII.

##### LA FUENTECILLA.

En el ameno soto  
Dó suelo entrarme á ratos,  
A repasar memorias  
De mis pueriles años:

Hay un ojito alegre  
De agua pura, manando

El humor de algún río  
Que corre subterráneo.

Jamás se le avecinan  
Los sedientos ganados,  
Porque Driadas verdes  
Lo están siempre guardando.

Al nómén del silencio  
Parece consagrado;  
Y aun no sé qué respira  
De sueños y de encantos.

Alguno de estos días  
A su orilla sentado,  
Contemplaba lo limpio  
De sus cristales claros.

Su linfa transparente  
Mis ojos penetrando,  
Alcanzaba la vista  
Los pececillos vagos,

Y las pequeñas guijas,  
Que allá como en letargo  
Hundidas en el fondo  
Se advierten descansando.

Entonces á mi dueño  
El símil apropiando,  
Por su pecho sencillo  
Que nada me ha ocultado,

Escribí como puede  
En el tronco de un árbol,  
Cedro muy corpulento,  
Estos versillos cuatro:

"Anarda, si á este sitio  
"Te trajere el acaso,  
"En esas aguas mira  
"Tu natural retrato."

ODA IX.

LA VENUS DE CHIPRE.

Vocinglera la fama  
Cuenta como Cupido,  
Burlado por Anarda,  
A su madre le dijo:

Y como allá en el bosque,  
Entre espesos lentiscos  
Fué castigado, siendo  
Tan tierno y tan bonito.

Y que irritada Vénus  
Rasgando sus vestidos,  
Y dando al suelo muchos  
De sus lucientes rizos:

Tres, cuatro... y muchas veces  
Con llantos y con gritos:

Juraba la venganza  
Por los lagos Estigios.

Y que subiendo al carro,  
Y dejando los ciprios  
Larea, á nuestras tierras  
Derecha tomó el giro.

Y que en su auxilio vienen  
Mil flecheros Cupidos,  
Como tordos que vagan  
Tras Ceres por los trigos.

Mas ¿qué importa, si Anarda  
Aunque simple ha tenido  
Para todas sus huestes  
Un pecho diamantino?

El caso es como sueño;  
Mas en verdad yo he visto  
Un ejército grande  
De alegres pastorcillos,

Que siguen á mi Anarda  
Por los valles floridos:  
Y esto encierra misterios,  
Y encantos, y prodigios.

¿Pues qué? ¿no pudo Vénus  
Dar allá con hechizos  
La forma de zagales  
A sus Amores mismos?

Y ¿para qué todo esto,  
Tú, la reina de Gnido,  
Y de Amatunta, y Páfos,  
Y otros pueblos lascivos?

¿Para qué tus banderas,  
Tu poder y dominios,  
Se extienden hasta el campo  
De honestos pastorcitos?

¿Para qué tanta guerra?  
¿Para qué tantos tiros  
Preparas á una joven  
De un pecho el más sencillo?

Pero: ¿qué me detengo,  
Pastores, en deciros  
La insolencia de muchos  
Amores atrevidos?

Una lóbrega noche  
Cercaron el pajizo.  
Albergue de mi Anarda,  
Sus ojos ya dormidos.

Mas luego despertando,  
Y dando voces dijo:  
"Anfriso, acorre, vuela,  
"Tu honor se halla en peligro."

Y ellos, como ladrones  
Al trueno fugitivos,

Con su madre se fueron  
De vergüenza corridos.

Acompañadme gratos,  
Pastores mis amigos,  
Y cantemos ufanos  
Al són del caramillo:

"¡Víctor! ¡Oh, victor grande,  
"Anarda, y siempre victor;  
"Que aunque simple has triunfado  
"De Vénus y Cupido!"

#### ODA X.

#### CONCLUSION.

Todos cantan materias  
Según sus facultades,  
Ayudados del gusto  
Y primores del arte.

Y así cantan felices  
Los rústicos zagales,  
Las gracias de sus dueños,  
En que más sobresalen.

Fabio canta de Miria,  
En cítara sonante,  
Las hechiceras voces  
De sus dulces cantares.

Floridano, de Lisi  
Las figuras que sabe  
Diestra formar en todos  
Los campesinos bailles.

Amin, de Aleja lo albo  
De su mano tornátil,  
Cuando las cuerdas de oro  
De su vihuela tafe.

También de su Dorila  
Los ojuelos vivaces  
Canta el sabio Fileno,  
En metros agradables.

Nicandro, de Rosenda  
El aliento suave  
De olorosos claveles,  
Cuando la boca abre.

Nemoroso, de Tirsa  
El cuello, comparable  
A la nieve, que adorna  
Con sartas de corales.

Todos cantan discretos  
Según su ingenio, y hacen  
De este modo á sus dueños  
Sujetos memorables.

Yo empero cortadillo,  
En humilde lenguaje



Canté de la inocencia  
Los dones singulares.

Cantélos como pude,  
Bajo el propio semblante  
De Anarda, que es el dueño  
Que por suerte me cabe.

Si acerté en los colores  
Que presentan la imagen  
De la virtud, que es propia  
De genios celestiales.

No importa que tu nombre  
Se quede en estos valles,  
Anarda, y que el silencio  
Para siempre lo guarde.

Toma mi albogue humilde,  
Y en aquel árbol grande  
Que hace fresca tu choza,  
Que penda en adelante.

Allí estará tus ojos,  
Sin que otro amor alabe,  
Que el que nace de un pecho  
Sencillo y como de ángel.

¡Oh, si el tiempo quisiera  
Los respetos guardarle  
Que hacen vivir por siempre  
A la virtud laudable!

Entonces él viviera,  
Y tu blando carácter,  
Aunque simple, sería  
Ejemplo en las edades.

¡Ay! guárdente los cielos  
De enemigos falaces,  
Y tu alba frente cifian  
Laureles inmortales. (1)

---

(1) Cuando en el año de 1807 pasaron estas diez oditas á la censura del señor D. José Manuel Sartorio para que se imprimieran en nuestros diarios, compendió tan respetable sabio todo su parecer en esta corta, pero enérgica exclamación:

“¿Quién puede negar su aprobación á estas “bellezas” tan dignas de salir al público?”—  
SARTORIO.

De intento no he querido poner esta nota hasta el fin de ellas, porque no dudo que encantado ya el lector con su hermosura, exclamará también: ¿Quién te puede negar el tributo de la admiración, oh dulcísimo Navarrete?—E.

## La música de Celia.

---

.....Quoniam convenimus ambo  
Tu calamos inflare leves, ego dicere versus.

VIRGIL. EGLOG. 5.

### ODA PRIMERA.

Id, mis versitos tiernos,  
A la presencia augusta,  
A las aras divinas  
De Celia, deidad dura.

Id á sus manos albas,  
A sus manos ebúrneas,  
Que al jazmín hacen negro,  
Y á la azucena obscura.

Aquellas manos sabias,  
Que diestramente pulsan  
El órgano sonoro  
De las cantoras musas.

Besadlas: ¡ay! besadlas  
Con sumisión profunda,  
A nombre del que os manda  
A tan sagrada altura.

¡Ay! venturosos fiados  
Tengais, y que os induzcan  
Por sus muy castos ojos  
Santo amor y fe pura.

## ODA II.

Canten otros poetas  
De su objeto amoroso  
Claveles por mejillas,  
Y luceros por ojos.

Mientras que en pequeñuelos  
Dulces versos yo entono  
La música suave  
De la niña que adoro.

¡Oh! préstame, divino  
VALDES, tu laúd de oro:  
El mismo que pudiera  
Honrar al grande Apolo.

Comunicame el tierno  
Aquel muy blando soplo,  
Que fué para tus versos  
Como un vital favonio.

Así tu diva Fénix,  
Con recuerdos gloriosos,  
Enjague para siempre  
Tus tan fúnebres lloros.

Entonces mis versillos,  
Con són más delicioso,  
Que placido murmullo  
De pequenuelo arroyo,

Irán á los oídos  
De un simulacro hermoso,  
Duro á mí, como blando  
A musicales tonos.

¡Ay, Celia! ¡ingrata Celia!  
Acá como en un trono  
En el alma te miro,  
Y humillado te adoro.

### ODA III.

En éxtasi el más dulce  
Mi alegre fantasía  
Del célebre Parnaso  
Llévome hasta la cima.

Entre mil caprichosas  
Cuanto agradables ninfas,  
El alma me arrebatan  
La "Música" y "Poesía."

Estas dos bellas artes,  
Como IRIARTE decía,  
Yo las ví que tocaban  
En una misma lira.

Y Jove, el almo padre  
De tan angustas hijas,  
Desde su solio excelso  
Luces les comunica.

Al paternal influjo  
Estrechamente unidas,  
Una y otra abrazadas  
Sus gracias eternizan.

Mútuos sus sacros labios,  
Las rosadas mejillas  
Con ósculos se alternan  
En fraternal caricia.

Aquí vuelvo del rapto,  
Celia del alma mía,  
Solicitando el goce  
De tu gracia benigna.

Y que los duces versos  
De mi tierna poesía  
Los llevara á sus tonos  
Tu música divina.

¡Oh, si tal sucediera!  
¿Cuánto mejor sería  
La realidad, que el sueño  
De la imaginativa?

ODA IV.

¿Qué quieres, amor necio,  
Si en pago del cariño  
Que á Celia ingrata tienes,  
Ya su rigor has visto?

¡Oh, más que el bronce dura....  
Sí, más que el bronce mismo  
Dura, da que maltrata  
A un ternezuelo niño!

Así exclamaba, cuando  
En mi triste retiro,  
Dura Celia, contemplo  
Tu rigor excesivo.

Entonces, sea sueño  
Que me cae de improviso,  
O fantástico rapto,  
O amoroso delirio,

Ví ~~entrarse~~ por la puerta  
De este cuarto que habito  
Dando débiles ayes.  
Un pequeño infantil.

¿Qué tienes? le pregunto.  
Dímelo, ¿andas perdido?  
¿Eres huérfano acaso?  
¡Ay! ¡pobre muchachito!

Ya un diluvio de llanto  
Sus tiernos cachetitos  
Inundaba, moviendo  
Mi ánimo compasivo.

Y arrancando del alma  
Un blando suspirillo,  
Me responde: "papá,"  
"Papá," yo soy tu hijo.

¡Ay! qué ¿no me conoces?  
Yo soy tu amor, el mismo  
Que en Cella rigurosa  
A "mamá" solícito.

Porque absorto en las gracias  
De sus músicos trinos,  
Elevado me tiene  
Con sonatas y tríos.

Mas ella me despacha  
En busca de cariños,  
Y madre que me envuelva  
A..... No puedo decirlo.

Sí, ya te entiendo mi alma,  
Le contesto: ¡angelito!  
Vente á mi pecho, vente  
A tu cuna, á tu abrigo.

Duérmete; y la esperanza,  
Consuelo de afligidos,



Que te mantenga.... calla;  
Ten paciencia, hijo mío.

ODA V.

Discípula de Apolo:  
Cuando 'yo te contemplo  
Divertida pulsando  
El sonoro instrumento:

Cuando en raptos del alma  
Miro tus albos dedos,  
Honramlo del teclado  
Los marfiles muy tersos:

Estaba por decirte  
Que como en grato sueño  
Escucho, aunque distante,  
Los acordes acentos.

Tu música agradable  
Con un divino fuego  
Allenta, sí, no hay duda,  
Allenta mi deseo.

¡Ay, Celia, Celia hermosa!  
Con sus alas soberbio  
Sube á gozar las luces  
De tu elevado cielo.

Mas ¡ay! que deslumbrado  
Tan loco pensamiento,

Precipitado baja;  
Pero en amarte ciego.

Ciego en amarte sigue.  
Por más que tus intentos  
Castigos le preparen  
Después de mil tropiezos.

Este es amor constante:  
Mas con tan dulce objeto,  
Las penas se hacen glorias,  
Favores los desprecios.

#### ODA VI.

Jamás, ¡oh cielo santo!  
La tentación tuviera  
De amar niñas que juntan  
A lo sabias lo serias.

Mi voluntad, medrosa  
En esta parte, era  
Virgen, y así tenía  
Su algo de recoleta:

Y mi amor, cauto niño,  
No obstante su inocencia,  
Hecho voto tenía  
De castidad perpetua.

Pero ¡ay! que al contemplarte  
Aunque adusta, discreta,

Todas mis precauciones  
Las echasté por tierra.

Mas nada habías perdido,  
Si por la contingencia  
Tu gracia, Celia hermosa,  
Mi amor te mereciera.

Podías, y yo lo digo,  
Corresponderle tierna,  
Siquiera porque hasta ahora  
Tú has sido la primera.

¡Oh, Celia, Celia ingrata!  
¡Ay! ámame siquiera  
Porque nunca en mi vida  
Quise á graves ni austeras.

¡Oh, cómo te cantara,  
Y al compás de tus cuerdas  
Te dijera mil dulces  
Mil cancioncillas tiernas!

#### ODA VII.

¡Oh, dichosos mil veces  
Músicos celebrados:  
Tú, "Pleyel" expresivo,  
Tú, "Haiden" soberano!

¡Dichosos! sí, por vuestras  
Obras de ingenio raro,

Que acaso la hábil Celia  
Ahora está estudiando.

Esto os hace, no hay duda,  
Aun más afortunados:  
¿Para qué mayor gloria?  
¿Para qué mejor lauro?

Yo no le trocaría  
Por el eterno ramo  
Que en su dorada frente  
Ostenta Apolo ufano

Vuestras composiciones  
Por virtud, ó milagro,  
Hagan su alma más dulce,  
Y su genio más blando.

Susciten en su pecho,  
En su pecho más blanco  
Que la cándida nieve,  
Y el bruñido alabastro,

Aquellos sentimientos  
Divinos, más que humanos,  
Que presumen de tiernos,  
Sin desmentir lo castos.

El mismo amor que en ella  
Tiempo ha que estoy buscando,  
Por lisonja á lo menos  
Del gusto con que la amo.

ODA VIII.

Inconsolable estaba  
El niño Amor, y dicen  
Que á su madre la diosa  
Así le llora triste:

“¡Ay, madre! no sé cómo,  
No sé cómo decirte,  
Que Celia inexorable  
No quiere recibirme.

Esta deidad me agravia,  
Cuando es que no me admite,  
Porque intereses bajos  
Son mis únicos fines.

¿Qué dices, madre, de eso?  
Ahna madre, ¿qué dices?  
Pues yo ¿para qué quiero  
Los dones contentibles?

Aunque muchacho, no ando  
Con empeños pueriles;  
Ni hago el trato un comercio  
Que me desacredite.

Yo busco los halagos  
En tonos apacibles,  
Como niño criado  
Con tus tiernos melindres,

Estos son en mis "pascuas"  
En mis "pascuas" felices  
Mi "turrón de Alicante,"  
Y también mis "confites."

¿Y qué cuando se llegan  
Mis cumpleaños? me sirven,  
Sí, los dulces halagos  
De muy preciosos diges."

Entonces Vénus blanda  
Risueña es que le dice:  
"Anda, cuitado, aprende  
Las chanzas femeniles.

Y á la deidad que nombras,  
Y en gracias me compite,  
Dile: que eres muchacho  
Digno que te acaricien.

Que te quiera, que te ame,  
Que te adore, y estime,  
Que á su seno te lleve,  
Y que en él te eternice."

#### ODA IX.

A tí, Fama gloriosa  
De la divina Celia,  
Que sus gracias publicas  
Con cien bocas parleras:

A tí que le das todo  
Un cúmulo de prendas,  
A tí me quejo, Fama,  
Pues tú me haces quererla.

Si es tan tierna que admite  
El simil de la cera,  
Cuando dócil se ablanda  
A la llama febea:

¿Cómo dura resiste  
Cual diamantina piedra.  
Al fuego de un amante,  
Que ansioso la desea?

No, Fama, cuando alabes  
Tanta belleza, expresa,  
Su ingratitud, cual mancha  
De toda su belleza.

O así como la sombra  
Al claro sol opuesta,  
O en ciénfola mañana  
Como una nube negra.

Y tenga Celia ingrata  
El nombre de discreta,  
Y de hermosa, y de sabia,  
Y otras mil cosas buenas:

Y sobre todas cuantas  
La "música" se lleva

Alabanzas sublimes,  
Publíquese maestra;

Pero el honor más grande  
De la naturaleza,  
El título de "dulce,"  
No, Fama, no lo tenga:

Hasta que á mis amores  
No haya dado las pruebas  
Que las leyes imponen  
De la correspondencia.

ODA X.

Estas son, ¡oh sagrado,  
Excelso, sabio núnen!  
Las sílabas postreras  
De mis versillos dulces.

Si, Apolo, para siempre  
De tu elevada cumbre  
Me despido, llorando  
El rubor que me cubre.

Porque dime, si Celia  
Como un empeño inútil  
Había de leer mis versos,  
¿Por qué suave te influyes?

¿Por qué su alma dispones  
Con todas las virtudes



De músicos encantos,  
Aunque el verso no escuche?

La música y poesía,  
Por tus hijas las tuve,  
Y en armónicos lazos  
Las hiciste insolubles.

¡Ea! vaya, Apolo, dile  
Que con su hermana junto  
A mi poesía tierna;  
Por más que la repugne.

Que es paternal precepto,  
Y es fuerza se ejecute,  
Que un punto no se aparten  
Las hijas de tu númen.

¡Oh, si tal sucediera!  
Yo en métricas laudes,  
Su "clave" elevaría  
A esos cielos azules.

Para que allí brillara  
Como la lira ilustre  
Del milagroso Orfeo,  
Entre las claras luces.

#### ODA XI.

¿Con que puedo entregarme  
Al consuelo? ¡dichosas  
De amor las dulces flechas  
Que cuentan mil victorias!

La mayor fué vencerte:  
Sí, Celia, y más que todas  
Al amor acredita  
De fuerza poderosa.

Todo el amor lo vence:  
Y por el alma toda  
Se 'me entra y me consume  
Su tea abrasadora.

Pero, ¡qué dulce! ¡ay, Celia!  
¡Ay, Celia muy hermosa!  
¿La sientes tú? pues deja,  
Deja abrasante toda.

¡Oh, blandos Cupidillos!  
Con alas vagorosas  
Volad: venid: tejednos  
Bellísimas coronas.

Quemad inciensos suaves:  
Esparcid frescas rosas:  
Cantadnos dulces himnos  
Con gargantas sonoras:

Y repetid alegres  
De amor la gran victoria;  
Si Celia con su "clave,"  
Fidelio con sus "odas."

---

En la siguiente composición imitó bellamente el autor á D. Juan Meléndez Valdés, en la "Paloma de Fílis." ¡Gran privilegio de los poetas: transmitir á la posteridad aun las mínimas cosas de sus dueños!—E.

# La Pollita de Clori.

---

## ODA PRIMERA.

Si el suave pajarillo  
Que á Lesbia fué embeleso  
Dió materia á CATULO  
Para tonos funestos:

Y si VALDES divino,  
Inspirado de Febo,  
La "Paloma de Filis"  
Cantó en graciosos metros:

Favor, oh blandas musas,  
Hoy sea, pues os lo ruego,  
La "Pollita de Clori,"  
Asunto de mis versos.

ODA II.

En el dulce regazo  
De mi 'Clori halagüeña  
Una alegre esperanza  
Cumplíame mil promesas:

Cuando de su morada  
Entrase por la puerta  
Dando llorosas piadas  
Una pollita tierna.

Del cascarrón entonces  
Había salido apenas,  
Porque eran sus plumillas  
Como de blanda seda.

Al instante mi Clori  
A su falda la lleva,  
Ya en su seno la pone,  
Ya la saca y la besa.

Tente, Clori, y te guarda  
De prodigar finezas,  
Que á mí se deben sólo  
Tus expresiones tiernas.

ODA III.

Ya en el seno de Clori  
Se arrolla su pollita.

Y al calorcillo blando  
Se queda ya dormida.

¡Venturosa polluela,  
Que te ves socorrida  
No bajo de unas alas  
De plumas mal mullidas;

Sino en el mismo seno  
De Clori, donde anclau  
El amor delicado,  
Las gracias, las delicias!

¿Qué importa que los hados  
Te hiciesen peregrina,  
Si tu suerte otras aves  
Como gloriosa, envidian?

Sigue, sigue en el seno  
Dó gozas mil caricias,  
Con gusto de tu dueño,  
Y con envidia mfa.

#### ODA IV.

¡Qué tiernos tus oficios,  
Qué graciosos, qué humanos,  
La huérfana pollita  
Debe, Clori, á tu mano

Ya de arroz le presenta  
Los pequeñuelos granos.

O ya el trigo que quiebras  
Con tus dientitos albos.

No sé qué siento, Clori.  
Tu genio es ya más blando,  
Que cuando yo gemía  
En busca de tu agrado.

Mi tierno amor entonces  
Tratabas con agravio,  
No obstante que te hacía  
Mil dulces agasajos.

Pero, si ya me quieres....  
Clori, ¿dónde si me engaño?—  
No.—Pues á Dios memorias  
De tiempos ya pasados.

#### ODA V.

De Clori la pollita  
Ha crecido ya un poco,  
De suerte que ya puede  
Subírsele hasta el hombro.

Desde allí solicita  
Abrigo de algún moho,  
Entre las rubias hebras  
De su madeja de oro.

Tal vez alarga el cuello,  
Y su piquillo corvo

A besar se dirige  
Del labio el clavel rojo.

El aljófaro menudo  
De sus dientitos cortos,  
Pica; y su engaño expresa  
Allá en su feble tono.

Pero ya se consuela  
Con néctar más sabroso  
Que el que á Júpiter sirven  
En su albo consistorio.

#### ODA VI.

Cuando al hombro te subes  
De mi querido dueño,  
Parece que platican  
Las dos algún secreto.

Ya llegas á su oído  
El pico vocinglero,  
Y ella volviendo el rostro  
Te truena un dulce beso.

¿Le llevas por ventura  
Recado de algún necio  
¡Si así fuera.... al instante  
Te torciera el pescuezo.

Y en el caso, ¿qué dice?  
Le pagará su afecto?



¿Olvídaré que la amo?  
Tú callas... yo recelo.

Due, dile que á nadie  
Mire con ojos tiernos,  
Que su afición yo sólo,  
Yo sólo la merezco.

Dícelo: así los dioses  
Te moren de halcón fiero,  
Y lo que es más, gozando  
Delicias de su seno:

Hasta que hayas crecido.  
Y de tus mismos huevos  
Saques unas pollitas  
Que te sirven de espejo.

#### ODA VII.

Los lunecitos negros  
Que en su carita blanca  
Tiene mi Clori bella  
Con que aumenta su gracia,

Con blandos piquetillos  
Su polluelita le halaga,  
Como que solicita  
Comérselos incauta.

Así lo he presumido,  
Porque en esta mañana

Que Clori la tenía  
Calentando en su falda,

Ya que Clori dormía,  
La avecilla insensata  
Al más principal de ellos  
Dá muy recia picada.

Abre los ojos Clori,  
Y adolorida palpa  
Sobre el puntito obscuro  
Sangrienta pincelada.

En esta ocasión se une  
Al marfil de su cara,  
Sobre azabache negro,  
Rojo esmalte de grana.

Que á su mucha inocencia  
Dé la polla mil gracias;  
Si no, asada esta noche  
Yo la diera la gala.

#### ODA VIII.

Pollita afortunada,  
Así cuando más crezcas  
Que te haga bien la rueda.  
De tí se prende un pollo

Que cuando al hombro subas  
De mí adorada prenda,

Le digas, que no le haga  
Tracción á mis fúezas.

Dile, que si tan sólo  
El temor de la ofensa  
Es agudo cuchillo  
Que el pecho me atraviesa:

Cuando de un duro agravio  
La realidad sintiera,  
¿Qué sería? ¡Ay! dile, dile,  
Dile mil cosas de éstas.

¡Ay! dícelas, pollita:  
Así cuando más crezcas  
De tí se prende un pollo,  
Que te haga bien la rueda.

#### ODA IX.

¡Qué bello maridage,  
Polluela, hacen tus plumas  
Realizando cada día  
Más y más tu hermosura!

Sabia naturaleza,  
En dos colores junta  
Cuanto cabe de lindo  
En las pollas más chulas.

¡Qué alba se me presenta  
La plumosa pechuga,

Que del sol á los rayos  
Como nieve relumbra!

El ébano se viste  
Las alas puntiagudas,  
Y en lo demás del cuerpo  
Los dos colores luchan.

Tal vez formar pretenden  
De jaspes la figura:  
Tal vez una Movizna  
De pringuitas menudas.

Vete, vete á presencia  
De Clori que te infuya,  
Porque á sus ojos debes  
Tu hechicera hermosura.

#### ODA X.

La pollita de Clori,  
De catarro maligno  
Se ha enfermado, y no valen  
Remedios á su alivio.

La plumilla erizada,  
Lo clavado del pico,  
Los soñolientos ojos  
Son de su muerte indicio.

¡Ay! qué tierna mi Clori  
Los médicos oficios.

Hace con la polluela  
luna de sus cariños.

Ya con aceite la unta,  
Y ya la abre el piquillo,  
Instándola á que pase  
Algunos bocaditos.

Ya en su amoroso seno  
Le solicita abrigo:  
Ya.... pero nada vale  
Contra su mal nocivo.

Ya el estertor le ha entrado,  
Sucede el parasismo,  
Y su vital aliento  
Manda á los aires frios.

Y pues la pena pasa  
Del pobre animalito  
A tí, mi Ciori tierna,  
¡Mal haya el romadizo!

#### ODA XI.

Si la difunta polla  
No tiene ya remedio,  
Tanta copia de llanto  
¿Para qué das al suelo?

¿Para qué el llanto turbio  
Empaña unos ojuelos

Tan graciosos, tan lindos,  
Tan sin límite bellos?

Ya se quedan sin rosas  
Tus cachetitos tiernos,  
Como prados que arrasan  
Algunos arroyuelos.

¡Ay, Clori! que se eclipsan  
De tu gracioso cielo  
Dos soles, cuyas lumbres  
Encendieron mi pecho....

Qué ¿aun lloras? ¿Nada valen  
De tu Silvio los ruegos?....  
Sí, Clori, otro semblante  
Ya se te va poniendo.

La tormenta ha pasado:  
Me parece que veo  
Del cielo con la lluvia  
Bañado el rostro bello.

¿Con que estás consolada?  
Pues déjame, te ruego,  
Echar mi amante brazo  
Sobre tu blanco cuello.

¿Qué dulzura! no cabe  
En mi amoroso pecho.  
Ahora te suplico  
Con todos mis afectos,

Que no tengas más pollas  
De tan subido precio,  
Que cuestan á tus ojos  
Lágrimas, y á mí versos.

---

## ADVERTENCIA DEL EDITOR.

---

Distribuyó el P. Navarrete la traducción siguiente en cinco ODAS, evitando así la monotonía, que hubiera forzosamente resultado por la uniformidad de la asonancia, colocándola en una sola, la que siendo muy larga, no hubiera podido dejar de incomodar al oído menos delicado. A todas ellas les formó su remate para que quedasen perfectas. A fin de que éstos puedan distinguirse de la traducción, van colocados entre estrellas.

---



TRADUCCION  
DE UNOS VERSOS DE  
ANGELO POLICIANO  
EN CINCO ODAS ANACREONTICAS.

---

ODA PRIMERA.

¡Oh niña! más suave  
Que el tierno gazapillo.  
Y más que el conejuelo  
Que está recién nacido.

Más blanda que la tela  
Que en Cea se ha tejido.  
Y más que tenue pluma  
De nuevos ansarillos.

¡Oh, niña bulliciosa,  
Aun más que el gorrioncillo  
Cuando vuela en verano  
Por los ramos floridos!

---

También más juguetona  
Que pequeñuelo ardillo  
Cuando la virgen blanda  
Le da en su seno abrigo.

¡Oh niña, muy más dulce  
Que los panales mismos  
De Hiblea, y que de azúcar  
Cándidos fragmentillos!

Más blanca que la leche,  
Y también más que el lirio,  
Y que nieve formando  
Sus primeros anniños.

¡Oh niña....\* pero basta  
De estos asonantillos:  
Vengan otros, porque éstos  
Me quiebran ya el oído.

Pero vengan con tragos  
De generoso vino,  
Que los bríos de Baco  
Son también de Cupido. \*

## ODA II.

No puede Lleo, niña,  
Remedar tus cabellos,  
Ni aquel pastor Anfriso,  
Por amor jornalero.

Anfriso, que con garza,  
Del uno al otro extremo,  
De la frente le bajan  
Dorados hilos crespos.

Los que con nulos de oro,  
Aunque se hallan sujetos,  
Hacen vagar las almas  
De Cupido traviosos.

Mil anillos se forman  
Que con rocío bello,  
Y con olor de mirra  
Se llevan los afectos.

¡Oh, niña muy preciosa!  
Cuyos blandos ojuelos,  
Son teas luminosas  
Del interior incendio.

Yo no puedo mirarlos  
De cerca ni de lejos,  
Porque con llama oculta  
No se entren en mis huesos.

No, no parecen ojos  
Esos tus ojos bellos,  
Sino llamas, y llamas  
De un amoroso fuego.

Las que Vénus atiza  
Con soplo lisonjero,

Y mantiene la gracia  
De tu mirar risueño.

\*Dame, dame otra taza;  
Mas gústala primero,  
Si quieres que me salga  
Tu retrato perfecto.\*

ODA III.

Tu nariz y mejillas  
De estilo dulce y blanco,  
¿Cómo el lirio y la rosa  
Llamarélas acaso?

Tus labiecitos rojos,  
De claveles formados,  
¿Diré que resplandecen  
Cual coral encarnado?  
Diré que margaritas  
Son tus dientitos blancos?  
Y de tu lengua dulce  
¿Qué seguiré pintando?

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

¿Qué diré del hoyuelo  
De tu barba, torneado.

Y de tu blando cuello  
Como la nieve blanco?

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

¡Oh qué brazos tan dulces!  
¡Oh qué agradables manos!  
Estas son de la Aurora.  
Si de Juno los brazos.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Tus pies, que me parecen  
Los de Tétis, ¡qué pasos  
Tan nobles! ¡qué posturas,  
Ya quietos, ya danzando!

\* ¡Oh! dame, dame, niña,  
Dame, dame otro vaso,  
Y que siga la fiesta  
Entre Vénus y Baco.\*

#### ODA IV.

¡Oh niña! ¡qué agradables!  
¡Qué agudos! ¡qué jocosos  
Son tus chistes frecuentes,  
Con gracia y con adorno!

¡Qué dulces consonancias  
Las de tus versos todos,  
Que salen de tus labios  
Como ámbar oloroso!

Ni la blanda Talía,  
Ni el mismo sabio Apolo,  
Que hacen vuelvan los ríos  
Su curso presuroso:

Que ablandan á las fieras.  
Y atraen peñascos broncos.  
Igualan á lo dulce  
De tus festivos tonos.

Todas tus cosas tienen  
Mil hechiceros modos:  
Son dulces, son alegres  
En su trato amoroso.

Tienen mil juguetillos  
Venales en un todo:  
Tú sola en tí reunes  
Lo decente y lo hermoso.

¡Oh, poderosa niña!  
Tu compostura abono;  
Mas ¡ay! para agradarme  
No has menester adorno.

\* Echa vino, muchacha,  
Que aunque ya estoy beodo,

Quiero.... quiero más tragos,  
Quiero morir á sorbos. \*

ODA V.

¿Qué dios no me envidia?  
Ni ¿qué valor te basta  
Para dejarme ahora  
Bellísima muchacha?

Mas, ¿dónde te me ausentas?  
¿A dónde huyes, ingrata,  
Alegrando los cielos  
Con tu risueña cara?

Mi placer, mi dulzura.  
Mi corazón, mi amada,  
Más que el oro y las piedras,  
Y que la rica grana.

Mas ¿qué digo que el oro,  
Qué piedras, ni qué grana?  
También más que mi vida.  
Muchachita del alma.

Haz memoria, te ruego,  
Haz memoria y repasa,  
El amor halagüeño,  
Y sus cadenas blandas.

Desde la edad más tierna  
A mí y á tí nos atan....

Mas ¡ay! riendo Vénus.  
Se burfa de mis ansias.

\* La postrer copa quiero:  
¡Ay! dámela, muchacha....  
¿Ya ni esto me concedes?  
Pues, vete enhoramala. \*

---



# ODAS

## A DIVERSOS ASUNTOS.

---

### ODA I.

#### DE DOROFILA.

Que en medecitos nuevos  
Yo diera á Dorofila  
Diez pesos, era fuerza  
De la imaginativa.

Pero ¿quién pone duda?  
Pues los labios de risa  
No son como los serios  
Que dicen mil mentiras.

¿Con que diez pesos fueron?  
¿Y en medllos de carita?  
¡Oh qué prodigio me hacen  
Las muchachas bonitas!

---

Y qué ¿sin otra causa,  
Que por sus caras lindas?  
Pero vaya, si es fuerza  
De la imaginativa.

¡Oh cuántas honras me hace  
La bella Dorofila!  
Sin duda que en su obsequio-  
Mi deseo adivina.

Pues vaya recibiendo  
Esta graciosa niña,  
No tan sólo diez pesos,  
Que éstas son raterías:

Ciento, mil, un millón.  
Y la moneda misma.  
Mi alma, y mi vida, y todo  
En medios de carita.

¡Mas ay! mi amor, no obstante  
Que entre chanzas se explica,  
De veras á sus aras  
Grato se sacrifica.

Y esto, ni yo, ni Fabio,  
Ni Dorofila misma  
Podrá decir que es fuerza  
De la imaginativa.

ODA II.

DE LA MISMA.

Después de leer los versos  
De una discreta niña,  
Me acostaba pensando  
¿Qué le contestaría?

Batió el nínfen del sueño  
Sus alas, y á la cima  
Del Parnaso arrebató  
Mi dócil fantasía.

Entre la sabia turba  
De las canoras ninfas,  
Sobresale en el canto  
Una beldad divina.

Pregunto por su nombre;  
Y el genio de la risa  
Que inspira en aquel monte  
Las canciones festivas,

Abre su alegre labio,  
Cuyo aliento suaviza  
El aire, como el ámbar  
Que las flores respiran.

Y en un tono brillante,  
Cual de una sinfonía

Me responde: es la bella,  
La musa Dorofila.

Desde que en dulces ocos  
Esta preciosa niña  
Entre las nueve hermanas  
Su grata voz anima,

Parece que con nueva  
Alegre lozanía  
Florecen las alturas  
De esta mansión benigna.

Y Apolo....., el mismo Apolo  
De sus manos confia  
Su efímera de oro.  
¿Quién será Dorofila?

Yo dije entonces: Vaya;  
Pero esas gracias mismas,  
Si amor no las dá el templo,  
No lo hará bien la niña.

Yo le canté unos versos  
De amor, como por trisca,  
Versos que nada tienen  
De la imaginativa.

Mas ella se hizo sorda:  
Y mientras la Talía  
Del blando amor no escuche,  
No lo hará bien la niña.

¡Ea! vamos: tú que puedes  
Induirle con tu risa,  
Con tu risa agradable  
En mi favor mil dihas:

Tú que tan bien te hermanas  
De amor con las caricias,  
Y tantas como á dios  
En acordes capillas:

Dile, que entone amores,  
Y que una cancioncilla  
Mis afectos la deban,  
Y lo hará bien la niña.

Entonces despertando  
Hallé en el alma mía  
Un retrato muy bello....  
No hay duda, de ella misma.

Ojos, como unos soles,  
Como rosas, mejillas,  
Labios, como claveles:  
¡Qué hermosa me la pntan!

Viva, pues, en mi pecho:  
Amor la haga que viva;  
Aunque diga que es fuerza  
De ardiente fantasía.

Esto contesto ahora  
Que el blando amor me inspira,  
Después de leer los versos  
De una discreta niña.

ODA III.

EL TRIUNFO DEL AMOR

Dirigida al autor de unos versos de nuestro diario, que se quejaba de la ausencia del sueño, causada por unos celos que le daba Anarda.

*Hinc tibi cum magna laude triumphus est.*

En alas de la noche,  
Baja del alto cielo,  
Baja tranquilo y suave,  
Almo nínfen del sueño.

Y al lecho del amante,  
Que con su triste ruego  
Invoca tus favores,  
Llega con paso lento.

Llega, y unge piadoso  
Sus fatigados miembros  
Del bálsamo agradable  
Que refrigera el cuerpo.

Preséntale á sus ojos  
La imagen de su dueño,  
La imagen cariñosa  
Que tuvo en otro tiempo.

Haz, como en un encanto,  
Que brote su albo seno,  
Convertidos en flores,  
Agradables afectos,

Que luego la fortuna  
Los vaya recogiendo,  
Y trence una guirnalda  
Para su amante tiempo.

Después, que al coronarlo  
Aparezca el dios ciego  
En su triunfante carro,  
Y á sus plantas dos celos;

Y que mil Cupidillos,  
Volando por el viento,  
Digán "victor", . . . y alegro  
"Victor," responda el eco.

Y al punto despertando,  
El corazón contento,  
Anarda le realice  
Lo que le flujó el sueño,

Ea, pues, númen blando,  
Al poder de sus versos  
En alas de la noche  
Baja del alto cielo,

---

ODA IV.

A FILENO.

Sólo, Fileno, sólo  
El pastor de Dorila,  
De la escuela de amores  
Sacó grande doctrina.

Apenas de sus ojos  
Se le fueron sus dichas,  
Cuando lógico infiere  
Por sus penas las mías.

Desata el triste pecho,  
Y al son de una flautilla,  
Qual pájaro que llama  
A su ausente avecita,

Entre los muchos ayes  
Que de su alma salían,  
Los montes repitieron  
Estas cláusulas mismas:

"Esta mañana al campo  
"Salió mi bella ninfa,  
"A tiempo que pudiera  
"Dar á la aurora envidia.

"Ya la noche ha llegado,  
"Y aun no viene Dorila....



"Anda, Dorila, corre,  
"Que nuncio sin tu vista."

"Dígoles, si ésta es la pena,  
"Que cruel me martiriza,  
"¿Cuál será la que siente  
"Silvio por su Clorila?"

"Clorila ha muchos tiempos  
"Que dejó estas campiñas,  
"Donde Silvio la llama  
"Llorando noche y día."

"Mas Dorila no viene:  
"Dígoles, tradíme á Dorila:  
"Y á Silvio también tradíle  
"Su tan deseada nifia."

"Vanida, bellas muchachas,  
"Muchachas tiernecitas,  
"Que no sufren los que aman  
"Ausencias tan prolijas."

"Así que hubo cantado,  
"Alternó la voz nifia:  
"Viva el zagal lleno  
"Al lado de Dorila."

"Y el muchecillo tierno,  
"Amor, que así le inspira,  
"Cele que no le apacienta  
"Oraciones por entenas."

"Antes bien, su graciosa  
"Y honrada pastorcita,  
"De atrevidos amantes  
"Siempre se burle altiva."

ODA V.

A UNA INCONSTANCIA.

Suspende, fuentecilla,  
Tu ligera corriente,  
Mientras que triste lloro  
Mis ya perdidos bienes.

¿Cuántas veces, estando  
En tus orillas verdes,  
Lisl me aseguraba  
Su amor hasta la muerte?

Aquí su diestra mano,  
Más blanca que la nieve,  
En esta arena frágil  
Escribió muchas veces:

"Primero ha de tornarse  
"El curso de esta fuente,  
"Que el corazón de Lisl,  
"Que á su Salcio quiere."

Mas tus promesas, Lisl,  
No han sido menos leves  
Que el papel que escogías  
Para firmarlas siempre.

Las letras se borraron  
Por los soplos más ténues  
Del viento, y tus promesas  
Por lo que tú quisieres.

¡Ay contentos soñados  
De prometidos bienes!  
¡Ay inconstancia propia  
De fáciles mujeres!

#### ODA VI.

##### A LISI CANTANDO.

Salió la hermosa Lisi  
Con las demás zagalas  
A cantar dulcemente  
En la nupcial cabaña.

Desata el suave pecho,  
Y al compás de sus gracias  
Con angélicas voces  
A todas aventaja.

Su enamorado Alejo,  
Que está á corta distancia,  
Gustoso le dirige  
Las siguientes palabras:

"Así, divina Lisi,  
"Haces de tu garganta  
"Un órgano viviente  
"Que cautiva las almas."

ODA VII.

A CLORILA, CON UNAS FRUTITAS  
DE PASTA.

Estos pequeños dones  
Que la industria fabrica,  
Son frutitas pintadas  
Con que juegan las niñas.

Por lo mismo á tus aras,  
Graciosa muchachita,  
Tu amante zagalejo  
Hoy te las sacrifica.

Recíbelas gustosa,  
Que aunque engañan la vista,  
Son lisonja del gusto  
Con la miel que destilan.

Llévalas á tu boca:  
A tu boca de almíbar,  
Donde su ser acaben  
Con no pequeña dicha.

Agua se me está haciendo  
La boca, mi Clorila,  
Contemplando en la tuya  
Las pintadas frutitas.

¡Qué besitas tan moles!  
¡Qué blandas mordiditas!

A la verdad, me siento  
Con la más dulce envidia.

¡Oh si fuesen mis labios  
Las pintadas frutitas!  
Transformación que pende  
De solas tus caricias.

¡Ay! hazme este milagro,  
Que por tu boca misma  
Juro traerte otra ofrenda  
De pintadas frutitas.

#### ODA VIII.

##### A UNOS CABELLOS DE CELIA.

Lucientes hilos de oro,  
Que como hermosos rayos  
Fuisteis en otro tiempo  
Del sol en que me abraso.

Ahora por efecto  
De amor atráis mis manos  
Como blandas cadenas,  
O como dulces lazos.

Dejadme una y mil veces  
Cual cautivo besaros,  
Y adoraros rendido  
Dichoso amante atado.

¡Oh! quiera el alto cielo  
Que interminables años  
Duren estas prisiones,  
En que alegre me hallo.

¡Oh cortésima vida  
Para un amor tan largo!  
¡Ay! ámame, mi Celia,  
Amame, como te amo.

ODA IX.

EN CELEBRIDAD DE UNOS DIAS.

Este don pequeñuelo  
Que ofrezco á tus altares  
Es prueba de mi afecto  
Y de mis cortedades.

Por ofrenda amorosa  
Sólo puede aceptarse,  
Pues más que el oro (1) aprecian  
El amor las deidades.

Recíbelo, no tenga  
Amor de qué quejarse,  
Y el gusto de tu día  
Se le vuelva en pesares.

Entre tanto, los cielos  
Con indujos siliaves

---

(1) Se alude á una bujería de oro.—A.

En el abril risueño  
Que hoy junta tus edades,

Hagan luzcan tus prendas  
Y gracias naturales,  
Pimpolios que el invierno  
De la vejez no dañe:

¡Ay! guárdente los cielos:  
¡Ay! para mí te guarden;  
Si acaso te merece  
Tu más rendido amante,

ODA X.

EL DÍA DE CLARA.

Dando vueltas los cielos, llegó el día  
De la zagala hermosa,  
A quien de Clara el nombre convenía.  
¡Oh mil veces dichosa  
La edad que la merece,  
Y que á sus blandas luces resplandece!

Salve, ninfa, y la tierra enternecida,  
Que con tus plantas huellas,  
Mil guirrualdas te ofrezca agradecida,  
Para tus sienes bellas;  
Desparramando olores  
A la que es como reina de las flores.

Salve, mil veces, y el alegre coro  
De voladoras aves



Repitan con el canto más sonoros  
Mi amor y metros suavés;  
Saludando á la aurora,  
En la que es por sus gracias mi señora.

Salve, vuelvo á decir, y á mi deseo  
Corresponde constante  
En los amables lazos de himeneo.  
¡Oh venturoso instante!  
Llega, que tu alegría  
Me hará de Clara más glorioso el día.

ODA XI.

A CLORI EN EL LECHO.

Deja tu lecho, zagaleja mía,  
Tu dulce lecho dó en quietud reposa  
El albo cuerpo como suave rosa,  
Que embalsama la fértil pradería.  
Ya que empiezan sus varias tonadillas

Las avocillas  
Y envía el cielo  
Su híz al suelo,  
Tu lecho deja.  
Mi zagaleja,

Por venir á coger tempranas flores  
Al lado del zagal, que es tus amores.

Sus alas agradables manso el sueño  
Levante de tus párpados preciosos,



Y brillen tus ojuelos luminosos  
Como la luz del día más risueño.  
Tu boca de claveles carmeses,

O de alelles  
Bostece, dando  
Aliento blando:  
Así la rosa  
Muy olorosa,

Abre su copa de encendida grana  
Al despertar con risa en la mañana.

Tu mano me darás, que la floresta  
Te aguarde ansiosa, desapareciendo olores,  
Y una turba de pájaros cantores  
Ofrece á tu llegada alegre fiesta.  
Saldrán del río por besar tus huellas

Náyades bellas,  
Napeas hemmosas,  
Tirando rosas  
Irán delante:  
Y en el instante

Que llegues al umbral del bosque denso,  
Las Driadas quemarán sagrado incienso.

Mas ¡ay, mi zagaleja! ¿por qué tardas?  
¿Por qué tardas? ¡ay! dímelo. ¿No vienes?  
¿Por qué causa enemiga te detienes?  
¿Mi lado no te ofrezco? Pues ¿qué aguardas?  
¡Ay zagaleja, como piedra, dura

A mi ternura!  
Ya desespero:  
Sacó primero  
El sol su cara,  
Que me alumbrara,

Siquiera para alivio á mis enojos,  
La alegre luz de tus risueños ojos.

ODA XII.

EL VERANO.

¡Oh qué alegre estación la del Verano,  
Que brinda flores por el verdé llano!

Se fué el invierno  
Aspero y triste,  
Sus galas viste  
El campo tierno:

Los mansos vientos  
Soplan silaves,  
Cantan las aves  
Dulces acentos:

Las fuentecillas  
Vienen corriendo,  
Salen riendo  
Las florecillas.

¡Tierra dichosa!  
Si á ti viñetere

Anarda, y viere  
Tu pompa hermosa,

Pon en su frente  
Ramo vistoso,  
El más gracioso  
Y floreciente.

¡Oh si viniera  
Al verde llano!  
Dulce verano,  
La persuadiera

A sentarse en la alfombra de estas flores  
Al lado del zagal, que es sus amores.

### ODA XIII.

#### EL ESTIO.

De doradas espigas coronado  
El Estío se asoma en el sembrado.

Ya se preparan  
Las labradoras,  
Haces empuñan,  
Las mieses cortan.

De la alma Ceres  
Que el campo adora

Entretenimientos Poéticos. - 9

Tiran los bueyes  
Grandes carrozas:

Alegre canta  
La vega toda,  
Salve le dice,  
Con voz sonora.

Trojes se llenan  
Eras se colman,  
Y huyen las hambres  
De nuestras chozas.

Ananda, Ananda,  
Bajo estas sombras  
A Pan le deja  
Tus cabras gordas,

Mientras que al baile  
Vamos ahora  
De la cosecha:  
Verás qué gloria.

Verás los ricos granos con que el cielo  
Ha socorrido al miserable suelo.

#### ODA XIV.

#### EL O T O Ñ O .

Mira, Ananda, al Otoño, que cargado  
De frutos viene á nuestro suelo amado.

Aquí, te sienta,  
Zagalá anfa,

Dó alfombra te hacen  
Las yerbecitas.

Mira, ya vienen  
Las gratas ninfas,  
Que de Pomona  
El buerto allían.

¡Cuán aseadas  
Sus canastillas  
Cobradas traen  
De frutas ricas!

Uvas ¡qué gruesas!  
Peras ¡qué lindas!  
Mira ¡qué hermosas  
Están las guladas!

¡Eh! ¡qué manzanas  
Tan encendidas!  
Y ¡qué naranjas  
Tan amarillas!

Gustemos ambos  
Sabrosas dichas,  
Que en tantos dones  
El cielo envía:

Y nuestra voz se eleve al númer santo,  
Que en el Otoño nos regala tanto.

---

ODA XV.

EL INVIERNO.

Llega del año la estación severa,  
Y de la tierra toda se apodera.

Nublado el cielo,  
Mudas las aves,  
Los hielos graves,  
Y mustio el suelo:

Nuestro ganado  
De temor lleno,  
Busca entre el heno  
Su abrigo amado.

¡Qué poco, Auarda,  
El gusto dura,  
Pues la amargura  
Tras él no tarda!

¿Dó están las flores  
De primavera?  
¿Dó la ligera  
Edad de amores?

Nada resiste  
La ley del tiempo,  
Ni el contratiempo  
Del hado triste.

¿Pues qué esperanza  
Ahora abrigamos,  
Por si llegamos  
A tal mudanza?

La virtud solamente, Anarda mía,  
Puede valernos en la vejez fría.

### LEYTILIA.

#### A LOS CANARITOS DE LISI.

Pues la bella Lisi  
Os lleva el compás,  
Tiernos canaritos,  
Alegres cantad:

Cantad, y en su escuela  
Os aprovechad:  
¿Dónde habréis fortuna  
Al intento igual?

Su albo pecho tiene  
Voz angelical,  
Que siempre divierte,  
Y cansa jamás.

Ya un himno le diga  
Al ciego rapaz,  
Ya celos, ya ausencia  
Se ponga á cantar.

Ya en módulo alegre  
De fiesta nupcial,  
Ya en fúnebre tono  
Que incite á llorar.

Como quiera suena  
Su voz celestial,  
Que siempre divierte,  
Y cansa jamás.

Cuando á la jaulilla  
Dó alegres estáis  
Cautivos, se acerca,  
Y lección os dá,

Otros pajarillos  
Quisieran trocar  
Por prisión tan dulce  
Toda libertad.

Y así, canarillos,  
Alegres cantad,  
Pues la bella Lisi  
Os lleva el compás.

#### LETRILIA.

#### A L E S B I A .

Id, versillos dulces,  
A las manos aibas  
De la niña Lesbia,  
Que gustosa os llama.



Daros es que quiere  
Tohaddillas blancas  
En órgano ebúrneo,  
Tal es su garganta.

Cuando esto sucede  
Entonces hablada:  
Decidle que tenga  
Compasión de mi alma.

¿Y si esto la irrita?  
¡Buena va la danza!  
¿Qué importa que os eche  
Muy enhoramala?

Si ella fuera prieta,  
Coja, tuerta, ó manca;  
Pero si es bonita....  
Que no os pese: basta.

#### CUATRO JUGUETILLOS A CLORILA.

##### JUGUETILLO I.

Arroyuelo  
Que caminas  
A la aldea  
De Clorila:

Corre, corre,  
Dila, dila,  
Que la adora  
La alma mía.

Esté ahora  
En su orilla,  
Tras sus blancas  
Conderitas,

O cortando  
Clavellinas  
Con las otras  
Pastorcitas,

O asomando  
Sus mejillas  
En tus aguas  
Cristallinas:

Corre, corre,  
Dila, dila,  
Que la adora  
La alma mía.

## JUGUENILLO II.

¡Ay Clorila!  
Tus ojuelos  
Son imanes  
De mi afecto:

Son estrellas  
De tu cielo,  
Que me envían  
Dulce fuego:

Son antorchas  
De amor tierno,  
Que se ceban  
En mi pecho:

Son divinos  
Tus ojuelos:  
Son imanes  
De mi afecto.

Si están tristes  
Son muy tiernos;  
Y si alegres  
Muy risueños:

Si se enojan  
Son severos:  
Si acarician  
Halagüeños.

Son graciosos:  
Son parleros:  
Son imanes  
De mi afecto.

### JUGUETILLO III.

Mira, Clori,  
Dos amantes  
Inocentes  
Tiernas aves:

En la copa  
De aquel sauce  
Mis cariños  
Ya se hacen.

Con piquillos  
Muy silaves  
Ya se inclinan  
A besarse.

Mas ¡ay, Clori!  
Que esta imagen  
A los ojos  
Agradable,

El veneno  
Nos persuade  
Con instancias  
Amigables.

¡Ay! huyamos  
De este valle,  
No su incendio  
Nos alcance:

Y en nosotros  
Sea culpable  
La inocencia  
De las aves.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

De esto, Clori,  
No se hable,  
Que eres niña,  
Y esto baste.

A Dios, Clori,  
Que la tarde  
Ya me obliga  
A dejarte.

JUGUETILLO IV.  
EL CENTZONTLI.

Pajarillo  
Que silabe  
Con mil voces  
Variantes,

Sabio riges  
El volante  
Coro alegre  
De las aves:

Junta á todas,  
Y que alaben  
En capilla  
Resonante.

A Clorila  
Que ya sale  
Al paseo  
De los sauces:

Con mil himnos  
Agradables,  
Que le digan  
Estas salves:

Salud, Ninfa  
Deseable:  
Primavera  
De estos valles.

El arroyo  
Al mirarte  
Entre peñas  
Brinque y salte.

La floresta  
Se engallane,  
Y su aroma  
Te regale.

El favonio  
Que te halague  
Con su aliento  
Saludable.

Las pastoras  
Y zagales,  
Ni te envidien,  
Ni te manchen.

Y de Silvio  
Los cantares  
Te repitan  
Incesantes:

Salud, Ninfa  
Deseable:  
Primavera  
De estos valles.

LETRILLA.

LA ROSA DEL VALLE.

Derramando luces  
Al oriente sale  
En carro de fuego  
El día más grande:  
Día en que celebran  
Por estos lugares  
Todos los amores  
"La rosa del valle."

La niña preciosa  
De claro linaje,  
Que á sus plantas tiene  
La fuente brillante:  
La que es por su rostro  
De Vénus imagen,  
Y por gracias muchas.  
"La rosa del valle."

La que sus esencias  
Despide silaves,  
Llevando con ellas  
Tras sí los amantes:

La que es el hechizo  
De las voluntades;  
Porque encanta á todos  
"La rosa del valle."

¡Oh! viva felice;  
Y un cerco punzante,  
De mano atrevida  
Por siempre la guarde:  
Guárdela, no sea  
Que fuerte la arranque,  
Y marchita quede  
"La rosa del valle."

Viva, y el invierno  
Sus hojas no escarche:  
Y la primavera  
Ría en su semblante.  
Lejos de ella todos  
Los tristes pesares,  
Pues bien lo merece  
"La rosa del valle."

Que el amor más puro  
Que en estos cantares  
Celebra su día  
Gozoso y afable,  
Dirá en todos tiempos  
Y en todas edades:  
Mil veces, que viva  
"La rosa del valle."

---



SILVA.

A FABIO PARA QUE SE CASE.

Una hembra quiere Fabio  
Como un rico tesoro,  
De belleza adornada y de decoro,  
Y un modo de pensar discreto y sabio.  
Llevado de su genio cariñoso  
Ayer quiso á Rosana:  
Hoy á Melisa quiere: y ardoroso  
A otra zagala bella  
Dará su corazón por la mañana.  
El influjo inconstante de su estrella  
Por la selva espaciosa  
Reposar no le deja:  
Y de una en otra pastorcilla hermosa  
Pasa volando cual golosa abeja;  
Con lo que á sus amores  
Ninguna se le queda de las flores.

Fabio amigo, soslega,  
Y con eternos lazos  
Vincúlate á Florlla que te ruega,  
Pues viene á tí ofreciéndote sus brazos  
Gózate en ellos, y en unión reposa  
De una tan casta como dulce esposa,

---

## Certamen sobre un limón

PARA QUE CANTEN LAS NIÑAS

CELIA Y LISI.

---

CELIA.

Dame el limón que ha sido  
Del dueño que amo,  
Los olores son suyos,  
Mas no los agrios.

No me lo niegues,  
Pues los celos conoces  
De las mujeres.

LISI.

Alejo el zagal mío  
Lo dió á mis aras,  
Como holocausto tierno  
De toda su alma:

Y no se pueden  
Enagenar las cosas  
Del que se quiere.

OELIA.

El limón fué primero  
Del bien que estimo,  
Y aunque el uso concedo.  
Mas no el dominio:

Yo sola puedo  
Dominar en las cosas  
Del bien que quiero.

LISI.

Toma el limón y, advierte  
Que es amarillo,  
Color que simboliza  
Fatal olvido:

Cosas no quiero  
Que olvidos me prodigan  
Del dulce Alejo.

OELIA.

Dácalo, Lisi: y mira  
Como resalta  
Entre amarillo de oro,  
Verde esperanza:

¡Oh, dulces prendas  
Que de Fidelio dicen  
Tanta firmeza!

LAS DOS.

Celia y Lisi tengamos  
De amor por triunfo:  
Tú, el uso del derecho,  
Yo, el usufructo:

Sólo amor puede  
Para contiendas tales  
Darnos sus leyes.

---

## VARIOS VERSOS BOLEROS.

---

### I.

No pases por los campos  
Del amor, niña,  
Porque más que las rosas  
Son las espinas:

Espinas crueles,  
Que punzan en el alma  
De quien bien quiere.

### II

Siento dentro del alma,  
Cuando te miro,  
Del niño más travieso  
Saltos y brincos:

Amor te tengo,  
Y aunque lo pongo en juicio  
Es muy travieso.

III.

Un Cupidillo tengo,  
Que si te miro,  
Al instante me llora  
Por ir contigo:

Su llanto enjuga,  
Y de tu blando pecho  
Hazle la cuna.

IV.

Dotados alfileres  
Celia me ha dado,  
Y me afianza con ellos  
Como con clavos:

Mi alma los sufre,  
Como suaves anques,  
O flechas dulces.

V.

Al ceñirte la frente  
De flores varias,  
Los pájaros alegres  
Te saludaban:

No de otra suerte  
Que al alba cuando asoma  
Por el oriente,

VI.

Alégranse los campos  
Cuando se asoma  
Al balcón del oriente  
La blanca aurora:

Así se alegran  
Mis ojos cuando asomas  
Tu cara bella.

VII.

Cuando el sol con su manto  
La noche cubre,  
Lloran tristes los campos  
Sus bellas luces:

Del mismo modo  
Lloro cuando se ausentan  
Tus bellos ojos.

VIII.

De un desdén se quejaba  
El amor tierno;  
Pero halló en tus cariños  
Dulce remedio:

¡Divina mano  
La de Celia! parece  
Que hace milagros.

IX.

En el crisol ardiente  
De tus enojos,  
Mi cariño se prueba  
Cual suele el oro:

Propio es de amantes  
Apreciar el cariño  
Por los quilates.

X.

Un amante que en sueños  
Tiene sus gozos,  
Diga que le mantienen  
Consuelos bobos:

¡Triste del dueño  
Que me sueña en sus brazos!  
¡Qué verde está eso!

XI.

Cuando creyóme Celia  
Que yo la amaba,  
Tuvo la fantasía  
Muy inflamada:

Como la novia  
Que sueña estar en cinta,  
Y no hay tal cosa.



XII.

Ciertos amantes rondan  
A una doncella:  
Me parece una rosa  
Llena de abejas:

Dentro de breve  
La dejarán marchita.  
Como hacen siempre.

XIII

A Vénus se ha escapado  
Su hermoso niño.  
Y de hallazgo tres besos  
Ha prometido:

Aquí en mi pecho  
Le hallarás, Vénus: dame,  
Dame los besos.

XIV.

Entre chanzas me tira  
Amor sus flechas:  
Si tales son sus chanzas  
Reniego de ellas.

Aparta, aparta,  
Porque tus chanzas, niño,  
Son muy pesadas.

XV.

Dame flores que á Vénus  
Se le dedican;  
Pero mira no tengan  
Ninguna espina.

Milagro fuera,  
Quando siempre han estado  
De espinas llenas.

XVI.

Cuando miro dos niñas  
Que se cortejan,  
Me parece que miro  
Farsa chinesca:

Donde las sombras  
Hacen veces de amantes  
Unas con otras.

XVII.

El amor me halagaba  
Como por trisca,  
Me halagaba con flores  
Llenas de espinas:

Y desde entonces,  
Herido de sus puntas,  
No quiero flores.

XVIII.

Enfermósele á Vénus  
De ético su hijo;  
Pero mientras más mama,  
Más llora el chico:

Vénus entonces  
Le dice: *mama*, mi alma,  
Mama y no llores.

XIX.

Cierta niña rodeada  
De mil cortejos,  
Es carne en garabato  
Segura de ellos:

Donde, si acaso  
La huelen, no la comen  
Los pobres gatos.

XX.

El amor disfrazado  
En tierno niño,  
Pidióme que en mi pecho  
Le diera abrigo:

Luego se torna  
En una como llama  
Que me devora.

XXI.

Niña, tu flor esconde  
De amor astuto,  
Mira que tras las flores  
Quiere los frutos:

Y con el tiempo  
Ni éstos le satisfacen,  
Que es mal contento.

XXII

Al Amor ya no pintan  
De ojos vendados,  
Carcax sobre los hombros,  
Flecha en las manos:

Ahora le pintan  
Ofreciendo á las damas  
Lazos y cintas.

XXIII.

La mujer me parece,  
En ocasiones,  
Gato que en casa ajena  
Busca ratones:

Sin otra causa  
Que porque á nadie gusta  
Lo de su casa.

---

## CUARTETAS.

---

### RETRATO DE CELIA.

Por milagro del amor  
Que á tu beldad me sujeta,  
Celia hermosa, ya de poeta  
Me he transformado en pintor.

Copiaré, pues, tu belleza  
En cuanto esté de mi parte,  
Consultando más que al arte  
A la fiel naturaleza.

Lo apacible de la luna,  
Cuando sus cóncavos llena,  
Para tu frente serena  
Es cosa muy oportuna.

Con risueños arreboles,  
Y con luz graciosa y clara,  
En el cielo de tu cara  
Por ojos pinto dos soles.

Pongo en tus tiernas mejillas,  
De carmín tirio bañadas,  
Con azucenas mezcladas  
Encendidas maravillas.

Tus labios como rubíes  
Ya dibujo; aunque contemplo  
Que hacen más vivo el ejemplo  
Los claveles carnesíes.

Tu cuello.... mas la pintura  
Dejo aquí, por preguntarte  
¿Cómo, si puedo pintarte,  
No conozco tu hermosura?

Dame respuesta: y yo fiel  
En tan precioso diseño,  
Ejerceré, dulce dueño,  
Lo que le resta al pincel.

#### CONTINUACION.

Sigo pintando tu hermosa  
Imagen, divino dueño,  
Por ser de tu gusto empeño  
De ocupación tan gloriosa.

Ya de tu cuello reclama  
Al pincel tanta blancura,  
Que ponga en él nieve pura,  
Donde amor temple su llama.

El mismo amor, si reflejas,  
Verás que cual otro Marte,  
Arcos y flechas reparte  
Entre pestañas y cejas.

Recta la nariz sutil  
Defiende á tus dulces ojos  
De no medklos arrojós,  
Cual muralla de marfil.

Tus manos, cada una de ellas,  
Para poder figurarla,  
Es necesario pintarla  
Con cinco azucenas bellas.

Tu pecho lo he de pintar  
Templo, en que los corazones  
Ofrecen sus libaciones  
De amor en el sacro altar.

Lo que me falta prometo:  
Esto es, la alma del retrato:  
La pintaré en otro rato  
Que lo permita su objeto.

Ahora parece que no,  
Porque al dar honesto un beso  
A imágen tanta, confieso  
Que no sé cómo me vió.

---

CONCLUSION.

A la imagen corporal,  
Que retórico el pincel  
Ha trasladado al papel,  
Se sigue la espiritual.

Con esta noble porción  
Tu retrato concluiré,  
Y de todo sacaré  
Motivos de adoración

De su infinito tesoro  
Pródiga naturaleza  
Dió gracias á tu belleza  
Esmaltadas de decoro.

Memoria dió á tu beldad,  
Dióle un claro entendimiento,  
Le dió un blando sentimiento  
En su tierna voluntad.

¡Oh, cuán grande es tu hermosura  
Con tan inmenso caudal!  
¡Oh precioso original,  
Que ha copiado mi pintura!

Bien, ó mal concluido estás.  
¡Oh retrato! por espejo  
Ve á mi dueño, aunque reflejo  
Lo muy deforme que vas,



Mas de lleva un dulce beso,  
Y otro, y otro, y ciento, y mil:  
¡Ah! no me culpes de vil  
Por un amoroso exceso.

¿Te ofendo, mi dueño? ¿dí?  
¿Te hago injuria? ¿te hago agravio?  
¡Ah! sacrilego mi labio  
Me saca fuera de mí.

### ROMANCE.

#### CARTA AMOROSA.

Regalado Narambo,  
Tu carta recibí á tiempo  
Que en visita ayer estaba  
Cierta bicho algo travieso.

Comuniquéle su asunto,  
Con todo lo más secreto  
De este triste corazón,  
Dó cual ídolo te tengo.

Y él, como á las musas trata,  
Que en amorosos empeños  
Son oráculos de amantes,  
E intérpretes de cortejos,

Prometiéndome invocaría  
A todo el coro noveno,  
Para responder tu carta  
En estos que él llama versos:

Con que en breve instante díome  
La fortuna un gran sujeto,  
Un "secretario" versista,  
O lo que llaman "tercero."

Impuesto ya en el asunto,  
Dice por mí, como el eco  
De mi voz, cuantas cosillas  
Mi boca le fué diciendo:

¡Ay ausente Naranjo!  
¿Qué importa, querido dueño,  
Que el destino nos separe  
Con mil mundos de por medio?

¿Qué importa, si nuestras almas,  
Con vínculo el más estrecho  
Unieron á par de amantes  
Sus recíprocos afectos?

En vano el terrestre globo  
Se opone al rayo febeo,  
Pues en la luna miramos  
Sus apacibles reflejos:

En vano pues se interpone  
La ausencia, cuando contemplo  
En mi memoria el retrato  
Del sol hermoso que quiero:

Y dulcemente inflamada  
Con mil gloriosos recuerdos,

Te estoy viendo, Naranjo.  
Acá en lo mejor del pecho.

Acá, donde arde la llama  
Del casto amor que te tengo;  
Sagrada llama que atiza  
La esperanza de himeneo.

Acá.... pero, Naranjo.  
¿Qué dices, mi bien? ¿qué es esto?  
¿A dónde me lleva, á dónde  
Me arrebató mi deseo?

Desde que el ciego destino  
Me trajo por un desierto  
A esta ciudad de Celaya,  
Que yo nombro mi destierro:

Desde que no me reclino  
En esos tus brazos tiernos;  
Desde que no te hace un blando  
Reclinatorio mi pecho:

Desde que tu voz no escucho,  
Cual la de grato instrumento  
Animado al suave impulso  
De algún profesor maestro:

Desde que yo no te arrollo,  
Cual á un albo pichonzuelo  
La cándida palomilla,  
Haciéndote mil extremos:

Vamos, coménczame á dar  
Una luz de tanto fuego;  
Así de Dafne consigas  
De tus amores el premio.

Qué ¿no lo haces? pues permita  
Júpiter que en el Peneo  
Para tus sienes no halles  
Ni siquiera un ramo seco.

De esta suerte, amigo mío,  
Hablo con el Dios de Delfos:  
Y al fin de todo, no valen  
Ni maldiciones, ni ruegos.

Sin duda que no me hallo  
Para el caso bien dispuesto:  
Esto es, con la fantasía  
Templada al uso del tiempo:

Que produjera mil flores,  
Quemando vanos incensos,  
Y ofreciera en tus altares  
La lisouja y fingimiento.

Mas ¿qué importa, dulce amigo,  
El que Apolo me haga gestos?  
¿Sabes tú que yo te estimo?...  
Pues á Dios, que todo está hecho.

## DESPEDIDA

---

Me voy, me aparto, me ausento:  
Ya te lo dice mi llanto:  
Te quedas, lo siento: ¡ay cuánto!  
¡Ay cuánto, mi bien, lo siento!

### GLOSA.

Me salgo fuera de mí  
Al reflexionar llego  
El día en que el hado falló,  
Que me apartase de tí:

Mas si lo dispuso así,  
¿Por qué resistirme intento?  
¿No hay remedio? pues aliento,  
A Dios, á Dios, alma mía,  
Que ya de tu compañía  
"Me voy, me aparto, me ausento."

El amor en tal estrecho  
Qué hacer confuso no sabe,  
Y el dolor apenas cabe  
En los límites del pecho.

Ejemplo de males, hecho  
A los golpes del quebranto,

Siento el ausentarme tanto  
De tus luces resplandecientes,  
Cuánto en idiomas corrientes  
"Ya te lo dice mi llanto."

A Dios.... mas ¡ay! ¡qué tormento!  
De nuevo el miedo me asalta:  
Me falta el valor, me falta  
Para ausentarme el aliento.

Cadáver vivo me siento!  
Mas ¿qué mucho? no me espanto,  
Si dejo en tí gusto tanto,  
Tanto bien y tanta gloria,  
Que aunque vas en mi memoria,  
"Te quedas, lo siento, ¡ay cuánto!"

Pero tú ¿qué horas? no  
Eclipses astros tan bellos,  
Que no es justo paguen ellos  
Lo que es fuerza sienta yo;

Mas si el amor nos unió  
Con su propio ligamento,  
Nuestro duro apartamiento  
Es bien sentas por tu parte,  
Que yo también el dejarte  
"¡Ay cuánto, mi bien, lo siento!"

## DÉCIMAS

### A FILIS EN EL CAMPO. (1)

Oye, Filis, lo sonoro  
De melodiosas cadencias  
Que en acordes competencias  
Trina ya el volante coro:

Cada pájaro canoro  
Parece que está apostando,  
Y su piquillo variando  
Va con tan grato primor,  
Que un órgano volador  
Se está en el aire escuchando.

Mira tantos nacimientos  
De arroyuelos, cuya plata  
Susurrando se desata  
Por esos valles sedientos:

Con uniformes acentos,  
Y compases distribuidos,  
Van quedando suspendidos  
De sus músicos rumores,

---

(1) El que llegare á leer estas décimas, tendrá mucho que refr; pero el viejo Góngora me las agradecerá. No es malo el consuelo.—A.

Hasta que en cama de flores  
Se quedan como dormidos

Mira la hermosa arboleda  
De verde pompa vestida,  
Y como que nos convida  
A pasear por su alameda:

Alegre el ánimo queda  
Respirando la frescura  
Con que brinca la esportura  
De los árboles, que son  
Ya un toldo, ya un pabellón  
A tu divina hermosura.

Mira cuántos animales,  
En cuyas pintadas pieles  
Se esmeraron los pinceles  
Y dibujos naturales:

Tras de ellos van los zagales  
Tañendo y cantando amores:  
Así tienen por mejores  
Su libertad, su cabaña,  
Que aquel fausto que acompaña  
A las ciudades mayores.

Mira la selva vestida  
De un verde que por los ojos  
Se entra á quitar los enojos  
De la alma más afligida:

En ella la comalida  
Oveja puede encontrar



Cuanto tenga que desear:  
La mesa para comer,  
El campo para correr,  
Lecho para descansar.

¡Dichoso yo, que á tu lado  
Ando el campo y sus florestas  
En las mañanas y siestas  
Libre de todo cuidado!

Ahora siéntate en el prado,  
A orilla de esta fuente:  
Aquí, Fills, mutuamente  
Nos haremos mil amores,  
Y con guirnaldas de flores  
Nos ceñiremos la frente.

---

DECIMAS.

EN LA DESTRUCCION DE UNOS PAPELES  
AMATORIOS.

¿De qué me sirve, papeles,  
Hijos de un bastardo amor,  
Veros con tanto favor,  
Si vosotros sois crueles?

Ingratos sois, sois infieles,  
Heredando el ser tiranos;  
Mas yo haré que vuestros vanos  
Y falsos prometimientos

Sean en menudos fragmentos  
El despojo de mis manos.

Confieso fuisteis amigos  
En amorosos cuidados;  
Mas ya del todo volteados  
Sois tenaces enemigos;

De mi deshonra testigos,  
Vergüenza me dá teneros,  
Pues mirándome severos,  
Sin que el corazón resista,  
Me hacéis gustar por la vista  
Los acíbares más fieros.

Así, pues, os he de hacer  
Pedazos, porque á mis ojos  
No sois más que unos despojos  
De un ingrato proceder....

Mas no esto sólo ha de ser:  
Aun más tenéis que sufrir...  
Al fuego, al fuego habéis de ir,  
Que pues fuego el ser os dió,  
Fuego ha de ser, y no yo,  
El que os ha de consumir.

Ya ardeis, y al punto ¡qué de  
De vuestras llamas las lenguas  
Al padecer tantas menguas  
Dicen ser fuego de amor:

Cuyo escaso resplandor  
Como un día viene á ser,

Con que yo consigo ver  
Mi obscuridad disipada,  
Y que en breve instante es nada  
El amor de una mujer.

Ceniza os contemplo ya,  
Y aunque tan yerta y tan fría,  
Mañana, ó en otro día,  
Tal vez resucitará:

Mas no, que el viento será  
Vuestra total destrucción....  
En alas del aquilón  
Volad, pues, y que él os lleve  
A cubriros con la nieve  
De la más cruda región:

Y mientras de mi presencia  
Su furor os arrebatá,  
La memoria que os combatá  
Con golpes de la experiencia:

Que aun en tan frágil potencia  
Teneros no es permitido,  
Y es remedio conocido  
Para un amoroso daño,  
Que lo lleve el desengño  
Al sepulcro del olvido.

DECIMAS.

A UNA SENORITA QUE COGIO LA MANIA  
DE PEDIR VERSOS AL AUTOR.

¿Versos quieres? "un" pie está:  
No tiene el "segundo" pero:  
¡Qué fluido salió el "tercero!"  
Cata una "cuarteta" ya.

Este es el "quinto:" allá va  
Brincando el "sexto:" ¿qué tal?  
No salió el "séptimo" mal:  
Este es el "octavo:" ahora  
Sobre el "nono" ve, señora,  
Una "décima" cabal.

¿Quieres otra mejor que ésta?  
¿Y de qué saldrá mejor?  
¿Quiéresla, mi bien, de "amor?"  
Sin tí no se hará la fiesta.

¿De "celos?" pero me cuesta  
Muy caro este "mal" por tí,  
Vaya de ausencia ¡ay de mí!  
Que me da tantos enojos,  
Porque no miro tus ojos:  
Cata otra "décima" aquí.

Vaya de "amor," porque toda  
El alma te sacrifica,

Cuando entre chanzas te explico  
Que entre veras me acomoda.

Desde luego que la duda  
No permitirá turlanzas,  
Si á las dulces esperanzas  
Propicia correspondieras,  
Haciéndose amor de veras  
El amor que anda con chanzas.

En fin, cuando el verso acabo,  
Halló por malos diversos,  
Que es muy fácil hacer versos  
De éstos, de que no me alabo.

De ser tu amaranso esclavo  
Sin duda me alabaría;  
Y creo te parecería,  
Si no me engaño, mejor  
El acento de mi amor,  
Que la voz de mi Talía.

#### DECIMAS.

##### A MI CORAZÓN.

Corazón, corazón, dí  
¿Qué sientes, dí, corazón,  
Que con recia pulsación  
Sufrete quierres de mí?

Mas ya la causa advertí.  
Y creo no ser desacierto,  
Porque quedando yo yerto  
De una pena tan tirón,  
Tú por irte con Rosana  
Salir quieres vivo ó muerto.

Razón tienes, razón,  
Que supuesto ella es tu dueño,  
Procuras el desempeño  
De tu dulce obligación:

Ve pues, dile la ocasión  
Tan penosa en que me ves,  
Y te encargo que después  
A sus pies sirvas de peana,  
Porque es justo que Rosana  
Tal peana tenga á sus pies.

DECIMA. 11. 1811

A LISI POR EL FUEGO QUE LE S  
A LA BOCA.

SONETO

Ese fuego es prueba clara,  
Que ya de tu amor tenemos,  
¡Ay Lisi! y por lo que vemos  
Siempre el mal sale á la cara:

Y cuando á todos declara  
De tu interior la pasión.

Se convence la razón,  
Con atención á que vale  
Decir, que á los labios sale  
Lo que está en el corazón.

DECIMA. (1)

A UNOS OJOS.

Cuando mis ojos miraron  
De tu cielo los dos soles,  
Vieron tales arreboles  
Que sin vista se quemaron:

Mas por ciegos no dejaron  
De seguir por sus destellos,  
Por lo que duele de ellos,  
Que aunque te causen enojos,  
Son girasoles mis ojos  
De tus ojos soles bellos,

DECIMA.

EN UNA AUSENCIA.

Las lágrimas que encerráis  
¿Para cuándo, ojos, queréis?  
Si á vuestra Ellis no vais,  
Ojos, ¿por qué no lloráis?

(1) Esta producción fué el primer gorgon de  
mi musa.—A.

Mas ya el descargo me dáis  
Formando copiosos ríos;  
Llorad, pues, tantos desvíos,  
Llorad ausencias fatales,  
Llorad, llorad tantos males,  
Llorad, llorad, ojos míos.

DECIMAS.

EL AMOR CARMELITA.

Empeñado en la hermosura  
De Nise, el Amor un día  
Su retrato disponía  
En retórica pintura.

Mudar gulso de figura  
Para la vez de pintor,  
Y por singular favor  
Con su madre solicita  
Le transformé en carmelita.  
¡Qué lindo que está el Amor!

¿Con que á más de niño, loco?  
Pues si se viera á un espejo,  
Sin tener trazas de viejo  
El mismo se hiciera el coco:

Cuando su capricho toco,  
En discursos me desvelo,



Preguntando al diosezuelo  
¿Qué hado siniestro le apura,  
A que pinte la hermosura  
Vistiéndose de carmelo?

Pues qué, ¿el pintar con esmero  
Una belleza sin par,  
Es lo mismo que jugar  
A las damas del tablero?

O ¿qué piensa el dios certero,  
Que esa tu cara divina,  
Miniatura peregrina  
De raros modos y nuevos.  
Es arroz, pescado, huevos.  
U otro embrodio de cocina?

Nada vale. Se presenta  
El Amor en su aparato.  
—Qué lindo salió el retrato!  
De su original, afrenta.

¿Y así Nise está contenta?....  
Esto es lo que más me irrita.  
Por tu cara tan bonita.  
Nise, ruégale al Amor,  
Que cuando haga de pintor  
No se meta á carmelita.

QUINTILLAS.

DUDA AMOROSA.

Si por una cosa rara  
Dos corazones tuviere,  
En uno Filis entrara,  
En otro á Doris pusiera,  
Y así á las dos contentara

Pero si uno sólo tengo  
No podré darlo á ninguna,  
Porque luego me detengo  
En que si lo doy á la una,  
Al rigor de la otra vengo.

Darlo á las dos es buscar,  
Si se examina despacio,  
Guerra en que siempre han de estar;  
Porque un sólo palacio  
Dos no pueden gobernar.

Qué hacer en tal confusión  
No alcanzo; mas si supiera,  
Que no había de haber cuestión,  
Sin duda á cada una diera  
La mitad del corazón.

Así una vez discurría:  
Y Amor que en mi pecho estaba,  
En lo interior me decía:

Que si á dos darlo pensaba,  
A ninguna lo daría.

Que es ley la más oportuna;  
Aunque de un tan ciego dios,  
Que se quiera á sola una;  
Porque aquel que quiere á dos  
No quiere bien á ninguna.

Luego el corazón le dí  
A Doris; y mal pagado,  
Al punto me arrepentí,  
De que no le hubiera dado  
A Félis: ¡triste de mí!

---

ENDECHAS REALES.

A UN CANARITO DE CELIA.

¡Ay, pobre camarito,  
Que con débiles ayes  
Llamas al dulce dueño  
Que te llevó la muerte inexorable!

¡Ay triste, y cómo Meas  
De suspiros los aires  
Que volverte no pueden  
A nueva vida la consorte amante!

¡Ay cómo representan  
Tus lúgubres cantares  
El amor que perdiste,  
Amor difunto que en la nada yace!

Suspende de tus quejas  
Los fúnebres compases,  
Con que á llanto provocas  
Al coro alegre de las dulces aves.

Parece que refieren  
Los sabrosos instantes  
Que en el murrido lecho  
Son premio dulce de desvelo amante.

Procura ¡ay! sí, procura  
De tu dueño olvidarte,  
Y sea total remedio  
Por tanto dolor un nuevo enlace.

Ya de la hermosa Celia,  
Móvida á tus pesares  
La ternura se empeña  
Para que en otro amor alegre cantes.

Págale sus oficios,  
Sus oficios tan grandes  
De ternura, con quiebros  
Que trinas á la aurora cuando sale.

¡Qué bella pajarita  
Te presenta! ¡Qué talle!  
Qué ebúrneo su plquillo!  
¡Qué pintado, y qué muelle su plumaje!

Llévala al dulce nido,  
Que puedo asegurarte  
Que todos serán gustos,  
Pues de los muertos no hace aprecio nadie.

## DOS TRADUCCIONES DE UNOS VERSOS DE GALO.

---

### PRIMERA.

Lidia bella, muchachita blanca  
Más que leche y que cándido lirio;  
Más que rosa, que es alba entre rubia,  
Y que helados marfiles bruñidos.


Muchachita, desata, desata  
El trenzado de esos cabellitos  
Para ver en tus cándidos hombros  
Hilos de oro luciente esparcidos.

Sus estrellas me muestren tus ojos,  
Y sus cejas en forma de arcos;  
Y también tus mejillas me muestren,  
Que se bañan con grana de Tiro.

Llega acá con tus labios corales,  
Y me dá cual paloma besitos:  
Una parte de mi alma te llevas:  
Hasta el pecho tu boca he sentido.

¿Por qué agotas mi sangre que aun corre?  
Tapa, tapa tu blanco pecho:  
Ese pecho, muchachita, cubre,  
Que se enyema del néctar urgido.

•



Cinamomo se esparce en su seno:  
El placer se suscita contigo:  
Tapa, tapa tu pecho amoroso  
Que me tiene dulcemente herido.

Qué ¿no ves cuando enfermo me quejo  
Mis amores? cruel eres conmigo.  
Muchachita, qué ¿así me abandonas  
Casi muerto, y á tus pies rendido?

## SEGUNDA.

Lidia hermosa, más alba  
Que la leche y que el lirio,  
Más que la rosa que une  
Lo blanco y lo encendido.

Más que el marfil que aprecian  
Los orientales indios,  
Y que por diestra mano  
Resplandece bruñido.

Esporce, niña, esparce  
Tus rubios cabellitos,  
Y que en tus hombros vaguen  
Como dorados hilos.

Denme luz las estrellas  
De tus ojos divinos,  
Y de tus cejas negras  
Me muestra los arquitos.

Tus mejillas rosadas,  
Que en púrpura de Tiro  
Recibieron lo rojo.  
Déjame ver, te pido.

Llega acá con tus labios,  
Tus labios coralinos,  
Y dame cual paloma  
Muy sabrosos besitos.

Una parte de mi alma  
Te llevas; y percibo  
Al tiempo que me besas,  
El corazón herido.

¿Por qué, por qué me dejas  
De este modo, bien mío?  
Ese pechito esconde  
De néctar comprimido.

En tu seno conduces  
Cinamomo esparcido,  
Y manan de onde quiera  
Los placeres contigo.

Esconde, niña, esconde  
Tu nevado pechito,  
Porque todo me quemó  
Con cuanto en éste miro.

Qué ¿no ves lo que paso?  
Tirana eres conmigo.  
¿Casi muerto me dejas,  
Cuando por tí suspiro?

## Epigrama del Amor arando

---

Traducido del idioma griego al latino, y de éste  
al castellano.

El rapaz Cupidillo  
Dejando el arco de oro,  
Pone oportunamente  
La alforja sobre el hombro.

Arroja la hacha ardiente,  
Coge el cayado corvo,  
Y unce los mansos bueyes  
Bajo del yugo tosco.

Con mala fe á la tierra  
Dá la semilla, y pronto  
Dijo, alzando la vista  
Al estrellado polo:

Haz, oh Júpiter sumo,  
Este campo abundoso;  
Si no haré que bajando  
De tu luciente tro.



Lieves el yugo infame  
(Otra vez como toro)  
De Europa, que sin duda  
Es yugo el más gravoso.

---

PARAFRASIS DEL MISMO EPIGRAMA.

De los cándidos hombres abajaba  
El dorado carcax Amor un día,  
Y en su lugar ponía  
La alforja que á propósito llevaba.  
Igualmente arrojaba  
La abrasadora tea  
Y el grosero cayado apercibía.  
Y á los unidos bueyes diligente  
Para que alfran el sulco agujonea:  
Ya esparce la semilla conveniente  
En el fecundo preparado suelo.  
Y dice: (levantando al claro cielo  
Sus ojos) haz ¡oh Júpiter! que vea  
La siembra acrecentarse en mi decoro;  
Si no queres que sea  
Tu deidad convertida en manso toro:  
Y te veas obligado  
Por quien otra ocasión hacerlo pudo,  
A llevar aquel yugo tan pesado  
De Europa, con infamia de cornuto.

---

A CLORI CON UNA CALANDRITA.

Clori, Clori, restaure mi aliento  
De tus ojos la dulce alegría,  
Tu presencia más suave que la alba  
¡Ay, zagala! me dé nueva vida.

Humedece con lágrimas tiernas  
El cadáver de esta calandrita  
Que del nido materno robaba  
Para traer á tus aras divinas.

A tu influjo esperaba crecerla,  
Descubriendo la pluma amarilla,  
Que con negra formara un ropaje  
Más galán que la tela más rica.

Parecíame escuchar los gorgoros,  
Que á tu voz hechicera aprendía,  
Cuando jaula de mimbres delgados  
Defendiera de halcones su vida.

Pero en medio de imágenes gratas,  
Empujando con alas blanditas  
De mi mano se sale, y se sube  
De un arbusto en las verdes ramillas.

Fiero can, que la sigue, la coge:  
De sus fauces mis ansias la quitan.  
¿Pero cómo, mi Clori? exhalando  
Mi esperanza halagüeña en su vida.

Los zagales al són de sus flautas  
Su tragedia cantando, repitan:  
Avechías que libres se pierden,  
Es mejor que se logren cautivas.

---

#### A CLORI CON UNOS PICHONCITOS.

A estos dos pichoncitos que en dulce  
Y amoroso concurso tuvieron  
Dos amantes fecundas palomas  
Nuestra chosa destinan los cielos.

A la escuela de amores felices  
Defenderse podrá que vinieron,  
Si los dos con empeño tomamos  
Su enseñanza en los dulces extremos.

Aprended, palomillos dichosos,  
Las lecciones que dicta el afecto:  
Ved en Clori inocentes halagos,  
Y en su Silvio cariños honestos.

¡Ay! no quiera la diosa de Chipre  
Que su carro tiréis con el tiempo,  
Que aunque sois de tan claríllas plumas  
Quedaréis maculados muy presto.

¡Cuanto, Clori, cuánto nos amamos!  
Pues atados con vínculo estrecho,  
Me parece que vienen las aves  
A tomar de nosotros ejemplo.

Alegraos, alegraos, pastorellas,  
Y tocad los festivos panderos,  
Mientras cantan alegres las aves  
Al amor, que nos hace maestros.

---

### CLORI Y SILVIO COMIENDO DURAZNOS.

Mientras pacen las blancas corderas  
Verde grama y tomillo oloroso,  
Comeremos, zagala, estos frutos  
A la sombra que ofrecen los olmos.

¡Qué durazno! parece que muerdo....  
Un carrillo del dueño que adoro....  
De mi Clori.... de tí, por quien vivo  
Encantado en los valles y sotos,

Dame tú ese que ya has comenzado....  
Toma tú éste.... ¿cuál es más sabroso?  
El que tiene, mi Clori, el almíbar  
Que destilan tus claveles rojos.

Bendigamos al nínfen que manda  
La estación del fructífero otoño,  
Y los gustos cantamos del campo,  
Que no tienen los poblados todos.

---

ROMANCE ENDECASILABO.

A LOS OJOS DE CIORI.

Graciosas luces de la Ciori mfa,  
Estrellas claras de esplendores tiernos,  
Albas risueñas, soles agraciados,  
Ojos divinos que me velis serenos:

Como los montes se estramecen cuando  
Rayos fulminan los airados cielos,  
Así mi pecho, que se siente herido  
Sin causa alguna, del enojo vuestro.

¿Hasta cuándo esas niñas cariñosas  
No me vuelven á ver como riendo?  
Tornad al gusto con que me mirábais,  
Risueñas niñas, en alegres tiempos.

Miradas dulces sobre el triste Silvio  
Benignos esparcid, habladme tiernos,  
Habladme tiernos, como siempre fuisteis;  
Volved á vuestro amor, ojos parleros.

Tiernos, y alegres, y blandos, y dulces,  
Divinos ojos de amoroso fuego,  
Convertid vuestras iras formidables  
En calma celestial, ojos serenos.

Así los dioses á mañana y tarde  
Lucir os hagan en lugar de Vénus,

Y así las musas os campongán himnos  
Que cante Silvio vuestro zagalejo.

ROMANCE ENDECASILABO.

EN LA MUERTE DE UN LORITO.

Psittacus Eois immitatrix ales ab Indis,  
Occidit. Exequias ite frequenter, aves.  
Ite, plae volucres; et plangite pectora pennis;  
Et rígido teneras ungue notate gemas.  
Horrida pro moestis lanietur pluma capillis:  
Pro longa resonante carmina vestra tuba.

OVID, lib. 2o., "Amor." eleg. 6a.

La muerte de un gracioso pajarillo  
Lloró CATULO con dulzura tanta  
Como que era el que hacía las delicias  
Y el recreo todo de su Lesbia amada.

Recuerda con ternura y sentimiento  
Sus gracias todas que eficaz retrata,  
Y aquellos movimientos inocentes  
Con que á su hermosa Lesbia tanto agrada.

De su hechicero seno á un lado y otro  
El tierno animalito se volaba,  
Ouidando siempre de volver gozoso  
Y nunca tarde á su envidiable estancia.

Lloró también el dulce y suave OVIDIO  
De un perico la muerte desdichada,  
Manso, hermoso, locuaz y lleno todo  
De encantadoras y sublimes gracias.

El fué de una inocente tortolilla  
Amigo fiel, sin que jamás notara  
Ninguno en ellos la más leve ríña;  
Cosa en sus semejantes bien extraña.

El fué parco y frugal, pues solamente  
Vivió de comer nueces y alguna agua:  
Tan amoroso y tierno, que hasta de esto,  
Si le hablaban de amores, se olvidaba.

El en fin mereció y logró la dicha  
De agradar á Corina, y su palabra  
Ultima fué un funesto y triste vale  
Con que su alma sensible le traspasa.

¿De qué te sirvió, diame, exclama Ovidio,  
La fe á tu tortolilla tan guardada?  
¿De qué tu hermosa variedad de plumas,  
Y la dulzura de tu graciosa habla?

¿Qué te aprovecha el don inestimable  
De agradar á Corina? ¡oh suerte infausta!  
¡Ay! yaces infeliz, funesta gloria  
De cuantos pueblan las regiones aéreas....

Así sigue, señora, lamentando  
El genio dulce la fatal desgracia.

Y así de vuestro amado periquito  
Quisiera cantar yo, y os agradara.

Pero tan incapaz me reconozco  
De esto, que sólo quiere mi ignorancia  
Remedar la expresión y los acentos  
De la lira mejor de las romanas.

Venid piadosas, tiernas avecillas,  
A llorar sobre la urna desdichada  
Del más gracioso loro que ser pudo  
Despojo triste de la horrible parca.

Romped vuestro plumaje hermoso y rico;  
Herios los pechos, azotad las alas,

Y oiganse vuestras quejas y lamentos  
En la región que esté más apartada.

Llorad zenzontles, y canarios suaves,  
Tórtolas, gorrioncillos, y calandrias,  
Llorad la muerte del perico amable  
Que se ha robado Láchesis avara.

¿Tanto importaba, muerte, á vuestros triunfos,  
Esta avecita que Joaquina amaba?

¿No tienes allá tantos que publiquen  
Tu gran poder y fuerza ilimitada?

¿El rico Creso, el elocuente Tullo,  
El valiente Scipion, mi hermosa Clara,  
No te dan todavía bastante gloria?  
¿Aun no demuestran tu feroza y saña?



Pues ¿por qué á esa ave amable é inocente  
Haz hecho triste objeto de tu rabia?  
¿Quisiste acaso castigar su dueño  
Por la ternura fiel con que la amaba?

Pero sea lo que fuere, ya no existe,  
Y dentro de muy breve será nada:  
Grabemos pues por último en su losa  
Lo que Oríldo hizo en la del otro, y basta.

#### EPITAFIO.

Desde este triste Leteo  
Que es propia imagen del sueño,  
Agradarán á mi dueño  
Mis canciones y gorgceo.

Supuesto, pues, que aun poseo  
Aquella dulce armonía  
Y admirable melodía  
Del ave más docta en canto,  
Y así convierta su llanto  
En la mayor alegría.

-----

## La Mañana.

---

Ya se asoma la cándida mañana  
Con su rostro apacible: el horizonte  
Se baña de una luz resplandeciente,  
Que hace brillar la cara de los cielos.

Huyen como azoradas las tinieblas  
A la parte contraria. Nuestro globo,  
Que estaba al parecer como suspenso  
Por la pesada mano de la noche,  
Sobre sus firmes ejes me parece  
Que le siento rodar. En un instante  
Se derrama el placer por todo el mundo.

¡Agradable espectáculo! ¡Qué pecho  
No se siente agitado, si contempla  
La milagrosa luz del alba día!  
Ya comienza á volar el aire fresco,  
Y á sus vitales soplos se restauran  
Todos los seres que hemosean la tierra.  
El ámbar de las flores ya se exhala  
Y suaviza la atmósfera: las plantas  
Reviven todas en el verde valle  
Con el jugo sutil que les discurre  
Por sus secretas delicadas venas.

Alegre la fernz naturaleza  
Se levanta risueña y agradable:  
Parece cuando empieza su ejercicio,  
Que una mano invisible la despierta.  
Retumban los collados con las voces  
De las cantóras inocentes aves:  
Susurran las frondosas arboledas,  
Y el arroyuelo brinca, y mueve un ronco  
Pero alegre murmullo entre las piedras.  
¡Qué horas tan saludables en el campo  
Son éstas de la luz madrugadora,  
Que los lánguidos miembros vigorizan,  
Y que malogran en mullidos lechos  
Los pálidos y entecos ciudadanos:  
Todo excita en el alma un placer vivo,  
Que con secreto impulso se levanta  
A grandes y sublimes pensamientos.  
Todo lleva el carácter estampado  
De su hacedor eterno. Ahá á su modo  
Parecen alabar todos los entes  
La mano liberal que los produce.  
Todo se pone en pronto movimiento:  
Cada cual de los simples habitantes  
Comienza su ejercicio con el día.  
Tras su manada de corderas blancas  
Leda la pastorella se entretiene,  
Tejiendo una guirnalda, que matiza  
De varias flores para su alba frente.  
El vaquero gobierna su ganado,  
Que se dilata en el hermoso ejido.  
El labrador robusto se dispone  
Para el cultivo del terreno fértil.

Volme al sembrado que la providencia  
Con su invisible diestra me señala:  
Sufriré el sol ardiente; pero alegre  
Con los frutos sazones y abundantes  
Que los sulcos me dan que beneficio.  
Apagado el bochorno de la tarde,  
Me volveré á mi choza apetecible,  
Morada de la paz y de los gustos,  
Donde mi esposa dulce ya me espera  
Con sus brazos abiertos: mis hijitos,  
Después de recibirme con mil fiestas,  
Penderán de mi cuello: ciertamente  
Que vendré á ser entonces como el árbol  
De que cuelgan racimos los más dulces,  
¿Y de trocar entonces mi cabaña,  
Aunque estrecha y humilde, por el grande  
Y soberbio palacio, donde brilla  
Como el sol en su esfera un señor rico,  
Pisando alfombras con relieves de oro?  
Nada menos. Tampoco este instrumento,  
Este instrumento rústico y grosero,  
Blenhechor, que me dá lo necesario  
En todas las urgencias de mi vida,  
Por el cetro brillante que un monarca  
Empuña con su diestra poderosa,  
No cabe el gozo dentro de mi pecho:  
Ni de alabar me canso en la mañana  
Al padre universal de las criaturas,  
Que miro con esa luz madrugadora  
Sin dejarlo de ver en las restantes  
Producciones tan grandes de su seno.  
¡Oh cuántas! ¡cuáles son! ¡y qué admirables!

Pero ninguna como el alba hermosa,  
Que parece que á todos les dá vida,  
Enviándoles la luz de su semblante.  
¡Oh, risa de los cielos, y alegría  
De estos campos felices! Precursora  
De los rayos del sol, yo te saludo.  
Las frescas sombras, las campiñas verdes,  
Las fuentes claras, los favonios blandos,  
Las aves dulces y las flores tiernas  
Te saludan también allá á su modo.  
Su faz hermosa la naturaleza  
Sacar parece del sepulcro ahora:  
Todos sus entes cobran nueva vida  
A tu presencia dulce y agradable.  
Corren las fieras á sus cuevas hondas,  
Brincan las cabras, los corderos balan,  
Llaman las vacas á sus becerillos,  
Mugan los toros, y responde el eco,  
Que sale de los montes retumbando.  
Los pastorcillos, y las zagalejas,  
Sonoros himnos canten al eterno  
Autor que baña tu semblante hermoso  
De tan alegre luz por la mañana.

---

## SUEÑO ALEGORICO

---

### CANTO EN OCTAVAS.

Cuando dormimos pasamos  
á un nuevo mundo que algunas veces (siendo todo ideal,  
y una simple representación  
del que habitamos) nos ofrece  
nuevas ocasiones de reflexio-  
nar sólidamente nuestra al-  
ma, que siempre está en ejer-  
cicio.

### CARACCILO EN EL GOZE.

#### I.

Ya que la fuerza de mi edad lozana  
Con treinta años de peso se rendía,  
Hallábame en la corte mexicana  
Enfermo de mortal hipocondría:  
Entonces una noche más temprana,  
Y más triste que nunca, parecía  
Arrojarme del sueño á los umbrales.  
Porque viera un enigma de mis males.

II.


Entronse en unos huertos deliciosos,  
A quienes Priapo ve con blando ceño,  
Frescos, alegres, verdes, olorosos,  
Y última prueba de su autor el sueño:  
De sus bosques espesos, pero hermosas,  
Al paso me salieron, ¡dulce empeño!  
Dos ninfas que me ponen en sus brazos,  
Cual incauta avechilla en muchos lazos.

III.

Portaba un canastillo la primera  
De frutos los más gratos y sazones:  
Brindóme de ellos para que comiera  
Con estilo que vence corazones:  
¿Quién habrá que resista á una hechicera  
Tan dulce en sus políticas funciones?  
Brindóme ¡ay cielos! y á la nueva instancia  
De sus frutos comí con abundancia.

IV.

De rubio néctar una copa bella  
La segunda á los labios me llegaba;  
Mas en influjo de benigna estrella  
Su poder y mi ruina me anunciaba:  
Temeroso resistome; pero ella  
Como toda razón atropellaba,  
Díome vino á beber, que sin disputa  
De mi vergüenza fué letal cuenta.



V.

Cuanto por una verde celosía  
Asómase otra ninfa á mis recreos,  
Que con el fuego que en su rostro ardía  
Abraza la región de los descos:  
Sale: dame la mano.... ¡suerte mía!  
Este sí fué el mayor de mis trofeos,  
Pues la expliqué mi amor, y en el instante  
Se asomó la sonrisa en su semblante.

VI.

Arroyos de cristales derretidos,  
Y cantares de dulces risueños  
Suavemente embargaban los sentidos  
En lecho blando de mullidas flores:  
Los tiempos lamentábanse perdidos,  
Cuando á estorbar de Vénus los amores  
Aparécese un viejo, y dando un grito,  
Llena de espanto todo aquel distrito.

VII.

Huyen las Circes, como del sembrado  
Se levantan las aves al estruendo  
De la piedra que la honda ha disparado:  
El risueño pensil vuélvese horrendo:  
Ya el anciano su brazo ha levantado....  
Dame un golpe, y del éxtasis volviendo  
Mis vicios huro; pero luego canto  
Lleno de gusto el desengaño santo.



IDILIO.

LA ZAGALA EN EL BOSQUE.

Frondoso bosque, cuya fresca sombra  
Mis perdidos alientos restauraba,  
Cuando de tierna grama en verde alfombra  
Un péfido pastor me acariciaba.  
Todo el tiempo lo acaba....

¡Ay Silvio, Silvio, Silvio ingrato dueño!  
Puesto que ya sacudo el fatal sueño  
De prolongados años  
Que entretuve el amor en tus engaños,  
Es fuerza que despierte,  
Y que vea en adelante de otra suerte.

De este modo una bella zagaleja.  
Cuando de Silvio cruel triste se queja.  
Del alma abre los ojos,  
Y alivia los enojos  
De un amor ofendido; concluyendo  
Con aquestos renglones  
Que en el tronco de un árbol va escribiendo  
Para alivio de incautos corazones.

Zagala, tu amor contén,  
Si lo quiere algún zagal.  
Pues si Silvio pagó mal  
¿Quién habrá que pague bien?

-----

# EGLOGAS

---

## ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Compuso el autor las dos siguientes EGLOGAS siendo muy joven, cuando por lo mismo aún no podía poseer todos aquellos conocimientos que se requieren en este ramo de la poesía. Así lo expresó en un cuaderno escrito de su puño, donde dice: "Que no las extraña de ese lugar, porque no escribía para el público; sino para los amigos privados." Sepa también el lector, que la formación de ellas fué obra de poquísimo tiempo.

---

## **EGLOGA PRIMERA**

### **EL AMANTE MAS FIEL DE LOS PASTORES**

#### **DEDICATORIA.**

A tí, con quien mi amor en algún día  
De mi albugue al compás triste cantaba,  
Y tu voz sus cadencias alternaba,  
Cual eco que mis ayes repetía:

A tí, que de mis penas la porfía  
Por la estrecha amistad que nos ligaba,  
De suerte el corazón te traspasaba,  
Que la morabas tuya, siendo mía:

A tí, Berardo, á tí justo es resuelva  
Dedicar este afán, corto servicio,  
Porque así á respirar contigo vuelva:

Acepta, pues, de amor el sacrificio  
En versos que las ninfas de la selva  
Escucharon de Moiso y de Fenicio.

---

## EGLOGA

POETA, MOPSO FENICIO.

POETA.

Ya las nocturnas aves  
Del monte horrorizaban la espesura  
Con sus lamentos graves,  
Y el negro velo de la noche obscura  
Bajando de la lóbrega montaña  
Se extendía á la rústica cabaña:

Cuando Fenicio herido  
Del acerbo dolor que le atormenta,  
Del mal entretejido  
Albergue pastoral triste se ausenta,  
Para dar sin medida á su quebranto  
El infeliz consuelo de su llanto.

Un cayado grosero  
Su débil contestura sustentaba,  
El rostro lastimero  
Sobre el cansado pecho reclinaba,  
Y hacia al suelo doblando su estatura,  
Un espectáculo era de ternura.

**En** traza tan penosa  
**Poco** á poco los pasos dirige  
**A la** montaña umbrosa,  
**Y en** llegando á su espesa serranía,  
De esta suerte, sentándose en un tronco,  
Desató de su voz el eco ronco.

### FENICIO.

¡Oh noche, á mi tristeza acomodada!  
¡Asilo de mi grande sentimiento!  
A tu silencio sólo revelada  
La causa puede ser de mi tormento:  
Diga pues mi dolor la voz cansada,  
Y salga de este pecho el mal que siento:  
Siendo testigos las montañas ruidas,  
Las peñas sordas, y las selvas mudas.

Que aunque siempre serán quejas en vano,  
Pues mi alma ¡ay de mí! no tiene cura:  
No sé qué de consuelo el pecho humano  
Siente con expresar lo que le apura:  
Hable pues de mi dueño que tirano  
Mi pena, mi dolor, mi mal procura:  
De Doris, sí, de Doris tanta mengua  
Que siente el corazón diga la lengua.

¿Qué motivo ¡ay dolor! ingrata fiera,  
Pudo dar ocasión á tal desvío,  
Que ofendiendo mi amor y fe sincera  
Sujetas á otro amante tu albedrío?

¿Por ventura no soy el que antes era?  
¿Pues cómo ya te enfada el amor mío?  
¿Cómo así con tan súbita mudanza  
Muere tu amor, acaba mi esperanza?

¿A dónde está el amor y la fe pura  
Que en aras de tu pecho me juraste?  
¿A dónde retiraste mi ventura,  
Y de mí tan cruelmente la apartaste?  
¿A dónde mi regalo y mi dulzura,  
Y en ellos mi alma y vida te llevaste?  
¿A dónde? ¿A dónde, dí, Doris, a dónde  
Tanto bien ¡ay de mí! tu mal me esconde?

¿Con que llegó por fin tu atrevimiento,  
Sin alma, sin razón, sin fe, sin juicio,  
A quebrantar el mutuo juramento  
Con que al amor hicimos sacrificio?  
Más que fiera con tal procedimiento  
Te acreditas ¡ay Doris! con Fenicio:  
Más que fiera.... sí, Doris, ¿quién creyera?  
¡Ay Doris, Doris.... Doris más que fiera!

¿Qué traición! ¿qué rigor! ¿qué alevosía,  
Ofendiendo mi amor, es la que has hecho!  
Pues cuando el daño menos precavía,  
Porque estaba, aunque mal, muy satisfecho,  
Le robaste el contento á la alma mía.  
Dándole á otro pastor su fácil pecho:  
Más allá de la negra infamia toca  
Lo alevoso de tu hecho, y acción loca.

¿Quién creyera que ingrata me pagaras  
Con tanta falsedad, tanta vileza,

Los tiernos holocaustos que á tus aras  
Ofrecía cuotidianos mi fineza?  
¡Oh si tu culpa á conocer llegaras!  
Quizá mirando entonces tu bajeza,  
Por no manifestar perdido el juicio,  
Amaras como de antes á Fenicio.

Mas si apartado estoy de tu memoria,  
Y por otro llegaste á mal quererme,  
¿Cuándo podré gozar mi antigua gloria?  
¿Cuándo podré en tus ojos complacerme?  
¿Cuándo podré de amor cantar victoria?  
¿Cuándo en tus dulces brazos podré verme?  
¿Cuándo podré? ¡ay de mí! no llenen cuando  
Los regalos de amor que estoy llorando,

¡Ay! que de rabia y cólera reviento,  
Mirándome por otro desdenado:  
El corazón del fiero sentimiento  
Parte á parte le tengo traspasado.  
Desamáyase el valor y el sufrimiento:  
Y del remedio ya desesperado,  
Para aplacar un tanto mis enojos,  
Lloran hasta cegar mis tristes ojos.

#### POETA.

Aquí quedóse mudo,  
Porque el dolor el pecho le oprimía:  
Y cuando ya no pudo  
Con la lengua explicarse, se valía  
De los ojos, que son más elocuentes  
En idiomas de lágrimas corrientes.

Del tiempo la balanza  
Ya con iguales horas se movía,  
Y sin tener mudanza  
En sus lágrimas tristes, parecía  
Que para dar alivio á sus enojos  
El alma liquidaba por los ojos.

Cuando á breves instantes,  
Como el cielo de nubes revistiese  
Sus antorchas flamantes,  
Y sus faldas el monte estremeciese  
De los horrendos truenos al amago,  
Esperando en sus troncos el estrago:

Como enojado el viento  
Corriese por la sierra, despojando  
De su hojoso ornamento  
A las plantas con que iba tropezando:  
Y quedase aquel sitio de tal modo,  
Que infundiendo pavor estaba todo:

Enjugando su llanto,  
A la rotura de una bruta peña  
Retiróse entre tanto  
El cielo daba de sereno seña,  
Que ya, según lo mucho que llovía,  
En agua al parecer se deshacía.

Con quietud procuraba  
Mitigar por entonces sus congojas,  
Y la noche **pasaba**  
En el lecho fatal de ásperas hojas,  
Dando alivio á sus ojos entre tanto  
Que volvía de nuevo al triste llanto.



En fin, ya el claro día  
Daba para llegar pasos violentos,  
Y puesto en armonía  
El curso de los bravos elementos,  
Se asomaba la aurora á su ventana  
Alegrando la cándida mañana.

Entonces la caverna  
El infeliz pastor desamparaba,  
Y á tierra más interna  
Sus trabajados pies enderezaba;  
Quando Mopso saliéndole al camino,  
Los pasos le estorbó de su destino.

Era éste un ganadero  
De distinta cabaña, que había sido  
Su amado compañero  
En otro tiempo, porque habían vivido,  
Teniendo sus albergues inmediatos,  
Probando su amistad con fieles tratos.

Después que se apagaron  
Algunas afectuosas expresiones  
Que siempre acostumbraron  
Los amigos en tales ocasiones,  
A la sombra de un roble se acogieron,  
Y principio á su plática pusieron.

#### FENICIO.

¿Qué fin de tu cabaña te ha sacado  
Quieres decirme, amigo el más querido?

MOPSO.

Dorisa, la zagala á quien he dado  
Por justo premio el corazón rendido.

FENICIO.

Dichoso aquel amante que pagado  
Vive, sin las ofensas del olvido;  
No así yo, Mopso: escucha de mi historia  
Mil cosas que enternecen mi memoria.

A tiempo que sus bodas celebraban  
Dos amantes dichosos cierto día,  
A los campos me fui donde se hallaban  
Con música expresando su alegría.  
Acerquéme curioso á donde estaban  
Las zagalas, y aun no bien recorría  
La vista desgraciada, cuando luego  
Cual con la luz del sol me quedé ciego.

Era Doris, la misma que al instante  
En su mirar risueño prometía  
Ternura á mi cariño titubeante  
Que mi rendido pecho le ofrecía:  
Entonces parecióme que de amante  
Venturoso la suerte me sería;  
Pues saliendo á mis labios mil arrojos,  
Se asomaban afectos á sus ojos.

Dieron fin á la fiesta los pastores,  
Y acompañarla ofrezco hasta su casa;

Mas temiendo del vulgo los rumores,  
En admitir la oferta anduvo escaso:  
No jugué sus rejillas inferiores,  
Como que sé lo que en el mundo pasa;  
Y así me despedí tocando ufano  
Albos jazmines de su blanca mano.

A mi adbergue me fui, y aunque pudiera  
Facilitar consuelos la esperanza,  
El corazón se abrasa, y una hoguera  
En suspiros de amor afuera lanza:  
La delidad de la noche en su carrera  
Sofloleuta pasaba con tardanza:  
Pero habiendo llegado el claro día,  
A la casa de Doris me partía.

De nuevo me enardézo, y cuando intento  
Aliviar con su vista mi quebranto,  
Los incendios de amor hallan fomento:  
Y los deseos crecen otro tanto:  
Freno pongo á cualquier atrevimiento  
Temiendo un disfavor; mas entro tanto  
No dejaba el amor de hacer conquista,  
Ya que no con la boca, con la vista.

Replto mis visitas obsequioso:  
Y cual soldado en la campaña instruido  
Ya se muestra cobarde, ya animoso,  
Ya triunfante en la lid, ó ya vencido:  
De la misma manera cauteloso,  
Me hago ya despreciado, ó ya querido:  
Oportuna materia para luego  
A la mina de amor prenderle fuego.

En este aunque amoroso, triste estado  
Sujeto del honor á la cadena,  
En la cárcel del pecho aprisionado  
Lamentaba el amor su dura pena.  
Diez palacios había el sol dorado,  
Y la luna se vió diez veces llena,  
Sin que diese por tímida la boca,  
Libertad á pasión que en muerte toca.

Hasta que en fin, inestable la fortuna,  
O la misma desgracia cautelosa,  
Dispúsome ocasión tan oportuna  
Que me fuera el callar sensible cosa:  
No corrió con más fuerza fuente alguna,  
Cuando rompe los diques impetuosa,  
Después de largo tiempo aprisionada,  
Que mi alma al expresarse apasionada.

Dijela pues, del mal que adolecía  
Con vivas y eficaces expresiones:  
Y á la de amor continua batería  
El muro se rindió de sus razones.  
Conquistado el respeto en aquel día  
Unimos nuestros tiernos corazones,  
Y dándonos recíprocos abrazos  
Fueron nudos estrechos nuestros brazos.

Vigilante el amor, nuevo cuidado  
En adelante puso á su belleza:  
Y era tanto mayor que en lo pasado  
Cuanto hasta entonces fué más su fineza:  
Igualmente oficioso que elevado  
En empeños de toda su terneza

Mis manos la servían, cuando á sus soles  
Eran siempre mis ojos girasoles.

Desde luego su afecto me obligaba,  
Y como ya otra Doris parecía,  
El obsequio futuro anticipaba  
Cuando algunos presentes le servía:  
Unas veces de un modo le expresaba,  
Y otras de otro el amor que le tenía:  
Acciones con que suelen los amantes  
Obligar á sus dueños á constantes.

Luego que por abril las blancas flores  
El abundoso campo se vestía,  
A ejemplo de los más tiernos pastores  
Las guirnaldas más bellas le tejía:  
Pretendían acaso mis amores  
Agitados á impulsos de alegría,  
Que cuando al campo su hermosura fuera  
La adorara la misma primavera.

El otoño conforme se asomaba,  
Y sazonados frutos ofrecía,  
Las primicias más gratas le llevaba:  
Que el cultivado soto producía.  
Parece que mi amor sólo cuidaba  
De ver cómo á su Doris complacía,  
Pues aun en tiempos menos liberales  
Mis oficios se vieron siempre iguales.

Desde luego en naciendo el corderillo  
Más hermoso y galán por sus colores,  
Purificando en aguas de tomillo  
Y en otros aromáticos heores,

Coronado del más tierno ramillete,  
Y saliendo bien de nuevas flores  
A sus aras llevaba en sacrificio  
Del amor y la fe de su Feniceo.

Ocasión no faltó en que mis desvelos,  
Haciéndose enemigos de las aves,  
Cogiesen de sus nidos los polvos  
Que diesen á mi Doris cantos suaves:  
Industriosos acaso mis anhelos,  
Pues querían tal vez que en tonos graves  
Y dulces, de la música del alba  
También hicieran á mi Doris salva.

Así el tiempo pasaba, y sin las guerras  
De celos se gloriaban mis amores:  
Tres veces el verano en nuestras tierras  
Coronado salió de nuevas flores;  
Y otras tantas los montes y las sierras  
Lloraron del invierno los rigores;  
Sin que alterase el mar de mis dulzuras  
Ni el alre de ligeras desventuras.

Pero vino ¡oh dolor! ¡triste memoria!  
Otro tiempo en que todo se perdiera,  
Tiempo en que diera fin toda mi gloria,  
Tiempo en que todo mal en mí se viera,  
¡Oh tiempo en que el laurel de mi victoria  
Secóse sin que yo lo mereciera!  
¡Oh tiempo! tiempo, en que quedó triunfante  
Otro, si más feliz, menos amante!

Entonces, Mopso, cuando está más viva  
La llama de mi amor, cuando más fuerte

Agita el alma, de mi bien me priva  
Cruel influjo de mi mala suerte:  
Y entonces ¡ay de mí! Doris esquiva,  
Parece que en mi ausencia ve mi muerte,  
Pues violando el amor y la fe pura  
Mancha con otro dueño su hermosura.

Cuando perdida advierto yo su gracia,  
Y el rigor á que ingrata me condena:  
Y veo de mi amor la ineffectacia,  
Y en otro brazos la contemplo ajena,  
Crece tanto el dolor de mi desgracia,  
Y de su ingratitud la grave pena,  
Que levanto la voz de mis querellas  
Hasta herir esa bóveda de estrellas.

Sí, Mopso, cuando yo su mal recuerdo,  
Cual por el monte fiera embravecida,  
Las plantas trozo, los peñascos muerdo,  
Procurando acabar mi amarga vida:  
Me falta la razón, el juicio pierdo:  
Y enferma el alma con mortal herida,  
No sé como despojo de mi saña  
No encuentro mi sepulcro en la montaña.

Plugulera al cielo que de sus enojos  
(Antes que de mi Doris las estrellas  
Hubiera visto de sus negros ojos)  
Me hubiesen abrasado las centellas:  
Pues ahora que contemplo los despojos  
Que el amor me ofreció en sus luces bellas  
Tan sin remedio en otro dueño, quedo....  
Quedo.... como explicarte yo no puedo.

MOPSO.

Hazte, Fenicio amigo, hazte violencia  
Para romper los lazos amorosos;  
A tu ayuda se mira ya la ausencia  
Después de largos tiempos perezosos;  
Pon tu afición en otra, y la experiencia  
Efectos te hará ver maravillosos:  
Estos son contra amor seguros medios,  
Y de su mal los únicos remedios.

FENICIO.

De mi pecho confieso que debiera  
Arrancar su retrato soberano;  
Pero helara la alegre primavera,  
Floreclera el invierno triste y cano,  
Esta montaña abajo se viniera,  
Igualando sus cumbres con el llano,  
Antes que, de mi agravio satisfecho,  
Sacara su retrato de mi pecho.

Tu consejo, no hay duda, atiende grato;  
Mas quererle llevar á buen efecto  
Es imposible, Mopso, y así trato  
Acabar á los yerros de mi afecto:  
Bruto soy en querer á un dueño ingrato,  
Aunque como hombre culpo su defecto;  
Mas adorando á Doris, no disputo  
Sobre si bien soy hombre, ó bien soy bruto.

MOPSO.

Fuerza será dejarte en tu locura  
Cuando el Urano amor te tiene ciego;



No tienes ¡ay de tí! no tienes cura,  
A mi consejo opuesto, y á mi ruego:  
Mas si algo te merece mi ternura  
A mi cabaña ven conmigo luego.

#### FENICIO.


Cuanto fuere tu gusto á mi alma pide:  
Menos el que de Doris cruel se olvide.

Que aunque me aviente la fortuna airada  
A la región ardiente, ó á la fría,  
Y la esperanza illore retirada  
De volvería á gozar en algún día.  
En mi memoria siempre colocada  
El ídolo será de la alma mía:  
Así Doris verás por mis amores  
“El amante más fiel de los pastores.”

#### POETA.

La carroza dorada  
Del inflamado intrépido Faetonte  
Rodaba acelerada  
Tras de las cumbres del soberbio monte.  
Sepultando sus rayos carmesíes  
Entre nubes de rosas y alelifes:

Cuando los dos zagales,  
Dejando del desierto la aspereza,  
Sus amorosos males  
Cantaban por alivio á su tristeza:  
Costumbre muy antigua en los pastores  
En triste soledad cantar amores.



Al albergue llegaron  
Habiéndose ocultado el febeo coche  
Entre las que bajaron  
Obscuras sombras de la negra noche,  
Y entonces cada cual se recogía  
En su pajizo lecho hasta otro día.

---

EGLOGA SEGUNDA

LA PASTORA MAS FIEL DE LA CABAÑA

DEDICATORIA.

Filleno, sablo pastor,  
Si á tí se quejó algún día,  
Como sé, la Doris mía,  
De que olvidaba su amor:  
Oye en mi voz su dolor;  
Mas sin hacer de esto juicio,  
Pues si del triste Fenicio  
Llega á tí la voz confusa,  
Es, porque quiere mi musa  
Hacerte algún sacrificio.

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Para poner de algún modo intervalo á las  
atezas de la vida, nos propusimos tres ami-  
os el asunto de una EGLOGA que expresara  
sentimientos de una mujer celosa. Yo, que  
por bastantes motivos juzgaba á cierta dama,  
bajo el nombre de Doris, con achaques de es-  
pasion, produje la siguiente piececilla, que  
me á ser como una respuesta de mi EGLOGA  
terior.

## EGLOGA

POETA, DORIS, FILOMENA

POETA.

Cuando en el horizonte  
Apagada la luz, la noche daba,  
Para salir del monte,  
Acelerados vuelos, y entonaba  
Su precursora tropa tristes ecos  
Sobre rudos peñascos, troncos secos:

Doris, la zagaleja,  
Encanto de los rústicos pastores,  
De su casa se aleja  
Llorando á Fenicio los rigores,  
Sin tener de su llanto lastimoso  
Más testigo que el bosque silencioso.

A la margen se sienta  
De un arroyuelo, músico del prado,  
Y á su compás atenta,  
De congojas el pecho traspasado,  
El silencio rompió, dando á los vientos  
Estos de su dolor tristes acentos:

DORIS.

Aquí la vez primera  
Fenicio me ofreció tiernos amores;

Y aquí la vez postrera  
Ha de ser de mi vida y sus rigores:  
Que éste lugar destina la cruel suerte  
Por teatro de mi vida, y de mi muerte.

Vosotras, flores bellas,  
Que de Fenicio visteis las caricias,  
Y vosotras, estrellas,  
Que envidiásteis acaso mis delicias,  
¿No os mueve á compasión tan cruel mudanza  
Que acaba con su amor y mi esperanza?

Fenicio, ya estés ahora  
Ofreciendo tu afecto en los altares  
De otra incauta pastora,  
O ya estés entonándole cantares,  
Después de haber llevado sus ovejas;  
Como quiera que estés, oye mis quejas.

Si á tan mortal olvido  
Habías de condenarme, ¿por qué, fiero,  
Mostrándote rendido  
Me ofreciste un amor tan disonjero?  
O si es verdad que entonces me querías,  
¿Dónde está aquel amor que me decías?

Luego ya por ingrato  
Desde hoy en adelante he de tenerte,  
Pues tu engañoso trato  
No me dicta juzgarte de otra suerte:  
Mas ¿qué satisfacción, qué recompensa  
Puede ser de mi mal y de tu ofensa?

Si mientras ofendida  
Yo te culpo de infiel, tú en otro empeño  
Acabas con mi vida,  
¿Cómo será posible, ingrato dueño,  
Que de mi antigua paz la dulce calma  
Vuelva á la posesión de toda mi alma?

No, Fenicio, no es dable  
Que de mi pecho arranque los recelos,  
Con que se hace implacable  
La guerra cruda de continuos celos:  
Yo me siento morir, si de mis males  
No se duelen los dioses celestiales.

¡Cuánto mejor me estaba  
No haber correspondido á las finezas  
Con que me señalaba  
Otro tiempo tu amor entre bellezas!  
Quizá no echara menos la alma mía  
El sosiego que tuvo en algún día.

¡Oh tiempo venturoso  
Antes que yo á Fenicio conociera!  
¡Tiempo! ¡tiempo dichoso  
Que me vea con cara placentera,  
Cuando de aquel arroyo en las orillas  
Triscaba con las otras pastorcillas!

Mas hoy aprisionado  
Mi desgraciado amor se llora ciego;  
Y en un mar alterado  
Bebiendo sin cesar olas de fuego

ga la razón: ¡cuánto perjuicio  
¡No me trajo de Fenicio!

vosotras, deidades,  
idáis de estos páramos sombríos,  
sías soledades  
los tenéis los sacros ríos,  
nueven mi dolor y mis pesares,  
lo seré á vuestros altares.

ras, sí, por quienes  
veces Fenicio me juraba  
eternos bienes,  
que vuestro honor se menoscaba,  
el triste voz las grandes quejas  
even á piedad vuestras orejas.

as que de Fenicio  
vos se declaran las ofensas,  
se mi juicio,  
ingrato tendrá las recompensas  
stiales iras. Entre tanto  
el dolor, enjúguese mi llanto.

ay! almas deidades,  
led vuestro brazo vengativo;  
penalidades  
esgracia sean triste motivo;  
des pague yo vuestros enojos,  
an á llorar mis turbios ojos.

POETA.

la voz doliente  
tiernos suspiros se embargaba:



Pero el llanto elocuente  
Que en sus mejillas rojas derramaba,  
Para afear de Fenicio los agravios,  
Hizo las veces de sus bellos labios.

Clamorosos gemidos  
Y lastimosos ayes traspasaban,  
Por el aire impelidos,  
Las débiles paredes que formaban  
Una cercana choza en que vivía  
La amiga más discreta que tenía

Esta era Filomena,  
Con quien había otras veces conferido  
La causa de su pena,  
Y la que habiendo el eco conocido  
De su amiga, dejó la dulce cama,  
Llevada del acento que la llama.

Preso la halló en los lazos  
De un violento desmayo, por el suelo:  
Tómala entre sus brazos,  
Y procurando darle algún consuelo,  
Después que ya del éxtasis volvía,  
Así con blandas voces le decía:

#### FILOMENA.

¿Hasta cuándo tus ojos  
Dejarán de llorar, Doris querida,  
Los injustos enojos  
Con que Fenicio cruel te tiene herida?  
¿Hasta cuándo tendrán con tus lamentos  
Lúgubres quejas los sonoros vientos?



No hay hora en que con llanto  
No des de tu dolor amargas señas,  
Moviendo tal quebranto,  
Que parece lo sienten aun las peñas:  
No hay hora en que no suene tu amargura  
Sea del día claro, ó de la noche oscura.

Si esa corriente fuera  
De modo que á Fenicio caminara,  
No era mucho corriera  
Llevándole las rosas de tu cara:  
Esperas tal vez su afecto entonces,  
Si hay lágrimas que ablanden á los brónces.

Pero si la fortuna  
Descamina tu voz, y nada medras,  
Tu querella importuna  
Quedará sepultada entre estas piedras,  
Mientras que en otras aras tu Fenicio  
Consuma de su amor el sacrificio.

#### DORIS.

Nada menos, amiga,  
Que á los oídos de un pérfido me queje,  
Y que ruegos le diga,  
Para que vuelva á mí, cuando á otra deje:  
De ninguna manera, porque haría  
Su dureza mayor la queja mía.

#### FILOMENA.

¿Luego sin esperanza  
Lamentas, maltratando tu hermosura

De que tendrá mudanza  
Tu desgraciado amor, tu desventura?  
¡Qué poco juicio! ¡ay Doris! acreditas  
En tiempo que mejor lo necesitas!

DORIS.

Sin esperanza lloro,  
Es cierto, de ser ya dueño absoluto  
De lo que más adoro;  
Mas cuando al suelo lágrimas tributo,  
Discurro ¡ay triste! que en remedios tales  
Una parte desahogo de mis males.

FILOMENA.

Llora pues, Doris mía;  
Pero treguas permite á tus quereilas:  
Acuérdate del día  
En que dando tu sol sus luces bellas,  
Alegrabas los rústicos pastores  
Como el alba á los dulces raisenores.

Acuérdate de cuando  
Despidiéndote Amor doradas flechas,  
Las ibas rechazando  
Y caían á tus pies luego deshechas:  
Victorias que te hacían en la cabaña  
Honores, como á Diana en la montaña.

Y acuérdate de aquellos  
Alegres tiempos, cuando en la floresta,

De ramos los más bellos,  
Pasando los ardores de la siesta,  
Con coronas cantábamos y palmas  
La dulce libertad de nuestras almas.

DORIS.

Antes con la memoria  
De mi pasado bien, mi mal se aumenta,  
Y perdida mi gloria,  
Un infierno á los ojos se presenta.  
¿Quién, Filomena amiga, quién pensara  
Que mi gloria en infierno se trocara?

FILOMENA.

Si de las sugerencias  
Del amor en el pecho de quien ama  
No triunfan las razones,  
Emprendo inútil apagar tu llama;  
Pero ya es hora de buscar sosiego  
En nuestras dulces camas.

DORIS.

Vamos luego.

POETA.

Con amorosas quejas,  
Al juntarse la noche con el día,  
Las tristes zagalejas,  
Por temor de la luz que la alba envía,  
Se despidieron dándose un abrazo,  
Poniendo para verse corto plazo.

## EGLOGA TERCERA

DESPÍDESE SILVIO DE CLORI.

SILVIO, POETA.

POETA.

Viendo Silvio que Clori se ausentaba  
En fuerza de los hados rigurosos,  
Al pecho la estrechaba,  
Y con suspiros tiernos y amorosos  
Su dolor desta suerte le expresaba.

SILVIO.

¿Te vas? ¡ay Clori! ¿con que la fortuna  
Rompe los fuertes lazos  
De una estrecha amistad más que otra alguna?  
¿Con que dejas por último mis brazos?  
¿Los dulces brazos de tu Silvio dejas?  
¿Dejas mi corazón que por la boca  
Reptiéndote está sus blandas quejas?  
¿Te has transformado acaso en dura roca,  
Que dejas á tu Silvio en triste calma  
Sin su Clori? ¿sin tí? ¿sin toda su alma?

Mas ¡ay! que si la estrella  
De mis brazos te arranca, ¿por qué lloro

Motivos que no das, mi Clori bella?  
La estrella me arrebata el bien que adora.

A Dios, Clori,.... ¿te vas? sí, que la suerte  
Con tu ausencia procura....

Procura.... ¡ay! sí, procura darme muerte,  
Privándome de toda mi dulzura.

Y puesto que la fuerza  
La incontrastable fuerza del destino  
No hay brazo que la tuerza,  
Anda, mi Clori, empieza tu camino.

Mas no, Clori, te aguarda:  
¿Olvidarás de Silvio la ternura,  
Si acaso para verte el tiempo tarda?  
¿Olvidarás que ha sido tu hermosura.  
Tantas dichosas veces adorada,  
En lo mejor de su alma colocada?  
No lo perunitas, Clori, ¡ay! ten presentes  
Del corazón más fiel tantos amores,  
Que á prueba de otros muchos pretendientes,  
Envidiosos pastores,  
Me hicieron dueño al fin de tus favores.  
Sí, Clori: que aunque ausentes  
Estemos, y en las tierras más distantes,  
Yo te prometo, por aquella gloria  
Que me causó el triunfar de tus amantes,  
El que siempre estarás en mi memoria....  
En mi memoria, siempre agradecida  
Al honesto recato  
De tu amoroso trato;

Y muy reconocida  
A la sagrada fe comprometida  
Con juramentos tantos,  
Que por los dioses santos  
Hicimos, cuando en más dichoso día  
Yo me nombré por tuyo, y tú por mía.

¿Lloras, mi Clori? no, no tus ojuelos  
Corriendo en tus mejillas,  
Como dos arroyuelos,  
Se arrebatan las tiernas florecillas.  
¡Ay! véncete á mi ruego:  
No eclipses de tu cielo peregrino  
En cada niña un sol de blando fuego:  
No llores, Clori, sigue tu camino.

#### POETA.

Con estas expresiones de ternura  
Silvio de su zagala se despidió,  
Quien con llanto explicaba su amargura,  
Que á su labio de rosa hablar impidió:  
Dánse el postrer abrazo;  
Y desunido el amoroso lazo,  
Los últimos adioses se dijeron  
Con ayes tan del alma prorumpidos;  
Que las Driadas y Faunos se movieron,  
Y en ecos repetidos  
Desde sus hondas cuevas respondieron.

## CUARTA EGLOGA

LORA SILVIO LA AUSENCIA DE CLORI.

SILVIO, POETA.

POETA.

Como suele el amante pajarillo,  
Para aliviar su corazón doliente,  
Quejarse sobre algún verde arbolillo  
El triste Silvio sin su Clori amada  
Llora su desventura,  
Y en el silencio de la noche oscura  
De este modo su pena fué expresada.

SILVIO.

La cara trocó el mundo:  
Y así como en la noche oscura y triste,  
Un extraño silencio el más profundo  
Respira el campo desde que tú te fuiste.  
Ya no alegra la luz que la alba envía,  
Ni las aves canoras  
Su voz desatan ya con alegría.  
Tristes corren las fuentes más sonoras,  
Y aun las flores ya niegan su fragancia.  
Con razón la distancia,  
Que nos separa causa mis desvelos.

¡Oh, si te viese ahora,  
Bellísima pastora!  
¡Ay! traíngate los cielos,  
Que muero por la luz de tus ojuelos.

No me cabe el dolor dentro del **pecho**,  
Serranilla graciosa,  
Cuando pongo los ojos en el techo  
De tu mandra (1) dichosa:  
Ya no se ve blanquear, como solfa,  
Con tantas palomitas melindrosas:  
Que como echaron menos tu **presencia**,  
Quizá á buscar se fueron su **alegría**.  
Si estuviesen aun creo que llorosas  
Al triste Silvio hicieran **compaña**.  
Date prisa á volver, zagala mía.  
¡Ay! traíngate los cielos,  
Que muero por la luz de tus ojuelos.

Tus mansas inocentes corderitas  
Ni se alegran, ni buscan por el **prado**  
Como de antes las nuevas **yerbecitas**.  
¡Pobrecillo! ¡ay! sin tí de tu **ganado**!  
Y cuando llega la hora  
Que del redil las saque su **pastora**,  
La llaman con tristísimos **balidos**:  
A tan grande dolor les **acompaña**  
Con ecos repetidos  
La **lóbrega** mañana.  
Y desde aquel instante el más **penoso**,

---

(1) "Mandra," albergue pastoral.—A.




En que se vió la pastor! cabaña  
Sin tu rostro precioso,  
Una noche sombría  
Parece que se extiende por toda ella,  
Aun cuando el sol está en el mediodía.  
¡Ay serranilla bella!  
¡Si volverá á este campo su alegría,  
Que con ansias espera la alma mía?  
¡Ay! traigante los cielos,  
Que muero por la luz de tus ojuelos.

Admite, corazón, algún sosiego,  
Y aguarda con el tiempo la venida  
De tu Clori querida,  
Que enjugará este llanto en que me anego.  
Acaba de llegar, alegre día,  
Y tendrás, no hay que hacer, en mí pastora  
Mejor regazo que en la blanda aurora.  
¡Ay, zagaleja mía!  
¡Cuánto tus ojos tardan  
En alegrar los míos que te aguardan!  
¡Ay! traigante los cielos,  
Que muero por la luz de tus ojuelos.

#### POETA.

Calló el pastor amante,  
Y la pesada noche tenebrosa  
Le retira á su mandra silenciosa  
Sin que el dolor le deje un sólo instante.

---



## EGLOGA QUINTA

CELEBRA SILVIO LA VUELTA DE CLORI.

SILVIO, POETA.

POETA.

Ya de los montes el invierno cano  
Retirado se había.  
Cuando Silvio volvía  
A ver de Clori el rostro soberano.  
De su torneada mano,  
Que á la boca llevaba muchas veces  
Con gratas sencilleces,  
Cariñoso la toma:  
Sobre la verde yerba de una loma  
La sienta, y á su lado  
La requiebra, cual suele en el techado  
Simple palomo á cálida paloma.

SILVIO.

Bellísima serrana,  
Prodigio celestial, todo bien tuyo,  
Grata á mis ojos más que en la mañana  
A las sedientas flores el rocío:  
Pasó la noche obscura,  
Que lloraba con lágrimas eternas:  
El suave resplandor, las luces tiernas

De tu blanda hermosura  
Disipa mi tristeza:  
Igual es tu belleza  
A la que tiene la rosada aurora,  
Cuando, rompiendo los nocturnos velos,  
Alegra los espacios de los cielos,  
Y las coronas de los montes dora.

Pájaros dulces, que en pajizas camas  
Gratas consortes requebráis contentos,  
Salid alegres á las verdes ramas:  
Desatad vuestros músicos acentos,  
Y esparcid en los vientos  
Vuestra sonora plácida armonía.  
Pues ha llegado la zagala mía.

Salid ya del establo, corderillos,  
Que en el campo os espera  
Producción olorosa de tomillos,  
Que con Clori os envió la primavera.  
Subid al monte, bajad á la ribera:  
Dad saltos de alegría,  
Pues ha llegado la zagala mía.

Amantes zagalejas,  
Que en el fértil sembrado de amapolas  
Soléis cantar á solas  
De un mal pagado amor las tiernas quejas,  
Vuestros amargos lloros  
Convértnanse hoy en cánticos sonoros  
De alegre melodía,  
Pues ha llegado la zagala mía.

Templad los agradables caramillos,  
Porque en do más sabroso de la siesta,  
Músicos pastorcillos,  
Haremos nuestro baile en la floresta  
A la usanza de simple serranía,  
Pues ha llegado la zagala mía.

POETA.

A seguir iba Silvio; pero viendo  
La carroza del sol, que iba subiendo,  
Se retira á su albergue en compañía  
De Clori, y observando los pastores  
Sus festivos empeños,  
Se dispusieron todos á porfía,  
Para alcanzar favores  
De sus hermosos dueños:  
Y á la siesta en el campo se juntaron,  
"Y la vuelta de Clori" celebraron.

---

## SONETOS

### SONETO PRIMERO.

INFLUJO DEL AMOR, IMITANDO EL ARTIFICIO DEL PRIMER SONETO DE D. TOMAS DE IRIARTE.

Célebres calles de la corte indiana,  
Grandes plazas, soberbios edificios,  
Templos de milagrosos frontispicios,  
Elevados torreones de arte ufana,

Aitos palacios de la gloria humana,  
Fuentes de primorosos artificios,  
Chapiteles, pirámides, hospicios,  
Que arguyen la grandeza americana:

¡Oh México! sin duda yo gozara  
Del gusto que me brinda tu grandeza,  
Si causa superior no lo estorbara.

De tu suelo me arranca con presteza  
El suave influjo de la dulce cara  
De una agraciada rústica belleza.

---

SONETO II.

RECUERDOS TRISTES.

Cuando tu blanca frente yo ceñía  
De hiedra azul, y de encarnada rosa.  
Cuando en el fértil prado y selva umbrosa  
Mil cariños muy dulces te decía:

Cuando de agreste flauta me servía  
Para cantar tu cara milagrosa,  
Cuando en nuestra cabaña venturosa  
Me nombraba por tuyo, y tú por mía:

Cuando... mas no, no quieras, Clori amada,  
Que refiera más gustos, pues no intento  
Que gima la memoria lastimada:

Iba á decirte, que en aquel momento  
Que recuerdo la vida ya pasada,  
No sé como no muero de tormento.

SONETO III.

A CLORI EN TRES MESES DE AUSENCIA.

Tres casas visitó, Clorila hermosa,  
El sol dorado desde el triste día  
Que á mis ojos robaron su alegría  
Con privarlos de ver tu luz preciosa.

Desde entonces! Ay triste! no hallo cosa  
Que no sea de dolor al alma mía,  
Y los males parece que á porfía  
Me disponen la vida más penosa.

Mas si deben hallar correspondencia,  
Cuando los tiempos entren en bonanza,  
Los males rigurosos de la ausencia,

Consuélame, Clorila, la esperanza  
De que tu dulce y celestial presencia  
Sanará mis dolencias sin tardanza.

#### SONETO IV.

#### EL DESEO.

Con alas vuelo de inmortal deseo  
Al campo de mi grata pastorella:  
Flores la hallo cogiendo hacia la orilla:  
De una fuente que es todo su recreo:

En su falda las echa; yo la veo  
Cortar de verde sauce una ramilla,  
Y con nardo, violeta, y maravilla,  
Una guirnalda trenza con aseo.

Cuando en sus hebras de oro la ponía,  
Los pájaros cantaron dulcemente,  
Juzgando que era la alba que salía:

Esto cantaba Silvio estando ausente,  
Y ansioso de la alegre compañía  
De Clorila, á quien ama tiernamente,

SONETO V.

EL SUEÑO EN EL DÍA DE CLORI.

Estando ausente de mi Clori amada,  
Y llegado que fué su alegre día,  
Púsome en su sabrosa compañía  
Dormido, la visión más regalada.

En mi amoroso pecho reclinada,  
Los requiebros más dulces le decía:  
Ella con blanda voz me respondía  
En su labio de rosa embalsamada.

Parecíame mirarla con los ojos:  
Mas tocado de envidia el dios Morfeo,  
Tuvo celos, no hay duda, y dióme enojos:

Y del éxtasis, Clori, en que te veo,  
Vuelvo ¡ay triste! llorando los despojos  
Con que el sueño engañaba á mi deseo.

SONETO VI.

EL RUEGO AMOROSO.

Acaba de llegar, zagala mía,  
Al delicioso campo, ¡dó te espera  
El blando resplandor, la luz primera  
Del muy risueño, del reciente día.



¡Si llegases ahora! ¡qué alegría  
Por todo el ancho valle se esparciera!  
Con frescas rosas la alma primavera  
Tus sienes al instante ceñiría.

Cantárate de amor requiebros suaves,  
Con cántico más dulce que á la aurora  
El coro alegre de las dulces aves....

Qué ¿no llegas, bellísima pastora?  
Acaba de aliviar las penas graves  
Del triste Silvio que tu ausencia llora.

#### SONETO VII.

##### RESOLUCION DEL AMOR.

En el funesto petro de una cama,  
Que el impulso del mal labró violento:  
A las sangrientas manos del tormento,  
O la muerte, ó la vida un triste llama:

Los que escuchan las voces con que exclama,  
A delirio atribuyen su lamento;  
Mas yo que á semejanza suya siento,  
Tengo por bien el mal que ansioso clama.

Pues aunque el fin mortal le atemoriza,  
No logrando descanso, mira cierto  
Que en su dolor la muerte se eterniza:

Así mi corazón del fin incierto,  
Cuando enfermo de amor triste agoniza,  
De una vez quiere ser, ó vivo, ó muerto.

SONETO VIII.

LA SEPARACION DE CLORILA.

Luego que de la noche el negro velo  
Por la espaciosa selva se ha extendido,  
Parece que de luto se han vestido  
Las bellas flores del ameno suelo.

Callan las aves, y con tardo vuelo  
Cada cual se retira al dulce nido:  
¡Qué silencio en el valle se ha esparcido!  
Todo suscita un triste desconsuelo.

Sólo del buho se oye el ronco acento,  
De la lechuza el eco quebrantado,  
Y el melroso ladrar del can hambriento.

Queda el mundo en tristeza sepultado,  
Como mi corazón, en el momento  
Que se aparta Clorila de mi lado.

SONETO IX.

LA TRISTE AUSENCIA.

Su manto recogió la noche obscura  
Que cobijaba al mundo tristemente,  
Y abriéndose las puertas del oriente  
Se asoma á su balcón la aurora pura.

De la fresca arboleda en la espesura  
Los céfios susurran blandamente:

Desata el arroyuelo su corriente,  
Y por márgenes verdes se apresura:

Sus fragancias respiran flores suaves,  
Y llenando los vientos de armonía  
Requebros trinan las parlteras aves:

Todo el mundo se llena de alegría:  
Menos yo, que en mis penas siempre graves,  
Ausente estoy de la zagala mía.

#### SONETO X.

##### A LA VUELTA DE CLORI.

Ya vuelve la deseada primavera  
En alas de los blandos cefirillos  
Y el coro de los dulces pajarillos  
Con su voz la saluda lisonjera.

Del abundoso río la ribera  
Atrae con el olor de sus tomillos  
A los simples y mansos corderillos  
Que fatigan del monte la ladera.

Su zampoña el pastor ya templa ufano  
Para cantar amores con terneza  
A su zagala por el verde llano

Se alegra la común naturaleza  
Cuando vuelve la ninfa del verano,  
Como yo cuando vuelve tu belleza,

SONETO XI.

A CLORI EN EL CAMPO.

A dó quiera que vuelve el rostro hermoso.  
El rostro celestial la Clori mfa,  
Esparece con sus ojos la alegría:  
Tal es de alegre su mirar gracioso.

Un caos parecíame tenebroso  
El campo, cuando á verme aun no salía;  
Mas después que asomó su claro día,  
Me parece un oriente luminoso.

¡Ay! mírame, zagala; y tus ojuelos,  
Con cuyas blandas luces resplandeces,  
No los cubra la ausencia con sus velos:

¡Ay! mírame otra vez, y otras mil veces —  
Que el sol no es tan alegre por los cielos —  
Como tú por los campos me pareces.

SONETO XII.

LAS TRAMPAS DE LA CAUTELA.

Con sus pintadas alas rasga el viento  
De libertad gozando un pajarillo,  
Y cantando desde un verde arbolillo  
Participa á los prados su contento:

Pero apenas desata el dulce acento,  
Y el agradable son de su piquillo,  
Cuando el más cauteloso pastorcillo  
Mil redes le dispone aquel momento.

A cautiverio duro reducido,  
Melancólico, triste, y pesaroso,  
En lágrimas su canto ha convertido:

¡Ah pajarillo incauto! riguroso  
Es tu estado infeliz, porque has caído  
Como yo, en la red del cauteloso.

#### SONETO XIII.

##### DE AGRADECIMIENTO.

No necesitas, no, niña preciosa,  
De tu garbo, donaire y gentileza:  
Para ser estimada con presteza,  
Eres á más de linda, muy graciosa.

Estando en la ciudad más populosa,  
Cual viajante, que yerra en la maleza,  
Mereció mi cariño tu terneza:  
¿Puede darse entre dichas mayor cosa?

Mil gracias te repito cada día,  
En la noche, en la tarde, en la mañana,  
Recorriendo tu amor y gallardía:

Y á pesar de la ausencia más tirana,  
Un altar te levanto en la alma mía,  
Donde adoro tu imagen soberana.

SONETO XIV.

DE LA HERMOSURA.

Mira esa rosa, Lisi, en la mañana  
Con las perlas del alba enriquecida,  
Y en trono de esmeraldas, tan erguida  
Que parece del campo soberana.

No tarda, aunque la miras tan ufana,  
En verse por los vientos sacudida,  
Y advertirás entonces convertida  
En mustia palidez su hermosa grana.

No de otra suerte, Lisi, tu belleza,  
Cual si de eterna fuese su esperanza,  
Te adorna de gallarda gentileza;

Pero vendrá la muerte sin tardanza,  
Y marchito el verdor de su entereza.  
Del trono la hará caer de la privanza.

SONETO XV.

DE LA JUVENTUD.

¿No ves ese clavel ya deshojado,  
Por la crueldad del cierzo enfurecido:  
Tan muerto, que parece enternecido  
Las exequias le canta triste el prado?

Pues ayer se ostentó tan encarnado,  
Tan fragante, tan verde, tan lucido,

me entre el vistoso ejército florido,  
por galán de la selva fué estimado.

Así será tu muerte lastimosa.  
no tarde tampoco; aunque reflejo,  
me presumes de una alma muy fogosa.

¡Pronóstico fatal! mas te aconsejo,  
n premio del retrato de la rosa,  
que este clavel te pongas por espejo.

#### SONETO XVI.

##### CLORI A LISI.

¿Para qué, bella Lisi, el triste caso  
de la parca fatal tu musa entona.  
¡con lúgubres metros me ocasiona  
recuerdos de mi "mona" en el ocaso?

No llores, Lisi; mas si el llanto acaso  
de justicia se debe á su persona,  
loremos ambas mi difunta "mona,"  
levándola con versos al Parnaso.

Mientras vivió ¡memoria lastimera!  
nos halagaba, acaso agradecida.  
¡no á nosotras, al durazno ó pera:

Y al hacernos su eterna despedida.  
nos recordó en su escena postrimera,  
lo que somos ¡ay Lisi! en esta vida.

SONETO XVII.

CONTRA EL AMOR COMUN.

Tienes una alma. Gil, tan afectuosa,  
Que con el ciego dios hace pareja,  
Ni hace gesto á la moza, ni á la vieja,  
Quiere tanto á la fea, como á la hermosa.

¡Dichosa ella mil veces! sí, dichosa,  
Que entre buenas y malas se festeja.  
Conforme con el uso de la abeja,  
Que no hace entre las flores otra cosa.

Pero cuidado, Gil, que si examinas  
Tus vuelos á los suyos inferiores,  
Acaso temerás funestas ruinas:

Que en el campo común de los amores  
Como también hay flores con espinas,  
Puedes llorar picado entre las flores.

SONETO XVIII.

A FILENO.

Cuando por una estrella venturisa  
Juntado el cielo santo nos había,  
Vivíamos en acorde compañía  
En esa para mí ciudad dichosa;



después que la suerte rigurosa  
a corte de México me envía,  
parece que pierde su armonía  
la amistad sagrada y delicosa.

Quiero ser, Fileno, más amante,  
franco papel estar conmigo,  
yo estoy contigo, aunque distante.

Me ofendo, mi Fileno, en lo que digo?  
prometí la enmienda en el instante  
y escribas con más ganas á tu amigo.

#### SONETO XIX.

#### CLAMACIONES DE UNA MUJER CELOSA.

¡O ya el desengaño al amor mío:  
aunque tarde sin ningún provecho.  
Engaño fatal! que dá por hecho,  
ingrato y eterno tu desvío.

Este instante, desde el centro umbrío  
vibra á mi alma el infernal despecho:  
Allí sale del ardiente pecho,  
dejando á Fabio, ciego el albedrío.

¡O caro dueño! cesen tus rigores,  
alguno te muestra á mis desvelos:  
¿No oyes? ¿No te mueven mis clamores?

¡Quédense de mí los altos cielos,  
dejando tan trocados mis amores  
en abismo muero de los celos.

SONETO XX.

LA CAIDA DE FAETON.

Rodaba el carro intrépido Faeton  
Sobre montes de grana y de carmín,  
Y formaba de nubes un motín  
En la flamante aurífica región.

<sup>1</sup>  
L.

Los aligeros potros la ocasión  
Del mal gobernador sienten, y al fin  
Haciendo burla de su mano rufa  
A la Etiópia convierten en carbón.

Brotando llamas le llamó Titán,  
Y en la cara mostrándole desdén  
Le dice, corrigiendo su ademán:

Que le sirva de ejemplo este vaivén:  
Que en las manos inútiles no están  
Las riendas del gobierno nunca bien.

---

## NOCHE TRISTE

se, non ante oculis tam clara, vivendam  
et pura per noctem in luce refulsit  
rens.

VIR., "Aeneld.," lib. 2o.

Artemisa el túmulo famoso,  
rmanos míos,  
anto esta vez será argumento;  
pulcro de Adonis fabuloso  
desvarios  
rará con triste sentimiento:  
ausa me siento  
ente herido:  
objeto me siento conmovido.  
ra tierna madre el triste caso,  
accidente,  
leva á las sombras de su ocaso,  
into que mi musa llora,  
r vehemente,  
traspasa ahora.  
anto en corriente,  
nsados ojos desprendido,  
me desciende dirigiendo  
ue lloran vuestros turbios ojos.  
nplar me excita la tristeza

Los fúnebres despojos  
De la naturaleza.  
Ya el sol se apaga, y á sus luces bellas,  
Pregouando de Dios las maravillas,  
Sucele el resplandor de las estrellas.  
Ya no cantan las tiernas avecillas  
Las dulces tonadillas,  
Que alegraban la fuente, el bosque, el prado.  
Ya la noche ha llegado:  
Y la cara trocándose del mundo.  
Parece que se torna moribundo  
A su primer estado.  
Un silencio profundo  
Guardan todos los entes  
De la naturaleza diferentes.  
Sólo el fúnebre canto  
Con que pasan la noche buhos rancos,  
Melancólico suena,  
Esparciendo el espanto  
Entre caducos troncos.  
Todo conspira á renovar la pena,  
Que siente el alma aña:  
Y corriéndose al punto  
El velo de mi opaca fantasía,  
Se me pone delante  
De mi copioso llanto el triste asunto,  
El mayor de mis bienes ya difunto.  
Desde luego mi madre.... ¡Ay madre amante!  
¡Ay madre la más tierna!  
Tu imagen esculpida  
En mi triste memoria, se hará eterna  
Todo el amargo tiempo de mi vida.

he silenciosa  
que camina adormecida,  
nunca ¡ay triste! perezosa.  
el sueño pulsa  
todas puertas del sentido,  
razón repulsa  
uso del cuerpo apeteído.  
compelido,  
lecho regaré con llanto.  
ya reclino, y entre tanto  
el corazón dentro del pecho.  
s ojos; hiéreme el espanto:  
as.... ninguna es de provecho  
miar mis miembros fatigados:  
itu flaquea  
os pensamientos atropados:  
a la idea,  
adre parece que estoy viendo....  
ce el más tremendo,  
en mortales ansias agonizas.  
o venerable  
avierte en lúgubres cenizas.  
que una mirada,  
de tu angustia apoderada,  
inconsolable  
ijos, que cercan tus despojos,  
ya eclipsada,  
> último vale de tus ojos.  
ente por toda la morala  
suena, se levanta el grito:  
cuchan los ayes de un "Alejo,"  
arcan el dolor en el distrito.

Ya un "Franciscano" perplejo  
Con el súbito mal, la vestidura  
Rasga á su pecho blando:  
Y "Juana," la mujer de más ternura,  
El cáñiver helado está abrazando,  
Mientras que en dos torrentes de amargura  
Se van sus dulces ojos transformando.

Y tú, que noticioso  
Del mal, que por entonces amagaba,  
En camino te pones presuroso,  
Y llegas al ocaso donde acaba  
De apagarse la luz, cuyos ardores  
Tuviste por mejores  
Que los del alto sol: dí ¿qué sentiste  
Al saber la catástrofe más triste?  
"Blas".... ¡Oh!.... mi dulce hermano,  
Tú que ennobleces el linaje humano,  
Porque tus sentimientos  
No tiene otro hijo iguales....  
¿Qué sentiste? ¡ay! ¿dirlo?.... tus lamentos  
Llenaron de gemidos á los vientos.  
Tú dijiste á los techos celestiales,  
Cayeran sobre tí; y á tus querellas  
Parecían moverse las estrellas.

Mas el Señor que cuida de tu pena,  
Por la cual estuviste desmayado,  
Tiernamente excitado,  
La tempestad de tu ánimo serena:  
Con que al fin del quebranto  
Procuraste piadoso  
Enterrar con decencia el cuerpo santo.

¡ay! sí, dichoso  
ejercitas la piedad humana!  
que yo privado por el cielo  
último consuelo,  
arte me quejo más tirana  
remoto suelo.

azón se afana  
adre, madre mía!  
do tres años que pasaron  
l postrero día,  
amorosamente me estrecharon  
mos brazos que contemplo yertos,  
l terrible instante,  
a región te lleva de los muertos.  
e fueron entonces  
treras ternuras?  
as las más duras,  
de ablandar los mismos bronce!  
e ya para siempre me dejaste,  
madre mía,  
ue yo te viera te ausentaste?

l me hubiera hallado en tu agena  
te mismo pecho,  
orio á tu cabeza santa  
ra el amor hecho:  
lo al latir de tu garganta,  
ojos saliera el llanto mío,  
mplar el frío,  
fuera extendiendo  
afligida cara,  
i vez me parece estarle viendo....

Tal vez me consolara  
En este trance fiero  
Con la memoria dei "á Dios" postrero.  
¡Miserable de mí, que no he podido  
Abrigar en mi seno los alientos,  
Que exhaláron tus últimas boqueadas!  
Fallece el corazón, fallece herido  
Con agudos tormentos.

Al dolor trastornadas  
Las potencias, se turban acá dentro.  
Por todas partes el pavor encuentro  
De imágenes sombrías,  
Hijas de mi cuidado,  
Que el acerbo dolor ha fabricado.  
Abrese ya un sepulcro cavernoso:  
Hórrida tumba: lúgubres bugías:  
Melancólica rama  
De ciprés, y de pálida retama  
Se esparce en el recinto pavoroso.  
¡Aparatos funestos!  
Funerales me asustan ya dispuestos.  
Hieren ya mis oídos  
Los ayes, los lamentos, los gemidos.  
Tristes exequias ¡ay! ¡qué doloroso  
Espectáculo ¡ay cielos! estoy viendo!  
Exequias de mi madre ¡ay!... Sepultada  
Mi traspasado amor la está sintiendo.  
Contemplan lo su lóbrega morada.

La turbación pesada  
Del letargo me vuelve: un su lor frío



le los pies á la cabeza:  
extrañeza  
ado el brío.  
s cielos Soberana Alteza,  
as las nocturnas sombras mustias,  
desendas  
alba, viento mis angustias!

nunca pesadas  
se figura el alma mfa,  
as como siempre van volando.  
oh nñmen blando,  
tristes párpados, que el día  
apresura  
noche obscura.  
á mis ojos desvelados  
ante risueño....  
il contrario se presenta el sueño  
tiene el susto acobardados!  
odos lados  
sta parca los trofeos.  
ueletos descarnados  
obscuros mausoleos....  
á mis ojos venerables,  
me infunde  
dolor interminables!  
se confunde,  
agojas vuelvo en mis sentidos,  
¡ay dolor! con tantos males.  
ntosa noche los umbrales  
ecidos,  
n los acentos repetidos.

De las canoras aves,  
Que con voces silaves  
Hacen á su Creador salva sonora.  
A vista de la aurora  
Doy las gracias á Dios, de que me había  
Dejado ver la luz del claro día.  
Mas sin dejar de ver la más amada  
Imagen que en la dócil fantasía  
El sueño me dejó tan bien copiada,  
Que borrarse no puede ya en la vida;  
Como cosa en el alma retratada,  
Y en todas sus potencias recibida.

Y si estarás ¡ay madre! en mi memoria,  
Que con dulces recuerdos te venera,  
Como estrella que luce en la alta gloria:  
Y mi amor que sin tí se considera,  
Te llora eternamente:  
Te llora ¡ay madre! para siempre ausente.

Sí, mi madre dichosa: mientras tu alma  
Con eterno laurel, gloriosa palma,  
Allá sobre los cielos se pasea,  
Mi turbio llanto enjuto  
En mi extenuado rostro jamás sea;  
Porque en tu hijo se vea  
Que te paga, aunque corto, este tributo.

## RATOS TRISTES

*Optima quaeque dies miseris mortalibus aevi  
Prima fugit, subeunt morbi, tristisque senectus.  
El labor, et duræ rapit inclementia mortis.*

VIR., "Aeneid."

### DEDICATORIA.

*Non haec ingenio, non haec componimus arte:  
Materia est propriis ingeniosa malis....*

OVID., Trist. Eleg. 5a., lib. 1o.

Informe versos míos,  
A cuya voz responden con sus ecos  
Los cóncavos peñascos, troncos huecos,  
Los altos montes, y los hondos ríos:  
Quedaos entre estos páramos sombríos,  
Que en las grandes ciudades  
No suena bien el tono querelloso,  
Propio de las profundas soleadales.  
Mas ¡ay! que vuestro acento lastimoso  
Traspasando los límites debidos,  
Penetra los oídos  
De un númen de la tierra el más piadoso.  
Este, siendo una imagen expresiva  
Del Todopoderoso,

Os llama á su presencia:  
Idos pues á cumplir con la obediencia,  
Y sus plantas besad cuando os reciba.

Lo encontraréis aciso  
Elevando su mente  
Sobre las altas cimas del Parnaso:  
Dó el sabio presidente  
De aquel excelso coro  
La suave lira de oro  
Pone en su sacra mano:  
Y á las cuerdas sonoras  
Como heridas de plectro soberano,  
Siguen alegres Plérides canoras.

Páreceme escuchar la docta lilio  
Influada de música tan rara,  
Que en fuerza de su heróico poderío  
El tiempo que pasó vuelve la cara.  
Cantándole por tonos diferentes,  
Y colocando en su feliz memoria  
Los sucesos más grandes de la historia,  
Empresas arduas de gloriosas gentes.  
O las voces de Urania cuyo acento  
Subiéndose hasta el alto firmamento,  
Baja á sus ojos luego  
Orbes brillados de luciente fuego,  
Que rodando en sus ejes eternos,  
Caminan por los campos celestiales.  
O el canto de otra hermana de las nueve,  
Que agitada tal vez con la armonía  
Que el nuevo Apolo mueve,

Quiere seguir con pasos de garganta  
Alguna sinfonía  
Al compás que la música levanta.

Si le halláreis así tan divertido,  
O en otros ejercicios destinado,  
Aguráds á que esté desocupado:  
Y en tono reprimido  
Decidle de mi parte (1)  
Que os dispense las faltas en el arte,  
Y adornos no docentes  
Para sacar la cura  
Entre las cultas gentes:  
Vuestro lenguaje rudo,  
Que jamás esperásteis el que hablara  
Sino á las sonlas peñas;  
Porque mi ingenio al fin daros no pudo  
Sino cosas pequeñas,  
Según las facultades que tenía....

¡Ay! ¡pobres de mis versos!  
Mas, si seguros valis de hados adversos,  
Id, hijos de mi escasa fantasía,  
Y del númen que os digo en los altares  
Ofreceréis, primero que pesares,  
El respeto y amor del que os envía.

---

(1) Esto que dije en un tiempo á la persona privada que aquí se entiende, digo también ahora á los que hubieren de leer mis "Ratos tristes."—A.

RATO PRIMERO.

MI FANTASIA.

Mortal hipocondría,  
Que siento como daños  
De mis molestos infelices años,  
Enferma de mi musa la alegría.  
Ya no, como solía,  
Cantar de los pastores  
Inocentes amores;  
Ya no canta las simples zagalejas  
Coronadas de flores  
Tras de blancas ovejas.  
Ya no canta ¡ay de mí! la "Doris" bella,  
Ni la "Clori" serrana;  
Esta grata, y aquella  
Tan cruel como hermosísima tirana.  
Ya le influye otra estrella;  
Otra estrella de aspecto riguroso:  
Y mudada la alegre perspectiva  
Del tiempo venturoso,  
Los males llora de mi suerte esquiva.  
¡Ay musa! ¡desgraciada musa mía!  
Tras del alegre canto  
Vaya tu triste llanto,  
Al modo que la noche sigue al día.  
Este alivio me dá en las ocasiones  
Que la alma dolorida  
Quiera llevar con menos aflicciones  
Los "Ratos tristes" de mi amarga vida.

Así exclamaba, cuando  
En éxtasi quedó mi fantasía:  
Entonces parecióme que veía  
Una deidad llorando;  
Mi misma musa que invocado había.  
Era su rostro ya marchito y feo,  
Sin luz sus ojos, como amedrentados  
Al ruidoso tropel de mis cuidados.  
Su cabellera ¡ay! blanca y sin aseo:  
Toda su contestura  
A la corva figura  
De la triste vejez muy semejante.  
Qué aspecto tan extraño al que tenía!  
Tiene en mi mano un lúgubre instrumento,  
Infuso al que pulsa la Elegía,  
De ébano negro; y en el mismo instante  
Se echa sus brazos, y con rauda vuelo  
Por los vientos se sube  
Hasta entrarse en el seno de una nube  
Que le sirvió como de obscuro velo.  
Del letargo volvió; pero agitados  
Como de un grave ensueño mis sentidos,  
Levanto hasta los cielos mis gemidos,  
En lágrimas los ojos empapalos.

## RATO II.

### EL DESTINO.

En vano me resisto á la fortuna,  
Que me arrastra ¡ay dolor! en cualquier caso  
La poderosa diestra del destino,  
Desde mi alegre cuna

Hasta las tristes sombras de mi ocaso,  
A mis pasos señala su camino.  
Luego que esto imagino,  
¡Oh númen soberano!  
Parece que me toma de la mano  
Una ciega deidad: mi propia suerte,  
Que tropezando en diferentes males,  
Me lleva por los rumbos de la muerte  
Hasta tocar las puertas eternales.

Deidad tan melancólica y sombría,  
De mi confusa idea  
Como de cueva lóbrega salía;  
Pero una luz que en la alma centellea,  
Hija graciosa del autor del día,  
Disipa noche tanta.  
Ya veo una mano santa,  
Que leyes imponiendo á mi camino  
Me dirige al alcázar de la gloria....  
¡Oh, celestial mansión de mi destino!  
Que al salir de esta vida transitoria,  
Se presenten abiertas  
A mi alma pobrecilla vuestras puertas.

### RATO III.

#### LA PERSECUCION.

Mira, Clori, este campo, cuyas flores  
Me pintan aquel prado,  
Dó alguna vez holgóme tu hermosura  
Con sus blandos amores.  
En tus sabrosas faldas recostado





aurora pura  
n el recato la ternura.  
¡ay! sí, ¡dichosa la mañana,  
te instante ocupa mi memoria!  
mi fortuna voló ufana,  
á lo excelsa de tu gloria.  
e actualmente  
íveles, azucenas, rosas,  
ando tu nevada frente....  
las? ¡ay! ¿te acuerdas de estas cosas?  
uerdo que entonces penetrada  
ternos amores,  
una cinta colorada  
cabello,  
do con ella hermosas flores,  
lazo, y me adornaste el cuello.  
lejos que fueron de dó estamos  
ves fruiciones!  
ises ¡ay Clori! nos privamos  
es enemigas turbaciones,  
raron guerra  
tad más dulce y más sencilla.  
e serranilla!  
volveremos á tu tierra?

#### RATO IV.

#### MI SOLEDAD.

ando la vista por el prado,  
que mi tormento  
e mi pecho fatigado  
zon que hiero el firmamento.

Tal vez me ofrece asiento  
En quieta soledad bosque sombrío:  
Tal vez del claro río  
La ruidosa corriente  
A su orilla me dice que me sienta.  
Aquí del llanto mío  
Son confidentes mudos  
Grosos troncos y peñascos rudos,  
Pues con ellos, no obstante su dureza,  
Parece que se alivia mi tristeza.

No por esto me nombres,  
¡Oh Zoilo! aquel filósofo de Atenas (1)  
Sepultado en desiertas soledades;  
Yo no soy enemigo de los hombres,  
Y sólo por mis penas  
Antepongo el retiro á las ciudades.  
Y aunque entre muchos de ellos me imagino  
Como entre hambrientos lobos mansa oveja,  
De nadie formo queja,  
Porque así lo dispone mi destino.

#### RATO V.

#### LA INGRATITUD.

Esta es la misma fuente  
A cuya suave trasparente linfa  
Su blanco cuerpo mi adorada ninfa  
Daba, del año en la estación ardiente.

---

(1) Timon el misántropo. — A.

ioso dios de la corriente  
e aquellos verdes carrizales  
aba, según me persuadía  
doso amor que le tenía.

asión salió de los cristales,  
y verdes orillas  
lonos las tiernas florecillas  
plantada alfombra,  
s sauces su agradable sombra,  
os de mi dueño  
das alas extendióse el sueño.

a de amor la fantasía,  
del alto cielo  
e la alma Vénus que trafa,  
razos á su hijo pequeñuelo.  
Iluminase el espacio,  
analo la aurora  
a en el palacio  
o oriente, y la mañana dora.  
la delidad resplandeciente,  
os extendió su tierno infante,  
plena de oro refulgente  
uello de mi ninfa amante  
en el instante....  
a sin igual, que la firmeza  
ior prometta  
grande belleza!  
i disonjeándome segura;  
gusto, que en el alma no cabía,  
o me volvió, dando á mi dueño  
ntera de tan dulce sueño.

Luego el curiño se asomó á sus ojos,  
Y su gracia hechicera  
Brilló, riendo por sus labios rojos.  
¿Quién con estos pronósticos temiera

En un pecho mudanza?  
Mas ¡ay! que puso fin á mi esperanza  
La ingratitud más fiera.  
Sí, Fileno, sí, amigo: y la memoria  
De éstos ¡ay! dichosísimos lugares,  
Suscita mis pesares,  
Haciéndome pagar aquella gloria,  
Que hoy transforma mis ojos en dos maces.

#### RATO VI.

#### MI ORFANDAD.

Seis lustros ha que vi la tumbra pura:  
Y en espacios tan breves,  
De infortunios sufrí golpes fatales.  
Lleváronse á la horrenda sepultura  
A mi padre ¡ay de mí! pareas alevos,  
Mejor que por sus años por sus males,  
Cuando cuarenta auroras no cabales  
Eran toda mi edad.... Tú, madre mía,  
Hechos tus ojos tristes manantiales,  
Me contaste esto mismo en algún día:  
Que pidióme mi padre moribundo,  
Y con débiles brazos  
Me dió los tiernos últimos abrazos:  
Que partióse por último del mundo,

Dejándome su llanto en rostro tierno  
Dulces reliquias del amor paterno.

Parece ¡ay padre amado!  
Que á la tristísima hora de tu muerte  
Llorabas mi orfandad, más que tu vida.  
¡Oh, si crecido hubiera yo á tu lado!  
Entonces, de la suerte  
Que estorba la caída  
Al pequeñuelo arbusto  
El árbol de la selva más robusto,  
De la misma manera sostenido  
Contra el recio huracán de mi fortuna.  
De una caída importuna  
Con tus brazos me hubieras defendido....  
En mi lúgubre idea,  
De la brillante imagen de mi padre  
Un rayo centellea....  
Así me lo pintó mi dulce madre....  
Mi dulce madre.... sí. Tampoco existe:  
Con su esposo bajó al sepulcro triste.  
¡Quién llorara, cual debe, estos asuntos!....  
De mis padres fragmentos venerables,  
Que ocupáis la región de los difuntos,  
Para siempre durables

Seréis en mi memoria:  
Y aunque están cual luceros en la gloria  
Las almas inmortales  
Que os inspiraban el vital aliento,  
Mis ojos han de ser dos manantiales,  
Que lloren vuestro triste apartamiento.

RATO VII.

LA FUGA.

Estos los bosques son muy venturosos  
Dó azorada se entró mi pastorella,  
Huyendo de los hados rigurosos.  
Esta la pobreçilla  
Cabaña de humildísimos pastores  
Que la hospedó contenta.  
Salve, lugar feliz, que en la tormenta  
Que turba todo el mar de mis amores,  
Vuestra fecunda afortunada orilla,  
Como seguro puerto,  
Se ofrece á mi agitada navecilla.  
Salve mil veces, delicioso puerto:  
Y de frutos sazones y abundantes  
Os colme el alto cielo:  
El verdor se aternece en vuestro suelo,  
Y la paz en sus buenos habitantes.

¡Tristes memorias! ¡ay! bosques espesos  
De fértiles perales,  
Y abundosos carruesos...  
Entre estos verdes árboles frutales  
Habítaba la dulce Clori mía...  
No me acordéis, oh niñas curiosas,  
Vosotras, que escuchásteis tanto día  
Nuestra ternura en pláticas sazonas,  
No me acordéis ninguna de sus cosas.  
No, niñas, me acordéis cuando sacaba

De su oloroso seno  
Las manzanas maduras que cortaba  
De vuestro bosque ameno,  
Y al echarle los brazos me las daba.  
No me acordéis, oh ninfas, tanta gloria;  
Ni otros oficios tiernos,  
Que en mi triste memoria,  
Como de tanto amor, serán eternos.  
Si unenos aquel trance, el más penoso,  
En que, estando de lágrimas bañada,  
Para su cara patria la jornada  
Empezaba con paso temeroso:  
Solo lo tengo, oh ninfas, muy presente;  
Solo lo tengo en la memoria mía.  
Ecclame sólo ¿no sabéis el día,  
En que asome su cara refulgente,  
Como la aurora pura,  
Tras de la noche oscura,  
Tras de la noche eterna de su ausencia?...  
Temello no halla mi mortal dolencia.

#### LIBRO VIII.

##### LA TERMINACION DE MIS GUSTOS.

Volme por la ribera  
De este aunque pobre, pero alegre río,  
Que entre sauces y fresnos levantados  
Su corriente purísima acelera.  
¡Oh, y cómo trae al pensamiento mío  
Los gustos que del tiempo arrebatados  
Pusieron término á la edad florida!

Siéntome á divertir con las memorias  
De mis pasadas glorias,  
Ya que otras no le quedan á mi vida:  
Aquí entre la amenísima espesura  
Con Mopso... ¡oh! ¡si él me viera  
Tan otro de lo que era,  
Penetrado quedara de ternura!  
Aquí con Mopso estuve  
En distintas alegres ocasiones  
Que hasta entonces no tuve,  
Ni me permiten ya mis aflicciones.  
Ambos con nuestras blandas jovencillas,  
Hermosas como honestas,  
Pasábamos aquí muy dulces siestas,  
Ofrecíamos los huertos florecillas  
Con que adornar sus frentes,  
Y con que ellás guirnaldas nos tejían.  
Entonces parecíamos que venían  
De los vecinos bosques y la fuentes  
Los dioses y las ninfas diligentes,  
Y encendidos de amores se volvían.  
¡Ay Mopso! ¡Mopso! qué contraria escena  
En el teatro se ve de nuestros gustos;  
La soledad amena  
No ofrece al corazón si no disgustos.  
Hoy sólo en compañía  
Del sin igual Hierónimo El Heno,  
Unico amigo bueno,  
Que siente como tú la pena mía,  
A este lugar consagro algunos ratos,  
Y en amargós tristísimos despojos,



os placeres nos brindaba gratos  
gan las dos niñas de mis ojos.

### RATO IX.

#### LA AUSENCIA.

ociosos y plácidos retiros  
nieta soledad: seno profundo  
freces libertad á mis suspiros  
ados del tráfigo del mundo:  
rimado tal vez á un tronco seco,  
na peña lamosa,  
Rórida llamo ninfa hermosa,  
a doliente voz responde el eco  
omdo valle y la empinada sierra.  
Rórida! te fulste:  
Iste me dejando sólo y triste,  
luz de tus ojos á tu tierra.  
te me presentas  
Instante mismo en que te ausentas  
a fuerza del hado,  
brazo de cóleras armado  
I lado te arranca de repente.  
no quieras estar ya más ausente:  
á los brazos míos:  
amor se amedrente  
peros montes, bramadores ríos.  
scarcha de los rígidos inviernos  
enda rigurosa,  
alo el cielo, tus piccitos tiernos:  
l sol ¡ay! la llama calorosa

Ennegrezca el color á tus mejillas,  
Amor de los zagales,  
Y envidia de las otras pastorcillas.  
Anda, Rórida mía,  
Y á tu vista dispénse mis males.  
¿Llegas, Rórida? ¡ay triste! si mi empeño  
Delirios me ocasiona, como el sueño,  
Que se imprime en la débil fantasía.  
¡Oh cuánto tiempo falta para verte!  
Oh cielo que me escuchas, cielo santo,  
Si de Rórida ausente.... Si la muerte....  
Lo que empezó la voz, prosiga el llanto.

Así un pastor con penetrante queja  
La soledad de un bosque lastimaba:  
Y yo, que lo escuchaba,  
Reproluje su ausente zagaleja.  
Y como cuerda herida,  
Templada por el tono en que él lloraba,  
En mi llanto su voz fué repetida.

## RATO X.

### LA ESPERANZA.

Nosotros ¡ay! nosotros no nacimos,  
Fileno desgraciado,  
Cuando influyen benignas las estrellas.  
Luego que de la luz los rayos vimos,  
Yo me creo que irritado  
El cielo fulminó muchas centellas,  
Agliero que suselta las querellas  
Y los grandes enojos,

ran sin término los ojos,  
la desgracia macilenta  
ra propia sangre se sustenta:  
gros cuidados  
to nos dejan  
nuestra vida apoderados,  
no! y al modo que se alejan  
es ruiseñores  
os que producen sólo espigas,  
a de otros de agraciadas flores:  
lulces dichas, si examinas  
to, verás que de nosotros  
n busca de otros  
es y festivos corazones,  
r cuántas razones  
o de salud tan extenuado!  
cómo estoy, Fileno amado,  
á compasión ver que los males  
sos y piel me hayan dejado?  
ristes umbrales  
pantosa muerte  
vida: entonces de la suerte  
la noche descansa del trabajo  
peso llevó de un largo día,  
ro el estar cuando debajo  
miendo de la tierra fría:  
ue recordando  
del que es todopoderoso  
mi sepulcro tenebroso  
arle alabando  
de su reino delicioso,

Pobres de nos, Fileno,  
Si el premio á tantas penas que pasamos.  
Nos aguardara á nuestro ánimo sereno  
Más allá de ese globo que miramos.

## RATO XI.

### EL AMOR EXTINGUIDO.

Cuando acá en mi memoria te presentas  
Con todos los hechizos de tu cara,  
¡Ay Dóris! ¡cosa rara!  
La ya ceniza de mi amor alientas.  
¡Influjo poderoso  
Por secreta virtud de tu semblante!  
El sol no tiene fuego semejante,  
Doris, al de tu rostro milagroso.  
No perturbes ¡ay Doris! mi sosiego.  
La noche de tu ausencia oscura y fría.  
Me ponga á salvo de tu ardiente fuego.  
¡No te ablanda el dolor de la alma mía.  
Que tu ingrata beldad ausente adora?  
¡Doris cruel! parece  
Que á mis ruegos te exaltas, según crece  
De tus ojos la lumbre abrasadora.  
Amor, tirano amor, así me inflammas,  
Y mis huesos cual leños á las llamas.  
Me hacen sentir del tártaro las penas.  
Muévante mis gemidos,  
Que cual volcán que arroja  
Peñascos encendidos.  
Lanzo al impulso de mortal congoja.

Así en la ardiente juventud sentía  
Del amor los excesos;  
Mas ya con la edad fría  
El calor se retira de mis huesos.  
¡Triste señal de mi postrero día!

## RATO XII.

### EL REMORDIMIENTO.

¿A qué parte me iré que no me siga  
Tu sombra asustadora,  
De mi tranquila paz siempre enemiga?  
Si de amor en la llama abrasadora  
Peligró tu virtud, ¿á qué violencia  
De nuestra edad fogosa  
Temeraria se queja tu inocencia?  
Apládate de mí, muchacha tierna,  
Porque te dice mal ser rigurosa.  
Esta corriente eterna  
Que se desprende de mis turbios ojos,  
Borre ya de tu ceño los enojos.  
¡Ay, dura Clori! ¡Clori inexorable!  
¿Aun me viene siguiendo,  
Como de cuerpo sombra inseparable,  
La fiera imagen de tu enojo horrendo?  
En vano dejo mi rincón obscuro,  
Buscando alegres y floridos prados;  
Y en vano ¡ay Clori! tu favor procuro  
Con tristes ojos de llorar cansados.

RATO XIII.

EL DÍA DE FILENO.

¡Ay, amigo Fileno! hoy es tu "día!"  
¡Qué triste me parece!  
Si en brazos de la aurora así amanece,  
¿Que será sepultado en noche umbría?  
¡Oh, si pudiera hacerte compañía,  
Volando en alas de mi gran deseo,  
Sin duda mi disgusto se trocara  
En placido recreo  
Que tu grata presencia me inspirara!  
Entonces por la selva, el campo, el soto,  
Renovando el antiguo sacro voto  
De amistades eternas,  
Daríamos á los rústicos altares  
Frutos razones, florecillas tiernas,  
Que acompañaran himnos y cantares,  
Entonces en los más robustos troncos,  
Y en los peñascos blancos  
De humildes silenciosas soledades,  
No en soberbias columnas,  
Que levantan fantásticas fortunas  
Y que el tiempo derriba en las ciudades,  
Nuestro nombre pondríamos, para ejemplo  
De los demás zagales,  
Que olvidaron el voto de leales;  
Que en el glorioso templo  
De la amistad sagrada  
Prometieron con mutua fe jurada.

ces, olvidando tanta pena,  
el halo más triste y riguroso  
nos condena,  
mosto más suave y generoso,  
as dulces preciosas zagalejas  
annos las frentes con guirnaldas,  
ál, reclinados en sus fallas,  
arían de su amor muy blandas quejas.  
ces, agitada la alegría,  
ouas cañueles alentara,  
astoriles versos celebrara  
is conforme á tu glorioso día.  
¿dieran tal vez á nuestras voces  
altiva montaña  
riadas y Faunos, que veloces  
an de contento en la cabaña.  
ces.... ¡ay, Fileno muy amado!  
es posible el que hoy esté contigo,  
nágenes sólo te fatigo,  
enen el valor de lo soñado,  
e pues, amigo, mis deseos,  
**a de tu día**  
idos los recreos  
e ofrezca en su dulce compañía  
ocente hermosura  
yo altar consagras tu ternura.  
ras que yo me miro aquí tan sólo;  
n entre el bullicio cortesano,  
arezco habitante de algún polo  
e apenas llegó el género humano.  
ltimo, Fileno,  
e te lleguen del castalio coro,

Entre tanto que yo en lugar ageno  
Quiero cantarte, y de congoja lleno  
La lira dejo, y nuestra ausencia lloro.

RATO XIV.

LA LIBERTAD.

¡Qué admirable concierto! ¡qué armonía  
Mantiene el universo! El soberano  
Autor con sabia omnipotente mano  
Su máquina gobierna noche y día.  
¡Oh! ¡con cuánta alegría  
Se asoma la mañana! Las estrellas  
Cual moribundas lámparas fallecen  
Allá en el más distante de los cielos.  
Las blandas luces bellas  
De la alba resplandecen  
Como por tenues delicados velos.  
Per el oriente sube el sol de fuego  
Derramando en el éter mil colores.  
Alégrase la tierra, y abren luego  
Su seno de ámbar las pintadas flores.  
Con soplo lisonjero el aire blando  
Las mueve: y el arroyo cristalino  
Las salpica de aljófar trasparente.  
Los pájaros volando,  
Con agradable trino  
Cantan su libertad alegremente:  
Su amada libertad.... ¡Oh, don del cielo,  
Que unos á otros los hombres se han quitado.  
Verdugos de su especie!.... Un denso velo  
Dejo caer de repente al maltratado  
Cuadro, de quien Dios mismo fué el modelo.



¡Infelices! dejad esas ciudades,  
Donde el poder ufano,  
Como infernal ministro de la muerte,  
Lleva atadas al carro de la suerte,  
Por horrendo blasón de sus crueldades,  
Tristes reliquias del linaje humano.  
Venid: y libres de feroces gentes,  
Esplayad vuestros ojos lastimados  
Por estas soledades inocentes.

A Dios, alegres prados:  
Porque el sol caluroso  
Me retira á mi albergue silencioso.  
Admitidme entre tanto  
Que vuelvo á vuestro seno delicioso  
El triste obsequio de mi justo llanto.

## RATO XV.

### LA MUERTE DE FILIS

El dolor me conduce al campo ameno  
En la fresca mañana.  
Miro el rostro sereno  
De la alba que se asoma á su ventana:  
Las flores con que el prado se engalana;  
Las campiñas risueñas:  
El arroyo que brinca entre las peñas,  
Escucho las canciones de las aves:  
Y recibo el aliento  
De los favonios suaves.  
De este modo el rigor de mi tormento

Parece que se calma;  
Pero en la realidad tanta belleza  
De la varia feraz naturaleza,  
Me suscita motivos en el alma  
De la mayor tristeza.

¿Qué importa que tu imagen cariñosa,  
Tu mismo rostro dulce y halagüeño,  
Cual sombra regalada en blando sueño,  
Se me presente aquí, Filis hermosa?  
Ilusión agradable; pero vana,  
Pues el golpe violento  
De tu muerte temprana  
Acabó con tu vida y mi contento.

¡Ay Filis! tu hermosura  
Fue la primera que encendió en mi pecho  
De un amor celestial la llama pura.  
Mi corazón en lágrimas deshecho  
Lanzaré por los ojos noche y día.  
Cierto que no honraré con tiernas flores  
En fe mis amores  
El túmulo dó estás, ceniza fría.  
Mas exige el amor que me tuviste.  
Las lágrimas, las quejas, los suspiros,  
Harán mi ofrenda triste  
Por estas soledades y retiros,  
Aquí te llamaré en todos instantes:

Y aunque sorda á mis lúgubres gemidos,  
Los montes y las sierras más distantes,  
Repetirán heridos  
Tu nombre amado en ecos doloridos.

RATO XVI.

MI RETIRO.

Olvidado ¡ay de mí! de los mortales,  
En mi triste aposento  
Me consume interior desabrimiento.  
Ya para mí los astros celestiales,  
El sol resplandeciente,  
En vano saca su inflamado coche  
Por las doradas puertas del oriente;  
Y la luna, plateándose de noche,  
En vano para mí se manifiesta.  
Una sombra funesta,  
Que levanta la horrenda hipocondría,  
Como una nube gruesa  
Que al mundo estorba para ver el día,  
Entre mi alma y el gusto se atraviesa.  
Parece que mi triste sepultura  
Me adelanta la suerte  
En esta melancólica clausura. .  
¡Ay de mí! los horrores de la muerte  
Se me ponen delante á cada paso:  
Llega el sol á su ocaso. . . .  
A su sepulcro llega, y en el cielo  
La noche extiende su estrellado manto;  
La noche que otros duermen, y yo velo,  
Acompañado sólo de mi llanto,  
Y del mortal pavor que me amedrenta  
¡Noche funesta, noche de amargura,  
En cuya sombra obscura

A lo vivo ¡ay dolor! se me presenta  
La noche eterna de mi sepultura!

RATO XVII.

MIS ENSUEÑOS.

¿Qué me queda ¡ay dolor! si el blando **sueño**  
Recurso un tiempo en la tristeza mfa,  
Ya no viene á mis ojos atenuados  
Con el rostro risueño  
Que alegraba mi triste fantasía?  
Hoy sólo los ensueños más pesados  
Inquietan mi reposo.  
En este lecho ¡ay triste! el más **penoso**  
Tal vez se me presenta  
La inexorable parca macilenta  
Luchando con mi vida ya cansada.  
Tal vez que en tribunal el más terrible,  
Por la justicia airada  
La sentencia terrible  
Es contra mi alma ¡oh cielos! pronunciada.  
Tal vez una caverna  
Del seno de la tierra en lo profundo,  
En cuyo espacio inmundo,  
Sus sombras extendió la noche eterna.  
El humo pestilente  
Que hosteza la gruta pavorosa,  
Los roncós alaridos  
Que salen de aquel hondo continente,  
Amedrentan á mi alma temerosa.  
Aun no despierto, cuando mis gemidos  
Penetran de Fileno los oídos:

Y éste desde su cama,  
Con asustada voz luego me llama.  
En mí vuelo: y apenas el espanto  
De mis ojos aparta el duro ceño.  
Cuando al hórrido sueño  
Se siguen los raudales de mi llanto.

¡Oh tú, que desde el trono en que te sientas  
De luces inmortales  
Allá sobre el alcázar de los cielos,  
Precipitas las noches soñolientas  
Para alivio de todos los mortales!  
Eterno Dios, que ves mis desconsuelos,  
Librame de esta pena tan tirana.  
Y así como la luz de la mañana,  
Que sale por las cumbres de los montes,  
Alegra los opacos horizontes:  
Así tu luz graciosa y soberana,  
Disipando el horror de la alma mía,  
La llene de consuelo y alegría.  
En tan penoso lance,  
Mi voto humilde tu favor alcance.

#### RATO XVIII.

##### MIS PADRES BIENAVENTURADOS.

¡Oh, qué astros tan lucientes  
Ostenta en su techumbre  
La perdurable bóveda del cielo!  
Mis ojos tan pendientes  
Se observan de su lumbré,  
Como que en verla sólo hallan consuelo.



¡Oh, y cómo levantaron su alto vuelo  
Aun más allá de la fogosa cumbre  
Que perciben los ojos perspicaces,  
Las almas de mis padres venturosas!  
En el inmenso reino de las paces  
Se eternizan con palmas victoriosas,  
Laurel inmarcesible  
Orna sus sienes santas,  
Revistense de luz inextinguible,  
Y á sus felices plantas  
Forman pizarras bellas,  
O escabeles de luces las estrellas.

¡Oh, padres! ¡padres míos!  
Aliviad desde allá mis desconsuelos;  
Mis ojos hechos ríos  
Suplican al Señor de las alturas  
Que me una con vosotros en los cielos,  
Para que tengan fin mis amarguras.

## RATO XIX.

### LA CONSUNCIÓN.

De tu regazo tierno, dó se anida  
Halagüeño el Amor, Vénus graciosa,  
Me arrebatan con fuerza poderosa  
Los años destructores de mi vida.  
La guirnalda tejida  
De mil alegres deliciosas flores,  
La misma que con mano delicada  
Trenzaron los amores

orno festivo de mi frente.  
ds ples contemplo destrozada.

o vence el tiempo. Sus rigores  
n lentamente  
r regalado.... Mas, ¿qué es esto?  
en los brazos ya, por qué tan presfo  
lébiles brazos, ¡triste suerte!  
¿vez me miro? edad cansada,  
postra la muerte  
s los amagos de su espada....  
pada que triunfa aun del más fuerte.

y tres años cuento.... no cabales;  
como en malos temporales  
su curso el cano invierno,  
lta la flor del campo tierno:  
mo en la tarde tempestuosa  
nube lluviosa  
conde toda su alegría,  
rer la noche presurosa,  
de tiempo muere el claro día:  
isma manera, ¡oh suerte dura!  
i edad florida,  
a más risueño  
se apresura  
rugoso y extenuado ceño,  
tar los pasos á mi vida.

gitivos años,  
pasos violentos  
áis de este mundo á la salina!  
son tantos daños,

Motivo para duros escarmientos,  
Y tristes desengaños....  
Deteneos un instante en la ligera  
Continuada carrera  
En que os ponéis de vista á los mortales;  
Pondré remedio á tan funestos males....  
Mas, en vano se esfuerzan mis lamentos:  
¿Pues qué brazo robusto habrá bastante  
Para haceros parar un sólo instante?  
No es tan veloz el carro estrepitoso  
De los ligeros vientos,  
Cuando á la voz del Todopoderoso  
Con sus volantes ruedas  
Se arrebatá las grandes arboledas.

Con razones se suscitan mis congojas,  
Cuando advierto que el tiempo despiadado  
Como al árbol que el cierzo ha despojado  
Del natural adorno de sus hojas,  
Sin cabellos me deja la cabeza,  
Adorno que me dió naturaleza.  
¿Miserable de mí! tan gran mudanza  
Hace morir del todo la esperanza.  
Toma asiento en el alma la tristeza:  
Nace la enfermedad consumidora:  
Llueve el cielo cuidados:  
Y llega la fatal, la última hora  
De que en tropel los males conjurados  
Me arrastren á la puerta tenebrosa  
Del sepulcro, ¡ay de mí! donde contemplo  
Que ni la guarda de una triste losa  
Me librará de ser un triste ejemplo.



Hasta allá seguiránme los excesos  
Del tiempo: y la memoria,  
Recordando pasajes de mi historia,  
Carcomerá también mis pobres huesos.

RATO XX.

MI DIFUNTA HERMANA.

El tiempo ¡ay triste! de la noche oscura,  
Que corre acelerado,  
Viene á ser para el hombre desgraciado  
Un siglo de tormento y amargura.  
Mil años de dolor me han parecido  
Diez horas que han corrido....  
Diez horas de tristeza, que volaron  
De mi presencia, desde que las lumbres  
Del sol tras de los montes se ocultaron  
Para alegrar del orbe la otra cara.  
¡Qué grandes! ¡qué molestas pesadumbres  
Gravan mi corazón! ¡oh, si acabara  
De llegar al sepulcro, donde yace  
Reducida á pavesas la luz pura  
Con que á tantos cegaba tu hermosura!  
Allá el hombre infeliz, desde que nace  
Dirige su camino,  
Con la carga de males agobiado  
Que le impone la ley de su destino.  
Allá encuentra descanso, allá reposa,  
Del resto de los hombres olvidado,  
Cubierto de una losa.  
¡Dulce morada de la paz! ¡dichosa

Habitación que anhelo  
Para mis pobres huesos, mientras mi alma  
Se sube al alto cielo  
Para alcanzar la inmarcesible palma!  
Esta esperanza... es cierto,  
Es al hombre de penas combatido  
Lo que el seguro puerto  
Al que navega el mar embravecido.  
¡Dichoso tú! ¡dichosa  
Tu alma, hermana mía,  
Que dejando esta tierra trabajosa,  
Descansa en paz por un eterno día!  
¡Gran satisfacción! Mas si se advierte  
La dolorosa causa de tu muerte:  
Si se atiende á tus hijos pequeñuelos:  
Si se ve á tus hermanos afligidos:  
Si á tu esposo, que manda hasta los cielos  
Mil suspiros, mil ayes, mil gemidos...  
¿Quién con estos tan lúgubres despojos  
Podrá tener sin lágrimas los ojos?

Yo derramo un torrente, cuando el mundo  
Cubierto de la noche tenebrosa,  
En silencio profundo  
Una imagen me inspira pavorosa  
De aquel tremendo día,  
El postrero del tiempo y las edades,  
En que dejando aquellas cavidades  
De la región umbría,  
Tú, yo, y todos seremos reanimados,  
Unos para descanso y alegría,  
Y otros para el abismo condenados.

¡Oh! líbrame, Señor, tu brazo fuerte  
De la espantosa, de la eterna muerte  
Cuando del alto cielo estremecida  
La fábrica admirable,  
Y la terrestre máquina movida  
De tu mano al impulso formidable,  
El mundo delincuente sea despojo  
De las ardientes flamas de tu enojo:  
Entonces, juez eterno,  
No quieras sepultarme en el infierno.

#### RATO XXI.

#### LA INMORTALIDAD.

. En este triste solitario llano,  
Dó violentas me asaltan las congojas,  
No ha mucho que extendió sus verdes hojas,  
Y salpicó de flores el verano.  
Este tronco esqueleto, con que ufano  
Estuvo el patrio suelo,  
Abrigaba los tiernos pajarillos  
Entre frondosas ramas:  
El líquido arroyuelo,  
Por márgenes sembradas de tomillos,  
De cantuesos de pálidas retamas,  
De rubias amapolas,  
De albos jazmines y pupúreas violas,  
Mansamente corría  
Bañando el fértil prado de alegría.  
Benigno el aire en la espaciosa estancia  
De los lejanos frutos y las flores,  
Desparramaba el bálsamo y fragancia.  
¡Oh tiempo, y lo que vencen tus rigores!

Llega del año la estación más cruda,  
Y mostrando el invierno sus cuojos,  
Todo el campo desnuda  
A vista de mis ojos,  
Que ya lloran ausentes  
Los pájaros, las flores y las fuentes,  
En los que miro ¡ay triste! retratados  
Los gustos de mi vida,  
Por la mano del tiempo arrebatados,  
Cuando helada quedó mi edad florida.  
¡Dulces momentos, aunque ya pasados,  
A mi vida volved, como á esta selva  
Han de volver las cantadoras aves,  
Las vivas fuentes, y las flores suaves,  
Cuando el verano delicioso vuelva!  
¡Mas ay! ¡votos perdidos,  
Que el corazón arroja  
Al impulso mortal de mi congoja!  
Huyéronse los años más floridos,  
Y la edad que no para,  
Allá se lleva mis mejores días....  
A Dios, pasadas breves alegrías,  
Qué ¿no volvéis siquier la dulce cara?....  
Aridas tierras, más que yo dichosas,  
No así vosotras, que os enviando el cielo  
Annades primaveras deliciosas,  
Se corona con mirtos y con rosas  
La nueva juventud de vuestro suelo.  
Pero ¿qué rayo ¡ay Dios! á mi alma enciende?  
¡Ah! luz consoladora,  
Que del solio estrellado se desprende....  
Mas allá de la vida fatigada....

Sí, de la vida cruel que tengo ahora,  
Cuando sea reanimada  
Esta porción de tierra organizada,  
Entonces, por influjos celestiales,  
En los campos eternos  
Florecerán mis gustos inmortales  
Seguros de los rigidos inviernos.

RATO XXII.

LA MEMORIA.

No me atormentes ¡ay! no me atormentes,  
Cruel memoria mía,  
Poniéndome presentes  
Tantos sucesos tristes que creía  
De tu eterno volúmen ya borrados.  
En vano os fatigáis, ojos cansados....  
En este mismo instante la memoria,  
Cual si corriera un velo de repente  
Al funesto teatro de mi historia,  
Renueva mi dolor.... Violentamente  
Usense los países más diversos  
Por donde me han llevado  
Los hados más adversos....  
Del cúmulo de males que he pasado  
Registro mil tristísimos despojos  
En un punto reunidos....  
¿Qué me aprovechan lúgubres gemidos?  
¿Qué derramar sus lágrimas mis ojos,

Caro Francisco, hermano y compañero,  
Amado Silvio, y tú, Clorila mía:

Si mi gemido ronco y lastimero  
Llegar no puede á la región umbría. . .  
¡Ay muertos muy amables,  
Cuyas sombras me son inseparables!  
En vano estoy llorando noche y día;  
Y en vano ¡ay musa! tu favor me diste  
Para que yo llorara mi tormento;  
Mas aunque en la alma triste  
Los mismos males siento  
De que antes me quejaba,  
No olvidaré que al son de tu instrumento,  
Estos versos cantaba,  
Cuando en mis "Ratos tristes" te invocaba.  
A Dios, ¡oh musa amada!  
Que en el llanto la voz queda anegada.

Así me despedía  
De la musa que entona la elegía:  
Y entonces la memoria  
El libro cierra de mi triste historia.

---

# A LA MUERTE DE CLORI

## ELEGÍAS

### ELEGIA PRIMERA.

Acelera tu curso, noche umbría,  
Y cubre con tu velo tenebroso  
La escena infausta de tan triste día.  
¿Qué importa que en su carro luminoso  
El sol resplandeciente  
Salga por el oriente  
Alumbrando la lóbrega montaña?  
¿Qué importa, si allá dentro en mi cabaña  
Sobre la tierra fría  
Tendida yace la zagala mía?

¿Posible es, muerte dura,  
Que mi mitad más dulce me quitaras  
En la mejor hechura  
De la madre natura...?  
Posible es que á mi Clori me llevaras?  
¿A dónde me la llevaste?... ¿á dónde te has ido,  
Clori, en edad tan tierna?

Paréceme que escucho tu gemido,  
Que me responde y dice, que á la eterna  
Región obscura del infausto olvidado  
Descansa ¡ay Clori! en paz, y desde el cielo  
Tu espíritu inmortal de luz circuido,  
Mi soledad alivie y desconsuelo.

ELEGIA II.

¿Adónde, Clori mui, te me fuiste?  
Todo este largo invierno te he buscado  
Por mil lugares que nos vieron juntos.  
Les pregunto á los montes y á los valles  
Por Clori: y sólo me responde el eco  
De mis lúgubres quejas. ¡Cuán en vano  
Mi voz te llama, si la muerte impia  
En su casa te entró, y cerró las puertas!  
Aquellas puertas, de dó nadie sale  
A respirar el aire de la vida.

Allá fueron contigo mis amores:  
Contigo se fué mi alma: allá la tienes  
Preso de tu semblante amable.  
No la cautivan ya tus trenzas de oro,  
Ni la alegran con risa placentera  
Tus labios de claveles encarnados:  
Ni ya en tus ojos el amor sus teas  
Enciende para darme un fuego dulce.  
Todo esto ¡ay Clori! lo acabó la muerte,  
Cuando llegó á tu lecho enfurecida.  
Cual fiera brava, que en la noche obscura  
Bajó del monte y destrozó la oveja.



¿Qué dios entonces se me entró en el pecho,  
me animó con fortaleza grande  
para no me excusar en tus oficios?  
Yo mismo, sí, con estas propias manos,  
te antes ceñeron á tu sien mil flores,  
cerro tus ojos y tus labios junto:  
cubrí tus pies con olorosas aguas:  
tu vestidura fúnebre te pongo:  
tu cadáver tiendo en una estera....

Mas si para esto entonces valor hube;  
ahoy no lo tengo para recordarlo:  
consumido de mortal tristeza  
me espera allá, mi Clori, en el sepulcro.

### ELEGIA III.

Después que de mis brazos te arrancaron  
lazos fieros de la para impía,  
en sus lóbregas cuevas te ocultaron,

¡Cruelles memorias! ¡ay! desde aquel día  
en que todos mis bienes te llevaste  
contigo á sepultarlos, Clori mía,

¿Cómo podré decir cual me dejaste,  
desdichados para siempre mis amores,  
de mis duras penas el contraste?

Dos años, sí, dos siglos de dolores  
cuento ya de llorar tu ausencia eterna,  
en que aflojen su cuerda los rigores.

Una noche me cubre sempiterna,  
Noche fatal, la noche más obscura  
Muerto ya el resplandor de tu luz tierna.

¿Con que ya para siempre tu hermosura  
Se acabó? Pues ¿qué puede haber dejado  
Voraz el tiempo en la honra sepultura?

¡Ay de tí! ¡ay de mí, que traspasado  
El corazón de penas, te estoy viendo  
Horroroso esqueleto descarnado!

Si no es que acaso á tu sepulcro horrendo  
Bajaron otros muertos espantosos,  
Y con ellos te has ido confundiendo,

Si no es que tus fragmentos ya melcosos,  
Sin que formen su todo, separados  
Estarán ya en osarios horrorosos,

¡Tristes reliquias! ¡ay! ¡huesos amados!  
¿Quién os hubiera dado alojamiento,  
Donde pudiérais ser mejor tratados?

Obra muy digna del merecimiento  
De mí virtuosa Clorí, que sería  
De inocencia y de amor un monumento.

Esta inscripción sencilla le pondría:  
"A su inocente Clorí, Silvio amante"...  
Pero si soy un pobre, Clorí mía:

ceibe, pues, mi amor, mi fe constante,  
corriente de lágrimas difusa,  
voz con que te llama á cada instante,  
este postrer obsequio de mi musa.

### ENDECIAS.

#### A CLORI EN EL SEPULCRO.

¿Por qué á mis roncós ayes  
No vuelves á este mundo,  
Y la región no dejas  
De sombras y de dudos?

Sal, ¡ay! Clori, cuanto antes  
De ese lugar obscuro:  
Por tu ausencia me cubro,  
Que de negra tristeza

¿No me oyes? ¡cuán en vano  
Mi lengua desanudo,  
Y grito, y enloquezco,  
Y en lágrimas me inundo!

En vano; pues la muerte  
Te llevó como en triunfo  
De su pesado cetro,  
Al hórrido sepulcro.

Allá te tiene: y cuando  
Desde acá te descubro,  
Cual por opacos velos  
Ansioso lo procuro,

¡Oh si llegara!... entonces...  
Pero ya me figuro  
Que viene, y que nos pone  
Bajo la tierra juntos.

¡Qué consuelo! Ya estamos  
Como en puerto seguro,  
Libres de las tormentas  
En que naufragan muchos.

Hasta que viene el día  
En que del cielo sumo  
De vivos y de muertos,  
Desciende el Rey angusto.

A su voz imperiosa  
El letargo sacude...  
No llega, y ¡ya lo veo!  
No habla, y ¡ya lo escucho!

Esta es la fe de Cristo,  
Clori, á mi llanto turbio  
Se sigue el contento  
Los raudales más puros.

Duerme, mi Clori: duerme  
El sueño más profundo:  
Duerme y en paz descansa,  
Sin zozobra y sin susto:

Mientras que al cielo vamos,  
Y con estrecho nudo  
De caridad, gozamos  
La suerte de los justos.

---

## ELEGIA

EN LA MUERTE

**Del Lic. Don Francisco Verdad y Ramos.**

---

Transivimus per ignem et aquam.... et adduxisti  
nos in refrigerium.

\* "Psalm." LXV, v. 12.

¿Cómo es que á un tiempo los siniestros hados  
Derriben só la tierra, con asombro  
De la América sabia, una columna  
Que el templo sustentó de nuestra gloria?  
¿Por qué da en el sepulcro el Varón grande  
A cuya antorcha de divinos fuegos  
Las ciencias como estrellas relumbraron  
En lo alto de la esfera mexicana?  
¿Qué! ¿no defienden las virtudes almas  
La vida immaculada de los justos.  
Cuando fierá la muerte los invade  
Cercándolos de males espantosos?  
¿Ay amado de mi alma! si en la casa

De los muertos se oyen los gemidos  
De la santa amistad, mi voz te mueva,  
Mi voz escucha, y á la vida torna:  
Torna del grave sueño que entorpece  
Tus miembros venerables: y este lloro  
Resuene allá en la cama de la tumba  
Cual triste ofrenda de tu eterno amigo.  
Yo te viera... ¡ay de mí! nunca te viera  
Con la carga de infamias pesadumbres,  
Huirlido en la mansión de los culpados,  
Y gimiendo en el lecho de dolores!  
¿Antes cegara que el haberte visto  
De la justicia fuerte aprisionando  
Con cadenas de fierro los delitos,  
Castiga los desórdenes del mundo!  
¿Purgatorio de infames! ¿Cómo ha sido  
Que á tí vaya la cándida inocencia,  
Y que allá se confunda entre la negra  
Caverna de dos crímenes más feos?  
Allá se la arrebató en su impetuosa  
Corriente la columna embravecida,  
Como río soberbio que al mar corre,  
Y que se lleva lobos y concheros.  
Allá fuiste arrojado, caro amigo:  
Ese monstruo infernal que hoy se desata,  
Que forza la razón, y que se vale  
Del brazo de las leyes propotente,  
Ese monstruo te arrastra: tú lo sufres.  
Tú sufres sus violencias, y animado  
Por tu mismo valor, el cáliz bebes  
Que te ofrece la suerte más ingrata.  
Entonces... yo me acuerdo: parecíame

ue una deidad de lo alto descendía  
mantener inmóvil tu cabeza,  
epósito de luces celestiales.  
res veces levantó la parca horrenda  
a guadaña, temblando; y otras tantas  
l golpe suspendió.... Que á tanto obliga  
l mérito de los hombres respetables.  
asta que al fin un sueño, parecido  
d en que posa el triste caminante,  
espués de una jornada trabajosa,  
ierra tus ojos, y tu aliento acaba....  
Con que acaba tu vida?... ¿Y enmudece  
quella lengua que en el ancho foro  
defendió la verdad y sus derechos  
on rayos de elocuencia abrasadores?  
Con que ya para siempre se cortaron  
os raudales de dones que salían  
de tu mano benéfica en socorro  
de las vírgenes, huérfanas y viudas?  
Inaste.... ¡ah! cierto. ¡Lamentable caso!....  
a patria gembunda te echa menos,  
la amistad sin término llorando  
on tu memoria se entra en el sepulcro.  
ntre tanto mil genios del empíreo  
e apoderan de tu alma venturosa,  
en sus alas de luz resplandeciente  
a suben al palacio de los cielos.  
teñebunda los ángeles y santos,  
cantándola el himno de la gloria  
a ciñen su corona de luceros.  
sto hará en los trabajos mi consuelo,  
ientras acá en la tierra suspirando

Por tu amable presencia, la esperanza  
Me propone el juntarme allá contigo.  
Allá libres de males estaremos....  
¿Quién lo duda? ¿Pasamos por las llamas?  
Pues aliento en las penas, alma mía,  
Que el Señor ya nos lleva al refrigerio.

---



## ELEGIA EN LA MUERTE

DEL ILMO. SR.

**DON F. ANTONIO DE SAN MIGUEL,**

**OBISPO DE MICHOACAN**

---

*Viae Sion lugent... Sacerdotes ejus gementes,  
Virgines ejus squalidae, et ipsa oppressa  
amaritudine.*

*Ierem. Thren., cap. 1o. v. 4.*

¡Con que el príncipe Antonio es fallecido!  
Valladolid infausta! ¡ah! que tu suelo,  
Jual si muriera un sol, se ha obscurecido.

Ya lo publica el triste desconsuelo;  
Que por calles y plazas se desata,  
Enviando quejas al distante cielo.

La Iglesia como viuda se aparata,  
Y las festivas galas deponiendo  
El negro adorno de sus tocas ata:

Desde sus grandes torres repitiendo,  
Al ronco son de voces funerales  
El dolor que da está desfalleciendo.

Entretencimientos Poéticos.—20

El coro de ministros clericales  
Ya se prepara con la voz doliente,  
Que plañirá en las honras sepulcrales.

Lloran las religiosas tiernamente,  
Manifestando el pecho atravesado  
Del dardo, que las hiere mortalmente.

El congreso de vírgenes sagrado,  
Cual sin pastor rebaño de corderos,  
La estancia aqueja del retiro abrado.

Minerva, contemplando sus lumbreras,  
Con luz opaca, advierte destrozada  
La columna esencial de dos esferas.

De pobres ¡ah! porción abandonada  
A su triste orfandad y amargo lloro,  
¿Quién dirá vuestra pena reloblada?

¡Dó está, ciudad ilustre, aquel decoro  
Que ayer brillaba! ¡ayer!... En un momento  
Cae de tu frente la corona de oro.

La peca le acertó golpe violento,  
Y como en triunfo de su mano impía  
La coloca en un grave monumento.

Allá van las virtudes, y la fría  
Losa de duro mármol cincelando,  
Hacen eterna su memoria pía.

De los tiempos la guardan, que intentando  
Aniquilarla en su veloz carrera,  
En vano irán sus hachas levantando.

Que entonces... mas ¿qué imagen placentera  
Se me presenta acá en la fantasía,  
Cual si en un teatro un velo se corriera?

Muere el príncipe Antonio, y la alegría  
Recorre las mansiones del contento,  
De la inmutable paz y eterno día.

Muere el cuerpo ¿qué importa, si al momento  
El alma de su peso descargada  
Se eleva al estrellado firmamento?

En alas de su mérito llevada,  
Obra inmortal de todos sus anhelos,  
Sube cual viva llama acelerada.

De negras nubes los opacos velos  
Se arrollan, y le dejan al instante  
Claros los rumbos de los altos cielos.

Abrense ya las puertas de diamante,  
Y entrando en el palacio de la gloria,  
Se le ciñe una estola relumbrante.

Corona la pureza su victoria,  
Y la voz de los ángeles difusa  
Celebra tan alegre su memoria,  
Que arrebatada las voces á mi musa.

---

## ADVERTENCIA

---

Dáuse al público las poesías de esta especie, con el único objeto de no privar á éste de las bellezas poéticas que contienen, y de presentarle la colección más completa que ha sido posible. Si el autor existiera diría ciertamente con Ovidio:

*Siqua meis fuerint, ut erunt, vitiosa libellis;  
Excusata suo tempore, lector, habe.*

OVID., Trist., lib. IV, eleg. 1o.

---

**PROCLAMA Y VATICINIO**  
DE MINERVA  
**En la exaltación de Fernando VII**  
**AL TRONO<sup>(1)</sup>**

---

¡Qué pensarían los luenos y los mulos de mi silencio!

*CAPMANI, Centinela contra franceses.*

**OCTAVAS**

**I.**

En tanto que Minerva, celebrando  
Con todo su entusiasmo y ardimiento  
La exaltación al trono de Fernando,  
Dá esplendor á la patria y lucimiento:  
Tú que en la baja tierra estás mirando  
Todas las cosas desde tu alto asiento,  
¡Oh Apolo! tú me cuenta soberano  
Lo que pasa en el suelo mexicano.

---

(1) Canto que obtuvo el primer premio de poesía en el Certamen que celebró la Universidad de México en 20 de Octubre de 1809. Se le asignaron dos medallas de oro, y cuatro de plata.

II.

Así en las voces: cuando de repente  
Parece que baja el dios propio:  
Su felice llegada el campo siente;  
La cabaña abandona su ejercicio;  
Para su curso la sonora fuente;  
He aquí el nimen por raro beneficio:  
Gozad ¡oh montes! su presencia grata,  
Y atended que sus cláusulas desata.

III.

Hay en México un templo fabricado  
De rica y milagrosa arquitectura,  
A la rubia Minerva consagrado,  
Que de gloria lo llena y hermosura:  
Allí sobre su trono levantado  
Aparece la diosa de luz pura  
Su frente ornando con sus ciencias bellas,  
A manera de cándidas estrellas.

IV.

Allí sobre su esfera portentosa,  
Y cercada de gentes que ilumina,  
Con todo el aparato de una diosa  
Proclamar á Fernando determina:  
Baña pronta su cara de lumbre  
Púrpura, y encendiendo su divina  
Palabra con que el mundo reverbera,  
A la América habló de esta manera:

V.

“En su cándido solio amanecía  
El monarca de luz, alma del cielo,  
Repartiendo á los seres su alegría,  
Su gozo puro, su vital consuelo:  
Cuando infausta la noche, . . . ¿quién diría  
Que tan reciente el sol, con triste veló  
Una noche fatal su luz cubriera?  
¿Su benéfica luz? ¿su luz primera?”

VI.

¡Infando mal! la tierra en el momento  
De monstruos se inundó, que vomitaba  
Rebramando el abismo: su lamento  
Gemebunda la patria redoblaba:  
Lloró la religión, y el sentimiento  
Al pecho de los justos se lanzaba:  
Las tablas se rompieron de las leyes,  
Y cayeron los tronos y los reyes.

VII.

Mil veces retendió la madre tierra,  
Y bañada en la sangre de inocentes  
Víctimas al cuchillo de la guerra  
Quiso tragarse las feroces gentes:  
Un montón de cadáveres aterra  
Al resto de los míseros vivientes:  
Y entre tantas tan bárbaras escenas  
La esclavitud prepara sus cadenas.

VIII.

¡Teatro espantoso! es cierto: yo lo vía  
Cuando el joven Fernando, el sol hermoso  
De la España en su trono amanecía  
Mostrándonos su aspecto luminoso:  
¡Tristes de nos! ¡ay! sí, ¿quién nos diría  
Entonces que el engaño riguroso,  
Llevándonos á Francia, nos privara  
Del tierno gozo de mirar su cara?

IX.

¡Es verdad! y en los lúgubres momentos  
Que nos ocultan los siniestros hados,  
Cual bandadas de pájaros hambrientos  
Sobre campos de espigas coronados,  
Enemigos ejércitos sangrientos  
De ladrones en forma de soldados  
Cayeron, cometiendo atrocidades  
Sobre indefensos pueblos y ciudades.

X.

Asómase la guerra, y van cundiendo  
Sus tronadores fuegos la campaña:  
Sale la muerte del cañón tremendo,  
Y á su estrago despierta el león de España,  
Despierta, y mientras á su rigor horrendo  
Responde estremecida la montaña,  
Corre á vengar ultrajes de su suelo,  
Y en su ayuda se ve propicio el cielo.



XI.

¡Propicio el cielo! sí... de la alta cumbre  
Desciende á nuestras bálicas legiones  
Del Dios de los ejércitos la lumbre  
Que inflama á los hispanos corazones:  
Allá va la francesa muchedumbre  
En fugitivos rotos escuadrones....  
Dios está con nosotros: nuestra suerte  
Pende tan sólo de su brazo fuerte.

XII.

Al arma, pues, ¡oh América! y aliento;  
Y aunque el dulce Fernando esté en Bayona  
¡Logrará Napoleón el loco intento  
De arrancar de sus sienes la corona?  
Animo, y fuerza, y celo, y ardimiento:  
¡Viva Fernando! traigalo Belona  
A su patria: ¡ah!.... ¡Fernando!... ¡viva, viva  
A pesar de la suerte más esquivia!

XIII.

Así Minerva al proclamar celosa  
Al desgraciado príncipe Fernando,  
Y luego nuestra América gloriosa  
Fué sus solemnes votos renovando:  
Entra en silencio la celeste diosa,  
Y después, cual de un sueño recordando,  
A impulsos de su alegre fantasía,  
Muestra á la España en esta profecía:

XIV.

América felice, enjuga el llanto,  
Enjuga el llanto, que benigno el cielo  
Deja correr al teatro del espanto,  
Movido á compasión, un denso velo:  
La antigua madre te convida al canto  
Demostrándote limpio el caro suelo  
De la plaga infernal que te inundara,  
Y que todos sus frutos devorara.

XV.

Ya no se oyen los truenos espantosos  
De Mavorte cruel, que al orbe aterra,  
Ya no se ven los campos horrorosos  
Cubiertos con estragos de la guerra:  
Cesó la mortandad, y sus gloriosos  
Triunfos celebra la española tierra.  
Ilegó la paz como la blanca aurora  
Del monarca planeta precursora.

XVI.

Ahi vienen los bravos capitanes,  
Y ocupando sus plazas y cuarteles,  
Tremolan los guerperos tafetanes,  
Y sus sienes coronan de laureles:  
La patria galardona sus afanes,  
Y todas sus espaldas y broqueles,  
Después de tanta sin igual victoria,  
Se consagran al genio de la historia.

XVII.

Salid, alifas del Duero y Manzanares,  
Y limpiad vuestra cara lagrímosa,  
Que el tiempo ya se fué de los pesares,  
Y ha llegado la edad más venturosa:  
Vive Fernando: vive, y nuestros lares  
Logran ya su presencia milagrosa:  
Vive Fernando.... sí, que en nuestras cumbres  
Comienzan ya á brillar sus sacras lumbres.

XVIII.

El suspirado sol de las Españas  
Asoma por los altos Pirineos:  
Saltan de gozo selvas y montañas  
Que tienen en mirarlo sus recreos:  
Commuévense á su vista las cabañas  
Por dó viene el amor y los deseos  
De la patria, que á Dios se lo pidiera  
Con largos votos de piedad sincera.

XIX.

Alégranse los pueblos y ciudades,  
Y al modo que los pájaros cantores,  
Cuando vuelve á las mustias soledades  
Deleitoso el abril con nuevas flores,  
Todos celebran sus felicidades  
Con canto universal sus moradores:  
España se transporta, y su contento  
Hinche de gritos la región del viento.

XX.

Abre Madrid sus puertas, y va entrando  
En el carro triunfal de la victoria  
A sus altos alcázares Fernando  
Acompañado de la hispana gloria:  
Su trono lo recibe, coronando  
Su ilustre sien su vida meritoria:  
Risueñas sus virtudes le rodean,  
Y en cotejarle todos se recrean.

XXI.

¡Eh! ya á su grata soberana influencia  
Se cubrieron los campos de hermosura:  
Huye de nuestras casas la indigencia,  
Y sus premios ya vió la agricultura:  
Colocando á la igual correspondencia  
Entre el noble interés y la fe para  
Unió su propia bienhadada tierra  
En lazo de amistad con la Inglaterra.

XXII.

La inocencia ya tuvo en sus estrados  
Dulce acogida de su amor paterno,  
Y los negros delitos arrojados  
Por su celo bajaron al infierno.  
¡Oh tú de los palacios estrellados  
Soberano Señor, monarca eterno!  
Ampara con tu brazo poderoso  
A un príncipe tan dulce y amoroso.

XXIII.

Dijo Minerva: y en el mismo instante  
Toma su voz la fama vocinglera  
Por el ancho mundo revolante  
La previsión anuncia verdadera.  
La turba de los sabios circunstante,  
Cual si después de un éxtasi volviera,  
Mil veces repitió: viva Fernando  
Al cetro de la España gobernando.

XXIV.

Al punto se oye concertado un coro  
Que la misma Minerva ha convocado:  
Brillan los premios de medallas de oro  
Con la alma efigie del monarca amado;  
Danse á los vates que en cantar sonoro  
Las glorias de Fernando han celebrado,  
Y ellos la ponen sobre altar ya hecho  
De afectos puros en su noble pecho.

XXV.

Mientras Apolo estas cosas me contaba  
La brilladora corte parecía  
Que con vivos colores me dejaba  
Su imagen en mi dócil fantasía:  
La verdad de las ciencias me miraba,  
Y con risueño labio me decía:  
Santa, tierno zagal, canta en mi coro:  
Mas no me daba un cántico sonoro.

XXVI.

Todo desaparece: y yo agitado  
De un gran placer, en mi campestre suelo,  
De la célebre México apartado,  
Salto de gozo, y grito de consuelo:  
“¡Viva Fernando!” canto alborozado,  
“El rey de las Españas!” Y á mi anhelo  
Respondieron festivas las montañas:  
“Viva Fernando el rey de las Españas.”

---

## SONETO

COMPUESTO EN SAN ANTONIO DE TULA

EN UNAS FUNCIONES QUE HIZO ESTA  
VILLA POR FERNANDO VII, EN EL AÑO  
DE 1808.

Viva el príncipe nuestro "D. Fernando,"  
Y muera "Napoleón:" así decía  
La Fama vocinglera el fausto día,  
Que al nuevo Santander iba volando.

Las villas todas por dó va pasando  
Celebranla con cantos de alegría,  
Como anuncio á la hispana monarquía  
De que su Dios sobre ella está velando.

Regocíjase Tula, y al momento  
Se alegran sus desiertos y montañas  
Esperando un feliz acaecimiento:

Todo es gozo en sus rústicas cabañas,  
Repitiendo en mil voces de contento:  
Viva Fernando el rey de las Españas.

---

# LA GLORIA

**DEL SR. D. CARLOS IV, REY DE ESPAÑA<sup>1</sup>**

ROMANCE ENDECASILABO.

Quod precor eveniet. Sunt quædam  
oracula ratum. Nam Deus optanti  
prospera signa dedi.

OVID., *de Pont.*, lib. 2º, eleg. 1ª

¿Con que al príncipe Carlos desagrada  
El "tormento" cruel? era forzoso,  
Porque no sólo es rey de los vasallos,  
Sino amigo, y también padre de todos.

Viva, pues, su clemencia: y al instante  
Aplicando su brazo poderoso  
Arrójelo del seno de la patria  
Que no consiente detestables monstruos.

---

(1) Compuso el autor este romance en el año de 1807 con el motivo de haberse referido en un artículo de nuestros diarios el desagrado que causaba á Carlos IV, que se procurase la investigación de un crimen por medio del tormento.—E.



Arrójelo: y un rayo de su diestra  
Lo aviente lejos del augusto trono,  
Del trono que rodean las virtudes  
Más halagüeñas y de afable rostro.

Busque otro asilo.... pero mi deseo....  
Qué.... ¿se realiza en lo que ven mis ojos?  
Alzad, Españas, vuestra blanca frente,  
Ved cómo sale ya de entre nosotros.

De entre nosotros el "tormento" sale  
Con titubeante pie, con ceño torbo:  
A su aspecto los reinos y provincias  
Tiemblan del uno al contrapuesto polo.

De infamia sale, y de rubor cubierto,  
Ese de la crueldad infando aborto:  
El "tormento" fatal, que el inconfeso  
Sufrió gimiendo en formidable potro.

La noche lo acompaña gemebunda,  
La noche de su origen tenebroso,  
Coronada de espectros, que señalan  
Absurdos de los tiempos más ignotos.

Cargado de instrumentos infernales,  
Y seguido de genios sanguinosos,  
A los Anglos se lanza, que allá tiene  
En el fiero "Pictón" su gran patrono. (1)

---

(1) En el artículo de que hace mención la nota anterior se cuenta el horrible tormento dado por un tal "Picton" á una jovencita de edad de doce años, en una isla perteneciente á los ingleses.—E.

A este tiempo el amor y la justicia  
Un ósculo se pagan amistoso,  
La humanidad sus lágrimas enjuga,  
Y la nación se libra de un oprobio.

¡Oh, viva siempre la piedad de Carlos,  
Del tierno Carlos, y en festivos modos  
Cantémosle himnos que repitan gratos  
De la futura edad siglos remotos!....

¿Sueño.... ó es cierto que vendrá algún día  
De luz circuido y sobre nubes de oro  
Suscitando en las gentes venideras  
Los recuerdos más dulces y gloriosos?

¿O es ilusión de alegre fantasía  
La bella ninfa que con blandos tonos  
Se prepara á cantar la real clemencia,  
Deshaciéndose en lágrimas de gozo?

La ninfa, es cierto, que á lo lejos viene  
En el carro del tiempo presuroso:  
Ya su cítara templada, y los mortales  
La miran y la escuchan con asombro.

"Carlos"... no hay duda, sonora canta  
La gratitud al príncipe piadoso,  
"Carlos proscribió del "tormento" duro  
"La ley severa que adoptaba el Godo."

"Carlos"... repite la española fama,  
Poniendo al labio su clarín sonoro,

"Carlos proscribire del "tormento" duro  
"La ley severa que adoptaba el Godo."

"Carlos".... responde redoblado el eco  
Sonando ufano por el orbe todo,  
"Carlos proscribire del "tormento" duro  
"La ley severa que adoptaba el Godo."

Las glorias del monarca se difunden  
Como la luz del cielo sobre el globo,  
Y el nombre dulce del amado Carlos  
Hinche del mundo el ámbito anchuroso.

---

## ELOGIO A D. LUIS SANCHEZ

---

### ROMANCE ENDECASILABO.

Entre tanto que sube hasta el empíreo,  
Como de sacro fuego humo oloroso,  
El canto dulce del divino Sánchez,  
De las musas se alegra el suave coro:

Toca los himnos del favor mariano,  
Que suscitan un són más delicioso  
Que el que mueven las blandas arboledas  
Cuando bate sus alas el favonio.

Alégrate, Querétaro, pues tienes  
Un hijo que cantando más sonoro  
Que el resto de tus sabios habitantes,  
A pesar de la envidia, es más que todos.

Mas no pretendas alabar á Sánchez;  
Porque á más que no estima los elogios,  
Necesario será pulsar su lira  
Que puede competir con la de Apolo.

---

## A UN GRAN PERSONAJE

### ROMANCE ENDECASILABO.

Parva quidem fateor pro magnis munera reddi,  
Cum pro concessa verba salute damus.

OVIDIO.

¿Hablaré, ó callaré?... Metame, Apolo,  
El feble idioma de los tristes versos.  
Así en tu frente de oro el verde ramo  
De esquivá Dafne se eternice fresco.

¿Mas á qué vienen dudas? ¿y á qué invoco  
Fabulosa deidad de gentil pueblo?  
Lejos de mí fantásticos exordios,  
Que el llanto con ficción repugna luego.

¿Con que por fin, Señor, pasáis á España,  
Y apartáis vuestros ojos de este suelo,  
Donde los pechos todos son altares  
Que el amor os erige y el respeto?

¿Ya no gustáis, Señor, del sacrificio  
Debido á la virtud con que los cielos.  
Haciéndoos singular entre los hombres,  
Os producen gigante entre pigmeos?

¿Qué diremos aquellos que al influjo  
Benigno y eficaz de vuestro genio  
Somos criaturas tan beneficiadas  
Como las plantas que cultiva el dueño?

¿Qué diremos?... Aquí las sensaciones  
De un ánimo entre todos el más tierno,  
Atropellan la puerta de los labios,  
Cual si peleasen por salir primero.

Si, Señor: cuando veo vuestra partida,  
Cuando en remotos países os contemplo,  
Cuando ya vuestro auxilio.... no hallo voces  
Capaces de expresar mi sentimiento.

El terrible escuadrón de las desgracias  
Parece que me cerca, y que estoy viendo  
La formidable parca que amenaza  
En triste situación mis días postreros.

Mas ¿qué vanos temores me confunden?  
¿Yo prorrumpo en delirios, cuando tengo  
En la larga experiencia de favores  
De dulce protección tanto argumento?

No, Señor: aunque en medio grandes mares,  
Vos seréis como el sol, que desde el cielo,  
No obstante que se opone el terreo globo,  
Hace ver en la luna sus reflejos.

Y pues la insinuación del cuarto Carlos  
Os llama ya para su real consejo,

Idos, Señor; mas antes encargadme  
Al digno sucesor del grado vuestro:

Lo mismo os pido para con el sabio  
Fiel administrador, porque contemplo,  
Sí, Señor, que me quedo ya sin padre;  
Vuestro favor no ha sido para menos.

De humanidad á oficios tan extraños  
Es fuerza que tengáis condigno premio,  
Mas allá de dó vemos que relumbraba  
El fogoso escuadrón de astros etéreos.

Otra vez el dolor me sobrecoge....  
Idos, Señor, seguro en que los tiempos,  
Aunque apestados se hallan de enemigos,  
Respetarán sin duda el valor vuestro.

Oh si tomar pudiera los colores,  
Y un retrato formar el más completo  
De las heroicidades que os grangearon  
Títulos, cruces, encomiendas, puestos;

Pero vos no gustáis de los elogios,  
Porque haciendo lugar á lo modesto,  
En vuestro juicio son las alabanzas  
Como las hojas que arrebató el viento.

De repente me asaltan los temores,  
Revuelta la región del sentimiento:  
Apenas en la tierra es contemplaba,  
Cuando ya sobre el mar os estoy viendo.

Mas ¿qué importa, si el cielo en vuestra vida  
Se interesa, Señor? Ya nada temo:  
Neptuno mismo mandará á las olas,  
Que paso no os impidan por su reino:

Eolo calmará con su imperiosa  
Voz los enojos de encontrados vientos,  
Y el bramido de horrendas tempestades  
No turbará vuestro ánimo sereno.

Paréceme que escucho de Tritones,  
Y de afables sirenas los acentos,  
Que halagando vuestro oído, se terminan  
En medias consonancias pianos ecos.

La nave entonces, como acaudalada  
Con un tesoro de tan grande precio,  
Se engolfa más que el Argo enriquecida  
Hasta ponerlos salvo en feliz puerto.

Así lo pide el más dichoso esclavo,  
A quien marcó de gratitud el sello,  
Levantando hasta el cielo, como es justo,  
Entre el amargo llanto, humilde ruego.

---



## EL NIÑO AGRACIADO

ROMANCE ENDECASILABO.

Versos quiere Melito, y yo deseo  
Complacer sus amores: y por tanto,  
Le formaré un retrato primoroso  
Del agraciado niño que idolatro.

Mira ¡oh Melito! qué agradable hechizo  
Se presenta á tu vista, y cuán ufano  
Con las recientes flores que le ciñen  
Las nueve primaveras de sus años.

Mira su cuerpo, todo compartido  
Con grata proporción á su tamaño,  
Cual sauce pequeñuelo que se cría  
A las orillas del arroyo claro.

Mira su rostro cual abril risueño,  
Y cual hiedras sus ojos azulados,  
Y cual tempranas rosas sus mejillas,  
Y cual claveles sus purpúreos labios.

¿No te roba el cariño? pues ahora  
Contempla de mi Adonis los encantos,  
Y admira, cual discurren sus potencias,  
Al modo que en el cielo van los astros.

Admira su memoria, ¡qué felice!  
Su entendimiento admíralo ¡cuán alto!  
¡Su voluntad!.... ¡sus juegos inocentes  
Que de su tierno pecho está exhalandos!

Pero aguarda, que el niño está pidiendo  
Con instancia al pincel, la mejor mano,  
Y así se le daremos con adornos  
Que hagan inestimable su retrato.

¿No lo ves con su libro divertido,  
Sin triscar en montón con los muchachos?  
¿No lo ves en la gran calografía  
Y aritmética cuán adelantado?

¿No lo ves cuán sumiso á sus mayores,  
Y á la virtuosa Clori, cuyo amparo  
Jamás le falta, desde que la muerte  
Le dejó huerfanito en suelo extraño?

¿No lo ves á su Dios qué reverente,  
Guardando sus preceptos soberanos,  
Y para dar el lleno á sus deberes,  
No lo ves en el templo sacrosanto?

¿Ya lo has visto, Melito? pues haz cuenta  
Que te viste al espejo.... ¡ay! tente cauto:

No te suceda ¡ay no! lo que á Narciso,  
Que lloró de sí propio enamorado.

Todo á Dios lo debemos: nada es nuestro.  
Así escrito lo vemos por Santiago. (1)  
Humillémonos pues, Melito mío,  
Y alabemos á Dios por dones tantos.

---

(1) Omne datum optimum, et omne donum  
perfectum desursum, et descendens a patre lu-  
minum.

S. JACOB., Epist. cath. cap. I. v. 17.

---

## CARTA A UN AMIGO

---

### ROMANCE ENDECASILABO.

Apenas el contento daba treguas  
En que embebida la alma se recreaba  
Leyendo de tu carta los renglones,  
Cuando luego me puse á contestarla.

Pero no pudo ser, dichoso amigo,  
Que entonces ¡ay de mí! te contestara;  
Porque aunque puse medios oportunos  
Todos fueron al fin empresas vanas.

No suspendan tu juicio admiraciones,  
Si digo que mil cosas y muy raras  
Al empeño gustoso de escribirte  
De mi pluma los vuelos estorbaban:

Que pues se hallaba ¡ay lúgubres memorias!  
En el golfo de amor entre olas tantas,  
Mi pobre corazón era juguete  
Cual triste navecilla entre las aguas.

Con que ocasión pacífica y tranquila  
Para cumplir con cosas de importancia  
Si consigo como ahora, es porque el cielo  
El mar serena y calma la borrasca.

En esta inteligencia, ya no dudo  
Que disculpando, amigo, mi tardanza,  
Ocasarás á escuchar lo que contiene  
Esta respuesta de tu dulce carta.

La recibí con gusto, como he dicho,  
Porque en ella me expresas la mudanza  
Que hiciste de "Fulana," á la clausura  
De esta siempre virtuosa casa santa.

Bien pudiera decir que fugitivo  
Aliste, procurando tierra salva,  
De las ruinas que á Troya predecían  
Las tragadoras insaciables llamas.

O mejor: que, de un ángel advertido  
Huyendo, de Sodoma te apartabas;  
Porque llamar podemos propiamente  
Sodoma de estos tiempos á "Fulana."

¡Qué bien haces en huir de los peligros!  
Los lo gritan las páginas sagradas:  
De ellos se librarán los que los huyen,  
En ellos darán fin los que los aman.

Así triunfa José de una lasciva;  
En el trance mayor de la batalla,

A trueque de salvar su casto pecho,  
Hasta el abrigo pierde de su capa.

Mas advierte que aquel que no procura  
En sus buenos propósitos constancia,  
Perecerá sin duda, porque sólo  
Aquel que persevera el victor canta.

Sigue pues, sigue amigo, tus empresas,  
Y ni aun la vista vuelvas á "Fulana,"  
Que sus deleites son como la espuma  
En el mar, ó en el viento la hojarasca.

Armate de poder contra los vicios  
Con los fuertes escudos de la gracia,  
Que ésta al fin premiará tus buenos hechos  
Con triunfante laurel, gloriosa palma.

Y en tanto que á los cielos te encaminas,  
Mira de qué te sirvo y qué me mandas,  
Pues siempre te será muy fiel amigo  
Fray Manuel Navarrete, quien bien te ama.

---

## OCTAVAS

**AL M. R. P. F. JOSE MARIA CARRANZA**

FRANCISCANO DE LA PROVINCIA DE MICHOACÁN.

---

I.

Hija terrible del obscuro averno,  
Ministra de la parca enfurecida,  
Respeto la virtud y amor paterno  
Del gran Carranza en su persona y vida:  
¡Oh diestra poderosa del eterno,  
Esa furia sujeta embravecida....  
Así el ruego de un hijo y al instante  
Abre el cielo sus puertas de diamante.

II.

Como alba hermosa de candor bañada  
Baja.... sí, del empíreo, á toda priesa  
La piedad del eterno, y azorada  
La enfermedad dejó la rica presa:  
La alegría filial alborozada.  
No cabiendo en el alma, así se expresa:  
¡Oh, vive el gran Carranza! que promete  
Su amparo al pobrecillo Navarrete.

---

## A LA HOSPITALIDAD

EN EL DÍA

DEL MUY REV. PADRE FRAY JOAQUÍN VALDERAS

PRIOR DEL CONVENTO DE S. JUAN DE DIOS

EN LA CIUDAD DE S. LUIS POTOSÍ.

---

OCTAVAS.

I.

Anoche, á tiempo que tu alegre día  
Empezaba su curso presuroso,  
Cargóseme en la débil fantasía  
Un ensueño, aunque grave, misterioso:  
El esqueleto de la parca impía,  
El esqueleto triste y horroroso  
De la parca ví anoche ¡ay Dios! tan feo...  
Que otra vez me parece que le veo.

II.

Tu vida acecha, que volando estaba  
Sobre el alivio de la enferma gente:  
Ya templa el arco, y de la horrenda aljaba  
Un dardo saca presurosamente;



Iba ya á disparar, cuando asomaba  
Como alba hermosa por el rubio oriente,  
La alma hospitalidad, que desde el cielo  
Baja á la tierra con airoso vuelo.

III.

Cual sombra hermosa por la noche oscura  
La descarnada reina de la vida  
Huye, y la diosa á la celeste altura  
En sus brillantes alas fué subida:  
Voy á cantar entonces tu ventura;  
Cuando con suave acento repetida,  
Una vez despertóme que decía:  
Viva Joaquín, que es gloria de este día.

## HIMNO A MINERVA <sup>[1]</sup>

---

Rubia Minerva, que del sumo Olimpo  
Al bajo suelo descendiendo ufana,  
La noche ahuyentas ;la horrorosa noche  
De la ignorancia!

Hoy más que en otros venturosos días  
Te viera el mundo, como enguirnaldada  
De ciencias puras, que la forma hubieron  
De estrellas claras.

Te viera, cuando con el cetro regio,  
Que el orbe culto de las letras manda,  
Hiciste seña de juntar consejo  
De ilustres almas.

---

(1) Uno que se firmó en nuestro diario "Castro Duvepi," dió en él á luz una producción, que después resultó ser agena; por lo que se le encargó al P. Navarrete que compusiese este Himno, dando gracias á Minerva por el descubrimiento de este ladrón literario.—E.

Luego llegaron los varones doctos,  
E instruidos todos en la grave causa  
De Castro ¡oh dioses! de las altas musas  
Ladrón de fama:

Unen sus votos.... la sentecia intinas,  
Abriendo el labio de ardorosa llama:  
¡Castro perece!.... retemblad horrenda,  
Turba plagiaria.

Y ¡oh tú la misma luminosa dea!  
Minerva, antorcha de la nueva Arcadia,  
Benigna acepta nuestro religioso  
Himno de gracias.

---

**AL ILMO. SEÑOR OBISPO**

DEL NUEVO REINO DE LEÓN

**DOCTOR DON PRIMO FELICIANO MARIN,**

Cuando estuvo en su visita en la villa  
de S. Antonio de Tula.

---

*Ecce iste venit saliens in montibus, transiliens  
colles.*

CANT., c. II, v. 8.

**ODA SÁFICO-ADONICA.**

Ven, padre ilustre, príncipe sagrado,  
Por esos montes de la madre sierra,  
Que se levantan con soberbias cumbres  
Hasta los cielos.

Ven y á tu vista saltarán de gozo  
Mis corderillos, que con voz doliente  
Llaman ansiosos al pastor benigno,  
Tan suspirado.

Dijo así Tula: sus collados altos  
Su voz repiten; y el pastor entonces,  
De sus ovejas escuchando el eco,  
Llega volando.

Volando en alas de su amor paterno,  
En nuestros lares entra acompañado  
De la clemencia, y otras mil virtudes,  
Que le hacen corte.

Alzad, montañas, la escarpada frente,  
Ved como sale de entre espesos bosques,  
Cual por nublados el radiante Febo,  
Dando sus luces.

Salud, decidle, Feliciano grande,  
Mil veces grande; y el cayado ilustre  
De nuevos reinos, en tu mano sabia  
Siempre nos rija.

---

# AL NIÑO D. JOSÉ ESPARZA

---

## ODA SAFICO-ADONICA.

¿Qué Dios oculto, niño prodigioso,  
Suave te inspira tan graciosos metros?  
¿Qué Dios benigno cariñoso inflama  
Tu núnmen tierno?

¡Ah! cuando pulsas con airosa mano  
Para mi elogio tu dorado plectro,  
El mismo Apolo, mira como baja  
De su alto asiento.

Cual tropa alada de canoros cisnes,  
Mira ya bajan con glorioso empeño  
Las bellas musas como arrebatadas  
De tu almo fuego.

¡Ah! ya te ciñen con sus blandas manos  
Tus sienes doctas de laurel eterno:  
Ya templan todos de su orquesta dulce  
Los instrumentos.

Yo escucho.... es cierto, cítaras sonantes,  
Que acompañadas de himnos placenteros,  
Salve te dicen, niño el más gracioso  
De nuestros tiempos.

Salve, y las luces de tu sabio padre  
Te alumbren siempre como las de Febo,  
Que se propongan en lumbreras tantas,  
Como en espejos.

Salve.... así cantan, cuando repentino  
Pone á los labios el asombro un dedo  
Y emblema propio, como muda estatua,  
Soy del silencio.

---

AL LICENCIADO

**DON JUAN WENCESLAO BARQUERA**

---

ODA.

Cuando el cantar oía  
En que saluda á la alma primavera,  
El númen de Barquera.  
Trasladóseme acá en la fantasía  
Una visión que sólo  
Pudiera celebrar el grande Apolo.

Ví, que la ninfa hermosa,  
Movida de su estilo soberano,  
Corriendo por el llano,  
A Barquera se acerca, y cariñosa  
Ciñe la docta frente  
Con su misma guirnalda floreciente.

Y que luego lo pone  
Con amor en su falda, respirando  
Un aliento el más blando  
De nardo, de jazmín, y de anemone,



Que le concilia grato  
Deseños felices de tan dulce rato.

Mientras que piacentero  
Con tenues soplos el favonio alado,  
Volando por el prado,  
Refrescaba sus sienas lisonjero:  
Porque así lo ordenaba  
La reina de las flores que allí estaba:

Y que algunos poetas,  
Que también se empeñaban, alabando,  
Y sus saludes dando,  
En canciones suaves y discretas,  
A la diosa del prado,  
Diraban la ocasión con desagrado.

Y al cabo, que mi musa  
En humilde lenguaje me decía:  
Porque yo la pedía  
Que templara mi pobre cornamusa,  
“Acércate á Barquera,”  
Cuando cantes la hermosa primavera.

---

## **TRADUCCION LIBRE**

**DE UNOS DÍSTICOS HECHOS Á LA CONDESA DE SUZE**

**Por M. Fieubet ó por el P. Bouhours, (1)**

---

“Quae dea sublimi vehitur per inaniam curru?

“An Juno? An Pallas? An Venus ipsa venit

“Si genus inspicias, Juno, si scripta Minerva.

“Si spectes occultos, Mater amoris erit.”

¿Qué diosa llena la región vacía

En su carro grandioso? ¿Es Juno acaso?

¿Es Pallas por ventura? ¿ó la alma Vénus:

La misma Vénus que me arroba tanto?

Según su descendencia es la alta Juno;

Y Minerva, según sus libros sabios;

Pero según sus ojos... es, no hay duda,

La madre tierna de Cupido blando.

---

(1) Dictionar. de los Homib. Grand.

---

## SONETO

**Celebrando el templo de los RR. PP. Carmelitas de Celaya**

**Fabricado por el célebre Tresguerras.**

---

Queriendo la romana arquitectura  
Ostentar en Celaya su grandeza,  
Por "Tresguerras" levanta con firmeza  
Un templo de magnífica estructura,

La majestad, la gracia, y la hermosura,  
Unense á un tiempo con igual presteza,  
Pareciendo el total de aquella pieza  
Un milagro del arte y la natura.

Lo ve la fama, y con sus bocas ciento  
Alaba del artista primoroso  
La rica erudición, y el gran talento;

Y el monstruo de la envidia sanguinoso.  
Exhalando pestífero su aliento,  
Huye veloz al tártaro espantoso.

---

## SONETO

EN ELOGIO DEL EXAMEN QUE TUVIERON EN SILAO LOS DISCIPULOS DE D. PEDRO ANTONIO HERNANDEZ, MAESTRO DE PRIMERAS LETRAS EN AQUEL LUGAR.

“Ecce futurus populus.”

Gratas esencias las recientes flores  
Respiran en su alegre lozanía  
Al influjo del sol, que les envía  
La luz de sus benignos resplandores.

Con motivos no menos superiores  
La tierna juventud, que Hernández cría,  
De ciencia y de virtud en este día  
Exhalan mil suavísimos olores.

¡Oh sabio el preceptor, que ha demostrado  
En tantos niños de su docta escuela  
Lo que puede el estudio y el cuidado!

¡Venturoso Silao! corre, vuela,  
Ciñe su frente de laurel sagrado,  
Y en tu futuro pueblo te consuela.

---

## CUARTETAS

### DE UN NIÑO A SU PRECEPTOR

---

Padre maestro, ya que es fuerza  
Festivizar tu cumpleaños,  
Déjame decir primero  
Lo que siento en este caso.

Dios perdone á quien impuso  
Que nuestro feudo pagáramos  
Con verso en estas funciones  
Los pobrecitos muchachos.

Como si fuera lo mismo  
Hacer un verso no malo,  
Que andar la "Casquilarueda,"  
O jugar pipisigaños.

A la verdad, que no pudo  
Causarnos mayor cuidado,  
Porque es decir que montemos  
En los lomos del Pegaso....

¡Ay Jesús! que soy muy chico  
Para subir á caballo;  
Y para mí son mil leguas  
Las que hay de aquí hasta el Parnaso.

A más de que son las musas,  
Según señor Garcilazo,  
Vaya un falso testimonio,  
Que á bien que es día de tu santo,

Unas niñas melindrosas,  
Que no es que les hacen caso  
A los tontos, como yo,  
Sino como tú, á los sabios.

En esta suposición  
Perdona al verso prosáico,  
Y sólo atiende al deseo  
De que vivas muchos años.

---

## SATIRAS

# Contra poetastros maldicientes

---

"Quis servare poterit critico tam tempore famam!

IOAN KREYNG.

¿Quién podrá, si se derrama  
Hoy la más fuerte censura,  
Conservar la llama pura  
De su lustre, honor y fama?

---

## ADVERTENCIAS DEL AUTOR

### I.

No obstante estar reprobado por el buen gusto el uso de equívocos en todo género de poesías, los uso en la sátira por parecerme que, con la moderación debida, son muy al intento, según el carácter burlesco que ésta debe sostener.

### II.

El monigote satirizado, no es alguna persona eclesiástica: es como el sacristán de mi tierra, que aunque le vemos con su roquete es tan cómico como los Santones de Turquía.

---



## VEJAMEN

### descubrimiento de cuatro poetastros

---

Ya que sin máscara os veo,  
Y sin la menor disculpa,  
Pagando vos vuestra culpa,  
Cumpliré yo mi deseo:  
Y aunque poeta no me creo,  
Ni de pintor tengo nada,  
Es fuerza que de pasada,  
Logrando de la ocasión;  
Pero con sucio carbón,  
Os tire una pincelada.

Mojar quiso alucinado  
De Helicon en las espumas  
Un "cagatinta" sus plumas,  
Aunque escribiente "pelado;"  
Pero ya ha visto el letrado.  
Cuando las aguas penetra,  
Que su audacia sólo impetra  
Un humor que mal le pinta,  
Porque un pobre "cagatinta"  
No hace en el Parnaso "letra."

Como tiene en calzar "pies"  
Noticias nada confusas,  
Los pies de las sacras musas  
Mide "monsiur" muy cortés:

Le aconsejo, que después  
De reflexionar un rato,  
Advierta con más recato,  
Que el pie de un verso se mide  
De otro modo del que pide  
La tosca horma de un zapato.

Oyendo decir: Parnaso,  
Un "monlgote" se inquieta,  
Que aunque no canta poeta,  
Pero relincha pegaso:

Bien es le contenga el paso  
El que le cantan sainete:  
Que se desnude el zoquete  
Del hábito clerical,  
Que á todos parece mal  
Un pegaso con bonete.

Un cojo en fin, con empeño,  
Dijo coplas que en-tonadas,  
Pidiendo estaban prestadas  
Las muletas á su dueño:

Malo fué su desempeño;  
Y así en el presente caso,  
Considerando el atraso  
Que le causaron los "pies,"

Infierno sin duda es  
"El que rodó del Parnaso." (1)

Ya con esto se acabó  
De los cuatro el aparato,  
Y la espada garabato  
Sin duda se les volvió:  
Y aunque picado fui yo  
En su platillo mal hecho,  
De estar ya muy satisfecho  
Este retorno es señal,  
Que aunque no les haga mal,  
No les puede hacer provecho.

---

) Glosa del primer verso de la décima con  
coronaron los poetastros su libelo, y á la  
pusieron por mal nombre "Anagrama."—A.

---

## MOTIVO DE LA SIGUIENTE SATIRA

---

Una ensaladilla, que produjo la ociosidad de algunos "pseudo-poetas," como se infiere del contesto de las décimas que anteceden, ocasionó que todos los días salieran al teatro del público diferentes papeles infamatorios. Este vicio llegó á tomar tal incremento, que á instancias de algunos buenos amigos pretendía la exterminación total de esta canalla: con este motivo hice las siguientes Octavas, que al cabo no fueron bastantes á conseguir el fin, porque: "Perversi difficile corriguntur."—A.

---

# AZOTE DE PEGASOS

POR UN PAJE

DE LAS MUSAS Y COCHERO DE APOLO

SATIRA CONTRA POETASTROS MALDICIENTES

DEDICADA AL TRIBUNAL DE AUSTRIA,

---

## I.

¡Dichoso, alegre, memorable día  
Que no verá jamás su triste ocaso!  
Válgame Apolo, ¡y como la poesía  
Florece en las alturas del Parnaso!  
No es este tiempo, no, como solía.  
Cuando hubo nueve musas y un pegaso,  
Pues hoy en horizontes muy amenos,  
Los pegasos son más, las musas menos.

## II.

Mas no todos están, según reflejo,  
Con los lomos dispuestos á la "silla:"  
Algunos hay que quieren "aparejo;"  
Quiénes el "carretón;" cuáles la "trilla."

Podías ¡oh grande Apolo! á mi manejo  
Algunos señalar de la cuadrilla:  
Así de esquivá Dafne eternamente  
Los ramos ciñan tu dorada frente.

III.

Ya ves que para un "Hipio" fuertes lazos  
No tengo, ni sabré llevar las riendas,  
Y que siendo muy débiles mis brazos  
Digno no soy de tales encomiendas:  
Mas ningunos serán los embarazos,  
Y mis arbitrios muchos, con que atiendas  
A que si hacerme un Hércules no excusas,  
Restaurarán su crédito las musas.

IV.

No dudo tu favor, y pues propicio  
La licencia me das, ya tomo el palo,  
Destinando uno ú otro á mi servicio,  
Aquél ó éste, aunque salga bueno ó malo:  
De ecuestre domador el ejercicio  
Desde luego yo propio me señalo;  
Mas si en tal elección dicen que yerro,  
Que se borren á coces éste fierro.

V.

Por allá entre el tropel de la manada,  
Con cencerro al pescuezo, el guión se encubre:  
Fuerza será que le eche una lazada  
Sin tumbar el gregalesco que le cubre:

Venga acá el rocinante, á quien de nada  
Sirven los bríos de poeta que descubre;  
Pues relinchando siempre detracciones,  
Sólo en la "paja" dá sus mordiscones.

VI.

¿No eres tú de la turba maldiciente,  
Capitán coceador, cuadrupedante?  
¿No eres el mordedor más insolente,  
Y del ajeno honor can vigilante?  
¿Cómo, siendo caballo, allá en tu oriente  
Te me volviste perro en un instante?  
Metamórfosis tal, que si la expungo  
De caballo y de perro haré un díptongo.

VII.

Entintado, mordaz, antagonista,  
Yo cortaré tu pluma volantona  
Que sin pasar de sucia borronista,  
Alborota las aguas de Helicon.  
¿No sé cómo hay paciencia que resista  
En Apolo una pluma revoltosa?  
¿Y que no hay rigor que le despache  
Con que allí no hay zurrapas de huisache!

VIII

Mas si del mismo Apolo la caricia  
Me manda hacer lo que mejor me guste,  
Desde ahora, condenando la malicia  
Del entusiasta Idiota, le echo un "fuste!"

Y pues quiere el rigor de la justicia  
Castigar de su boca tanto embuste,  
Sin que haya apelación, será muy bueno  
Que en lo que voy diciendo masque un "frem."

IX.

Entre tanto, oh pegaso revoltoso,  
Humilla la soberbia de tus alas,  
¿Por qué de Helicón subes furioso  
Las cumbres, y en su corro te acorralas?  
El mundo ya te chifla, que aunque brioso  
Rodando de la cima te resbalas,  
Sin haberle servido á tus alones  
Tanta copia de "plumas" y "cañones."

X.

Tú eres el que discurre entorpecido  
Con razón, á tu ver, muy poderosa,  
Torciendo á cualquier cosa su sentido,  
Nos descubres una alma prodigiosa:  
De lo irónico, tú sólo has sabido  
Realidades sacar: ¡oh qué gran cosa!  
¿Y así dirán que Aqueo no sabe nada,  
Convirtiendo la olla en una almohada?

XI.

Tú eres el que en las aulas difamadas  
De lugares sacaste los más bellos:  
Consecuencias del todo no esperadas,  
Como suelen decir, de los cabellos.



Con razón de tu lógica estampadas  
Se registran las luces en aquellos  
Rasgos de tu "cañón" execratorio,  
Que hoy vuelan en un parto infamatorio.

XII. .

Eres hábil, no hay duda: y pues que lo eres,  
Todos los que lo sepan que te alaben.  
Que serán á mi ver, muchas mujeres,  
Porque hombres, pocos son los que lo saben:  
Mas, encontrados van los pareceres.  
Pues dicen, que las letras que en tí caben  
Son tan malas que, al fin si las penetras,  
Garabatos verás más bien que letras.

XIII.

Eres.... pero ¿qué no eres? baste, baste:  
Porque si un cuerno tñ te definiste,  
En aquella maruca que jugaste,  
Fuerza será que seas cualquiera chiste:  
A tus contrarios piedras endonaste,  
Y por blanco á sus tiros te pusiste....  
¿Vaya, á que todo el cuerno se machuca:  
Si seguimos jugando á la maruca?

XIV.

De los lomos me apeo de este salvaje,  
Y en los de otro me subo al primer tiro:  
Voto alante, que sólo por el traje

Un caballo te juzgo, si te miro;  
Pero si más observo tu pelaje  
Cuando cerca te veo, yegua te admiro;  
Con lo que ambiguo el género te tacho,  
Pues ni bien eres hembra, ni bien macho.

XV.

No sé por qué motivo, ni sé en qué arte,  
Convenga ó no convenga, este Androgino  
Se mete de "clarín" en cualquier parte,  
Echando "cartabones" con gran tino;  
Colóquese entre Vénus y entre Marte  
El que confusamente yo defino:  
Quizá porque lo observo de dos ases,  
Las "medillas" trocando por compases.

XVI.

No es mucho que no encuentre su contrario  
El "Asno," si como él nada se vicia:  
Al prójimo ya muerde estrafalario,  
Ya en la fama se ceba su malicia:  
Debiera conocerse el perdonario,  
Para no derramar tanta inmundicia,  
Y saber, cuando al asno no lo aduno,  
Que en cuanto asno es mayor que otro ninguno.

XVII.

Baja ya, Menalpe, las orejas,  
Caponera que fuiste en algún día.

Tusadas de tus crines las madejas,  
No suenes más tu tosca chirimía;  
Mas tu orquesta entre roncás comadreas  
Que no deje de armar su algarabía,  
Pues casada con Colo, estás tan lucha,  
Que tu estilo en soplar es cosa mucha.

XVIII.

Si en el músico estruendo, ya tu pito  
Mientras más acalora menos medra;  
Dime ¿por qué no matas tu apetito  
Desordenado á hablar, contra una piedra?  
Endonarte un "atarre" solícito,  
Que si bien te fatiga, de Saavedra  
No te olvides, sedienta Menalipe,  
Procurando tragante la aganipe.

XIX.

A esta yegua la jáquima le pongo  
Con perendengues mil, que ya en el caso  
De un "Alce" que á su fierro me dispongo,  
Observo el natural contrario paso:  
Desde luego alcanzarlo me propongo;  
Ya corro detrás de él; ya le echo el lazo:  
Mas aquí se me vino á la memoria  
Una si no lo es, parece historia.

XX.

San Pedro, cuando allá se ve en la entrada  
De no sé qué lugar, se apea violento,

Y quitándose el manto, queda honrada  
La espalda de su rústico jumento:  
Esta acción, á mí ver, interpretada,  
Lo que quiere decir, pase por cuento,  
Que el santo predecía, que de su capa  
Estúpido algún "Alce" haría gualdrapa.

### XXI.

Cerremos el paréntesis, que puede,  
Si pretendo aplicar el cuatrecillo  
Al "Alce" de que trato, no le quede  
Ni el contingente honor del barriquillo:  
El suceso parece de adrede  
Se inventó para cierto juguetillo,  
Y sea tiro, empujón, ó ya cabriola,  
Hizo de "Alce" y de burro carambola.

### XXII.

En efecto, fué así; mas ya no quiero,  
Aunque es calcilador bien conocido,  
Ni de marca darle el noble fierro,  
Ni de burro ni de "Alce" el apellido:  
Solo sí le suplico, que del clero  
Ya no vuelva á romper otro vestido,  
Que no lo insulte más, siga en su trato,  
Pues solo es aprendiz de "monigote".

### XXIII.

En la nube de polvo que levanta  
El motín descompuesto, un juitón busca  
La defensa del lazo que le espanta,

Y del fierro el calor que le chamusca:  
Mi astucia lo conoce, se adelanta,  
Y como el "Neso" vil no se le ofusca,  
Aunque mañoso más y más cocea,  
Sin trabajo lo coge, y lo manea.

XXIV.

Este es el que la gran filosofía  
Tardípedo siguió cuya flojera  
Haciéndole la carga, cada día  
Del principio lo causa en la carrera:  
Con el peso el bucéfalo se espía,  
Y sin llegar al fin, se sale fuera,  
Arguyéndo que es grande desatino,  
Que los "cojos" se pongan en camino.

XXV.

Este es el más apuesto caballero,  
Que á tratar con las damas se ha entregado,  
Mas se entienden las "damas" del tablero;  
Que de las otras es muy despreciado:  
Lances equivocando el majadero,  
Muchas veces se sueña "coronado,"  
Y sin pasar de "peón," jugando terco,  
No ha parado el caballo hasta ser "puerco."

XXVI.

Este es en fin, oh Apolo, aquel deforme  
Desquebrajado, simple y tontonazo,

No obstante que Burlégano biforme  
Lo acredita su error á cada paso.  
Este es aquel poetista, aquel enorme  
Infamador de la honra del Parnaso:  
Y supuesto que tanto es un borrico,  
Poule esto por "bozal" en el hocico.

XXVII.

A manadas se ven los Hipocampos  
Ensuciando las fuentes cristalinas;  
Los Orcomienses llenan ya los campos,  
Alzando polvorientas chamusquillas;  
Necesarios serían muchos Melampos  
Para nombrar las razas caballinas,  
Que queriendo pacer en el Parnaso,  
No se les puede ya atajar el paso.

XXVIII.

Yo presumo que Hipone amodorrada  
En los brazos descansa de Morfeo;  
Y por este motivo desbocada  
La turba, del Parnaso hace un Liceo.  
;Pero que Tajarrípe, tal manada,  
Airado, no sumerja en el Loteo!  
;Ni les salga al encuentro un Hipoceno.  
Que á las musas defienda de su encono!

XXIX.

¡Qué es esto, Apolo! ¿tu deldad no extraña  
Los insultos, los males, los arrojox,

Cuando el coro infeliz en tu montaña  
Fué ultrajado delante de tus ojos?  
De agrupado tropel ¡maldad tamaña!  
Ya las hermanas nueve son despojos,  
¿Cómo miras ¡oh Apolo! tal fiereza,  
Sin romperles la lira en la cabeza?

XXX.

Desbocados, mordaces, insolentes,  
De las vestales vírgenes devoran  
Los cándidos armiños que dolientes,  
Del divino doncel venganza imploran.  
Los santos himeneos son á sus dientes  
Miserables destrozos: todos lloran  
A los sangrientos filos de sus lenguas,  
Del merecido honor las tristes menguas.

XXXI.

Pero no sólo allá se precipitan:  
Ultrajando cruelmente los contemplo  
Altars, ¿qué terror y pasmo excitan!  
Y que son el pavor del sacro templo.  
No sé cómo los cielos no se irritan  
Contra este de los gállicos ejemplo,  
Y enojados los dioses soberanos,  
Truncan sus lenguas y sus viles manos.

XXXII.

¡Oh tú, que del Olimpo en la alta cumbre  
Pones tu pedestal iluminado!

Acuérdate de aquella pesadumbre  
Con que Albión de peñascos fué abrumado.  
Abrase de estos zánganos tu lumbré  
Los libelos que se han desparramado:  
Y descárgales, Jove soberano,  
Los poderosos rayos de tu mano.

XXXIII.

¡Posible es que á Querétaro suceda  
El estrago de Abdera en estos días!  
¡Y que después, llorarse de ella pueda  
El fin de sus dichosas alegrías!  
Mira, Apolo, que triste ya se queda,  
Sólo con las poltronas compañías,  
Como Abdera, si tú no te antepones,  
Apestado de ranas y ratones.

XXXIV.

Haga aquí que tu poder y grande celo  
Lo que en los campos Aticos hacía,  
Destruyendo la plaga de aquel suelo,  
Que en tortugas horrores difundía,  
Si tu favor no niega este consuelo,  
Sin duda ganarás en cualquier día,  
Cuando ya tu castigo los asombre,  
La justa gratitud de mejor nombre.

XXXV.

Y vosotros, oh jueces de la tierra,  
Que miráis de estos grajos los insultos,



Contra ellos emprended sangrienta guerra,  
Sin usar de benéficos indultos:  
Castigad la malicia, que se encierra  
En estos tan satíricos tumultos:  
Descargad vuestro brazo, que ya tarda,  
Contra esta de poetillas zalagarda.

XXXVI.

Entonces, no frustrándose mi empeño  
En domar estas bestias formidables,  
De las musas veré el rostro halagüeño,  
Escuchando sus cítaras afables:  
Entonces ha de ser mi desempeño  
Las gracias repetir interminables,  
Y entonces cantaré sin ironía,  
“¡Dichoso, alegre, memorable día!”

## Retrato del Dómine Suas EN TRES PINCELADAS

---

La primera demuestra su estructura corporal,  
La segunda su extravagante adorno,  
Y la tercera sus ridículas geniales inclinaciones.

### I CARTA.

Pues me pides la pintura  
Del "Suas" que grita la fama,  
Ahá va, querido Lelio,  
Con sus pelos y sus laus.

### PINCELADA PRIMERA.

Es este salvaje, atiendo,  
Más "largo" que su esperanza;  
Más "flaco" que sus razones,  
Y más "seco" que sus parlas.

Sobre "pies" de arte mayor  
Su estructura se levanta,

A quien de puntales sirven  
Como de Ajaró dos zancas.

Quiébrasele la "cintura"  
Con su qué sé yo de dama,  
La "barriga" se le alcoba,  
Y anda en pos de las "espaldas."

Los "pulmones" se le empinan,  
Los "brazos" se le desarman,  
Y con retóricos gestos  
Sus débiles "manos" causa.

De sus "hombros" hay camino  
A una greñuda montaña;  
Viaje en que se necesita  
Echar no pocas jornadas.

Tal es su eterno "pescuezo,"  
En donde suben y bajan,  
No piojos, sino las que  
Llaman perlas de la fábrica.

Es una extraña figura  
Desde la "frente" á la "barba:"  
Por cada extremo la "boca"  
Necesita mil puntadas.

Las "narices" tiene en cinta,  
En deliquio las "quijadas,"  
En suspensión las "orejas"  
Los "ojos" en atalaya.

Semi-círculo su "cuerpo"  
Con la gran "tesa" remata,  
Si piedra por la dureza,  
Por lo insulso entallaza.

¿Quién al ver partes tan bellas,  
Una copia no trastada  
Allá en su imaginativa  
De un todo de linda traza?

#### PINCELADA SEGUNDA.

Mas pongámonle el vestido  
Al señor don Papa-natus,  
Que no un "compositum simplex"  
Se halla sólo en la gramática.

En dos brötes de vaqueta  
De modo que sus pies afianza,  
Que no cubriendo los dedos  
Se aseoran á sus ventanas.

Dos "hebillas" por correa  
La estrecha mansión resguardan,  
Que aunque iguales no parecen,  
El quiere que sean casadas.

Síguense luego en las piernas  
Unas "medias"-teñirañas,  
Con más entrecas que dicen  
Dá su año en una campaña.

Los "calzones," descendientes  
De una carpeta, señalan  
Que su dueño es penitente,  
O que de rodillas anda.

Atanlos las "carreteras,"  
De tan distinta prosapia,  
Que nadie las juzga primas,  
Por más que él las nombra hermanas.

Yo no podré encarecerte  
Del "ante-pecho" la gala,  
Solo el que un desabillé  
Transformó en una "solapa."

De su cuello un trapo pende  
Más puero que sus palabras,  
Y del tiempo más mordido,  
Que de su nombre "mascada."

La "chupa" que es un compendio  
De toda especie de hilachas,  
Más que una mesa de truco  
Troneras lo antiguo saca.

Embútese la cabeza  
En una "montera" parda,  
Torre por mil claraboyas,  
Castillo por piezas tantas.

Sobre ésta sigue el "sombrero,"  
Que si lo vieras, pensaras

Que había bufandos de poto,  
O chicharrones de huan.

Por último un "marché,"  
O verdi negra "trazada."  
Baja, es cierto, de los hombres,  
Pero en las curvas se enroscó.

Nadie el arte descubrió  
De componer esta capa,  
Que descubre más balcones  
Que la más moderna casa.

La "cunisa" celucós mientes,  
Y en verdad que ésta es la falla;  
Pero cuando Dios la dió,  
Yo te prometo plegaría.

Esta es la gala del cuerpo  
Según y cómo, pómida;  
Resta sólo que te plite  
Todo el adorno de su alma.

#### PENÚLTIMA TERCERA.

Esta, cuyas huesos fueron  
Por naturaleza escasas,  
No es más que lo que te diga  
La información que yo te haré.

Toma el niño con empacho  
La tablita abecedaria,

Y sin saber el "modorro,"  
A mayor escuela pasa.

Con el arte de Nebrija  
Tan sin provecho se abraza.  
Que si llega á los "menores,"  
A los "medianos" no alcanza.

Tras de la filosofía  
Tira un salto hasta las anías,  
Y aquella alma, aunque más cursa,  
No puede salir de "bábara."

Esta es la suma que encierra  
Su carrera literaria;  
Mas mira un maestro de todo,  
A quien fué aprendiz de nada.

De Lego quiere salir  
Sin haber abierto á "Lárraga:"  
Por éste y otros motivos  
Se mamó unas "calabazas."

Pide frías, aunque esta fruta  
Por no ser caliente empanza:  
Y aunque se chupa los dedos,  
No le ha sabido la papa.

Enflutado de esta suerte,  
Y perdida la esperanza,  
Halla alivio á sus congojas  
**En el tintero en las zurrapas**

No obstante, su voto expone  
De modo que ya se pasa  
A erudito á la viola:  
El licenciado "petacús."

No hay autor que no se queje  
De sus continuas pedradas:  
A ésta quita: al otro pone:  
Y á todos los descalabra.

Pero cuando más se yela,  
Es cuando á las musas trata,  
Como si fuera de Vénus  
La de Júpiter prosapia.

A diestro, pues, y á siniestro,  
Y como le de la gana,  
A pesar del mismo Apolo  
Violenta á las nueve hermanas.

Ya, amigo, no me hace fuerza  
Que este poeta musacéfi  
Trove en tantas ocasiones:  
"El novio y la desposada."

Si tú en las nupciales fiestas  
Lo vieras con su guitarra  
Cantando el "sol cupitivo,"  
El Socio lo juzgaras.

Si no es ya que al ver el hueso  
Que le tiraban por gáña,



"El perro de todas bodas"  
Con propiedad lo llamaras.

La "cátedra" del cortejo  
Desde luego allí levanta;  
Y cata que Don Tortugó  
Se vuelve Adonis de marca.

Viendo lo mal que le pintan  
Las fufulas catedráticas  
Procura hacerse con chiste  
El bufón entre las damas.

¿No has visto á tío Ballesteros,  
Cuando eufona con mil gracias:  
"Y toma la hueva, Elena,  
Envuelta en mocos y babas?"

No de otra suerte su distríón  
Con igual estilo agrada,  
Porque hay cosas que divierten  
Como buenas, siendo malas.

En todas estas funciones  
La poesía siempre resalta,  
De la cual algunos trozos  
Te escribiré en otra carta.

Todo es bulla de doblones  
Sin hacer caudal de plata,  
Como ruido de orapeles  
El matachín sin sonaja.

En asuntos que este poeta  
El amor natural gasta,  
No piense que pide lenguas;  
A un tiempo carga y dispara.

La risa me hace cosquillas,  
Cuando contemplo esta manía  
Dando mil entorabuerras  
Que se van entorbuando.

Ya en elogios de algún moresco,  
O de otro alguno alabanzas;  
Ya en sonetos de pies libres,  
O ya en décimas prosáicas.

Paréceme que lo escuché  
Cuando él mismo se declara  
De don Antonio Centza,  
Poeta digno de su fama.

¿Quién á sus eros sonores  
No saca la careñada,  
Cuando entre dientes resaca  
Un verso en medida de ginebra?

Vaya, que si tú lo vieras,  
Sus primores festejaras,  
Si no entonándole "vivas,"  
Sacudiéndole "palumbas."

Pero nada de esto es cosa;  
En la sátira, en la sátira

Si que la mano se escupe  
Este poeta farafalla.

"Luchito" no le compete,  
"Toes!" se va enhorabueta,  
"Juvenal" ni vale ni pito,  
Y "Owen" lo mismo que nada.

A todos tira al escudo,  
Si bien á ninguno alcanza,  
Porque, á la verdad, no son  
Las mismas piedras que sáfitas

De consiguiente, sus tiros  
Son de pedrero sin bula,  
Cuyo estrago finaliza,  
A donde el trueno se acaba:

Aunque á pesar de su gusto,  
Y su intención depravada,  
Pues dispara por destruir  
Las trincheras de la fama.

Desde luego la malleta  
Es la que el pecho inflama,  
Y atizada de la envía  
Revienta matanzas su alma.

Si mejor informe quieres  
Sobre sus negras infancias,  
Registra tantos huesos  
Que su nombre desparraman:

Y supliendo otras mil cosas  
Al retrato, que le fallan,  
Verás del "Sans" que desasta:  
"Cuerpo, vestidura y alma."

A Dios, amigo, á quien ruego  
Que te libre del mal que anda.  
Esta es, del "Sans," advertido  
De que de él pocos se escapan.

---

## DECIMAS

---

### DECIMA

#### A FLORA

Tu trato, Flora, te apoca;  
Pues de anuar de seca en meca.  
Ya tu estatura está seca,  
Y tu alma como de loca.

Ponte de vergilenza toca:  
No sean, Flora, tan bellaca,  
Que del vulgo la matraca  
Todo el honor te trabuca.  
Diciendo, que por tan cuca  
Todos te ven como "caca."


---

### DECIMA

#### CIERTA SENORITA DE NOMBRE ROSA, POR LO QUE SE VERA

Volver quiere á su esplendor  
Cierta Rosa, cuando laba  
La que otro tiempo fué aljaba  
De las flechas del amor.

Bien pudiera tal error  
Corregir, y con cordura



Apacitar la compostura,  
Porque es imposible cosa,  
Que ajada una vez la Rosa  
Vuelva á su antigua hermosura.

## DECIMA

### A UN RETRATO

Si me parece tan mal,  
Aunque fiel, retrato horrendo,  
Ya conocer no pretendo  
Tu monstruoso original:  
Y si el destino fatal  
Me mostrase tal vision,  
Quiero huir de la ocasión,  
Porque mi amor no se queje,  
Pidiendo á Dios no me deje  
Caer en la tentación.

## SONETO

---

### A UN POETASTRO

Uno tras de otro huevo calentaba  
Cierta gallina chueca noche y día,  
Esperando sacar muy buena cría;  
Pero el huevo á la postre se enhuera.

Cacareando una amiga la exhortaba,  
Que abandonara el huevo convenía,  
Que el calor natural se le extinguía,  
Y lleve el cable el pollo que sacaba.

Aplica el cuento, "Momo;" y advertido,  
No calientes conceptos engañado  
De tener buenos partos en tu nido;

Porque aunque más y más hayas cloqueado,  
El calor de la musa se ha extinguido,  
Y lleve el diablo el verso que has sacado.

---

## SONETO

---

### EN FAVOR DE LA INOCULACION

¡Triste inoculación! ¿quién te dijera,  
Parto feliz de ingenio sobrehumano,  
Que habías de ser del suelo americano  
La fábula, el ludibrio, la friolera!

Vuélvete allá donde la vez primera  
Te juzgaron remedio soberano,  
Franqueando tu favor al Africano,  
Y enriqueciendo á tu nación entera.

Mas entre tanto sales perseguida  
De la barbarie, que probar pretende  
Tus aciertos de mágica homicida.

La mano te dará, que de esto pende  
En el presente mal mi pobre vida,  
Y el honor que te usurpa el que no entiende.

---



## ÉPIGRAMAS

---

### I

#### DEL AMOR

Que es prisión y enfermedad,  
Dicen del amor: yo digo,  
Que no quiero, Fabio amigo,  
Ni salud, ni libertad.

### II

#### PELIGRO DEL AMOR PASADO

#### DE PRONTO

Si amaste á Sallclo, entiende,  
Fflis, que el riesgo no pasa;  
Pues carbón que ha sido brasa,  
Con facilidad se enciende.

### III

#### AL VOLUNTARIO CAUTIVIERO DEL AMOR

Aunque por mi voluntad  
Mi libertad cautivé,

Entretenimientos Poéticos.—28

Siempre llorando diré:  
¡Ay amada libertad!

IV

A UN NINO

Madre es la Filosofía  
De mayores facultades,  
Pues, "incipit parve puer  
Risus cognoscere matrem." (1)

V

EN CELEBRIDAD DE UNOS DIAS  
DE PRONTO

Que dejen de pareceres  
Las musas, que yo á Dios pido  
Vivas con gusto crecido  
Los años que tú quisieres.

VI

AL MISMO ASUNTO  
DE PRONTO

Si alegres nos quiere amor  
En este glorioso día,

---

(1) Este verso latino es de "Virg." en la  
Egl: 4. E.

Bebamos dulce licor,  
Porque el profeta decía:  
"Vinum laetificet cor." (2)

VII

A LOS OJOS DE CRISEA

Cuando Cupido te vea,  
A pesar de sus enojos  
Le dirás, dulce Crisea,  
Que luego apague su tea  
Y se valga de tus ojos.

EL MISMO EN UN VERSO BOLERO

Luego que vió Cupido  
Tus bellos ojos,  
Arrojó contra el suelo  
Sus flechas de oro:  
Y dijo riendo:  
—Desde hoy serán mis armas  
Tus ojos bellos.

VIII

A UN CENSOR

Haec mala sun; sed tu  
meliora non facis.

Martialis.

Que mis versos son rezados  
Dices, "Momo," ya lo sé:

---

(2) Psalm. CIII, v. 15.

Y por esta causa, ¿qué.  
Ya los tuyos son cantados?  
Motivos son excusados  
De tu lengua estos rumores.  
Porque, aunque más te acalores  
En conceptillos diversos,  
Malos se quedan mis versos.  
Sin que los tuyos mejores.

---

# FABULAS

---

## FABULA I

### MIS CENSORES

En las obscuras noches.  
Los ladrones perros  
Turbáronme el reposo  
De mi apacible lecho.

Con esto á los principios  
Causáronme desvelos.  
Hasta que con el curso  
Me impuse de los tiempos.

La costumbre de oírlos  
Llegaba á tal extremo.

Que ya no me dormía  
Si no ladraban ellos.

Lo mismo ha de pasarme  
Con censores molestos:  
Si ellos me desvelaren;  
Ellos me darán sueño.

## FABULA II

### EL MOSQUITO

Un mosquito impertinente  
Picar á un zorro quería;  
Pero éste se defendía,  
Y lo burlaba altamente.  
Sin usar voz diferente  
Se disfraza en el vestido:  
El zorro lo ha conocido,  
Y le dice con ultraje:  
"¿Qué importa mudas de traje  
Si no mudas de zumbido?"

## FABULA III

### EL ESTANQUE, EL ARROYO Y CERES

Cerca de un estanque,  
Cenagal horrendo  
De sapos y ranas,  
Pútrido elemento,

Cuyas turbias aguas  
Por ningún venero  
Salen á dar vida  
A los campos muertos:

Alegre un arroyo  
Pasaba corriendo,  
Por dar al sembrado  
Saludable riego.

Cuando en voz ingrata  
De hediondos bostezos  
Le dice el estanque:  
Ea, seor compañero,

Suspenda su curso,  
Que es sobrado necio  
Quien con otro gasta  
Lo que le dió el cicio

Céres que escuchaba  
El fatal consejo,  
"Júpiter permita,"  
Exclamó diciendo:

"Permita que te hagan  
"De avaros ejemplo,  
"Que con nadie gastan  
"Su inútil dinero,"

FABULA IV

LA ARANA, EL MOSCO Y LA CRIADA

En un rincón obscuro  
La maliciosa araña  
De sus entrañas anismas  
Urdiendo está mil trampas.

Después de la tarea  
Se retira á su estancia,  
Cual entre pabellones  
Alguna doña Urraca.

Si no es que ya parezca  
Cual entre tocas beata,  
O ermitaño en su cueva,  
O en su garita el guarda.

Desde la claraboya,  
O tronera, ó ventana,  
O puerta, ú orificio  
De aquella telaraña,

Atisba los mosquitos  
Que llegan á su casa,  
Y allá, quién sabe cómo,  
El jugo es que les saca.

Una ocasión, la historia  
Dizque pasó en Tarántulas,

Susurrante un mosquito  
Llegó á pedir posada:

Como dama de corte,  
Entre mil caravanas  
Recibió al señor mío  
La hermosa doña zancas.

No bien el suelo toca,  
La inadvertida planta  
Del inocente mosco,  
Cuando... aquí son las ansias

Al zumbido se acerca  
Un moza, y levanta  
La escoba... mas se tiene  
Diciendo estas palabras:

Fuerza es que te perdone,  
Pues, ¿qué hacen las arañas?  
¿Trampas? El mundo todo  
Incurre en esta falta.

Cuando un mismo delito  
A todos nos alcanza,  
Se queda sin castigo: (1)  
Así quedó la araña.

---

(1) Multitud peccantium, peccandi licentiam  
subministrat.



FABULA V

LAS DOS PAJARAS

En una jaula estaban  
Dos pajaritas tiernas,  
Con achaque el más dulce  
De la naturaleza,

La falta de consortes  
Oportunas lamentan:  
Entre tanto Cupido  
Sobre la jaula vela

Travieso este muchacho  
Ya se asoma á las rejas,  
Y de oro ya les tira  
Sus inflamadas flechas.

Hubieron de casarse  
Las dos pájaras bellas;  
Mas corrido Himeneo  
No es que asistió á la fiesta.

Cierto naturalista,  
Admirado de verlas  
Cuando en un propio nido  
Las dos juntas se acuestan.

Les pregunta: avecillas,  
Decid, por vida vuestra,  
“¿Quién puede hacer de macho  
“Cuando las dos sois hembras?”

FABULA VI.

LOS VIEJOS CASADOS.

Una vieja de ochenta,  
Y un viejo de cien años,  
Para aumentar el mundo  
Sus bodas concertaron.

Como dos armazones  
De fragmentos humanos  
Se presentaron aquellos  
Novios apolillados

A las nupciales fiestas,  
Como era de contado,  
Vino el Dios Himeneo  
Con su cirlo en la mano.

Vino la madre Vénus,  
Sus tohallas preparando,  
Y su hijo también vino  
Y sus arpones trajo.

Cercáronse del lecho,  
Cuando ya se acostaron  
Aquellos esqueletos  
En forma de casados.

Y al verlos tan endeble,  
Tan viejos, tan cascados,

Unos á otros se miran  
Los dioses soberanos.

Apartáronse al punto  
Himeneo cabizbajo;  
Avergonzada Venus;  
Y Cupido llorando.

El caso es fabuloso;  
Mas si en verdad hablamos,  
¿Cuántos viejos y viejas  
Habremos retratado?

#### FABULA VII.

##### EL DENGUE.

Allá en tiempo en que los dengues  
Eran la grandeza y pompa  
Y se alababan de lindos  
Entre muchas damas bobas:

Era ley que á los fandangos  
Fuesen con sus dengues todas  
Las que habían de hacer papel,  
Porque era traje de moda.

Entonces una muchacha  
Muerta por andar en bola,  
Vístese en dengue rotado,  
Y cátañela persona.

Vase á una fiesta, y asiento  
Yo presumo que ella toma:  
Y desde luego se mete  
Por lucir, á bailadora.

Levántase la algazara;  
Pero ella gritaba: ¡ola!  
Malo está mi dengue; pero  
¿Quién me quita estar de moda?

Currutacas, las que sois  
De truco alto, y carambola,  
Y hacéis á cortejos viejos,  
Por no tener otra cosa:

Cuando suene su matraca  
El vulgo de nueva forma,  
Responded lo que allá dijo  
La muchacha de la historia.

---

ALMODOVAR ANIVIO A I

1912 1913 1914

POESIAS  
**SAGRADAS Y MORALES**

---

# LA DIVINA PROVIDENCIA

POEMA EUCARISTICO

## DIVIDIDO EN TRES CANTOS.

---

### INTRODUCCION.

Lejos, lejos de mí, versos profanos,  
Y con sagrada lira  
Cantemos al Señor que nos inspira  
Asuntos soberanos:  
Lejos de mí los versos que son vanos.

Como aquel que despierta alborozado  
Después de haber soñado  
Mil quimeras preciosas,  
Pero que como sombra su alegría  
Desparece, mirando que estas cosas  
Fueron engaños de su fantasía:  
Así pienso el que estoy: un gran vaele  
Hallo en el pecho mío,  
Después de que canté tantos amores  
De inocentes zagalas y pastores.

Más ya que la verdad con presto vuelo  
De la mansión lumbrosa  
Baja, y disipa como luz del cielo  
La apariencia engañosa

Que tuvieron por fútiles mis versos,  
Otros caminos seguiré diversos.  
Y elevaré mis tonos entre tanto  
Que alabo la Divina Providencia  
Del númen sacrosanto.

¡Oh si pudiese hacer una pintura  
De su amor y clemencia!  
Entonces la poesía  
Empleara como debe su hermosura,  
Y dando en estos cantos  
Gracias debidas por favores tantos,  
Sus sienes ceñiría  
Con un laurel eterno  
Que no lo marchitará el cruel invierno.

¡Oh, abrázame mi Dios! dame tu aliento,  
Que no tiene la pobre musa mía  
Para tanto argumento,  
Ni discurso, ni gracia, ni ornamento.  
¡Oh si todo lo hubiese de tu mano!  
Dame, Señor, tu aliento soberano,  
Y mi agradecimiento, y mis amores,  
Saliendo del letargo más profundo,  
Cantarán tus favores,  
Y extenderán tu nombre en todo el mundo.

#### CANTO PRIMERO.

Quando con alas de inmortal deseo  
Vuela hacia todos lados,

Sabo y bajo los cielos elevados,  
Y tantos seres veo  
En su orden respectivo colocados:  
Como la luz me guía  
Del alma religión, nunca pudiera  
Preguntarles dudosa el alma mía,  
¿Cuál es el númen misericordioso  
Que desde su alta esfera  
Cuida de tantos seres amorosos?

Alza, mortal, los ojos, ve y admira  
Los cuidados de Dios siempre velando  
Sobre toda la gran naturaleza:  
Mira los bienes, los regalos mira  
Que está siempre mandando  
La fuente personal de sus ternezas:  
Todo anuncia cariños y finezas  
Del padre universal, del Dios de amores.  
Que al mirar nuestra débil existencia  
Nos colma de favores:  
Todo anuncia su amable providencia.

Ríe el alba en los cielos, avisando  
Que viene el claro día,  
Y luego asoma el sol resplandeciente,  
A cuyo fuego blando  
Restaura su alegría  
Y su vital calor todo viviente.  
Sólo Dios pudo ser tan providente:  
Su infatigable empeño  
Aun en lo más pequeño  
Se muestra cuidadoso:



Porque ¿quién si no el Todopoderoso  
Dice á las aves, al dejar sus nidos,  
Que vuelen en bandadas  
A los anchos y fértiles egidos,  
Para volver cargadas  
A socorrer sus míseros hijuelos,  
Que al padre de los cielos  
En flébiles piadadas  
Le piden el sustento?  
Sólo Dios pudo hacer este portento.

Pero aun á más se extiende su cuidado,  
Viendo por lo que está más retirado:  
Porque ¿quién si no El mismo pule y viste  
En el valle más hondo y apartado,  
De tan bello color, al lirio triste?  
Sólo Dios, el Señor de cuanto existe:  
Y su mano ahora  
Hace que salga por el alto cielo  
La rutilante aurora,  
Para alegrar la habitación del suelo;  
Después hará á la noche que descienda  
Sobre nuestra morada  
Y del sueño tranquilo acompañada,  
Hará benigno que sus alas tienda.

Entonces, cuando el cielo  
Parece recogerse, y que ha bajado  
La tierra, y que se cubre con el velo  
Que la noche de estrellas ha corrido . . .  
Pero el Señor no duerme . . cuando el mundo  
De lóbregas tinieblas rodeado,

Descansa en un silencio tan profundo  
Cual si lo hubiese Dios dado al olvido,  
Quién si no Dios entonces, al rugido  
Del formidable león que en la espesura  
Estremece los montes levantados,  
¿Quién si no Dios sus manos extendiera  
Para saciar el hambre de una fiera  
Que sale entonces de su cueva oscura?

Tales son del Eterno los cuidados;  
Al fin es su criatura,  
Ella, cual todas, su favor espera,  
Pues sólo Dios pudiera  
Mantener providente cuantas cosas  
Salieron de sus manos poderosas.

Sí, Señor, sólo Tú: desde el brillante  
Alcázar de diamante  
Que elevaste en el alto firmamento,  
Sobre todos los seres vigilante,  
Y poniendo en seguro movimiento  
Los orbes celestiales,  
Sí, Señor, desde allá, según el modo  
Que apenas se trasluce á los mortales,  
Todo lo miras, y lo arreglas todo.  
¡Todo... sí, pues no fuera consiguiente  
Que siendo tú el autor de lo criado,  
Otro fuera encargado  
De ser en cosa alguna providente.  
Todo lo riges acertadamente;  
Sin que lleve Eolo  
El carro de los vientos, ni Neptuno

El cénitico tridente;  
Porque tu cetro solo,  
Tu cetro de esplendor, y no otro alguno,  
Sobre el vasto universo representa  
El gobierno del Dios que lo sustenta.

Mas, ¿qué genio divino,  
Como á recios impulsos me ha obligado  
A subir sobre el cielo cristiano?  
Deja, mi musa, deja el estrellado  
Lugar, y en manso vuelo  
Baja, y me muestra en el humilde suelo  
Las grandes profusiones  
De Dios en las anuales estaciones:  
Baja, y canta al Señor que va gualando  
Al año por las tierras circulando.

---

## CANTO SEGUNDO

Al modo que los hábiles pintores  
En ingeniosos cuadros aplicando  
Oportunos colores  
Nos van representando  
Los aspectos que el año va mudando:  
Y como en cuatro imágenes procura,  
De admirable y feliz correspondencia  
Con la madre natura,  
Instruirnos la pintura,  
Hasta hacerme tocar con evidencia

Los favores de la alta Providencia:  
Así también ufano yo quería  
Que en sus versos lo hiciera  
La alegre musa mía.  
¡Oh tú, sabio "Barquera!"  
Dirijela entre tanto,  
Dirijela, te ruego, mientras canto  
La dulce primavera.

¡Cuán bella se nos muestra por el llano,  
Y cuál es su decoro  
De esa la amable ninfa del verano,  
Cuando el sol entra ufano  
En la alta casa del carnero de oro!  
¡Cuán risueña se mira en la espaciosa  
Y afortunada selva, coronando  
Al joven año de clavel y rosa!  
Y al verla tan hermosa,  
Los apacibles zéfiros volando,  
Los arroyos corriendo,  
Los melodiosos pájaros cantando,  
Y las flores riendo....  
Naturaleza toda á su presencia  
Alaba á la Divina Providencia.

Sigue el año su curso presuroso,  
Y en tanto que los cielos van rodando  
Sobre sus firmes ejes, va toruando  
El sol por su camino luminoso.  
Asoma luego el caluroso estío,  
Y las espigas de los campos dora,  
Que hizo brotar la mano agricultora  
Entre la escarcha del invierno frío.

Arden los valles; pero el ancho río  
Los bosques y las auras matinales  
Restauran el vigor de los mortales:  
Cuando por otra parte los despojos  
De la alegre y fecunda sementera  
Ofrecen mil contentos á los ojos:  
La rubia mies preséntase en manojos  
Sobre los altos carros: la galera  
En su anchuroso seno la ahesora:  
Prepárase la era:  
Y la hambre asoladora,  
Que hace á las gentes formidable guerra,  
Como asustada sale de la tierra.  
Resuena en las cabañas la alegría  
De la gente del campo bienhadada,  
Y la sombra de Ceres disípalas,  
El canto sube á la región del día.

Pero el Señor escucha y con violencia  
Convoca á su presencia  
Mil espesos nublados  
Que de agua y refrigerio van cargados:  
Su seña aguardan, y en el misero instante  
Que responde á su voz el firmamento,  
La máquina del mundo vacillante  
Se pone en movimiento:  
Sopla agitado el viento;  
El polo cruje; el Este se ilumina:  
La catarata se abre repentina,  
Y baja por el aire estrepitosa  
En torrentes la lluvia cristalina.  
Cruza la tempestad, y la frescura

Que deja por la tierra calurosa,  
Fomenta el seno de la gran natura.

¡Tiempo dichoso en que la huerta amena  
Su abundancia nos brinda ya madura  
De frutas tantas con que Dios la llena!  
Este es el tiempo en que el cantor famoso  
De la otoñal riqueza nos mostraba  
Las matutinas horas, y ardoroso  
Con su cítara dulce las cantaba  
En la cuna del alba amaneciendo:  
Al punto que asomaba  
Neptuno con sus ninfas ofreciendo  
A los hombres sus huertos en bonanza.  
Sí, "Canazul" felice, hijo de Apolo,  
Tú las cantaste con tu dulce afluencia;  
Tuya fué para Dios esta alabanza:  
Ahora que veas que sobre el alto polo,  
Al parecer, su sabia providencia,  
Para igualar las noches y los días,  
Pese las horas en que tú decías,  
Mostrando de tu núnen un destello:  
"Mira cual brilla en el oriente bello  
"La rozagante aurora."  
Vuelve á templar tu cítara sonora,  
Y que repita ufana  
Del rico otoño la oriental mañana.  
Repítala, mirando la franqueza.  
Del año dadivoso,  
Y allá como en encanto primoroso  
De su genial destreza,

Recorra el velo al cuadro milagroso  
De la alegre y feraz naturaleza.

Mas ¡ay! que á nuestros ojos  
Otra escena se va representando,  
Y la dura inclemencia y los enojos  
Del cielo me parece estar mirando,  
Cuando el orbe de aspecto va mudando.  
Como un sueño ligero  
Desaparecen los gustos  
Y regalos del tiempo lisonjero.  
Ya tornan los disgustos  
Y con ellos al alma su tormento.  
Los recios golpes siento  
Del robusto aquilón que se desata,  
Y la abundancia y todo el ornamento  
De la estación fructífera arrebatada.  
¿Qué nuevo, qué terrible poderío  
Triunfa del año, y su verdor maltrata?  
Este es el tiempo del invierno frío.

Pero sin él, ¿qué fuera  
Del orbe terrenal? ¿La primavera,  
Para hacerlo dichoso, bastaría  
Que de vistosas flores lo cubriera?  
¿El ardor estival feliz lo haría.  
Cuando tan solamente sazonara  
La mies que le prepara  
El labrador robusto?  
¿Y qué si no pasara  
El mayor luminar á más altura?  
¿El otoño á sus mesas presentara

Los dones de más gusto,  
Que pródigo ha sacado  
De las entrañas de la tierra dura?  
De la escarcha y el hielo?  
¿Y á qué el invierno, pues, llega cargado  
¿Qué beneficios trajo á nuestro suelo  
Su brazo fuerte de rigor armado?

Con! obra en el enfermo y extenuado,  
Tornándolo á su vida y fortaleza,  
La virtud de Esculapio miligreso.  
Así obra en la común naturaleza  
La fuerza del invierno riguroso;  
Mientras que el delirante  
Filósofo atribuye á desconcierto  
Del mundo maquinal, lo que es concierto  
De la ley del Señor siempre constante;  
Aunque aparente elemental desorden.  
¿Y á quién tanta armonía,  
Tanto primor, tanto orden,  
Y tanta divinal sabiduría?  
Todas son de la suma Providencia  
Altas disposiciones,  
Que á fin de conservar nuestra existencia  
Arregló las anuales estaciones.  
Nuestra existencia ha sido su cuidado:  
¡Oh! dilo, musa, en plectro concertado.

### CANTO TERCERO

Ahora más que nunca yo quisiera  
Que felice tuviera



Mi musa el arpa de oro,  
El arpa misma y cántico sonoro  
Del genio delicado  
Que só el trono de Israel colocado  
Despertó á la natura, y á su influencia  
La hizo cantar la suma Providencia.

Cantáronla los hombres, y extendieron  
El nombre del Señor de las alturas  
A todas las criaturas,  
Y todas al instante se movieron.  
Cantáronla.... los áramos sombríos  
La cantaron, y montes, y collados,  
Y piélagos, y ríos,

Y oyéronse mil cantos redoblados:  
En tanto que la bóveda del cielo  
Con festival estruendo respondía  
Al general aplauso con que el suelo  
A su gran bienhechor reconocía.  
Entonces: ¿cuál sería  
Mi gozo? Yo exclamara,  
Después de contemplar lumbré clara  
Del sol resplandeciente,  
Después de contemplar atentamente  
La luna, las estrellas,  
El mar, la tierra, el aire y cuantas cosas  
Son á la vista más maravillosas;  
Pero que todas ellas  
A las plantas del hombre se postraron.  
Y á su arbitrio y su ley se sujetaron:  
Entonces, sí, exclamara ¡Dios benigno!  
(El pecho lleno de palabras santas)  
¿Por qué de tus favores me haces digno

Sobre criaturas tantas?  
Poco menos que un ángel te he debido,  
Según las excelencias que me has dado;  
Sacásteme á tu esencia parecido,  
Y de gloria y honor me has coronado:  
¿Cuál será después de esto tu cuidado?

Gracias te sean dadas  
¡Oh Padre de los hombres bondadoso;  
Y tu nombre celebre amoroso  
Las gentes por la tierra esparriadas.  
¡Oh! acaba de salir del seno oscuro  
En que ciego te tiene la ignorancia,  
Discípulo insensato de Epicuro;  
Y en la acorde y eterna consenancia  
De la naturaleza  
Encontrarás motivos poderosos  
De amor y de fineza,  
Con que la Providencia  
Destruye tus sofismas engañosos:  
¿Qué motivo mayor que tu existencia?  
Así exclamara contra el grito horrendo  
De la carne orgullosa, que murmura  
Del númen que en sí propia está sintiendo  
Y que ve en todas partes, á manera  
Que por el velo de una nube obscura  
Vemos del claro sol la antorcha pura.

¡Qué! ¿por qué no nos pone en alta esfera,  
Cual só el trono argentado de la luna,  
La ambición altanera,  
Se ha de pensar que ciega la fortuna

Nos lleva tropezando por el suelo,  
Cuando estamos mirando en tierra y cielo  
La sabia Providencia que gobierna  
Todo, conforme con su ley eterna?

¡Mil veces venturoso, amigo Fabio,  
El verdadero sabio,  
Que, como tú, contempla su existencia  
Un milagro de la alta Providencia:  
Y conforme en su estado,  
Juiciosamente advierte  
Que lo lleva la suerte  
Por los rumbos que Dios le ha señalado!  
Sí, Fabio: pues ¿qué importa que el destino  
Nos cargue de miserias y de males  
Como dura pensión de los mortales?  
¿Qué importa que el camino  
De nuestra vida esté lleno de abrojos,  
Si termina en las puertas eternas  
De la patria, Es verdad: yo estoy mirando  
Delante de mis ojos  
El camino derecho de la gloria....

Cuando acá en sus recuerdos la memoria  
Me va representando  
Tantos motivos de dolor infando,  
Tantos peligros de mi triste historia:  
Y miro entonces mismo  
Que una Deldad me libra protectora  
Tantas veces de dar en el abismo:  
¿Qué te podré decir? ¿Qué podré hacerte,  
¡Oh amable Providencia bienhechora!  
Que tantas ocasiones me has librado

Del hambre, de la sed, de la dolencia....

De mil ministros de la cruda muerte?

¡Un milagro es mi vida!

¡Milagro de la suma Providencia,

Que me lleva por senda conocida

A la ciudad de eterna refulgencia!

Vos cantadla por mí, cielo estrellado

Y tierra florecida:

Alabad al Señor de las alturas.

Porque tiene cuidado

De todas sus criaturas:

Y alabémosle todos los mortales,

Repitiéndole gracias eternas,

FF

POEMA HEROICO  
EN CELEBRIDAD  
DE LA CONCEPCION INMACULADA  
DE MARIA SANTISIMA

---

INTRODUCCION AL POEMA

Ipsa conteret caput tuum.  
Gen., c. III, v. 15.

La misma que á su Dios concebiría,  
Previsto estaba que por su pureza,  
Con el curso del tiempo, la cabeza  
Al infernal dragón quebrantaría.

PANEGIRISTA

Mientras que otros poetas afanados  
Estremecen la tierra  
Con cantos de varones esforzados,  
Que triunfaron gloriosos en la guerra;  
Mientras ellos se sienten animados  
Para cantar los ínclitos soldados,  
Que uniendo al pecho la acerada malla,  
Corren tras de la gloria  
Por horrorosos campos de batalla,

Mientras celebran la fatal victoria  
Del capitán valiente,  
Que cifó de laurel su altiva frente,  
Y que el tiempo borró de la memoria;  
Yo me atrevo á cantar en este día  
La victoria inmortal, el triunfo eterno  
Que consiguió María  
Contra el dragón horrible del infierno.

Ahora quisiera yo con presto vuelo  
Atravesar del éter los espacios,  
Y llegando hasta el cielo,  
Entrarme por sus dóricos palacios.  
Unírame al instante con el coro,  
Que los triunfos ensalza de María  
Con instrumentos de oro.  
¡Qué agradable concierto, qué  
Atónito escuchara,  
Que allá á la eternidad me transportara.  
Cuando el Omnipotente  
Entrando en sus consejos eternos,  
Preparaba esta niña sablamente  
Para vencer las huestes infernales!  
Entonces se encendiera  
En fuego celestial la Musa mía,  
Que á su asunto tal vez correspondiera  
Con gallarda nobleza y valentía.  
Entonces... Mas ya siento que me inflama  
Tan sólo el esplendor de aquesta idea,  
Y su fogosa llama  
En la región de mi alma centellea.  
Siéntome ya á cantar determinado  
La triunfadora gracia;

Pero ¿quién á mis versos ha inspirado  
La necesaria fuerza y eficacia?

¡Oh tú, que desde el trono de diamantes,  
Al resplandor de tu asta refulgente,  
Y de tus vivas flechas coruscantes, (1)  
Haces parar al sol resplandeciente! (2)  
Tú, que en forma de llamas elocuentes (3)  
Encendiste unos hombres que tronaron  
Con formidable voz entre las gentes:  
Tú, á cuyo sacro fuego levantaron  
El templo de sus plumas los doctores,  
Que celosas vibraron  
Como rayos las esferas superiores:  
Pues canto, ¡ah alto número! la victoria  
De la triunfante gracia,  
Comunica á mi musa la eficacia  
De los sublimes cantos de la gloria.

### CANTO PRIMERO

#### MUSICA

Quia projectus est accusator.  
Apoc., c. XII, v. 10.

Lætamini coeli, et qui habitatis in eis.  
Id., v. 12.

Pues que triunfa la gracia de María,  
¡Oh alcázares del cielo, y moradores  
De la eterna mansión de resplandores,  
Dad voces de contento y alegría.

Fábrica hermosa de sus sabias manos (6)  
Aparece cual grande fortaleza, (7)  
Que vencerá con el poder eterno  
Las espesas legiones del infierno.

VII

Jamás tuvieron tan sublime idea  
Los fogosos poetas que cantaron  
Las lides de su gran Pentisilea:  
Ni jamás á Belona imaginaron  
Tan fuerte, para entrar en la pelea,  
Los que en carrozas de oro la soñaron:  
Ni pudiera jamás la fantasía  
Concebir igualdades á María.

VIII

Cual torre de David en su armadura (8)  
De donde escudos mil están pendientes.  
Cual muralla de bronce, en cuya altura (9)  
Se divisan castillos refulgentes:  
Cual batallón dispuesto en la llanura (10)  
De vivos y ordenados combatientes:  
Cual conviene á la fuerza irrosistible  
Del Dios de los ejércitos terrible. (11)

IX

Cual.... Y ¿qué es esto, que agitado el peo  
Arde con vivo fuego acelerado?  
El ancho mundo me parece estrecho,  
Sin caber en su espacio ilimitado.



zo los ojos al dorado techo,  
entonces... ¿qué cantor tan sublimado  
abrá, que entone con fogosa lira  
cúmulo de cosas que me admira?

X

Cual águila que lleva el raudo vuelo (12)  
or las alegres sendas de la altura,  
la Reina camina para el cielo (13)  
armando esplendores de hermosura:  
sol la viste su inflamado velo,  
que emanan torrentes de luz pura:  
luna le hace peana á su grandeza:  
oce estrellas coronan su cabeza.

XI

Un terrible dragón... aquí debiera  
númen elevarse al estrellado  
lo brillante de la sexta esfera: (14)  
allá sobre las nubes levantado,  
ultando una voz, que estremeciera  
s cielos, como trueno dilatado  
su espacio, cantara en són horrendo  
escena formidable que estoy viendo.

XII

Un terrible dragón asoma luego, (15)  
blema del pecado enrojecido,  
mo embrión inflamado por el fuego  
l Etna, y á los vientos impelido:

Agitado de envidia, y furor ciego,  
Acomete á la Reina embravecido; (16)  
Mas ella con un rayo de pureza  
Quebranta su cornífera cabeza.

### XIII

En la región etérea se ha encendido (17)  
La abrasadora llama de la guerra:  
Huye la luz, y el cielo obscurecido,  
Miguel batalla, y al dragón aterra:  
Arrojado cual rayo desprendido (18)  
Del globo celestial, tiembla la tierra;  
Y al tocar en la arena el monstruo insano, (19)  
Hórrido brama el espumoso océano.

### XIV

Al punto suena por el alto coro.  
La voz del misterioso vencimiento:  
Yo escucho.... es cierto, los clarines de (20)  
Que penetran el vasto firmamento.  
Víctor repiten, y al cantar sonoro,  
Responde en ecos la región del viento:  
Y los sublimes genios á María,  
"Salve," le dicen, llenos de alegría.

### XV

"Salve," repiten, Niña triunfadora.  
A quien el sumo Dios poder ha dado

la terrible vencedora  
l contra el cielo rebelado.  
erea salud restauradora, (20)  
no linaje has libertado  
bilo dragón, cuya fiera  
la mortal naturaleza.

### XVI

mil veces, ¡oh Princesa hermosa,  
rida del Monarca eterno!  
cunda virgen amorosa,  
para madre de un Dios tierno:  
vina, celestial esposa  
mado espíritu "ab aeterno:"  
e veces mil, porque tu planta  
á la culpa le quebranta.

### XVII

..." Así cantan, cuando alegremente  
an del aire los espacios:  
Reina al cielo refulgente:  
por sus deíficos palacios:  
a el pedestal resplandeciente  
o fabricado de topacios:  
ocupa..... y el asombro en tanto  
impone á mi festivo canto.

---

## CANTO SEGUNDO

### MUSICA

Avertisti captivitatem Jacob.

Ps. LXXXIV, v. 2.

Gloriosa dicta sunt de te, civitas Del.

Ps. XLVI, v. 3.

Gloriosa te predican, Virgen pura,  
Porque bajando desde el alto cielo,  
Cual ciudad de refugio, eres consuelo  
Al mundo, que lloraba en prisión dura.

---

### PANEGIRISTA

#### I

Cual negra tempestad, que en la vacía  
Región del aire, por la noche oscura,  
Brama espantosa, y asomando el día,  
Huye azorada de su antorcha pura:  
Así el dragón horrendo parecía  
Al luminoso rayo de hermosura,  
Que despuntó la aurora soberana,  
Anunciando el candor de su mañana.

#### II

A duro cautiverio reducidos,  
Lloraban su miseria los mortales:

cielos, de su voz heridos,  
ego sus puertas eternas:  
añor sus lúgubres gemidos,  
dar consuelo á tantos males,  
dichas sombras y figuras  
ad promete á sus criaturas.

III

Judá una nube pequeñuela.  
ble lluvia se derrama:  
la tierra, y se consuela  
las flores, y reciente grama.  
ntura próxima revela  
la de Jacob con fausta llama:  
do á la cándida doncella,  
unda, reluciente estrella.

IV

asoma Raquel, y su belleza  
ta el semblante de María;  
bora, y dice su destreza  
far de una larga tiranía:  
lith, anuncia su entereza  
de su brazo y valentía:  
con su virtuosa compostura,  
más modesta nos figura.

V

los siglos, y se acerca el día  
riunfar del monstruo y de su engaño

Desciende la alma hermosa de María:  
El bajo mundo en su terrible daño  
Por las celestes órbitas veda  
Cuatro mil vueltas circular al año:  
Desciende en fin la celestial belleza  
A honrar á la mortal naturaleza.

VI

No tan alegre rie el verde prado.  
Después de un largo rigoroso invierno:  
Ni es tan fértil de Cérès el sembrado  
Con blanda lluvia de rocío tierno:  
Como alegre y fecundo el preparado  
Tronco (1) glorioso con el bien eterno,  
Que ostenta de su fruto esclarecido  
Tan milagrosamente concebido.

VII

Cuando yo considero al soberano  
Artífice empeñado en la belleza,  
Que cual refugio del linaje humano,  
Viene á ser la ciudad de fortaleza,  
Parece que me toma de la mano  
Un genio celestial, y con presteza  
Me lleva por el mundo dilatado (2)  
Que al águila de Patmos fué mostrado.

VIII

1

Otra tierra, otros mares, otro cielo  
Se vienen á mis ojos admirados:

El nublado se arrolla como un velo,  
Que ocultaba los cielos estrellados:  
Entonces del empíreo en mauaso vuelo,  
Sostenida de espíritus alados,  
La ciudad del Señor baja á la tierra, (3)  
Para hacer al infierno cruda guerra.

IX

A su aspecto se humillan las famosas  
Pirámides de Méfis, las almenas  
Elevadas de Roma, y las hermosas  
Murallas de Cártago y de Micenas:  
El Coloso de Rodas, y orgullosas  
Torres gigantes de la insigne Atenas:  
El orbe todo, porque su estructura  
Toca de Dios la incomprensible altura.

X

Mientras que de albas nubes rodeado  
Yo me contemplo, asoma refulgente  
Una benigna luz por el poblado  
Que "Agreda" llama la española gente: (4)  
A su claro reflejo iluminado,  
El misterio descubro reverente;  
El augusto misterio respetable,  
De la ciudad de Dios inexpugnable.

XI

Cante, pues, otra musa su belleza,  
Su adorno, su primor, su simetría,

Sus fundamentos santos, su pureza,  
Todo en aplauso digno de María:  
Que á mi Musa esta vez su fortaleza  
Le basta, cuando acá en la fantasía  
La ve como refugio en tantos males  
Que padecen cautivos los mortales.

XII

¡Qué muro! ¡Cuál se eleva! pero abiertas (5)  
Ofreciendo seguro y franco paso,  
Con su ingreso convidan doce puertas  
Al oriente, aquilón, austro, y ocaso. (6)  
Allá van las naciones, que despiertas  
A la plausible voz del feliz caso,  
Entran á resguardarse del horrendo  
Cruel enemigo que las va siguiendo.

XIII

Como rugiente león, que se pasea (7)  
Al rededor del monte levantado  
Cuando la hambre voraz lo aguijonea,  
Y busca sin sosiego algún bocado:  
Así el dragón solícito rodea  
La ciudad de refugio que han hallado.  
Para escarpar sus bárbaros furores,  
Las almas de los tristes pecadores.

XIV

Pero, ¿y qué? las diabólicas legiones  
Han de asaltar los muros elevados



Que defienden celestes batallones  
De espíritus valientes y esforzados?  
¿Quién podrá derrotar los escuadrones,  
Que en su custodia velan, animados  
Del celo de su Rey omnipotente,  
Que llena esta ciudad resplandeciente?

XV

¿Qué es esto? ¡ah! del trono majestuoso  
Que se eleva con real magnificencia,  
Sale la voz del Todopoderoso (8)  
Anunciando su mística presencia:  
Vuela el dragón, huyendo temeroso,  
Y su denso escuadrón con la violencia  
De las aves que el vuelo han levantado  
Al estruendo de un bronce fulminado.

XVI

Huye también la parca macilenta,  
Que la culpa en su imagen contenía:  
El agudo dolor también se ahuyenta,  
Y la negra infernal melancolía;  
El llanto calla: ya no se lamenta  
La congoja de tanto amargo día: (9)  
Triunfa la gracia, ¡oh! ¡viva! De esta suerte  
Queda vencido el reino de la muerte.

XVII

Esto pasaba, cuando el vivo fuego,  
Que corre ardiendo por las venas mías,

Acabando en un todo mi sosiego.  
Me ofrece el plan de nuevas baterías:  
Siento ya el más extraño desosiego  
De todas mis potencias.... ¡oh alma Elías!  
Elévame en tu carro al cielo, en tanto  
Que templa el verso del tercero canto.

### CANTO TERCERO

#### MUSICA

Quid videtis in Sulamite nisi choros  
castrorum?

Cant., c. VII, v. 1.

¿Qué vemos? ¿Qué escuchamos en el día,  
Sino de la alma Iglesia himnos sonoros?  
¿Qué vemos, sino ejércitos canoros,  
Que celebran el triunfo de María?

---

#### PANEGIRISTA

#### I

Todo el orbe se mueve: y enretanto  
Que corre placentera la alegría,  
Celebrando el misterio sacrosanto  
De la gracia triunfante de María.  
La región se estremece del espanto,  
Y entre confusa y grande vocería:  
¿“Quién es ésta, se escucha, que ha triunfado  
“En su instante primero del pecado?”

II

En el hondo palacio de la obscura  
Y sempiterna noche se congrega  
Una chusma diabólica, que jura  
Destruir la causa porque no sosiega:  
A todo su dolor y desventura  
Desesperado el príncipe se entrega,  
Y amedrentando el hórrido Cocito  
Levanta así su formidable grito.

III

"¡Oh, grandes de mi corte! les decía,  
"Perdidos somos, porque la belleza  
"Que triunfa de nosotros en el día,  
"Es aquella mujer de fortaleza:  
"La misma que en el cielo nos venefa  
"Con solo la señal de su pureza:  
"Perdidos somos, pues su augusta gracia  
"Repara el mal de la primer desgracia...

IV

Así empezaba, cuando lo acallaron  
Mil espíritus fuertes, proponiendo  
Remedio en el error... Todos lanzaron  
Su formidable voz, ¡victor! diciendo:  
Las subterráneas bóvedas temblaron,  
Y cuando el negro monstruo iba saliendo,  
Cual noche, de su lóbrega caverna,  
Eclipsar presumió la luz eterna

V

Corre por todo el ámbito anchuroso  
De este grande universo, á la manera  
De una peste, cuyo hálito dañoso  
Del aire sano la bondad altera:  
Aquí y allí derrama el contagioso  
Letal veneno de su saña fiera;  
Y aumentando sus sombras igualmente,  
Se opone á la alba en su sagrado oriente.

VI

Rodeados de tinieblas horrorosas  
Quedaron desde luego los Arrianos,  
Maquinando sus sectas peligrosas  
Con Beguardos, Veguinas, Nestorianos: (1)  
Aumentanse las fuerzas poderosas  
Del robusto escuadrón de anti-Marianos,  
Que del error armados combatfan  
Las murallas que á Sion fortalecian. (2)

VII

Opónense guerreros animosos  
Los Padres de la Iglesia, y entretanto  
Una noche de siglos tenebrosos  
Cubre de dudas el misterio santo:  
Batalla Anselmo, y vítores gloriosos  
De huestes enemigas son quebranto:  
La devoción respira en Inglaterra:  
¡Tiempo dichoso para aquella tierra!

VIII

Entonces el error se desvanece,  
A la manera que la sombra obscura,  
Cuando la blanca aurora resplandece  
Sin niebla que se oponga á su hermosura:  
Su aspecto le da horror, y se estremece,  
La vista hurtando de la virgen pura:  
Huye veloz al tártaro profundo:  
Brillan los cielos, y se alegra el mundo.

IX

Libre la Iglesia de enemigos tantos  
Con el que error tenaz la perseguía,  
Desata luego sus festivos cantos  
Aplaudiendo la gracia de María:  
"Alégrate, le dice, en himnos santos,  
"Que rebosan contento y alegría,  
"Alégrate en el punto immaculado,  
"Que fuiste concebida sin pecado.

X

"Alégrate, pues sólo con tu planta,  
"Que el Señor fabricó de fortaleza,  
"Oprimes del infierno la garganta,  
"Que pestes vomitaba á tu pureza:  
"Alégrate, pues vences tropa tanta.  
"Con que el error se opone á tu grandeza:  
"Alégrate ¡oh!... por siempre la alegría (3)  
"Bañe tu rostro, celestial María,"

XI

Por otra parte, en gruesos batallones  
Se divide un ejército admirable  
De sabios y doctísimos varones,  
Que la opinión defienden menos loable.  
Si bien al parecer de sus razones  
Arguyen sobre punto el más probable:  
Decreto fué de Dios, que en la victoria  
Sin fuerte oposición ¿cuál fué la gloria?

XII

Los píadosos resisten por su parte  
Con heróica virtud, noble ardimiento:  
Y así como un ejército de Marte  
Que se anima al glorioso vencimiento,  
Cuanto enarbola el bélico estandarte  
De la horrisona trompa al ronco acento,  
Así también se animan los doctores  
De la piedad Mariana defensores.

XIII

La disputa se enciende, y más se aviva  
Cada día con tantas opiniones:  
Arden las aulas, como en guerra viva  
Los campos de encontrados batallones:  
Suenan las armas que Minerva activa  
Reparte á sus fogosos escuadrones:  
La verdad indecisa se confunde,  
Y el órbe literario ya se hunde:

XIV

Cuando celoso el Padre omnipotente  
De la gracia de su hija soberana,  
Anima con esfuerzo suficiente  
Al campeón de la escuela Franciscana:  
Vuela "Escoto" á París, y cual ardiente  
Rayo que vibra la razón Mariana,  
El baluarte destruye que blasona  
De invencible torreón en la Sorbona. (4)

XV

A este tiempo la fama voladora  
Sube á los aires, y el clarín sonando,  
Publica el triunfo de la gran Señora  
Contra las fuerzas del contrario bando:  
Al eco grave de su voz sonora,  
Que se va por el orbe dilatando,  
Vienen á refugiarse con su tropa  
La Asia, la Africa, América y Europa. (5)

XVI

¡Grandes provincias, reinos dilatados,  
Populosas ciudades de la tierra,  
Rendid las armas á los celebrados  
Triunfos gloriosos de tan fausta guerra!  
¡Fieles Españas! ¡reinos bienhadados!  
¡Oh cuánto el Orco de mirar se aterra  
En vuestros Carlos, reyes victoriosos  
Celebrar estos triunfos misteriosos!

XVII

"Salid, hijas de Sión: ved cual se eleva  
"Al empíreo la Reina soberana,  
"Que con reciente albor, y con luz nueva  
"De sus astros festeja la mañana:  
"Cuya hermosura la atención se lleva  
"Del sol y de la luna, cuando ufana  
"La familia de Dios, sus hijos todos  
"Cantan sus triunfos en alegres modos." (6)

XVIII

Y ¡oh tú, Celaya! que á la soberana  
Princesa te le ofreces obsequiosa,  
Pues que te llamas la ciudad Mariana,  
Y por lo mismo la ciudad gloriosa:  
Así en tu frente llevas siempre ufana  
El claro nombre de esta niña hermosa:  
Que no cesen tus cultos anualmente,  
Celebrando estos triunfos reverente.

XIX

Pero, ¿á dónde me lleva la alegría?  
¿A qué término aspira ya cansado,  
Sin alma el verso, celestial María,  
Aplaudiendo tu ser inmaculado,  
Hasta aquí, pues, llegó la Musa mía:  
Acójela te ruego: y su sagrado  
Tenga á los pies de la triunfante Pallas,  
Cubierta con la sombra de sus alas. (7)



CITAS Y NOTAS  
PUESTAS POR EL AUTOR  
AL PRECEDENTE POEMA

---

DE LA INTRODUCCION

(1) "Coruscantes." Es una dición ampollada; pero no sería fácil substituir otra en su lugar, sin que el verso no pierda casi toda su alma. Sobre todo, véase el Diccionario de la lengua castellana por la Academia.

(2) Sol, et luna steterunt... in luce sagittarum tuarum, ibunt in splendore fulgurantis hastae tuae.

Habac., c. III, v. II.

(3) Disperitae linguae tanquam ignis.

Ac. Apost., c. II, v. 3.

DEL CANTO PRIMERO

(1) Deus Omnipotens et clemens, statim ut nos diabolica malignitas veneno suae mortificavit invidiae, praedestinata renovandis mortalibus suae pietatis remedia inter ipsa mundi primordia praesignavit.

S. Leo., Sermon. II de Nativ. Dom.

(2) Ab aeterno ordinata sum. Prov., c. VIII,  
v. 23.

(3) Dominus possedit me in initio viarum  
suarum, antequam quidquam faceret a prin-  
cipio.

Id., c. VIII, v. 22.

(4) Quid faciemus sorori nostrae?

Cant., c. VIII, v. 8.

(5) Fundamenta ejus in montibus sanctis.

Psalm. LXXXVI, v. 1.

(6) Ipse fundavit eam Altissimus.

Id., v. 5.

(7) Ego murus.

Cant., c. VIII, v. 10.

(8) Sicut turris David....mille clypei pendent  
ex ea.

Id., c. IV, v. 4.

(9) Super eum propugnacula argentea.

Id., c. VIII, v. 9.

(10) Terribilis ut castrorum acies ordinata.

Id., c. VI, v. 3.

(11) Dominus exercitum. Is, c XLVIII, v. 2.

(12) Datae sunt mulieri alae duae aquilae  
magnae.

Apoc., c. XII, v. 14.

(13) Mulier amicta sole, et luna sub pedibus  
ejus, et in capite ejus corona stellarum duo-  
decim.

Id., c. XII, v. 1.

(14) La sexta esfera según los cálculos de  
Thicon, Júpiter es el sexto de los planetas  
respecto del que habitamos.

(15) Ecce draco magnus rufus.

Apoc., c. XII, v. 3.

(16) Iratus es draco in mulierem: et abili-  
facere praelium.

Id., c. XII, v. 17.

(17) Factum est praelium magnum in coelo:  
Michael, et draco pugnabat.

Id., c. XII, v. 7.

(18) Projectus est draco

Id., c. XII, v. 9.

(19) Et stetit supra arenam maris.

Id., c. XII, v. 18.

(20) Nunc facta est salus.

Id., c. XII, v. 10.

DEL CANTO SEGUNDO

(1) Tronco glorioso: alude á Sta. Ana, madre de la Santísima Virgen.

(2) Vidi coelum novum, et terram novam.

Apoc., c. XXI, v. 1.

(3) Vidi sanctam civitatem.... descendetem de coelo.

Id., c. XXI, v. 2.

(4) Alusión á la V. M. María de Jesús, natural de la Villa de Agreda en Castilla la Vieja, expositora de este lugar del Apocalipsis en los capítulos XVII, XVIII y XIX de la Mística Ciudad de Dios, prim. part.

(5) Et habebat murum magnum et altum.

Apoc., c. XXI, v. 12.

(6) Ab Oriente portae tres: et ab Aquilone portae tres: et ab Austro portae tres: et ab Occasu portae tres.

Id. c. XXI, v. s. 13.

(7) Tamquam Leo rugiens circuit quaerens quem devoret.

S. Pet., c. v, v. 8.

(8) Audivi vocem magnam de throno dicentem: Ecce tabernaculum Dei.

Apoc., c. XXI, v. 3.

(9) Et mors ultra non erit, neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra.

Id., c. XXI, v. 4.

---

### DEL CANTO TERCERO

(1) Es verdad que en esta octava no se observa el orden cronológico; pero también es cierto que *esta* es una de las pocas libertades de la rima, según el uso de algunos excelentes poetas.

(2) Et sic in Sion firmata sum.

Ecd., c. XXIV, v. 15.

(3) Gaude, María Virgo, cunctas haeresees sola interemisti in universo mundo.

Ex off. Ecd.

(4) Chron. S. P. S. Franc., part. III, c. X. et XII.

(5) In omni gente primatum habui.

Ecd., c. XXIV, V. 10.

(6) Egredimini, et videte, filiae Sion, Regiam vestram, quam laudant astra matutina; cujus pulchritudinem sol et luna mirantur, et jubilat omnes filii Dei.

"Ex introitu missae in festo Immaculae  
Conceptionis Sanctissimae Dei Genitricis Ma-  
riae."

(7) Sub umbra alarum tuarum.

Psalm. XVI, v. 9.

## LA ALMA PRIVADA DE LA GLORIA,

POEMA LUGUBRE

### DEDICADO A MOPSO.

#### CANTO UNICO

Para triste desahogo de la pena  
Que en lo interior me agita,  
Lloro la triste y espantosa escena  
Del alma, en el instante  
Que escucha la sentencia de precita.

Vuelve á mis manos, vuelve,  
Mi cítara sonante,  
Que en más alegre día  
Acompañabas mis festivos versos:  
Hoy el núnen resuelve  
Que lleves el compás de la elegía,  
Y por tonos diversos  
La acompañan tus cuerdas, entretanto  
Que desata los diques de mi Hanto.

Luego que la memoria me presenta  
Como en vasto proceso mis delitos,  
De que se turba la horrorosa cuenta,  
Entonces la tormenta  
Crece de mis temores y conflictos:  
Y entonces, cual si fuese arrebatado  
Al tribunal temible

Del juez contra mis culpas irritado,  
Miro su rostro de furor bañado.  
Escucho de su boca la terrible  
Sentencia de dolor y llanto eterno:  
Siento el brazo de un Dios irresistible  
Que me arroja á las llamas del infierno.

Desde que este cuidado me rodea,  
Melancólico vago por el mundo,  
Como hurtando el semblante á la alegría  
Conformes solo con mi triste idea  
Son tus lúgubres sombras, tu profundo  
Silencio, noche oscura. El claro día  
En vano para mí su luz enciende:  
La ciudad, su rumor, todo me ofende,  
El espanto se sigue á la tristeza,  
Y el más leve ruido  
Me parece el horrísono estallido  
De un rayo que me hiende la cabeza.  
La imagen de la muerte á cada instante  
Se me pone á los ojos;  
Pero aún más horroriza su semblante,  
;Eterno Dios! de donde se desprende  
Contra mi alma el raudal de tus enojos  
Que en tu furor la enciende.  
;Fallezco? en el instante me parece  
Que el hermoso espectáculo del mundo  
Con sempiterna noche se oscurece.  
Sale del hondo pecho, el más profundo,  
El último suspiro, en que lanzada  
Va mi alma á tu presencia  
De crímenes horrendos acusada:  
Y herida de tu voz, como de un trueno,



e tu justicia escucha la sentencia  
e tu eterno castigo irrevocable:  
térzala tus ojos, y el sereno  
esplendor de tu rostro le parece  
que anuncia el rayo formidable  
cuando truena el Olimpo y se enardece.

Id ahora, delicias de la vida,  
dar algún consuelo  
mi alma por vosotros afligida.  
alagüeñas delicias... no queda una  
e tantas qué en el suelo  
fueron el laurel á mi fortuna.  
Todas desaparecieron  
como un sueño, de mi alma, y de repente  
el caos de la nada se volvieron.  
Vosotros, mis amigos, id ahora  
socorrer á mi alma, ¿más qué digo?  
Qué favor podrá ser ¡ay! suficiente  
salvarla de la ira vengadora  
el Todopoderoso su enemigo?  
Del Dios cuya invencible fortaleza  
nace las violentas convulsiones  
de la naturaleza?  
Que agitando los bravos aquilones  
mueve las soberbias tempestades,  
inflama los oscuros horizontes,  
estremece los montes,  
hasta el nombre les borra á las ciudades?  
Del Dios?... pero el palacio refulgente  
está viendo con pasmo el elevado  
trono de aquel monarca omnipotente:

La Emperatriz augusta que á su lado  
Goza de sus ternuras y caricias;  
Angeles infinitos que agrupados  
Al rededor del trono están postrados;  
Las cándidas doncellas  
Que en sus puras delicias  
Enguinaaldan las frentes con estrellas;  
Santos todos; los justos bienhadados;  
La corte de los cielos...;oh dichosa  
Morada!, clama entonces la alma mía.

Alí estás, ¡oh mi madre venturosa!  
Alí asomas con plácida alegría  
Y deliciosa calma:  
Gózate, pues ya tienes  
Recompensado el mérito de tu alma:  
Gózate, ¡oh madre! en infinitos bienes  
Pero qué, ¿la blandura de tus ojos  
Con miradas crueles me retiras?  
¿Objeto es de tus iras  
El que sufre del cielo los enojos  
¡Ay! vuélveme mi abrazo; abrazo estrecho  
Que en el mundo te dí cuando expiraste  
Y triste me dejaste  
En abundantes lágrimas deshecho.  
¿No me oyes? ¿no me ves? ¿no me conoces?  
¡Ay! mírame por último agradable:  
No seas inexorable  
Al blando ruego de mis tiernas voces,  
¿Huyes de mi presencia?  
¿Ni una vista me pagas, ni un abrazo,  
Al hacer una ausencia

que es la misma eternidad el plazo?  
¿con tu hijo tan 'cruel? ¿con un pedazo  
tu vida? ¡ay de mí! con raudo vuelo  
apartas de mis ojos... ya te fuiste  
a otras partes del alegre cielo.

¿pero ¿qué estoy mirando? ¡caso triste  
para mí, y de dolor el más profundo!  
¿el cómplice está de mi pecado.  
¿cuántos que en el mundo  
noí pecadores? ¡oh! ¡dichosos,  
dichosos todos con envidia mía  
que gozáis de Dios el dulce agrado,  
que recrean sus ojos cariñosos!  
¡dichosos! sí, mil veces, que ocupando  
sus mansiones de luz, con armonía  
sus voces apacibles estáis dando  
glorias sin término á su autor: al mismo  
que fabricó con manos eternas  
sus cárceles horrendas del abismo,  
encendió las hogueras infernales.

Allá me arroja con furor horrible  
gemir oprimido de cadenas  
en su mano terrible  
arjó para instrumento de mis penas.  
Allá me precipita. ¡Qué caverna!  
¡Qué fuego abrasador! ¡Qué pestilente  
como bosteza la tartárea boca!  
¿aquí el hórrido espectro de la eterna  
noche, el dolor, la cólera impaciente  
que sin cesar provoca  
el llanto de los míseros pecitos.

Hierve el lago infernal; la gruta brama  
Con s6n horrendo de inflamada llama.  
Los calabozos l6bregos 6 gritos  
Ya parece que se hunden. ¡Qu6 molesto  
Des6rden!.... ¡qu6 funesto,  
Qu6 terrible lugar donde severo  
Descarga Dios su brazo justiciero!  
¡Oh cu6ntos condenados  
Como en ardientes hornos encendidos  
Se ven ah6ntados!  
Retumban con sus grandes alaridos  
Las subterráneas b6vedas, y cuando  
Los demonios... ¿qu6 es esto? delirando  
At6nito el discurso titubea.  
Y cuando los demonios con horrible  
Presencia... yo deliro  
Con la fuerte impresi6n de la terrible  
Imagen de esta idea.  
Me agita el susto, y asombrado miro...  
Todo el infierno junto  
Se le presenta 6 mi alma en este punto.

No me llares, ¡oh Dios! a6n todavía;  
Mas cuando sea llevada el alma mfa  
A tu presencia augusta, oh juez eterno,  
No la arrojes, Se6or, en el infierno.  
Muévate mi congoja y mi gemido;  
Mi coraz6n doliente  
Que sale por los ojos derretido.

Quédate 6 Dios en l6grimas ba6ada  
De este 6lamo pendiente.  
Cifara triste, y 6 tu voz cansada  
Prosiga de mis ojos la corriente.



Aquí doy con el susto, y allí encuentro  
Las hijas de la noche pavorosa:  
Y entre espectros horribles del averno  
"Me circundan dolores del infierno."

III

Miseremini mei...saltem vos amici mei.  
Job. c. XIX v. 21.

¿A quién, pues, volveré mis tristes ojos  
Para hallar de mis males el consuelo,  
Cuando solo, entre horribles despojos  
Sombras mustias registra su desvelo?  
¡Ah! ¡mortales!... ¡mortales! los enojos  
Ayúdame á sufrir del alto cielo:  
"No os mostréis á mis quejas enemigos,  
Siquiera los que fuisteis mis amigos."

IV

Vocabis me, et ego respondebo tibi.  
Job. c. XIV, v. 13.

No porque ahora me veis cual Prometeo  
Atado sin tener acción alguna  
Me abandonéis, ingratos, al Leteo  
Con sobrado rigor, piedad ninguna:  
Que si os viérais tal vez como me veo  
Y mudare semblante la fortuna,  
"Me llamaréis acuso, y yo propicio  
Responderé á la voz con beneficio."

DECIMAS

A UN NINO

¡Oh niño, la misma edad  
Gritos da á tu entendimiento,  
A que llene tu talento  
Según tu capacidad:

Pues si puerilidad  
Gastas toda en travesuras,  
En las edades futuras  
Serás cual fútil avena,  
Cual campana que no suena,  
O linterna que está á oscuras.

Mira aquel pobre: ¿no ves  
Que ciego á la luz del día,  
Cómo un bordón es su gufa,  
Fija con temor los pies?

De la misma suerte es  
El que es ciego á la razón:  
Teme dar un tropezón  
Al tiempo que un paso da,  
Y su entendimiento va  
Como un ciego de bordón.

ODA

LA JUVENTUD ENGANOSA

Pues pobre huerfanito,  
En una edad tan corta

Te me dejó tu madre  
Como una rica joya;

Y puesto que al sepulcro  
Con planta presturosa  
Caminó, sin dejarte  
Ni hacienda, ni otras cosas;

Y en fin, si tu inocencia  
En edad peligrosa  
Va entrando cada día,  
Oye una breve historia.

Acuérdome que estando  
Una tarde á la sombra  
De un árbol, advirtiéndome  
Algunas tristes horas,

A tí y á otros muchachos,  
Que en la floresta hermosa  
Triscábais inocentes  
Sin sustos ni zozobras,

Temiendo algún insecto  
Que con letal ponzoña  
Ofendiera tu vida,  
Para mí tan preciosa,

Con voces corpulentas  
Que exhaló mi congoja,



Estos versos os dije,  
Que oyó la selva toda: (1)

"Oh, niños imprudentes,  
"Que andáis cortando rosas,  
"Y las yerbas recientes  
"Que ya la tierra brota;

"Apartaos del peligro,  
"Pues bajo de esta alfombra  
"De flores, os acecha  
"La sierpe venenosa."

Este aviso importante  
Que tu peligro estorba,  
Repetirte quisiera  
En edad más remota:

Cuando del mundo alegre  
En selvas deleitosas  
La juventud risueña  
Te ofrezca su corona;

Pero que ya mis huesos  
En una urna tenebrosa  
Estarán destruidos  
Del moho y la carcoma.

---

(1) Qui legitis florés, et humi nascentia frara  
spidua, o pueri, fugite hinc, latet anguis in  
(herba.

Virg., egiog. 3.

Mas para entonces, hijo,  
Conserva en tu memoria  
Los versos que te dije  
Cuando cortabas rosas.

DECIMA

EN LA COLOCACION DE UN SAN RAFAEL  
EN UNA CASA

Devoto impulso de amor  
De esta casa, tiernamente  
Os elige reverente  
Por su guarda y protector:  
Espera en vuestro favor  
Toda gracia celestial,  
Y que tendrá en todo mal,  
Teniéndolos presente á vos,  
La medicina de Dios,  
Que es remedio universal.

---

## SONETOS

---

### SONETO I

#### A NUESTRO S. J. C. EN SUS TRES CAIDAS

Dolores nostros ipse portavit.  
Isal., c. LIII, v. 4.

El mismo en cuyo brazo omnipotente.  
El ancho mar, el cielo dilatado,  
La vasta tierra, y todo lo criado  
Se mantiene seguro y permanente:

El "Hombre Dios," al peso solamente  
De este leño, figura del pecado,  
Tres veces en la tierra derribado  
Es la mofa de un pueblo irreverente.

De esta suerte camina: y cuando asonubre  
El lugar afrentoso donde espera  
Ultrajes viles á su santo nombre,

Apagando la luz que aún reverbera  
En su divino sol, menos el hombre,  
Le florará naturaleza entera.

---

## SONETO II

### A LA FORTALEZA DE MARIA EN LA PASION DE JESUS

Fortitudo...indumentum ejus.

Prov., c. XXXI, v. 25.

Tu Hijo padece, y en aquel momento  
Que de su amargo cáliz, víngen pura,  
La última gota falleciendo apura,  
¿A qué compararé tu sufrimiento?

Si llora el estrellado firmamento,  
Vistiendo el velo de la noche oscura,  
Y si gime también la tierra dura  
Con raro general sacudimiento:

¿Cuál será tu dolor? Incomprensible.  
Mas, ¿cómo tu mortal naturaleza  
Parece en tanto mal indestructible?

¿Cómo no mueres? ¡ah! que á tu terneza,  
Siendo tú la criatura más sensible,  
De columna sirvió la fortaleza.

---

SONETO III

A LA SANTISIMA VIRGEN

Sacro cándido lirio, que bajado  
Para antídoto fuiste desde el cielo:  
Azucena que lleva nuestro anhelo  
Al olor de su unguento derramado:

Nardo que en suavidades desatado  
Llena la alma de gozo y de consuelo:  
Maravilla que alaba todo el suelo,  
Y el empíreo por única ha cantado:

Engrandezca la mano que descuella  
Sobre tu hermosa faz la luz que brilla,  
Las glorias que mi torpe labio sella;

Volviéndote á cantar su voz sencilla,  
Medicinal, fragante, suave y bella:  
Lirio, azucena, nardo y maravilla.

---

SONETO IV

A LA MISMA SRA. BAJO LA ADVOCACION  
DE LORETO

Elegi. et sanctificavi locum istum, ut sit ibi  
nomen meum, et permaneant oculi mei, et  
cor meum ibi cunctis diebus.

Paralipom., I. II, c. VII, v. 16.

La casa de la aurora, ó el oriente  
Que el sol eterno al mundo prometía,  
A Dalmacia sus luces extinguía,  
Y á Loreto asomaba refulgente:

Porque celoso el Padre omnipotente  
Del honor que á su casa se debía,  
Un lugar la eligió, dó en cualquier día  
Su nombre se ensalzara eternamente.

¡Oh villa, cual Loreto venturosa,  
Quando en tu anual recuerdo se repasa  
Aquella translación muy prodigiosa!

Repite como siempre nada escasa  
La salve con que atiendes obsequiosa  
Los sagrados derechos de esta casa.

---

SONETO V

A LA MISMA SENORA BAJO SU ADVOCACION DE GUADALUPE

Desde su eterno alcázar, desde el cielo,  
Viendo estaba á la América algún día  
En su última aflicción la gran María,  
Y baja á darle maternal consuelo.

Miradla en Tepeyac, y á su desvelo  
Cómo se frustra el plan de la herejía,  
Y apagarse la llama que cundía  
Desde el francés hasta el indiano suelo.

¿Qué vale, pues, que Napoleón ufano  
Con su hueste infernal, que al mundo aterra,  
Quiera ocupar el reino mexicano?

Al arma, paisanaje: guerra, guerra,  
Que el sacro Paladino Guadalupano,  
Por su favor ampara nuestra tierra.

SONETO VI

A LA MISMA SRA. BAJO DE LA MISMA  
ADVOCACION

Flores apparuerunt in terra nostra.  
Cant. c. II. v. 12.

La deldad de la Paz, sabios pintores  
Expresaban con dulce gallardía,  
Dibujando una virgen que ofrecía  
En sus cándidas manos tiernas flores:

Entonces apurando sus primores  
Ilustrado el pincel nos prometía  
Esta agradable copia de María  
Que recibió en el cielo sus colores.

Así la ve aquel Indio afortunado  
De Tepeyac en la escarpada sierra:  
Milagro que hasta hoy se ha perpetuado:

Pues cuando se arde el mundo en viva guerra  
Parece que la paz se ha refugiado  
En los lares felices de esta tierra.

---



SONETO VII

A LA CONCEPCION INMACULADA DE  
MARIA SANTISIMA

En su mente divina preparaba  
El alto Jove la beldad más pura,  
Dándole todo el lleno de hermosura,  
Para los grandes fines que intentaba:

Así que las virtudes compendia  
En tan graciosa sin igual criatura,  
Excitando su amor y su ternura,  
HIJA, MADRE y ESPOSA la llamaba.

Brilló en el claro Olimpo la alegría  
Y recorrió su espacio luminoso  
Celebrando el origen de María:

Principio, á la verdad, el más glorioso;  
Pero que la honra misma lo pedía  
De su PADRE, de su HIJO y de su ESPOSO.

—

SONETO VIII

A S. FRANCISCO DE ASIS

...na adivit  
Aeterna Christi numera.  
Ex Officio eccl.

La negra tempestad de la herejía  
Cubre la faz del globo venturoso  
Que Cristo redimió, y el horroroso  
Caos se dilata de una noche impia:

El grito sube á la región del día;  
El grito de la Iglesia quereiloso:  
Truena el Olimpo; el Padre humboso,  
Al gran Francisco, como á Cristo envía.

El vice-Dios, cual astro refulgente  
Asoma al mundo: la época cristiana  
Cielo y tierra celebran en su oriente;

¡Oh bienhadada edad la franciscana!  
Y ¡oh fausto el Potosí! que alegremente  
Canta la nueva redención humana. (1)

---

(1) Nada habrá encarecido en este Soneto  
para el que hubiere leído la historia del si-  
glo XIII.—A.

SONETO IX

AL MISMO SANTO

Cadat fletus, psalat coetus.

Ex. Offic. eccl.

Vuelve del alto cielo, luz sagrada,  
Que bañaba mi rostro de alegría:  
Vuelve á mis turblos ojos, clara gufa,  
¡Oh! vuelve, vuelve, religi6n amada.

Sin tí el error me tiene vulnerada,  
Y procura acabarme.... Así decía  
La Iglesia santa, cuando la herejía.  
La tiene con sus sombras eclipsada.

En esto el mismo Padre omnipotente,  
Para enjugar el llanto de su esposa,  
Saca á Francisco de su caos profundo:

Déjase ver el Serafín ardiente:  
Huye al abismo la impiedad monstruosa:  
Luce la Iglesia: se repara el mundo.

SONETO X

AL MISMO SANTO

Mientras que adorna la soberbia frente  
De cáduco laurel el héroe vano,  
Francisco ciñe con su santa mano  
La humilde sien de lauro permanente.

Reparada la Iglesia en el Pontiente  
Al duro septentrión hace cristiano;  
Ilustra al Mediodía; y el otomano  
Pone á sus pies su cetro refulgente.

Después de tanta y tan cabal victoria  
Que al cielo alegra, y al abismo aterra,  
Vuela Francisco al premio de la gloria.

Aprendan, pues, los héroes de la tierra,  
Si para hacer eterna su memoria  
Corren tras los laureles de la guerra.

SONETO XI

A SAN JUAN NEPOMUCENO

Transivimus per ignem et aquam,  
et adduxisti in refrigerium.

Psalm. LXVIII, v. 12.

Al grande esfuerzo del poder divino,  
Aquel de Nepomuc varón constante,  
Por fuego abrasador y agua inundante  
Hace, mirando al cielo, su camino.

Bárbaro el rey, su horrendo desatino  
Con blandura ó rigor lleva adelante,  
Queriendo que el silencio se quebrante  
Que resguardaba un pecho diamantino.

El halago se empeña por su parte:  
Aspira la crueldad á la victoria,  
Combatiendo el más sólido baluarte:

La constancia de Juan se hace notoria:  
Y elevando el silencio su estandarte,  
Viva, repite, la distante gloria.

SONETO XII

A LA MADRE DE SAN FELIPE DE  
JESUS

Llora Mónica á su hijo y convertido  
Consigue verlo á Dios, ¡qué feliz llanto!  
La Madre de Felipe hace otro tanto,  
Y sabe que ha mudado de partido:

La primera contenta lo ha afligido  
Con ver que al heresiarca le da espanto;  
La segunda lo adora Atleta santo,  
En aras que la Iglesia le ha construido.

Por lo que de las dos en paralelo,  
Diga el contemplativo más prudente  
¿Quién tuvo en su dolor mayor consuelo?

¿La del Grande Agustino por sapiente?  
¿O la del Mártir CRIOLLO que en el cielo  
Lo vió, según el Papa, refulgente?

---

SONETO XIII

AL SENOR DE LA BUENA MUERTE

Ubi est, mors, victoria tua?

"Ad Corinth, c. XV. v. 55.

Aquella muerte, imagen horrorosa  
De la culpa de Adán desobediente,  
Al morir en la cruz un Dios paciente  
Acaba con su fuerza poderosa:

Vuelve el hombre á la vida más dichosa,  
Nace de nuevo milagrosamente,  
Inundando de sangre á la vertiente  
De la Pasión de Cristo dolorosa.

¿Dó tu victoria está, muerte atrevida,  
Cuando el León de Judá muriendo fuerte,  
A sus plantas te tiene ya vencida?

Huye azorada de tu misma suerte....  
Y al autor engrandezcan de la vida  
Los que le llaman DE LA BUENA MUERTE.

SONETO XIV

AL PADRE DE UN ORDENADO, SOBRE  
LA DIGNIDAD DEL SACERDOCIO

De majestad circuido y de grandeza,  
Desde el cielo do alumbra eterno el día,  
A las manos de tu hijo descendía  
El Dios de santidad y de pureza:

Lo vi, y de luego conocí la alteza  
Del sacerdocio santo: y el alma mía  
Estática reboza de alegría  
Que no es de la común naturaleza.

¡Oh, "Collado," mil veces venturoso!  
Si vieras esta escena tan brillante  
Que se ofrece en el templo majestuoso,

Hicieras...¿qué no hiciera un padre amante  
En éste el de sus días el más glorioso?  
Pero si ausente estás ...si está distante...

No, pues, su voz levante  
De las alegres Prérides el coro  
Sin que al canto se siga el triste Moro.

---



# ELOGIOS FUNEBRES

EN LA SENSIBLE MUERTE

Del P. F. Manuel Navarrete.

---

ELOGIO PRIMERO, COMPUESTO POR D.  
MARIANO BARAZABAL

LAGRIMAS DEL ARCADE ANFRISO,  
ARRODILLADO ANTE EL SEPULCRO  
DE SU MAYORAL NAVARRETE

## ELEGIA

Dolor: si es que animado  
Perenne me acompañas,  
Por voto que los dioses  
Hicieran contra mi alma:  
Un momento te aparta, dolor mío,  
De fomentar mi grave desvarío.  
Deja sellen mis labios esta losa,  
Dó mi caro MANUEL en paz reposa.

¡Oh tú, lápida fría!  
Que un entredicho enorme  
Al último consuelo  
De mis ojos opones:  
Deja de ser hoy piedra, y en blandura  
Transfórmese tu ser y entraña dura;

O ya que dominarte no han mis brazos,  
¡Mi llanto y mi dolor te hagan pedazos!

No me responde.... ¡Cielo!....  
Mas ¿cómo?... ¡qué delirio!  
¡No hay piedad en los hombres!  
¿Y á una piedra la pido?...  
¡Ah! mundanales son vuestros antojos,  
Ojos del cuerpo, limitados ojos:  
No veréis á MANUEL, porque esta palma  
Ya sólo la da el cielo á los del alma.

Con ellos. ¡ay! con ellos  
Miraré de hito en hito,  
Como águila, al segundo  
Apolo del Olimpo:  
Aquel divino vate, que solía  
Colmar al indio suelo de alegría,  
Entonando al amor: decid, pastores,  
¿Qué fiera no escuchaba sus amores?

Venturosa "Clorila,"  
A cuya sien tejieron  
Mis floridas guirnaldas  
Sus amorosos ecos:  
Congratúlate, amiga, con la idea  
De que la cornucopia de Amaltea,  
Ni su jardín florido recopila  
Flores como "las flores de Clorila."

¡Ay, "Inocente Anarda!"  
El alma me penetran

Tu nombre: tu memoria:  
Tu virtud: tu "inocencia."  
Pues cuando nos cantaba dulcemente  
A su "Anarda," MANUEL, á su "inocente,"  
Tuve yo que quejarme, con oír dia,  
De la otra cruel "Anarda" y su perfidia.

Si aquejado se daba  
A las justas querellas  
Del hado y la fortuna,  
Enterneció á las piedras:  
Yo por sus "Ratos tristes" clamé inútil:  
"¡Oh! ¡nunca estés alegre, MANUEL mío!"  
Porque cuando tierno sus enojos,  
Ojos que no lloraban, no eran ojos.

Si consagraba fino  
De su alma generosa  
Las efusiones tiernas,  
A la "amistad" heroica:  
"Fileno," dílo tú, ¿qué producían?  
Efestion y Alejandro renacían;  
Y en vivo ejemplo de amistosas huestes,  
Volvían al mundo Píldes y Oreses.

Mas, aunque prodigiosos  
Son todos estos rasgos,  
Preciosos ornamentos  
De nuestro suelo patrio;  
Nada he dicho, pastores: mi desvelo  
Ha tratado por fin cosas del suelo;  
Y aun le falta que hacer á mi:  
El encomio mayor á su alma pura.

Miradle, con Urania  
En el etéreo carro  
Penetrar el empíreo,  
Con empeño sagrado.  
Oid cantar... ¡con cuánta melódia!  
La adorable "Pareza de María"....  
¡Hombre! si ángel no fuistes en el suelo,  
¿Cómo te remontastes hasta el cielo?

Basta, sí: y al empeño  
De mi fina memoria,  
Excúsele la muerte  
De la negra lisonja.  
Falleciste, MANUEL: la parca dura  
Te sujeta á una triste sepultura:  
¡Ya no se oirán tus celestiales voces,  
Intérprete divino de los dioses!

Cloto, Láquesis, dadme  
Del precioso hilo cuenta:  
¿Qué habéis hecho, cuitadas?  
¿Cortóle Atropos fiera?  
¡Suspenda la segur, parca enemiga!  
Suspéndela. ó el cielo te maldiga!....  
Mas ¡ay! que ya es en vano mi desvelo:  
Parca, perdona; obedeciste al cielo.

Espíritu grandioso,  
Que de la tierra ingrata  
Has cumplido el destierro  
Y tornas á la patria:  
Esta triste canción á tu memoria  
Consagro, porque el fasto de la historia,

Pueda decir al orbe en algún día:  
"Fr. MANUEL NAVARRETE, aquí vivía."

Y tú, yerta ceniza,  
La ineptitud perdona  
Del malhadado Anfriso,  
Que moribundo llora.  
No tengo flores poéticas divinas  
Con qué honrar tu sepulcro; sino espumas:  
;Sólo te ofrece mi letal quebranto  
Momento triste, silencioso llanto!

Vos, las Piérides almas,  
Que del castallo néctar  
Gustjrais la ambrosia,  
Cantad la triste endecha.  
A Dios.... Y tú, coturno, que calzaba  
MANUEL, cuando en el mundo militaba,  
Este ósculo recibe, y ven al templo  
De la inmortalidad á dar ejemplo.

---

ELOGIO SEGUNDO, COMPUESTO POR EL  
LIC. D. WENCESLAO BARQUERA  
ODA SAFICO-ADONICA

Tu faz llorosa con la negra cauda  
De noche eterna presurosa cubre:  
Rige á las ondas tu flamaute carro,  
Délfico númen.

La opaca niebla del fatal Eleoo  
El orbe llena de pavor y susto.  
Y la tristeza por dó quier extienda  
Hórridos lutos.

El Euro y Noto, en huracanes fieros  
Y de Apebiotes el rugiente silbo.  
El valle aterre, y en el bosque se oigan  
Pávidos gritos.

Ha muerto, clamen. NAVARRETE el sabio:  
El vate divo, cuyo plectro de oro  
En diestra mano, competir pudiera  
Con el de Apolo.

(1) "El vate divo que al indiano suelo  
"De honor y gloria le cubriera ufano

---

(1) Esta fué la estrofa que se colocó abajo  
del retrato del poeta, como puede ver: - al  
principio del tomo primero de esta obra.

“Con sus cantares, que apreciaron siempre  
“Númens altos.”

Las nueve hermanas de fulgor circuidas  
Con negra veste recamada de oro,  
Flotante el pelo, sin alifio ni orden,  
Bajan al soto.

Cabe el sepulcro dolorosas vierten  
Fragantes flores; y el aroma digno,  
Al cielo sube en reverente voto  
Por su querido

La bella Euterpe que preside al coro,  
En lira de ébano se adelanta á todas,  
Y en estos safos la mortal elegía  
Lúgubre entona.

Hado ominoso, vengador insano,  
¿Por qué nos privas del mejor ingenio?  
¿Por qué descargas tan soberbio golpe,  
Bárbaro, fiero?

¿No hay malhechores cuya saña impía  
El cielo irrita con inmundo crimen?  
Pues, ¿cómo al justo la fatal guadaña  
Ciego diriges?.

¿Con que te llevas al cantorpreciado,  
Que á el alma Madre del Creador divino,

En dulce metro consagrara ufano  
Cánticos, é himnos?

¿A aquel que á impulsos del sagrado fuego  
Penetra al solio de inmortales luces,  
Cantando al fuerte, prepotente y sabio,  
Próvido Númen,

¿A aquel que el estro del valor enciende  
En los leales mexicanos pechos,  
Al modulante resonar altivo  
¿De sus acentos?

¡Ay! tú llevas al virtuoso "Silvio," (1)  
Que á la inocencia y al amor celebra  
En su festiva, juguetona y dulce,  
Rústica avena.

¡Cruel! mas ¡dónde! ¡suspirar cansado!  
Un llanto estéril mis mejillas baña:  
¿Dónde te has ido, NAVARRETE amalo?  
¿Dónde tus gracias?....

¡Tú, ya no existes!... decretólo el cielo;  
Así convino. La mansión eterna  
A tus virtudes era justo fuese  
La recompensa.

---

(1) Este nombre se da en sus poesías pastoriles.



Castos amores, celestial "Clorila,"  
"Celia" inocente, la fatal guirnalda  
De la cicuta y el beleño, sea  
Fúnebre gala.

Con que hoy en torno del sepulcro triste  
Entonaremos el "á Dios" postrero:  
Venid, y el llanto doloroso sea  
Nuestro consuelo.

Venid, zagales, del Parnaso indiano,  
Y en vuestros himnos perpetuad su nombre:  
Haced que al tiempo su memoria exceda,  
Arcades nobles.

FIN



# INDICE

## DE LAS POESIAS CONTENIDAS

### EN ESTE TOMO

	Págs
Memoria Sucinta de los principales sucesos de la vida de Fr. Manuel Na- varrete. . . . .	III
Elogio de Fr. Manuel Navarrete, por D. Mariano Barrazabal. . . . .	2

### ENTRETENIMIENTOS POETICOS

A Fabio, en la remisión de estas poesías. . . . .	8
Prólogo ingenuo. . . . .	1

### LAS FLORES DE CLORULA

Prólogo. . . . .	13
ODA PRIMERA. . . . .	14
ODA II. . . . .	16
ODA III. . . . .	18

	Págs.
ODA IV. . . . .	19
ODA V. . . . .	21
ODA VI. . . . .	22
ODA VII. . . . .	24
ODA VIII. . . . .	24
ODA IX. . . . .	25
ODA X. . . . .	26
ODA XI. . . . .	27
ODA XII. . . . .	27
ODA XIII. . . . .	28
ODA XIV. . . . .	29
ODA XV. . . . .	31
ODA XVI. . . . .	31

### LA INOCENCIA.

Dedicatoria. . . . .	33
ODA PRIMERA. Introducción. . . . .	36
ODA II. La Zagaleja. . . . .	38
ODA III. La simplicidad. . . . .	40
ODA IV. La corderita. . . . .	42
ODA V. El premio. . . . .	44
ODA VI. La tortolita. . . . .	47
ODA VII. El hijo de Venus. . . . .	49
ODA VIII. La fuentequilla. . . . .	51
ODA IX. La Venus de Chipre. . . . .	55
ODA X. Conclusión. . . . .	56

### LA MUSICA DE CELIA

ODA PRIMERA. . . . .	60
----------------------	----

	<b>Págs.</b>
ODA II. . . . .	61
ODA III. . . . .	62
ODA IV. . . . .	64
ODA V. . . . .	66
ODA VI. . . . .	67
ODA VII. . . . .	68
ODA VIII. . . . .	70
ODA IX. . . . .	71
ODA X. . . . .	73
ODA XI. . . . .	74

#### LA POLLITA DE CLORI

ODA PRIMERA. . . . .	77
ODA II. . . . .	78
ODA III. . . . .	78
ODA IV. . . . .	79
ODA V. . . . .	80
ODA VI. . . . .	81
ODA VII. . . . .	82
ODA VIII. . . . .	83
ODA IX. . . . .	84
ODA X. . . . .	85
ODA XI. . . . .	86

#### TRADUCCION DE UNOS VERSOS DE ANGELO POLICIANO

ODA PRIMERA. . . . .	90
----------------------	----

ODA II. . . . .	91
ODA III. . . . .	93
ODA IV. . . . .	94
ODA V. . . . .	96

### ODAS A DIVERSOS ASUNTOS

ODA PRIMERA. De Dorofila. . . . .	98
ODA II. De la misma. . . . .	100
ODA III. El triunfo del amor. . . . .	103
ODA IV. A Fileno. . . . .	105
ODA V. A una inconstancia. . . . .	107
ODA VI. A Lisi cantando. . . . .	108
ODA VII. A Clorila, con unas frutas de pasta. . . . .	109
ODA VIII. A unos cabellos de Celia... .	110
ODA IX. En celebridad de unos días... .	111
ODA X. El día de Clara. . . . .	112
ODA XI. A Clori en el lecho. . . . .	113
ODA XII. El Verano. . . . .	115
ODA XIII. El Estío. . . . .	116
ODA XIV. El Otoño. . . . .	117
ODA XV. El Invierno. . . . .	119
LETRILLA. A los canarios de Lisi.... .	120
LETRILLA. A Lesbía. . . . .	121

### CUATRO JUGUETILLOS A CLORILA

Jugueteillo primero. . . . .	122
Jugueteillo II. . . . .	123

	Págs.
Jugueteillo III. . . . .	124
Jugueteillo IV. . . . .	126
✓ LEFRILLA. La rosa del Valle. . . . .	128
SILBA. A Fabio para que se case. . . . .	130
Certamen sobre un limón. . . . .	131
Varios versos boleros. . . . .	134
CUARTETAS. Retrato de Celia. . . . .	142
ROMANCE. Carta amorosa. . . . .	146
ROMANCE. A los días de un amigo. . . . .	150
DESPEDIDA. . . . .	152
DECIMA. A Fills en el campo. . . . .	154
DECIMAS. En la destrucción de unos papeles amatorios. . . . .	156
DECIMAS. A una señorita que cogió la manía de pedir versos al autor. . . . .	159
DECIMAS. A mi corazón. . . . .	159
DECIMA. A Lisi por el fuego que le salió en la boca. . . . .	161
DECIMA. A unos ojos. . . . .	162
DECIMA. En una ausencia. . . . .	162
DECIMAS. El Amor Carmelita. . . . .	163
QUINTILLAS. Duda amorosa. . . . .	165
ENDECIAS REALES. A un canario de Celia. . . . .	166

#### DOS TRADUCCIONES DE UNOS VERSOS DE GALO

Primera. . . . .	168
Segunda. . . . .	169

	Págs.
<b>EPIGRAMA.</b> — Del Amor armado. Traducción del idioma griego al latino y de éste al castellano . . . . .	171
Paráfrasis del mismo epigrama. . . . .	172
A Clori con una calandrita. . . . .	173
A Clori con unos pichoncitos. . . . .	174
Clori y Silvio comiendo duraznos. . . . .	175
<b>ROMANCE ENDECASILABO.</b> A los ojos de Clori. . . . .	176
<b>ROMANCE ENDECASILABO.</b> En la muerte de un lorito. . . . .	177
<b>EPITAFIO.</b> . . . . .	180
La mañana. . . . .	181
<b>CANTO EN OCTAVAS.</b> Sueño alegórico. . . . .	185
<b>IDILIO.</b> La Zagalla del Bosque. . . . .	188
<b>EGLOGAS.</b> . . . . .	189
<b>EGLOGA PRIMERA.</b> El amante más fiel de los pastores. . . . .	190
<b>EGLOGA II.</b> La pastora más fiel de la cabaña. . . . .	206
<b>EGLOGA III.</b> Despidese Silvio de Clori . . . . .	215
<b>EGLOGA IV.</b> Lloro Silvio la ausencia de Clori. . . . .	218
<b>EGLOGA V.</b> Celebra Silvio la vuelta de Clori. . . . .	221

## SONETOS

<b>SONETO PRIMERO.</b> Influxo del amor, imitando el artificio del primer soneto de D. Tomás de Iriarte. . . . .	224
--	-----

SONETO II. Recuerdos tristes. . . . .	225
SONETO III. A Clorila en tres meses de ausencia. . . . .	225
SONETO IV. El deseo . . . . .	226
SONETO V. El sueño en el día de Clori. . . . .	227
SONETO VI. El Ruego Amoroso. . . . .	227
SONETO VII. Resolución del amor. . . . .	228
SONETO VIII. La separación de Clori. . . . .	229
SONETO IX. La triste ausencia. . . . .	229
SONETO X. A la vuelta de Clori. . . . .	230
SONETO XI. A Clori en el campo. . . . .	231
SONETO XII. Las trampas de la cautela. . . . .	231
SONETO XIII. De agradecimiento. . . . .	232
SONETO XIV. De la hemiosura. . . . .	233
SONETO XV. De la juventud. . . . .	233
SONETO XVI. Gloria á Lisi. . . . .	234
SONETO XVII. Contra el amor común. . . . .	235
SONETO XVIII. A Fileno. . . . .	235
SONETO XIX. Exclamaciones de una mu- jer celosa. . . . .	236
SONETO XX. La caída de Faetón. . . . .	234
Noche Triste . . . . .	238

#### RATOS TRISTES.

Dedicatoria. . . . .	246
Rato I. Mi Fantasía. . . . .	249
Rato II. El Destino. . . . .	250
Rato III. La Persecución. . . . .	251
Rato IV. Mi Soledad. . . . .	251



	Págs.
Rato V. La Ingratitud. . . . .	253
Rato VI. Mi Horfandad. . . . .	255
Rato VII. La Fuga. . . . .	257
Rato VIII. La terminación de mis gustos. . . . .	258
Rato IX. La ausencia. . . . .	260
Rato X. La esperanza. . . . .	261
Rato XI. El amor extinguido. . . . .	262
Rato XII. El remordimiento. . . . .	264
Rato XIII. El día de Pleno. . . . .	265
Rato XIV. La Libertad. . . . .	267
Rato XV. La muerte de Filis. . . . .	268
Rato XVI. Mi retiro. . . . .	270
Rato XVII. Mis ensueños. . . . .	271
Rato XVIII. Mis padres bienaventurados. . . . .	272
Rato XIX. La consunción. . . . .	273
Rato XX. Mi difunta hermana. . . . .	276
Rato XXI. La Inmortalidad. . . . .	278
Rato XXII. La memoria. . . . .	280

# ELEGÍAS A LA MUERTE DE GLORIS

Elegía I. . . . .	282
Elegía II. . . . .	283
Elegía III. . . . .	284
ENDECHAS. A Gloris en el sepulcro . . . . .	286
ELEGIA. En la muerte del Lic. Verdad y Ramos. . . . .	288
ELEGIA. En la muerte del Ilmo. Sr. D. Fr. Antonio de San Miguel, Obispo de Michoacán. . . . .	292

Proclama y vaticinio de Minerva en la exaltación del Sr. D. Fernando VII al trono.	296
SONETO. Compuesto en San Antonio de Tula, en unas funciones que hizo esta Villa por Fernando VII en el año de 1808.	306
La gloria del Sr. D. Carlos IV, Rey de España.	301

# ROMANCE ENDECASILABO.

Elogio á D. Luis Sánchez.	311
A un gran personaje.	312
El Niño agraciado.	316
Carta á un amigo.	319
OCTAVAS. Al M. R. P. Fr. José María Carranza.	322
A la hospitalidad: en el día del M. R. P. Fr. Joaquín Valderas, Prior del Convento de San Juan de Dios, en la Ciudad de San Luis Potosí.	323
Himno á Minerva. ODA SAFICO-ADONICA.	325
Oda SAFICO-ADONICA. Dirigida al Ilmo. Sr. Obispo del nuevo Reino de León, Dr. D. Primo Feliciano Marín cuando estuvo en su visita en la Villa de San Antonio de Tula.	327
Al Niño D. José Esparza.	329
Al Lic. D. Juan Wenceslao Barquera.	
Oda.	331

Traducción libre de unos dísticos hechos á la Condesa de Suze, por M. Fiubert, ó por el P. Bouhours. . . . .	333
Soneto. Celebrando el templo de los RR. PP. Carmelitas de Celaya, fabricado por el célebre Tresguerras. . . . .	334
Soneto. En elogio del exámen que tuvie- ron en Silao los discípulos de D. Pedro Fernández, Maestro de primeras letras en aquel lugar . . . . .	335
CUARTETAS. De un niño á su preceptor.	336

#### SATIRAS, CONTRA POETASTROS MAL- DICIENTES

Vejamen al descubrimiento de cuatro poc- -tastros. . . . .	340
Azote á Pegasos . . . . .	344
Retrato del Dómine Suas . . . . .	357
DECIMA. A Flora . . . . .	368
DECIMA. A cierta señorita por nombre Rosa, por lo que se verá . . . . .	368
DECIMA. A un retrato . . . . .	369
SONETO. A un poetastro. . . . .	370
SONETO. En favor de la inoculación . . . . .	371

#### EPIGRAMAS

I. Del amor . . . . .	372
II. Peligro del amor pasado . . . . .	372

	Págs.
III. Al voluntario cautiverio del amor . . . . .	372
IV. A un niño . . . . .	373
V. En celebridad de unos días . . . . .	373
VI. Al mismo asunto. De pronto. . . . .	373
VII. A los ojos de Cinsea . . . . .	374
El mismo en un verso "Bolero" . . . . .	374
VIII. A un censor . . . . .	374

### FABULAS

FABULA I. Mis Censores . . . . .	375
FABULA II. El Mosquito . . . . .	376
FABULA III. El Estanque, El Arroyo y Ceres. . . . .	376
FABULA IV. La Araña, El Mosco y la Criaña. . . . .	378
FABULA V. Las dos Pájaras. . . . .	380
FABULA VI. Los Viejos casados. . . . .	381
FABULA VII. El Dengue. . . . .	382

### POESIAS SAGRADAS Y MORALES

La Divina Providencia. Poema Eucarístico  
divido en tres cantos.

Introducción. . . . .	385
Canto primero. . . . .	386
Canto segundo. . . . .	390
Canto tercero. . . . .	395

POEMA HEROICO

En celebrad de la Concepción Inmaculada  
de María Santísima.

Introducción al poema. . . . .	400
Canto primero. . . . .	402
Canto segundo. . . . .	409
Canto tercero. . . . .	415

LA ALMA PRIVADA DE LA GLORIA

Poema lúgubre.

Canto único. . . . .	428
OCTAVAS. . . . .	434
DECIMAS. A un niño. . . . .	436
ODA. La juventud engañosa. . . . .	436
DECIMA. En la colocación de un San Rafael, en una casa. . . . .	439

SONETOS

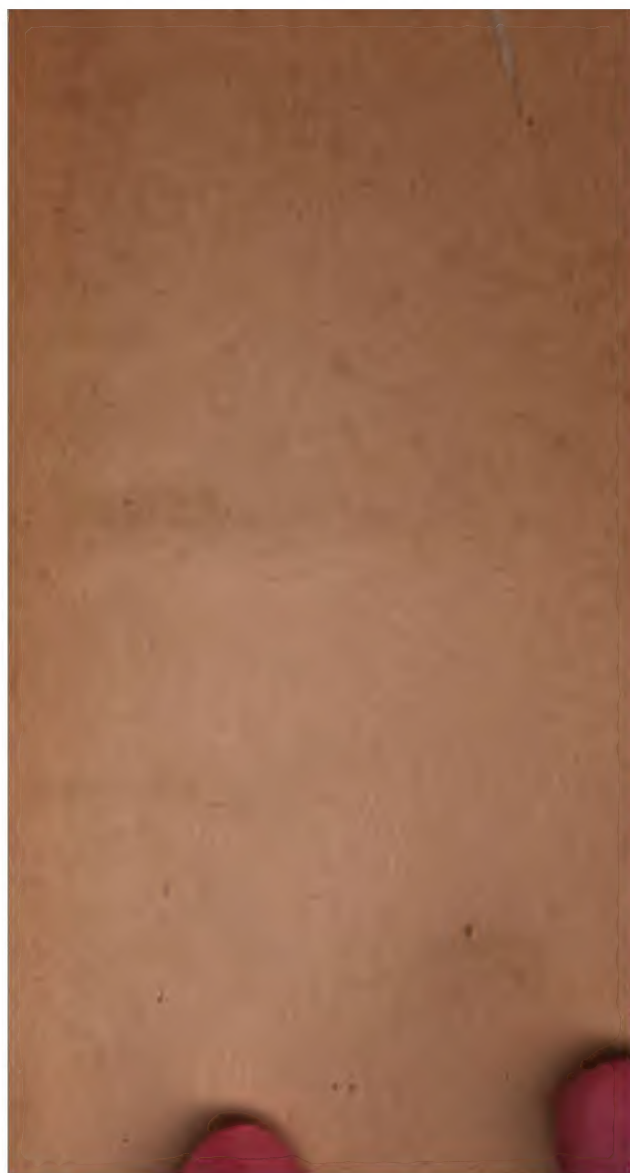
SONETO I. A Nuestro S. J. C. en sus tres estados. . . . .	440
SONETO II. A la fortaleza de María en la Pasión de Jesús. . . . .	441
SONETO III. A la Santísima Virgen. . . . .	442
SONETO IV. A la misma Señora, bajo la advocación de Loreto. . . . .	443

	Página
SONETO V. A la misma Señora bajo la advocación de Guadalupe. . . . .	444
SONETO VI. A la misma Señora, bajo la misma advocación. . . . .	447
SONETO VII. A la Concepción Inmaculada de María Santísima. . . . .	449
SONETO VIII. A San Francisco de Asís. . . . .	447
SONETO IX. Al mismo Santo. . . . .	448
SONETO X. Al mismo Santo. . . . .	449
SONETO XI. A San Juan Nepomuceno. . . . .	450
SONETO XII. A la Madre de San Felipe de Jesús. . . . .	451
SONETO XIII. Al Señor de la buena muerte. . . . .	452
SONETO IV. Al padre de mi Ordenada sobre la dignidad del sacerdocio. . . . .	453

# ELOGIOS FUNEBRES

En la sensible muerte del P. Fr. Mariano Navarrete.

Elogio primero, por D. Mariano Barzabal. Lágrimas del Arcade Anfriso, arrojadas ante el sepulcro de su Mayoral Navarrete. . . . .	454
Elogio segundo, por el Lic. D. Juan Venustiano Barquera. ODA SATÍRICO-ADONICA. . . . .	459



868.208 .B582 v.50 C.1  
Obras de Fr. Manuel NavAAH9885  
Stanford University Libraries



3 6105 044 925 514

2 F3031



